

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/327189307>

2001, Economía no liberal

Book · August 2018

CITATIONS

0

READS

205

1 author:



[Diego Guerrero](#)

Complutense University of Madrid

157 PUBLICATIONS 267 CITATIONS

[SEE PROFILE](#)

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



Karl Marx [View project](#)

Diego Guerrero

Economía no liberal

**para liberales
y no liberales**

A quienes nunca se dejarán engañar
por la “libertad” de los capitalistas y sus ideólogos
(los que defienden el mercado, con o sin Estado).

Y, en especial,
a quienes combaten activamente el liberalismo.

ÍNDICE

PREFACIO 7

PRIMERA PARTE LA MISERIA DE LA FALSA LIBERTAD

1. Ciegos ricos, ciegos pobres 13
2. El papel de los mercados en la economía moderna 19
3. Las desigualdades buenas, y las malas 27
4. El papel del gobierno 37
5. Bueno, combinemos mercado y gobierno: ¿pero cuánto de cada? 49
6. Globófobos, globófilos y globotúpidos 55
7. Globofobia, capitalfobia y democracia 65
8. Explotación infantil... y de la otra (juvenil, madura y senil): el mercado no se priva de nada 71
9. La explotación de la naturaleza 75
10. La globalización de la desigualdad en el mundo 79
11. A vueltas con la “tasa Tobin” (y otras reformas fiscales) 91
12. Rusos y otros puñeteros 95
13. Profecías económicas 99
14. El autismo del mercado 105
15. Lo que no quiso decir, ni pudo decir, ni nunca dirá don Xavier Sala i Martín 111
16. Y lo que no saben decir ni Sala ni Estefanía (es decir, las dos variantes de liberal) 115
17. Apéndice: ¿el comunismo que viene? 121

SEGUNDA PARTE

CRÓNICAS DE ECONOMÍA NO LIBERAL

1. De la Bolsa y otras crisis 129
 - Nerón, la economía y los bomberos 130
 - Crisis, recesiones y depresiones 134
 - ¿Nos sirve la teoría marxista para entender mejor la crisis económica actual? 138
 - El precio de la Bolsa 146
 2. Globalización y subdesarrollo 151
 - Globalización y pensamiento único 152
 - Más sobre los efectos de la globalización 155
 - Globalización y pobreza 158
 3. Maldita competitividad 163
 - Mitos de la competitividad 164
 - Los salarios y la competitividad 166
 - La maldición de la competitividad 169
 4. El desempleo y la distribución de la renta 175
 - El desempleo 176
 - Capitalismo, desempleo y feminismo 180
 - El desempleo juvenil (masculino y femenino) 184
 - Vivienda y distribución de la renta en España 188
 5. Gobierno, mercado y terceras vías 193
 - Marx y la Mano Invisible 194
 - Mano invisible, corazón vistoso 198
 - ¿Sólo pasan “tres vías” o cabe una cuarta? 202
- Apéndice: De la teoría laboral del valor a una nueva guerra mundial 209
- Índice de nombres 235

PREFACIO

No cabe duda de que entre don Xavier Sala i Martín y un servidor hay algunos parecidos y muchas diferencias. Ambos somos economistas, de aproximadamente la misma edad, y ambos ejercemos como profesores de universidad y hemos escrito bastantes cosas de Economía, incluido un número ya considerable de artículos de prensa, con el ánimo de divulgar algunos conocimientos que, cada uno en su terreno, considera de relevancia para el lector. Sin embargo, el que esto escribe sería tonto si no reconociera que abundan mucho más los puntos que nos separan que los que tenemos en común. Veamos.

Para empezar, Sala i Martín es un economista de renombre universal y uno de los autores más conocidos y citados en materia de teoría del crecimiento económico. Su manual, el que escribió compartiendo la autoría con el prestigioso autor neoclásico estadounidense Robert Barro, es el más utilizado en su campo en todo el mundo. Esto es ya una primera diferencia de enorme magnitud.

En segundo lugar, Sala es nada menos que catedrático en la prestigiosísima Columbia University, de Nueva York, mientras que el autor de este libro es un simple profesor Titular de los millones, o por ahí, que formamos en las filas de la Universidad Complutense de Madrid.

Pero, sobre todo, la diferencia más grande de todas creo que está en el enfoque diametralmente opuesto que uno y otro usamos para mirar, entender y explicar la economía. Creo que a ambos nos anima un espíritu realista. Pero el hecho de que Sala sea un liberal, mientras que yo sea, no meramente “un crítico del neoliberalismo” —de ésos hay miles, y, en mi opinión, son mucho más numerosos que los que se atreven a declararse liberales sin tapujos--, sino un

“antiliberal”, o, más exactamente, un economista no liberal y opuesto al liberalismo, hace de nuestras respectivas posiciones algo así como dos polos extremos en el panorama de la Economía académica de nuestro país.

En la actualidad, lo liberal está tan de moda que yo no encuentro colegas que me acompañen en mi autodefinición como “no liberal”. No sé si no los hay o es que no se atreven a serlo o a decirlo. Deben de pensar que ser liberal no es lo óptimo, pero que declararse “no liberal” es todavía peor. Evidentemente, yo no comparto esta opinión, y por eso, entre otras cosas, este libro se llama *Economía no liberal*. Además, como comprobará el lector, todo él está escrito desde una posición combativa y nada a la defensiva. Esto quizás tenga que ver con el siguiente episodio, para cuya narración pido un minuto de permiso.

Mientras estaba realizando la primera parte de mi servicio militar en la base aérea de Armilla (Granada) —un pueblo ya célebre en todo el país, gracias a la impagable Rosa, Rosa de España, capaz de vender 400.000 discos en una semana (en ese mismo “mercado” que tanto le gusta a don Xavier Sala)—, había un teniente que me decía a menudo: “Guerrero, que no hace usted honor a su apellido”, lo cual, viniendo de un militar, es un timbre de orgullo que guardo, lógicamente, bien archivado.

Pues bien, una vez terminado el periodo militar de mi vida laboral, toda mi actividad “civil” —y de esto me doy cuenta ahora— se ha desarrollado en la universidad, y nada me llenaría de más orgullo que el que se me reconociera que, con independencia del mayor o menor éxito conseguido (y aquí podría echar una larga parrafada contra la “filosofía del éxito”, si eso viniera más a cuento en este momento), el tesón combativo que siempre me ha inspirado ha permitido que algunos de los “no tenientes” que hay en España me dijeran que sí que hago honor a mi apellido.

Y es que eso es lo que pretendo con este libro. No sólo hacerle la guerra a don Xavier Sala, sino a todos los liberales de nuestro país. Sobre todo a los liberales confesos, pero también a los liberales de tapadillo, embozados bajo la capa de la socialdemocracia o de las simpatías por el movimiento “antiglobalización”.

En mi opinión, el libro de Sala es bastante malo. Y lo es porque, siendo él un buen profesional en lo suyo, competente y buen conocedor de su oficio, se ve obligado aquí a ejercer de predicador liberal, para lo que no tiene tanto arte como su colega

Carlos Rodríguez Braun, por ejemplo. Hablo por lo que está escrito en su *Economía liberal* –y por cómo está escrito–, no por lo que pueda decir en la televisión o en otras intervenciones públicas, a ninguna de las cuales he tenido el placer de asistir. Quizás, el éxito indudable conseguido con sus llamativa corbatas y chaquetas lo hagan más temible en persona que sobre el papel. Pero tengo que decir que lo que escribe como cura párroco de su barrio liberal no tiene gracia ni orden ni concierto, y no creo que sirva para llevar feligreses a su parroquia.

Por otra parte, a mí me da igual cuántos puedan apuntarse o no al bando antiliberal en el que milito, porque estoy demasiado acostumbrado a pelear a contracorriente y en solitario. Pero lo que no puedo permitir es dejar sin responder toda esa sarta de lugares comunes y frases hechas, que están tan vacíos como el cerebro de los liberales.

Soy antiliberal porque el liberalismo es mentira. Todo él es una mentira de principio a fin, pero una mentira que, por desgracia, engaña a mucha gente y la hace más infeliz de lo que se merece. Es una “retórica de la libertad” que no contiene ni medio gramo de auténticas libertades. O mejor dicho, es una libertad que se asienta en la “libertad de explotación”, que sólo está al alcance de un pequeño porcentaje de la población. Esta falsa libertad se mantiene y se propaga porque la gente no se ha rebelado todavía contra esta falsedad. Porque somos demasiado sumisos –por ahora– ante (ante, bajo y con) la legalidad y la legitimidad de que la mayoría tengamos que someternos a la exigencia de dejarnos explotar y dejarnos extraer plusvalor (a partir de la parte de nuestra jornada laboral que no nos pagan) como condición ineludible para poder sobrevivir y vivir la vida que nos corresponde, ésa tan pobre y gris que caracteriza a nuestra figura de asalariados o mercaderes de “fuerza de trabajo”.

Tener que vivir como “capitalistas pobres”, mendigando el precio de nuestra mercancía y soportando los ataques de nuestros explotadores, sólo parece sentarnos mal a muy pocos. Pero lo que a mí me mata es que los ideólogos, los voceros y los sicofantes de los capitalistas lo hagan tan a gusto. Si tienen interés en la explotación, vale: se entiende. Pero si no lo tienen, son unos traidores y merecen que les tiremos tomates por la calle.

Sobre todo, si llevan chaquetas que están pidiendo a gritos: “vengan esos tomates”.

Como estoy seguro de que don Xavier Sala y yo acabaremos por hacernos amigos –aprenda el lector, si no lo sabe, a distinguir entre lo que las personas son, en cuanto individuos singulares, y lo que tienen que ser y hacer en cuanto materialización de la figura social que representan, o en cuanto protagonistas del papel que les ha tocado en suerte en nuestro teatro político--, me he permitido empezar a hablar con sinceridad ya desde el mismo prefacio de este libro.

En cuanto a la estructura del libro, fácilmente se comprobará que es la misma que la del libro de don Xavier, o al menos pretende ser una imitación de todo lo que hay en él, salvo el contenido y el estilo. Simplemente, he puesto un espejo enfrente de su libro y ha salido este mío de forma casi inmediata. Obviamente, esto no hubiera sido posible si el autor no contara ya con una serie de artículos publicados en diversos medios de comunicación. Por tanto, el lector debe tener en cuenta que la segunda parte del libro es completamente independiente --y anterior-- a mi conocimiento de la existencia del libro de Sala, mientras que la primera parte es una respuesta directa a la lectura de su libro.

Madrid,
15 de Febrero de 2003
(Día mundial contra la guerra)

PRIMERA PARTE
LA MISERIA DE LA FALSA LIBERTAD

1

Ciegos ricos, ciegos pobres

Antes de desarrollar los 17 breves capítulos que componen la primera parte de su libro –rimbombantemente titulada “La grandeza de la libertad”--, nuestro autor nos quiere conmover y seducir con la historia más hollywoodiense que se le ocurre para comenzar a desplegar su discurso liberal: la de la chica ciega que prepara su tesis doctoral gracias a un artilugio mecánico que transforma en voz los artículos científicos escritos por él y otros autores (a la que conoció tras una de sus conferencias en una universidad de Nueva York). Nos cuenta que ese día, una vez llegado a su hotel, no pudo menos que reflexionar sobre tamaña “maravilla”. Y la conclusión a la que llegó –que no es sino la misma conclusión a la que llegan siempre los economistas liberales-- es que es *gracias al egoísmo humano* como la sociedad ha conseguido llegar tan lejos en la satisfacción de las necesidades de sus miembros. Se puso a pensar Sala en los científicos e ingenieros que han contribuido a este resultado benéfico con sus descubrimientos e inventos; luego pensó en los empresarios y trabajadores que han hecho lo propio con su capacidad de innovación y esfuerzo; y finalmente llegó a la conclusión de que nada de eso habría sido posible si el objetivo de todos hubiera sido “alcanzar el bienestar de los demás”. Cuando se pretende eso –si se tiene una intención altruista de cualquier tipo-- el resultado tiene que ser necesariamente un fracaso (según los liberales). Ahora bien, cuando lo que se quiere es sólo “ganar dinero o fama”, y lo que mueve a los individuos es el puro “ánimo de lucro”, entonces el resultado final sólo puede ser el óptimo más óptimo posible.

La verdad es que, para repetir la manida idea de la “mano invisible” de Adam Smith –matizada con una buena dosis de la “tesis de la perversidad” de Hirschman--, a nuestro autor no se le

ocurre otro método que recurrir inicialmente al lacrimoso ejemplo de la pobre estudiante ciega que sólo puede llegar a “desarrollarse como persona” gracias a las bondades del sistema de economía de libre mercado. Dejaremos para más adelante lo que el propio Smith y otros economistas importantes más cercanos en el tiempo (como Joan Robinson o el propio Albert Hirschman) tienen que decir al respecto de la famosa “mano invisible”, pero no podemos pasar por alto una reflexión más cercana sobre la ceguera y su relación con los mercados.

En primer lugar, si nos tomamos en serio a Sala, habrá que deducir que se equivocan quienes piensan que la editorial Plaza y Janés ha buscado a un buen economista (como sin duda es don Xavier) para escribir un libro así porque esté interesada en satisfacer el bienestar, como lectores del tipo que sea, de sus potenciales clientes. En segundo lugar, sería un error semejante creer que Xavier Sala i Martín pretende al escribir este libro algo que no sea “ganar dinero o fama”. Por tanto, no se confunda, amigo lector: él no pretende contribuir a la verdad ni quiere sacarnos de nuestro supuestamente erróneo punto de vista como “no liberales”. Nada de eso. A él, la verdad podría importarle un comino en sí misma, pero, en su opinión, el resultado social sería idéntico. Lo único de lo que parece estar seguro es de que sólo buscando por su parte cómo maximizar mejor su propio interés personal, y cómo conseguir lo más egoístamente posible sus fines, aporta lo máximo que puede aportar a la sociedad, para que sea ésta la que, sin saber muy bien cómo, se las arregle para conseguir la máxima eficiencia en todo.

Por tanto, podría muy bien darse el caso —y esto les parece lo más natural del mundo a los liberales— de que un puñado de autores sin escrúpulos, sólo movidos por su afán de autoenriquecimiento y despreocupados en absoluto de transmitir un conocimiento verdadero, se comportaran así, generación tras generación, y consiguieran *de facto* el desarrollo de las verdades científicas que requiere la sociedad para su progreso. Si nuestro autor excluyera *a priori* esta posibilidad, toda la argumentación que comienza con el ejemplo de la cieguita se vendría abajo, y no habría razón para prestar la menor atención al resto de su exposición.

Una segunda reflexión que nos provoca su ejemplo de ciegos es que los liberales siempre están dispuestos a hablar de *individuos*, pero jamás de los jamases se expresarán en términos de *clases*

sociales, en las que no creen (salvo para jugar con la omnipresente, insulsa y autista, “clase media”, que no sólo es otra manera de referirse a la estadística sin peligro, sino de encubrir la ausencia de análisis sociológico con la apariencia de que no lo rehúyen). El señor Sala resume la conclusión de su ejemplo ilustrativo de la cieguita para volver al *ritornello* liberal que nos atosigará durante todo el libro:

“Al buscar el beneficio egoístamente, entre todos habían dado a esa estudiante de Nueva York lo que ningún tipo de programa gubernamental basado en la compasión, la solidaridad y la caridad hubiese podido conseguir: la capacidad de desarrollarse como persona en lugar de sobrevivir como minusválida”.

Evidentemente, como buen liberal, Sala piensa que todos los ciegos de Estados Unidos, de los países desarrollados y del mundo en general, son ricos –en verdad, se necesita tener dinero para pagar durante varios años una matrícula anual de 48.000 euros en una universidad privada de los Estados Unidos--, y quizás por eso no se le ocurre pensar en los millones de ciegos que hay en el mundo y que no tienen dinero para “desarrollarse como personas” en la economía capitalista. Pero puesto que él comienza su libro con esa experiencia personal, permítaseme a mí hacer lo mismo. Sin ir más lejos, en el curso 2001-2002, quien esto escribe tenía en su curso de 1º de Sociología, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, un estudiante que era y es, no sólo ciego, sino además sordo. Acudía a clase acompañado de dos empleadas de la ONCE (Organización Nacional de Ciegos de España) y un perro guía; y tenía que realizar los exámenes escritos, además de con la compañía citada, con otra adicional: la de un tutor especializado de la ONCE y un ordenador especial que permite transcribir los textos desde el lenguaje normal que usamos los demás al lenguaje braille de los ciegos, y viceversa.

En las clases, las dos chicas que lo acompañaban tenían que turnarse en su incansable labor de irle “escribiendo” en sus manos, mediante el lenguaje de signos de los sordomudos, lo que ellas recogían de la explicación del profesor (más en concreto, mientras una se comunicaba con él, la otra tomaba apuntes escritos que más tarde el equipo traducía al lenguaje de los ciegos). Posteriormente, una vez transcritos todos los apuntes a su lenguaje y estudiado ese material, el alumno estaba en condiciones de presentarse a examen; y, el día señalado, el profesor llevaba preparadas las preguntas en formato “txt”, el tutor de la ONCE las convertía utilizando el

software correspondiente, y, en un ordenador especial, taquigráfico, el alumno ciego-sordo escribía las respuestas a las preguntas, que, al final del examen, eran de nuevo reconvertidas al lenguaje ordinario para que el examen pudiera ser corregido y evaluado.

Lo anterior no es un contraejemplo imaginario, sino completamente real, que docenas de testigos pueden corroborar¹. Y no lo uso aquí para contraponer al modelo estadounidense de caras universidades privadas el modelo español (y no sólo español) de universidades públicas. Es simplemente una ocasión para pedir al lector que reflexione sobre cuál será probablemente la suerte de la mayoría de los jóvenes ciegos estadounidenses que no tendrán la misma suerte que la estudiante del profesor Sala, inmersos como están en un sistema político-social donde la Seguridad Social no se ocupa directamente de estas cuestiones porque --ya se sabe-- “si se tienen buenos deseos e intenciones, los resultados serán necesariamente malos...” (como argumentarán algunos). Por lo demás, debe evitarse también el error de pensar en el sistema español --donde, por circunstancias históricas específicas, es una realidad el superdesarrollo pionero y puntero alcanzado por una organización como la ONCE, convertida hoy en el modelo de muchas organizaciones homólogas en todo el mundo-- como si fuera la plasmación prototípica del llamado “modelo de Estado de bienestar europeo”, al que recurren tantos críticos del “neoliberalismo” con demasiada alegría (véase el capítulo 5 de la segunda parte). Baste para ello con recordar que la ONCE la fundó en 1938 el régimen franquista (todavía en guerra civil contra la II República española), y que fue durante el régimen de “democracia

¹ El último mensaje al respecto fue el siguiente email (de 14-5-02): <<Buenos días: En relación al apoyo a los estudios de su alumno Mariano Franco, nos gustaría, a la profesora de apoyo y a mí, visitarle un día para comentar aspectos relacionados con el desarrollo de los estudios de dicho alumno, problemas con los que se encuentra, apoyos que pueda necesitar, y todo aquello que Vd. piense que es importante que nosotros podamos conocer, así como todo aquello que pensamos que puede ser conveniente que Vd. conozca, en relación a necesidades que se puedan cubrir, problemas con la asignatura, integración académica, etc. Hemos pensado aprovechar los horarios que Vd. dispone para las tutorías con sus alumnos para poder vernos. Le proponemos, si es de su conformidad, vernos el día Jueves, 23-5-02 de 15:00 a 16:00 horas. Esperando sus noticias, reciba un cordial saludo. Eugenio Romero Rey. Instructor de Tiflotecnología y Braille. M^a Ángeles Fernández Esteban. Profesora. UNIDAD TÉCNICA DE SORDOCEGUERA O.N.C.E.>>

orgánica” franquista cuando consiguió la delantera que aún hoy mantiene con organizaciones similares de otros países.

No. Si se han sacado a relucir los dos ejemplos de estudiantes ciegos –los dos de países “ricos”, en el contexto mundial actual--, es para introducir, en paralelo con el discurso de Sala, una de las cuestiones en las que se reflejarán las verdades y mentiras del liberalismo. Pues resulta, sencillamente, que hay ciegos pobres y ciegos ricos. O, dicho más correctamente, que los ciegos también pertenecen a las clases sociales que conforman la sociedad capitalista (ésa que Sala prefiere llamar “de libre mercado”, a lo que no me opongo: si él lo prefiere así, podemos ponernos de acuerdo y tratar ambos términos como equivalentes a lo largo de todo este libro). Los economistas no liberales defendemos, entre otras cosas, que “la capacidad de desarrollarse como persona”, se sea ciego o no, depende mucho más de qué lugar ocupe cada cual dentro de la estructura de clases de la sociedad –o de qué lugar se ocupe en relación con el *modus operandi* de los mercados, si se prefiere decir así— que con el tipo de sociedad que tenemos desde 1760. Por el contrario, Sala y los demás economistas liberales parecen pensar que la sociedad buena empezó en 1760 (ya tendremos tiempo de volver a esta tesis que toma del premio Nobel Douglas North), es decir, en el momento en que, de repente, los bien intencionados (pero, al parecer, tontos e ineficientes) miembros de la sociedad precapitalista se volvieron egoístas y mal intencionados, con lo que consiguieron, de un golpe, instaurar el orden social perfecto (o cuasi perfecto) de los liberales.

Además, los ciegos analfabetos –que son mayoría incluso en los países ricos, y una mayoría abrumadora en todos los países pobres— serían, según Sala i Martín, seres más propios de la economía no capitalista, y no saldrán de su miseria mientras sus países no se decidan a abandonar los sistemas económicos alternativos --pero bien intencionados, como, por ejemplo, los del popurrí que cita en la página 112 de su libro: “el comunismo, el feudalismo agrícola o el populismo autárquico latinoamericano”— a favor del que “casi todos los economistas” consideran superior: el egoísta, pero benéfico, sistema de mercado.

2

El papel de los mercados en la economía moderna

A estas alturas, pocas dudas le cabrán ya al lector de que el autor del libro que tiene en sus manos no es ningún liberal. Sin embargo, debo aclarar algo que no es de por sí evidente. La crítica que supone este libro no sólo no tiene nada de personal, sino que tengo que confesar mi simpatía a priori por el autor del libro que critico. No sólo me parece que la foto de portada del libro de Sala muestra a un tipo más bien simpático (a quien no tengo el gusto de conocer personalmente), sino que en algunas de las cosas que escribe estoy más de acuerdo con él que con algunos de sus críticos --a la mayoría de los cuales yo considero críticos sólo “aparentes” del liberalismo, máscara que encubre su acuerdo profundo y oculto respecto a las tesis fuertes del credo liberal; de ahí, el calificativo de “criptoliberales” que les reservo, y que usaré profusamente en este libro-- que, a fin de cuentas, son tan liberales como Sala y encima no se han enterado. Pero ya volveremos a eso. Vayamos antes con los mercados.

Para empezar, tenemos la suerte de que Sala no parece del Opus Dei. Aunque nos hable del “pan fresco de cada día” (p. 29), como si de la traducción laica de la famosa frase del padrenuestro se tratara, deja claro en su libro --y el prólogo de Joan Oliver refuerza asimismo la idea-- que él es no es de los que comulgan con la idea del cristianismo antiguo de que el “liberalismo es pecado”. Posiblemente Sala sea un liberal por partida doble. Lo será en el sentido estadounidense --donde vivir en Nueva York es casi ya sinónimo de liberal, es decir, “izquierdista”, para la mayoría de la población de los Estados Unidos, y donde lo que cuenta no es ser más o menos partidario del mercado (prácticamente todos lo son), sino más o menos partidario de la intervención pública--: posiblemente pasará por keynesiano en amplios círculos de aquel

país. Y lo es sin duda en el sentido europeo, donde no hay que perder de vista una idea a la que volveré repetidamente en este libro: Keynes era un liberal de tomo y lomo, y hoy en día la mayoría de los liberales son liberales y a la vez keynesianos (como el propio Keynes, por cierto) --y no liberales antikeynesianos, como los dogmáticos ultraliberales que sólo existen en la imaginación o, como mucho, en la forma material que representan, omnipresentemente, los casi dos únicos individuos que forman esta especie: Carlos Rodríguez Braun y Federico Jiménez Losantos--, que defienden un catecismo ultraliberal en el que ni ellos mismos creen. En realidad, sólo creen en él los --mucho más numerosos-- ejemplares de la especie de los “izquierdistas”, que entran al toro de la crítica del “neoliberalismo salvaje” porque caen en la trampa estratégica liberal de colar las dosis más grandes de esta ideología en forma de oposición (“de sentido común”) a las aberraciones ideológicas de ese “neoliberalismo”, o “ultraliberalismo”, de catecismo, caricaturesco y asilvestrado.

Pues bien, en su oración laica de cada mañana, don Xavier Sala i Martín se desayuna con el pan tierno que el tendero, afortunadamente para todos, no le regala, sino que le vende (ya saben: egoístamente en lo privado pero eficientemente en lo social). Ya sabemos que, gracias a su afán de lucro, los panaderos se levantan “a las cuatro de la madrugada”. Pero a don Xavier se le pasa por alto un pequeño detalle. Los auténticos “vendedores” de pan que más pan tierno nos venden cada mañana no son precisamente ninguno de sus “productores” efectivos, sino los dueños de las instalaciones donde éstos llevan a cabo su trabajo (instalaciones que el público español conoce bajo el nombre de Carrefour, El Corte Inglés, etc.). Bien podría ocurrir que dichos dueños estén de vacaciones, por ejemplo a cinco mil kilómetros de sus hipermercados, disfrutando de una cálida velada tropical prolongada hasta las cuatro de la mañana (es decir, podrían estar yéndose a la cama a la hora en que se levantan muchos de los que tienen que hacerlo tan temprano para generar la plusvalía que financia esas vacaciones y otras muchas cosas).

La demagogia de los hechos, querido lector, no es culpa mía. Y aquí viene a cuento aquello que, según contaba Rosa Luxemburgo, le dijo una vez un taxista parisino cuando ella pretendía que la llevara gratis a no sé qué sitio de la ciudad “porque era pobre”: “Ce n’est pas ma faute, madame”. Pues bien, contra estos hechos --que sin duda nuestro autor considerará demagógicos, si es que no

“obscenos” (véase el capítulo 11)-- poco podrá hacer Sala i Martín argumentando a favor del supuesto “capitalismo popular”. Mientras tantos tengan que madrugar para que unos cuantos puedan vivir del exceso de trabajo de los primeros, lo van a tener muy difícil para convencernos a algunos de que todos somos individuos “propietarios de factores y consumidores” y, por tanto, iguales. Ellos creen tenerlo muy fácil porque lo que no les gusta lo desprecian (seguro que Sala no ha leído a Rosa Luxemburgo); pero nosotros tenemos que leer a la Luxemburgo, pero también a los Sala, porque no podemos permitirnos el lujo de despreciar al “enemigo” en esta guerra desigual.

Pero vayamos de una vez al mercado. Sala parece tan ingenuo, o tan mal informado, que escribe que “la esencia de la economía de mercado es que la propietaria de la panadería supo ver las *necesidades de la gente* del barrio (...) Es importante enfatizar que el objetivo de la mujer era ganar dinero y no hacer feliz a los demás. Ahora bien, para ganar dinero, la mujer tenía que producir lo que la gente del barrio quería” (p. 30). Pues bien, apliquemos su argumento más allá de las narices (es decir, del barrio) de nuestro autor. Llamemos “barrio A” a aquél donde su panadera “montó la panadería” y “de paso, creó nuevos puestos de trabajo”. ¿Qué decir de los barrios donde se montan mercados de heroína, o de cocaína, o de éxtasis, y de paso también se crean puestos de trabajo (aunque probablemente no sean tan madrugadores)? ¿Qué decir de los barrios donde se producen armas para la policía y para los criminales; barrotes para las cárceles; prostitutas y prostitutos para sus soberanos clientes-consumidores; valientes matones para sus cobardes compradores; o pequeños mafiosos varios para el libre y nada monopolista mercado de las variopintas mafias compradoras? ¿Qué decir de los barrios donde se fabrican las máquinas o las materias primas con las que se producen esas drogas, esas armas, esas prisiones, esas mafias, y todo ese dinero, falsificado o no, que permite comprarlo todo y a la vez ejercer la benéfica “democracia directa” del comprador en el mercado? ¿Qué, de esos barrios donde se produce todo lo necesario para corromper a esos burócratas del gobierno que, en opinión de Sala i Martín, tan fácilmente se corrompen, tanto si tienen buenas intenciones al “gastar demasiado, despilfarrar”, como si lo que quieren es usar “la fuerza en beneficio propio”?

O bien: ¿qué decir de tantos barrios en el mundo donde el problema es precisamente el contrario, es decir: que no se produce

nada: ni pan, ni leche, ni desayunos, ni meriendas, ni almuerzos ni cenas? Barrios en los que no se producen las medicinas que sí que se necesitan –quizás para no morirse--, pero que no se pueden pagar (y a veces, lo que es peor, ni siquiera se puede querer pagar, porque sencillamente se desconoce su existencia)? ¿Qué decir de los barrios donde no se produce educación sino analfabetismo, donde no se fabrica salud sino enfermedad, donde no se genera riqueza sino miseria, donde no se crea vida sino muerte...? ¡Qué suerte tienen tantos liberales, que tienen la libertad de elegir el barrio donde prefieren vivir! ¡Y qué mala suerte tiene tanta gente que tiene la desgracia de vivir en una sociedad donde la libertad de explotación de casi todos por parte de unos pocos es el requisito previo de cualquier otra libertad!

Sala parece pensar que el mercado es una maravilla generadora de longevidad, bienestar y salud en los países ricos porque sus habitantes son buenos creyentes y practicantes de la religión del “egoísmo benéfico”. Los países pobres, en cambio, al estar poblados de filántropos benefactores, no tienen la mínima habilidad para practicar el egoísmo y el ánimo de lucro, por lo que no pueden establecer siquiera esa maravilla de mercados que todo lo resuelve. Pero habría que preguntarle a don Xavier: Si esos países están gobernados por gobernantes sin escrúpulos, ¿cómo es que no surge en ellos un mercado de matones a sueldo suficientemente “ancho y profundo” para que los políticos se tengan que subordinar a la disciplina de mercado, máxime cuando el entorno mundial es predominantemente el de una economía de mercado?

Según él, los mercados funcionan tan bien porque lo único que necesitan son precios. Los precios dan toda la información necesaria, y cuando hay escasez los precios suben como reflejo de esa escasez, de forma que, si falta pan, “el sistema de precios informa que es necesario producir pan en aquel determinado pueblo”. Ahora bien, hagamos como Sala y preguntémosnos: si falta democracia, si falta paz, si faltan viviendas, y ropas y vacunas y calorías, y tantas otras cosas..., ¿por qué no funciona el sistema de mercado haciendo que se eleven los precios lo suficiente para que la búsqueda del máximo beneficio conduzca al aumento de la producción de todos estos bienes tan escasos? ¿Por qué les falta el egoísmo necesario a los pueblos de los gobernantes corruptos para eliminar a estos corruptos con los mismos votos de mercado que, según la historia feliz que nos cuenta nuestro autor, todo lo arreglan?

Añade D. Xavier: “Es importante señalar que para que las empresas acaben satisfaciendo los deseos de los consumidores es necesario que éstos tengan la capacidad de escoger libremente entre diferentes alternativas” (p. 31). Se refiere, claro está, a la ausencia de monopolio. Pero antes de entrar a debatir la cuestión del monopolio, me permitirá el lector que invente un neologismo aberrante pero indudablemente significativo: el “ceropolio” (su significado es obvio: si monopolio significa un solo vendedor, mi *ceropolio* indica la ausencia de vendedores en el mercado).

¿Cómo explican los liberales la omnipresencia de los “ceropolios” en economías donde el dinero existe y los mercados también, y donde, por mucho que se empeñen ellos, todo el mundo reconoce la existencia de economías de mercado (corruptas o no, eso es lo de menos; ¿o es que acaso se olvidan los casos de corrupción institucionalizada en los países ricos?)? ¿Por qué no funciona allí lo que Sala llama “disciplina de mercado”? Según él, si un producto no gusta a los clientes o es demasiado caro, los ciudadanos irán a comprar “a (...) la competencia”. ¿Por qué no ocurre lo mismo en África, por ejemplo? ¿Por qué no van los ciudadanos de un poblado de Sudán a otro mercado, a otro sitio, a otro país, donde las medicinas, el agua y la comida sean más baratos? ¿Por qué los ciudadanos de los países pobres carecen de la “soberanía del consumidor” de la que aparentemente están dotados todos los miembros de las sociedades ricas? ¿Qué clase de preferencias gastan estos individuos que prefieren las dictaduras a las democracias, el hambre antes que la sobrealimentación, y los ataúdes pequeños y austeros para niños flacos a los féretros grandes y acolchados para venerables ancianos casi centenarios?

Tengamos un poco de paciencia para ver si encontramos en nuestro autor alguna explicación. Escribe: “A pesar de este principio básico de la economía, muchos gobiernos de todo el mundo introducen regulaciones o barreras que impiden el libre funcionamiento del mercado” (p. 32). Sin embargo, en la mayoría de los países hay libertad para vender medicinas, agua o galletas, pero resulta que no se venden. Y no se venden porque no se pueden comprar. Se necesitan, de eso no hay duda, pero existe un pequeño inconveniente: no se puede convertir ninguna de esas mercancías en un instrumento efectivo para que funcione la panacea del egoísmo benefactor: el lucro. De nada sirve producir cosas para el bienestar de la población si con ello no se permite poner en práctica el egoísmo del interés privado y del máximo beneficio. Si no hay

lugar para el egoísmo, no hay tampoco espacio para crear puestos de trabajo ni para crear salarios ni para crear beneficios, ni hay por tanto dinero para traducir en lenguaje ordinario los deseos de los ciudadanos auténticamente “analfabetos” (aquéllos que no leen ni escriben, y ni siquiera hablan, el lenguaje del poder adquisitivo monetario).

Nuestro don Xavier repite cándidamente, una tras otra, todas las viejas oraciones de la letanía liberal (aunque muy ordenado no es, la verdad, y a veces da la impresión de que se queda dormido entre medias y tiene que volver a empezar). Por ejemplo, el mercado es el reino de la libertad y de la voluntad porque, por definición, si ninguna de las dos partes se ve obligada a entrar en una transacción bilateral, eso es señal inequívoca de que ambas salen ganando cuando la llevan a cabo. Pero la pregunta que no responde él ni responden los liberales es:

“Y cuando la transacción *no* se lleva a cabo, ¿significa eso que ambas partes salen ganando con la ausencia de intercambio, o que ambas pierden por culpa de que la existencia de la economía de mercado impide que se lleven a cabo esos intercambios?”.

Cuando millones de personas *no* compran las medicinas o la leche que necesitan, y a la vez centenares o miles de empresas *no* producen la leche o las medicinas que necesitan las primeras, cuando como consecuencia de ese libre acuerdo y esa doble dejación una proporción de los primeros se muere, y la entierran (o quizás ni eso), ¿se debe de verdad esto a que ambas partes salen ganando con la ausencia de transacción? Nuestro autor prefiere evitar la pregunta y limitarse a concluir lo siguiente: “Hoy en día, son pocos los que dudan que el mejor sistema económico que ha existido en la historia de la humanidad es el libre mercado y pocos son los que todavía proponen la planificación central”.

Habría que recordarle a Sala que, en relación con la verdad objetiva, el argumento de autoridad de “la mayoría” no sirve de mucho, por no decir “de nada”. La historia demuestra cuántas veces se ha equivocado la mayoría, las mismas en que ha sido la minoría la que ha demostrado, a la postre, tener razón. En cualquier caso, que me cuenten Sala y los lectores en la minoría de los escépticos; o mejor, no entre estos “agnósticos”, sino entre los “ateos” que suscribimos lo que dice el filósofo polaco Adam Schaff², que ha

² Adam Schaff (1997): *Meditaciones sobre el socialismo*, México: Siglo XXI, 1998.

vivido muchos años bajo el llamado “socialismo real”, pero que a pesar de todo escribe lo siguiente: “Yo sé (subrayo que no es una esperanza, sino algo que sé con certeza) que un régimen basado en una economía parcialmente colectiva y planificada (y en ese sentido socialista) remplazará al capitalismo actual en un futuro ya muy cercano, independientemente de la resistencia de quienes se vean afectados por el proceso”.

Los argumentos históricos de Sala vale la pena reproducirlos, ya que en su libro no ocupan mucho más espacio que el que les dedicamos aquí:

* Las dos Alemanias se separan después de la II Guerra Mundial, y la del este se empobrece mientras la del oeste se enriquece, siendo en 1999 la renta per cápita de la segunda cuatro veces superior a la de la primera.

* Algo parecido sucede en Corea, pero con un desequilibrio aun mayor (que se eleva a una relación de 14 a 1 en el año 2000).

* Lo que sucedió con los cuatro “dragones” asiáticos (Corea, Hong Kong, Singapur, Taiwán, que imitaron a Japón), y luego con sus sucesores, los “tigres”, fue sencillamente que adoptaron la economía de mercado. No es cierto que el “dirigismo estatal” fuera “ni mucho menos la clave que los condujo a la prosperidad”, como lo demuestran los casos chinos e indio: “mientras estos dos países mantuvieron políticas socialistas de planificación central (...) la población (...) vivió en la miseria más absoluta”; pero cuando China comenzó a “privatizar” y a “abrir la economía al exterior”, la renta per cápita “se cuadruplicó en menos de veinte años” y “en 1999 se convirtió en la segunda potencia mundial en términos de producción y renta total” (pp. 37-39).

Ésa es toda la explicación que ofrece nuestro autor, y sin duda se fue a descansar después de tanto esfuerzo.

3

Las desigualdades buenas, y las malas

Ya hemos dicho que los liberales no creen en las clases sociales, al menos en las que se definen seriamente –es decir, conceptualmente--, y mucho menos en las que se definen de acuerdo con criterios económicos o sociales (como, por ejemplo, el lugar que se ocupa en la estructura de la producción y de las relaciones que resultan del proceso de reproducción social) que vayan más allá de los deciles, los quintiles, los percentiles y demás categorías estadísticas igual de insulsas. A cambio, se les llena la boca permanentemente con la equívoca y multívoca “clase media”. Sala i Martín nos muestra la típica falta de rigor que caracteriza a esos economistas tan propensos a usar términos como éste. Por ejemplo, nos habla primero de la clase media “de un país europeo típico” –de la que dice que “puede hacer cosas que, en el siglo XVIII, sólo hacían los reyes franceses”, y que su representante actual “es una familia trabajadora” (p. 41)--. Pero eso no le impide hablarnos también de la clase media de Botswana –país donde entre el 30% y el 50% de la población adulta está infectada de sida--, cuyos jóvenes “en su mayoría forman parte de los cuadros directivos intermedios empresariales” (*¡sic!*, p. 144).

La clarividencia social de conceptos así plantea muchos problemas. Por ejemplo, la clase media en España, ¿es sólo el 10% central de la jerarquía estadística de rentas, o es el 99 y pico por ciento que se extiende entre la duquesa de Alba (y otros congéneres) y la capa más pobre de los quinquis (tipo “el Lute”)?; ¿o quizás un 1%, un 50%...? Si los sidosos jóvenes botswanos de esa brillante clase media de la que nos habla nuestro autor obligan “a las empresas que trabajan en Botswana a educar y a formar a dos directivos por cada plaza de trabajo disponible, puesto que la probabilidad de que uno de los dos muera es muy elevada”, no cabe

duda de que tiene que tratarse de empresas capitalistas y estamos ante una economía de mercado. Pero si las tasas de mortalidad son tan altas, ¿cómo es posible que el bendito mercado no haya logrado la eficiencia, aunque sólo sea en términos de supervivencia y de esperanza de vida?

Pero hay aberraciones más claras en el análisis sociológico de Sala, incluso en el plano nacional. Por ejemplo, argumenta, con tanta claridad como siempre, sobre lo beneficiosos que resultan los “archimillonarios”. No se trata de sus impulsos “altruistas y generosos”, que los llevan, es verdad, a crear fundaciones y a regalar dinero con objetivos humanitarios. Se trata, *sobre todo*, de que el conjunto de lo que producen es precisamente lo que “permite[n] a tantos y tantos trabajadores de todo el mundo ganarse la vida”. Como buen discípulo de Adam Smith, a Sala le preocupa que sea mucho más productivo Bill Gates que la improductiva Duquesa de Alba –“hoy por hoy no se me ocurre nada útil que pueda producir esta señora y que justifique su fortuna (...) no es una señora demasiado productiva” (p. 48)--. Pero sin duda piensa que ambos pertenecen a una “clase alta”, al igual que hay un buen grupo de ciudadanos que forman parte de la “clase baja”.

Por supuesto, hay una parte de la desigualdad de rentas de la que habla Sala que le parece bien, ya que “si la posibilidad de hacerse rico no existiera, la gente no trabajaría” (p. 43; en esto coincide con Keynes, que encontraba “justificación social y psicológica de grandes desigualdades en los ingresos y en la riqueza (...)” exactamente por las mismas razones). Pero otra parte le parece “mala” e “injusta”, si se produce como consecuencia de no respetar el principio de “igualdad de oportunidades”. Habría que recordarle a este economista liberal que esto mismo debía de ser lo que pensaba el general Franco cuando estuvo de acuerdo en que sus gobiernos pusieran en práctica un “Patronato para el Principio de Igualdad de Oportunidades” (el famoso P.I.O. del ministerio de Educación), con su sistema de becas de estudio y becas-salario, para que, al menos intencionalmente, “los hijos de todas las familias pudieran estudiar”. Sin embargo, lo que caracteriza al capitalismo es una movilidad social mucho mayor que en los sistemas anteriores. Sala exagera esto hasta mitificarlo. Si fuera verdad la contraposición que sugiere --que los nobles feudales se reproducían constantemente, mientras que en el capitalismo el ascenso social está al alcance de todos--, ¿cómo explicar que los grandes títulos nobiliarios de hoy, no sólo son la herencia de siglos

de historia, sino también, al mismo tiempo, la materialización de los núcleos de mayor riqueza capitalista y burguesa de la sociedad actual, desde la Duquesa de Alba (una de las mayores capitalistas de España, que él imagina como si fuera su tatarabuela del siglo XVI) a la reina de Inglaterra, y desde el rey de España al sultán de Brunei?

Por otra parte, como ejemplo de la movilidad social capitalista Sala ofrece un cuadro elaborado a partir de datos de la revista *Forbes*, a partir del cual pretende sacar varias conclusiones significativas. En primer lugar aduce que, si se comparan las veinte personas más ricas del mundo en 1915 y en 2000, midiendo su riqueza en dólares constantes, “el valor actual de las fortunas de 1915 es más o menos igual que el de las del año 2000” (p. 46). Para empezar, esto no es exacto ni en su propio cuadro. Y no sólo porque en 2000 se produce un bajón en la riqueza respecto a 1999, como él mismo señala (por ejemplo, debido a la caída de la Bolsa, la fortuna de Bill Gates se redujo un tercio), sino porque sumando las fortunas de los veinte archimillonarios el incremento que se desprende de su tabla es de 130.490 millones de dólares (un aumento de casi dos tercios más), y sumando sólo la de los 19 primeros (dejando fuera a John Rockefeller en 1915 y a Bill Gates en 2000), el incremento resultante es dos veces superior en términos relativos (150.000 millones, que significa un 120% más). Sin embargo, para Sala, estos nombres que ya no aparecen en la lista de los 20 *top* de la actualidad “desaparecieron” de ellas como simple “reflejo de la movilidad social” ¿Acaso pretende hacernos creer que han pasado a formar parte de la clase media o de la baja? ¿Acaso no son ésas las únicas categorías “sociales” que es capaz un liberal de usar?

Pero, más importante aun, ¿tan difícil es sospechar que los Rockefeller —o los Carnegie, Ford, Morgan o Guggenheim—, no es que no sean ya tan ricos como antes, sino que han tenido mucho más tiempo (y ganas) que los nuevos ricos para ocultar sus fortunas detrás de una maraña de sociedades y fundaciones que, entre otras cosas, sirve para difuminar su presencia en estas listas en la que otros están ávidos por aparecer? ¿Y tan tontos cree Sala que somos como para no darnos cuenta de que, sustituyendo las 20 mayores fortunas por las 200, o las 2.000 o las 20.000 mayores fortunas, sin duda la movilidad social de los archimillonarios se reduciría drásticamente? Haga usted mismo, querido lector, la prueba al revés, siguiendo la práctica habitual de los malabarismos liberales.

Reduzca la clase alta a la mayor fortuna del mundo (una sola) y sin duda tendrá una movilidad social ¡del cien por cien! (100%), si no todos los años, al menos en el medio y largo plazo. ¿Ve usted cuán móvil es el capitalismo? Pues, ande: deje ya este libro y póngase a imitar a don William Gates.

Sala no se cansa de repetir la importancia del trabajo que hicieron Gates y sus compañeros en los famosos y míticos garajes³ familiares donde ellos inventaron el sistema operativo DOS (y tantos otros, tantas otras cosas más tarde). Pero habría que preguntarle a él: ¿cómo explica que haya podido realizarse invento alguno en toda la historia antes del capitalismo, si aún no existía el ánimo de lucro capitalista y de mercado? Si opta por decir que el ánimo de lucro ha existido siempre –ya que forma “parte de la naturaleza humana” (Adam Smith *dixit*)-- , ¿cómo explicar entonces que “los reyes, los príncipes y los duques” vivieran tan pobremente como dice, tanto en la Edad media como en la moderna, por no remontarnos aun más atrás?

Por otra parte, y sin salirnos de su famosa tabla *Forbes*, debería explicarnos en qué consiste el misterioso “emprendimiento” de esos empresarios tan “emprendedores” y tan ricos, como son los tres miembros de la familia Mars (en la lista de 2000) o los 5 de la familia Walton⁴? ¿Supone que todos ellos son tan inventores y tan trabajadores como los Michael Jordan, los Rivaldo o los Tiger Woods, que él menciona, o son más bien simples herederos y/o rentistas que se aprovechan de la explotación masiva de *sus* asalariados, ya lo hagan por primera vez, ya por larga tradición familiar? ¿Y ha pensado don Xavier que si los Jordan y los Rivaldo quieren seguir siendo ricos de por vida, y que sus hijos sean

³ *El País* de 16-5-02 informa de que Napster –el famoso servidor que hace tres años “revolucionó la forma de escuchar música por Internet”-- está “al borde la quiebra”. Y eso que su inventor, Shawn Fanning, se cuenta entre los míticos emprendedores “subterráneos”, e “ideó el sistema en el sótano de su casa”. Parece que los sótanos y los garajes ya no son lo que eran. No sé si es casualidad o no, pero precisamente el mismo día recibí el siguiente email: “[Napster Adult-X is Back - 100% FREE. Offer Ends in 24 Hrs - Act Quickly!](#)” Napster software is not required. Napster Adult-X can now get you into an adult paysite of your choice completely free within minutes. *Music has been regulated, but free Adult Entertainment has not.* [Click Here](#)” (itálicas, añadidas).

⁴ Según la edición de *Forbes* para 2001, los lugares 5 a 10 de la lista de “las mayores fortunas del mundo” son miembros de la misma familia: Jim C. Walton (de 54 años), John T. Walton (56), Alice L. Walton (53), S. Robson Walton (58) y Helen R. Walton (82) (véase *El País* de 1-3-2002, p. 72).

también ricos aunque no sepan jugar al fútbol o al baloncesto, no tienen más remedio que montar negocios, comprar acciones o convertirse en una u otra especie de capitalista que sólo podrá reproducir su riqueza a base de un emporio de mano obrera asalariada?

Sin embargo, lo más importante es completar los datos que aporta Sala con otros de los que parece no tener ni idea (o, si los conoce, se olvida de citar: quizás los evita para no llegar a las conclusiones que necesariamente se extrae de ellos). Me estoy refiriendo a las diversas medidas de la tasa de plusvalía que puede encontrar en numerosos libros que se siguen escribiendo en la actualidad utilizando las categorías concebidas dentro de la teoría laboral del valor, una teoría que sin duda él creará ya periclitada, pero que no lo está en absoluto, como lo demuestra el hecho de que los trabajos e investigaciones que se llevan a cabo en la actualidad puede encontrarlos a montones hasta en Internet⁵.

En otro lugar he escrito que la perspectiva que usan los economistas liberales es lo que se llama el “enfoque de cero clases”, frente al enfoque de dos clases que prefiero utilizar yo. Me explico: en ambos casos hay que distinguir lo que es el modelo teórico abstracto de lo que son los análisis de las realidades históricas concretas. Por ejemplo, los defensores del modelo de cero clases no tienen inconveniente, como hemos visto en el caso de Sala, en dividir las economías nacionales reales en tres supuestas clases –llamadas “alta”, “media” y “baja”--. De igual manera, los economistas no liberales sabemos que al estudiar economías reales necesitamos mucha más precisión, y por supuesto no podemos pasar por alto las diferencias entre, digamos, un taxista que trabaja como autónomo usando su propio taxi y un segundo

⁵ Sólo citaré dos trabajos en cada una de estas tres lenguas: inglés, francés y español. Se trata de: Shaikh, A.; E. Tonak (1994): *Measuring the Wealth of Nations. The Political Economy of National Accounts*, Cambridge University Press, Cambridge; Moseley, F. (1982): *The Rate of Surplus-Value in the United States: 1947-1977*. Ph. Dissertation. University of Massachusetts; Delaunay, J.-C. (1984): *Salariat et plus-value en France depuis la fin du XIX^e siècle*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París; Gouverneur, J. (1998): *Découvrir l'économie: Phénomènes visibles et réalités cachées*. París, Éditions Sociales [ed. española en www.i6doc.com, 2002]; Guerrero, D. (1989): *Acumulación de capital, distribución de la renta y crisis de rentabilidad en España (1954-1987)*, Madrid: Universidad Complutense; Cámara, S. (2003): *Tendencias de la acumulación y de la rentabilidad del capital en España (1954-2001)*. Tesis Doctoral, Madrid: UCM, Facultad de CC. Políticas.

taxista que es un asalariado del sector y maneja uno de los taxis de un empresario capitalista (pequeño o grande). Sin embargo, en nuestro modelo, como primera aproximación teórica, no hay inconveniente en contraponer al modelo neoclásico de 0 clases (es decir, a la idea de que todos los individuos son sustancialmente iguales desde el punto de vista social, y pertenecientes a la clase única de “consumidores-que-son-a-la-vez-propietarios de algún vector de factores”, lo que equivale a afirmar que no hay clases en la sociedad, pues 1 clase y 0 clases son equivalentes en la teoría) otro alternativo construido a partir de dos clases, según que éstas vivan mayoritariamente del “capital” o del “trabajo”.

Los neoclásicos y liberales sólo hablan de individuos. Pero los que no somos neoclásicos ni liberales sabemos que el hecho de ser un propietario de medios de producción suficientes para contratar mano de obra ajena, o de ser un simple asalariado, condiciona de forma decisiva nuestro comportamiento económico global. Usar, por tanto, un modelo de dos clases no elimina la necesidad de investigar los comportamientos individuales, pero sí enriquece su comprensión, al partir de las razones estructurales que obligan a asalariados y capitalistas a comportarse de forma muy diferente (tanto en el interior de las empresas, donde no hay mercado, como fuera de ellas, es decir, en los mercados en primer lugar, y en otras instancias a continuación). La dependencia de los que sólo⁶ tienen para vender su fuerza de trabajo respecto de los patrones es algo que ya viera con toda claridad el propio Adam Smith⁷, y de la que extrajo las consecuencias adecuadas Karl Marx: mientras los trabajadores sean portadores de su propio pellejo como mercancía y se tengan, por tanto, que comportar como mercaderes, su dependencia respecto a los capitalistas hará que pierdan continuamente peso en la renta nacional.

Marx hablaba de un aumento de la tasa de plusvalor, o también, siguiendo la terminología usada por Ricardo, de un descenso del

⁶ Quizá tengan algo más, pero eso sólo les sirve como medio para ampliar el círculo de los bienes que consumen, y en ningún caso para convertirse en trabajadores autónomos y mucho menos en capitalistas.

⁷ “Sin embargo, no es difícil de prever cuál de las dos partes saldrá gananciosa en la disputa, en la mayor parte de los casos, y podrá forzar a la otra a contentarse con sus términos. Los patronos, siendo menos en número, se pueden poner de acuerdo más fácilmente, además de que las leyes autorizan sus asociaciones o, por lo menos, no las prohíben, mientras que, en el caso de los trabajadores, las desautorizan” (p. 65 de *La riqueza de las naciones*).

salario relativo, y en eso mismo consistía el aumento del grado de explotación del trabajo al que se refería el primero, y que la literatura posterior también llama “tendencia a la depauperación relativa” de los trabajadores. Los datos de las economías reales muestran, en efecto, que todas estas ideas se corresponden con lo que sucede en la práctica de las economías de mercado, no sólo en el siglo XIX, sino también los siglos XX y XXI. Y para comprobarlo vamos a usar las cifras oficiales de la economía española. Lo único que hay que tener en cuenta es que no estamos trabajando con una economía capitalista acabada (capitalista al 100%), como en el modelo —es decir, una economía sólo formada por capitalistas y asalariados—, sino con una economía donde hay un tercer grupo social (los autónomos) que ha ido representando una fracción muy decreciente de la población activa total (consecuencia del creciente grado de asalarización o proletarización al que se refería ya Marx).

Pues bien, en el cuadro 1 podemos ver qué ha ocurrido a este respecto en España en el periodo 1964-2000. Este cuadro nos ofrece una buena ilustración de que el crecimiento de la desigualdad no es un fenómeno exclusivo de las relaciones internacionales (donde, por supuesto, también se da: véase el capítulo 10), sino que es también característico de la realidad (intra)nacional. En el caso de España, el proceso de depauperación relativa es un hecho de la más rotunda actualidad, sobre todo si se mide bien, teniendo en cuenta el proceso de asalarización y proletarización de la población activa. Si la proletarización no es más evidente para una mayoría de economistas es porque ellos mismos están penetrados de una ideología que les impide ver que tales procesos son realidades completamente objetivas, insertadas en la dinámica de las relaciones sociales y económicas del capitalismo, por mucho que el nivel ideológico no parezca corresponder a esas realidades objetivas.

Proletarización y asalarización son fenómenos que se comprueban con las frías estadísticas de la población activa⁸, y no

⁸ Por supuesto, las estadísticas convencionales siempre tratarán de que el fenómeno sea lo menos visible posible, acudiendo incluso a todo tipo de artimañas metodológicas, como la de considerar autónomos a lo que todo el mundo sabe que son “falsos autónomos” --obligados por sus patrones capitalistas a inscribirse como tales en la Seguridad Social, para abaratar la mayor carga que para la empresa supone el trabajo de un asalariado-- o la más reciente, y más

con el termómetro de la efervescencia revolucionaria de los asalariados, medida además por la apresurada iniciativa de algún investigador deseoso de encontrar descubrimientos “originales”. Por supuesto, si no fuera casi siempre cierto que los asalariados (dominados) participan de las mismas torpezas ideológicas que se encargan de crear los serviles intelectuales del capital (sean o no economistas) al servicio de sus propietarios (dominantes), no podría tener sentido una frase tan cierta como aquélla, ya clásica, de que “la ideología dominante es la ideología de la clase dominante”.

Y si miramos objetivamente al cuadro 1, lo que encontramos es que la situación relativa de los asalariados (que, al incluir a los parados, se nos convierten en “el proletariado”⁹) simplemente ha empeorado tanto y tan deprisa que, en los 35 años que van de 1965 a 1999, su participación corregida en la renta nacional se ha hecho tres veces más pequeña que la correspondiente a los no asalariados. El cálculo es muy sencillo de hacer y de comprender: la parte del proletariado en el PIB sólo ha aumentado un punto en 35 años (un 2% en términos porcentuales); pero como su parte en la población activa ha crecido un 40%, eso significa que su participación “corregida” ha bajado un 27.1% (descenso del coeficiente que refleja la depauperación desde 0.84 a 0.61). Por su parte, los no asalariados han bajado su peso en la población activa un 57%, a pesar de lo cual sólo ha disminuido su parte en el PIB en un 2%, lo que significa que su participación corregida ha subido un 125.5% (su coeficiente de enriquecimiento ha subido desde 1.23 a 2.77). Por consiguiente, el cociente de ambas participaciones corregidas se ha disparado desde menos de 1.5 a más de 4.5, lo que significa un crecimiento de la desigualdad que, a lo largo de esos treinta y cinco años, se ha multiplicado exactamente por 3.09.

Permítame el lector reclamar una relevancia mucho mayor para un cuadro como el 1 --que, con todas sus limitaciones, ofrece una

graciosa, de llamar a los vendedores ambulantes “empresarios sin establecimiento”.

⁹ Soy muy consciente de que esta terminología choca, pero no choca porque sea falsa, sino porque la mayoría de los analistas e intérpretes están prestos a dejarse “chocar” por todo lo que se salga de su perezosa costumbre a no pensar. Es decir, en este caso, por su tendencia a imaginarse al proletario en la forma de un obrero en alpargatas, como si estuviéramos a mediados del siglo XIX. Curiosamente, este pecado de lesa actualización, del que tanto acusan a los demás, son ellos los primeros en cometerlo.

panorámica de la distribución de la renta de toda la población activa de un país-- que para unas estadísticas como las que ofrece la revista *Forbes*, limitadas a sólo veinte individuos (por muy ricos e importantes que sean). Por lo demás, esta revista es tan privada como esos millonarios, mientras que las cifras utilizadas para construir el cuadro 1 proceden todas de estadísticas oficiales de nuestro Instituto Nacional de Estadística.

Cuadro 1:
Depauperación obrera y enriquecimiento de los no asalariados en España,
según la Contabilidad Nacional de España (CNE)

Año	a = (RA/PIB)	b = 1 -a	c = (ProI/PA)	d = 1 - c	e = coeficiente de depauperación = a/c	f = coeficiente de enriqueci- miento = b/d	Posición relativa de: Proletariado g = e/f No asalariados h = f/e
1964	49.1%	50.9%	58.6%	41.4%	0.84	1.23	0.68
1975	58.9%	41.1%	68.9%	31.1%	0.85	1.32	0.65
1982	56.8%	43.2%	73.2%	26.8%	0.78	1.61	0.48
1988	52.2%	47.8%	76.2%	23.8%	0.69	2.01	0.34
1995	52.4%	47.6%	79.2%	20.8%	0.66	2.29	0.29
1997	49.7%	50.3%	81.0%	19.0%	0.61	2.65	0.23
1999	50.1%	49.9%	82.0%	18.0%	0.61	2.77	0.22
1999/64	1.02	0.98	1.40	0.43	72.9%	225.5%	0.32
							1.47
							1.55
							2.08
							2.93
							3.46
							4.31
							4.54
							3.09

(Fuente: Contabilidad Nacional de España, EPA y elaboración propia).

4

El papel del gobierno

Al igual que ha hecho siempre toda la tradición liberal, nuestro autor, D. Xavier Sala, no se olvida, después de cantar las omnipresentes virtudes del mercado, de distinguir cuáles son las cosas que el gobierno debe hacer y cuáles son aquéllas de las que tendría que prescindir. Porque a este respecto no se debe ocultar que toma ciertas distancias respecto de los “analistas” que podrían llegar, basándose en lo escrito por él en los tres primeros capítulos de su libro, a la conclusión de “que lo mejor que puede hacer el gobierno es no hacer nada” (p. 49). Sala afirma claramente: “sinceramente, creo que están equivocados”.

Lamentablemente, lo primero que tenemos que objetar aquí es que tales analistas no existen. Veremos más adelante cómo hasta los ultraliberales más extremos defienden una intervención pública imprescindible. Muchos izquierdistas parecen olvidar este tipo de argumentos, y utilizan un género de críticas del *neoliberalismo* que, efectivamente, como ha denunciado un liberal tan conocido en nuestro país como Pedro Schwartz, tienden más a la caricatura que a la descripción exacta de lo que ha acontecido en la historia real del pensamiento económico. Schwartz escribe que, a pesar de que “la mayor parte de los objetivos últimos de socialistas e individualistas son los mismos: prosperidad, libertad, felicidad, seguridad”, la realidad es que “discrepamos en los medios y en nuestro concepto de cómo funcionan los mecanismos sociales”¹⁰.

Por eso, frente a los que los socialistas llaman *Estado de bienestar*, y que él prefiere denominar *Estado paternalista*, lo que propugna es un *Estado liberal*, pero advirtiéndolo previamente --en lo que tiene toda la razón-- contra la caricatura que se ha hecho a

¹⁰ En sus *Nuevos ensayos liberales*, p. 155.

menudo de la ideología liberal: “La actitud de los liberales ante el Estado suele caricaturizarse por incomprensión (...) creen que el liberal en el fondo desea abolir el Estado, cuando busca centrarlo y reforzarlo”¹¹. Schwartz tiene razón también cuando escribía (tan pronto como en 1984) “Ya no se oyen en bocas socialistas apologías del déficit público; ni promesas de nacionalizar los medios de comunicación, distribución y consumo (...) Todo es hablar de ortodoxia financiera, reconversión industrial, flexibilidad de plantillas, economía de mercado”. Continúa Schwartz: “La gente cree que los liberales perseguimos la destrucción del Estado. Muy al contrario, he dicho y quiero probar ahora, el liberalismo como programa político es un programa estatal y público (...) Los liberales, lejos de pretender la destrucción del Estado y su sustitución por no sé qué orden social espontáneo, buscan la restauración de un *Estado fuerte, limitado y capaz* de cumplir sus funciones necesarias: un Estado que sepa establecer y mantener el marco en el que vaya a florecer la actividad individual”¹².

¹¹ *Íbid.*, p. 167. Por tanto, si lo que buscan los liberales es forzar y reforzar el Estado, lo que está haciendo Schwartz no es sino adelantarse 14 años a la famosa *tercera vía* de Tony Blair (véase el capítulo 6 de la segunda parte de este libro), para quien “la Tercera Vía no es un intento de señalar las diferencias entre la derecha y la izquierda. Se ocupa de los valores tradicionales de un mundo que ha cambiado. Se nutre de la unión de dos grandes corrientes de pensamiento de centro-izquierda --socialismo democrático y liberalismo-- cuyo divorcio en este siglo debilitó tanto la política progresista en todo Occidente. Los liberales hicieron énfasis en la defensa de la primacía de la libertad individual en una economía de mercado; los socialdemócratas promovieron la justicia social con el Estado como su principal agente. No tiene por qué haber un conflicto (...)” (Blair, *La Tercera Vía*, p. 55). La patronal sabe perfectamente a quién tiene que apoyar en cada momento. Así, por ejemplo, Joaquín Estefanía recordaba en su libro sobre *La Trilateral en España* cómo el programa que encargó la CEOE a Schwartz fue directamente a la basura, por dogmático e impracticable. Un cuarto de siglo más tarde, la prensa nos recuerda que los empresarios franceses, no sólo no le han encargado nada a Le Pen, sino que se han manifestado en contra suya, y a favor de Chirac, en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales francesas (*El Mundo*, 30-4-02, p. 16). Hubiera sido un interesante ejercicio de historia-ficción asistir a las recomendaciones patronales de voto en un ya imposible duelo Jospin-Le Pen. En cualquier caso, no es difícil adivinar qué habría pasado].

¹² *Íbid.*, pp. 166, 173 y 183; *itálicas*, añadidas. La utopía ultraliberal de que es posible volver a un Estado delgado y barato, como el manchesteriano, pero siglo y medio más tarde, sólo la defienden algunos discípulos de Schwartz, como Carlos Rodríguez Braun, quien cree en un “pequeño Estado benefactor con una presión fiscal máxima de, digamos, un 20 por ciento del PIB”. Su maestro es, sin embargo, escéptico a este respecto, pues no olvida que “este modelo

Según Sala i Martín, el gobierno tiene que ocuparse de cuatro tipos de tareas: 1) “la defensa y garantía de los derechos de propiedad”, 2) la de “la competencia”, 3) la “regulación” en el caso de ciertos bienes “problemáticos” (o “no normales”, a saber: “bienes públicos, externalidades y bienes comunales”), y 4) lo que llama “protección de los desprotegidos, bienestar e igualdad de oportunidades”. Veamos cada una a un tiempo.

1. La salvaguarda de los derechos de propiedad se lleva a cabo, claro está, mediante “la defensa nacional, la policía y el sistema judicial”. Seguro que, si se le pregunta, no tendrá nuestro autor problemas en encontrar partidas, dentro de esos ministerios de Defensa, Interior y Justicia, que le parecerán más bien señales de despilfarro que de defensa de la sacrosanta propiedad privada. Pero lo más curioso es que aprovecha en este punto para recriminar a los africanos por ser culpables --¡cómo no!-- de su pobreza (lo cual forma parte de la estrategia neoliberal típica: también los parados son los culpables de su desempleo; los televidentes, culpables de la televisión basura que se les ofrece; los votantes, de la pobre oferta que les ofrecen los partidos, etc.): “Con toda seguridad, uno de los principales factores que explica la extrema pobreza de la mayor parte de los países africanos son las continuas guerras que han asolado el continente desde su independencia” (p. 50). Yo le preguntaría por qué las guerras (incluidas dos llamadas “mundiales”, pero que son básicamente europeas) que han asolado el continente europeo desde hace siglos¹³ explican, por el contrario, su “extrema riqueza” (en términos relativos), y por qué la relativa ausencia de guerras en África antes de su independencia no fue responsable de un incremento en su riqueza.

2. Para garantizar la competencia, Sala insiste en la necesidad de limitar los monopolios, aunque matiza repetidamente que en este punto no es tan importante la “privatización” como la “liberalización”; es decir, da igual que una empresa pase del sector

archicapitalista se acerca mucho al anarquismo”, tanto que hay un “ejemplo de anarquista, el de Thomas Hodgskin, quien, considerándose socialista utópico, escribía los editoriales en pro del *laissez-faire* en *The Economist* durante los años posteriores a su fundación en 1843”.

¹³ ¿Acaso Sala no ha leído a ese maestro de liberales que fue Isaiah Berlin, para quien el siglo XX es el “siglo más terrible de la historia del mundo occidental”?, en lo que coincide con el no menos liberal William Golding, que lo llamó “el siglo más violento de la historia de la Humanidad”? Al menos, el liberal Gabriel Tortella admite que progreso y violencia “están íntimamente interrelacionados” (*La revolución del siglo XX*, p. 18).

público al sector privado si no se consigue eliminar su poder monopolista e introducir una competencia real que beneficie a los consumidores. Vemos en primer lugar aquí una crítica soterrada de la estrategia del gobierno del PP: “algunos gobiernos que se autoproclaman liberales han sido muy rápidos a la hora de *privatizar* (...), pero menos rápidos a la hora de *liberalizar* (...) un monopolio privado tiene tan pocos incentivos a [*sic*] satisfacer a los consumidores como un monopolio público”.

Pero lo que nos parece más relevante de este discurso es, una vez más, la manía contra los monopolios, que es tan típica entre los liberales (véanse la entrevista a Milton Friedman en *El País* de 11-XI-01) como entre los militantes de los partidos de izquierda que se han dejado influir por las ideas leninistas. Esta manía no se refiere al monopolio realmente criticable —el de la propiedad privada, que, por ser privada, es exactamente monopolista de aquello que es apropiado—, sino parece asentarse en el desconocimiento de que, la mayor parte de las veces, los “monopolios” de la Microeconomía liberal no son el resultado de una intervención perversa de gobiernos antiliberales, sino simples ejemplos de eso que el propio Sala llama “monopolios naturales”, y que los liberales tienden a presentar confusamente como la excepción en el universo de los monopolios. Nuestro autor reconoce que en estos casos de monopolio natural, las tres posibles soluciones existentes —a saber: no hacer nada, fijar precios públicos o nacionalizar— plantean “graves problemas”; pero de hecho no parece consciente de que el monopolio no tiene por qué obtener los resultados tan negativos que de él espera la teoría neoclásica.

3. La idea neoclásica de que el “equilibrio” del monopolio se obtiene necesariamente para una cantidad vendida *inferior* y con un precio de mercado *superior* (en relación con el supuesto de la “competencia perfecta”, que es su modelo de referencia permanente) no tiene por qué ser cierta. Sólo se deriva ese resultado en el caso de que se suponga (de forma poco realista) que las curvas de coste de la empresa monopolista sigue siendo la misma una vez dividida dicha empresa en tantas fracciones o pedazos como para que se pueda hablar de que se ha creado una auténtica competencia (perfecta) entre las empresas resultantes. Si no es éste el caso, y suponiendo que el monopolio tiene asociado una estructura de costes más eficiente, bien puede darse el caso de que el monopolio produzca *mayor* cantidad, y a un precio más *bajo*, que en el caso de la competencia perfecta.

En relación con los bienes que no son “normales” sino “problemáticos”, Sala no tiene más remedio que reconocer las dificultades con que se encuentra al respecto la teoría económica neoclásico-liberal. Respecto a los “bienes públicos” –por ejemplo, las carreteras, la televisión, el ejército, o incluso “el conocimiento, la tecnología y las ideas”--, la teoría reconoce que los mercados no son capaces de producir lo suficiente: “El hecho de que el conocimiento y la tecnología sean bienes públicos hace que la libre competencia empresarial tienda a no generar conocimientos y progreso tecnológico al ritmo que sería óptimo”. Por esa razón, “hay que crear un *sistema de patentes*”, es decir, un monopolio, al fin y al cabo, aunque es mejor que éste sea temporal. Aquí resulta que el monopolio, la figura tan odiada en general, se convierte en la panacea cuando precisamente más artificial resulta.

Este punto lo desarrolla nuestro autor en un capítulo aparte de su libro --titulado “La economía de las ideas”-- en el que asegura que “la vacuna de la viruela, la técnica que permite (...) el airbag (...), el sistema de telefonía móvil, el programa Word de Microsoft o la fórmula de la aspirina son bienes públicos” que se generan gracias a un costoso gasto empresarial en “investigación y desarrollo (o I+D)” que “sólo se debe pagar una vez” (p. 71). Ahora bien, si ese coste no pudiera recuperarse, “nadie va a innovar y el progreso tecnológico desaparecerá”. Seguiría habiendo “sabios locos”, como había antes del capitalismo, pero “el ritmo de creación de ideas” sería muy inferior al que conocemos. En este punto apela Sala al premio Nobel Douglas North, que atribuye la revolución industrial y el inicio del desarrollo capitalista al hecho de que en 1760, en Inglaterra, “se crearon las instituciones que iban a permitir garantizar los derechos de *propiedad intelectual*”, porque –como dice Sala-- “al fin y al cabo, ¿a santo de qué va a pagar los elevadísimos costes de I+D una empresa si, una vez hecho el invento, cualquiera va a poder copiarle la idea y no va a poder recuperar el dinero de la inversión?”.

Resulta, por tanto, que el sistema de mercado que, según nos había dicho Sala i Martín en el primer capítulo, se basa en la libre competencia y la disciplina de mercado, tienen su origen y su mecanismo fundamental en un sistema de patentes que convierte al inventor, “de hecho, en un *monopolista*” (p. 73). Él mismo reconoce que éste es un “problema importante” porque “sabemos que los monopolios son malos”, pero le parece que la solución del “monopolio temporal” (por ejemplo, patentes “durante veinte

años”) es una “solución intermedia”. ¡Bonita solución y bonito punto medio!: resulta que, siempre que el monopolio no sea tan *eterno* como el Dios de los cristianos —en el que, afortunadamente, Sala i Martín no parece creer—, se podrá decir que estamos en una situación “intermedia” entre el monopolio y la competencia, y esta “intermediación” se manifiesta en la maravillosa conversión de lo que en principio era malo —el monopolio— en algo que a la postre resulta ser óptimo: el sistema capitalista de patentes, que ha permitido el despegue industrial de la sociedad moderna (desde 1760) y el bienestar material de quienes practican este tipo de monopolios (y la correspondiente pobreza, bien merecida, de quienes no lo practican).

No sabíamos que los liberales tuvieran esa familiaridad con el arte de sacar conejos de la chistera, por más que ya nos hubiera advertido Lester Thurow de su fanatismo religioso (que los lleva, por ejemplo, a interpretar el mundo social como se veía el mundo físico hace varios siglos: como si fuera el sol el que da vueltas alrededor de la tierra, y no al revés). Fanatismo que también se puede aplicar al agnóstico Sala, que, con tal de salir del paso, es capaz de renegar aquí de su admirado Thomas Jefferson, a quien en otro punto de su libro (p. 93) situará, junto a Adam Smith, en lo más alto del altar, laico y liberal, de sus mitos particulares. Escribe nuestro autor que si en 1813 el padre de la patria norteamericano “se decantó por la competencia y en contra de la concesión de monopolios a través de patentes”, eso se explica porque “carecía de la visión, de la perspectiva de casi dos siglos que tenemos los economistas de la actualidad” (p. 76). En este punto, Sala da la razón a Schumpeter y defiende con él a los monopolios que practican la famosa “destrucción creadora” (que él prefiere llamar “creación destructiva”), para concluir defendiendo la innovación de los “jóvenes emprendedores”¹⁴ de Microsoft, Apple, Intel u Oracle”.

¹⁴ ¿De donde procede esta manía reciente que se puede observar, entre otros, en los “teóricos” del PSOE, de llamar “emprendedores” a lo que siempre han sido los empresarios? ¿No será una vuelta de tuerca más en su inquieta actividad de justificar la actividad capitalista? Al principio, la disfrazaban bajo la excusa de que “ya estaba bien de demonizar la actividad empresarial en nuestro país, como si los empresarios no hubieran contribuido decisivamente a la instauración de la democracia, y bla, bla, bla...”. Pero ahora parece que se han decidido ya a salir de este armario. Lo que parecen querer decir estos criptoliberales cada vez menos crípticos es que también los trabajadores deben ser emprendedores, es decir, esforzarse por imitar sin tapujos a los héroes de sus sueños, que no son otros que los capitalistas “sensatos y modernos” (no manchesterianos) que defienden,

Habría que preguntarle a Sala si los viejos “empresarios” de la banca, de las cadenas de distribución detallista, o de las fábricas de acero o de periódicos (que para nada se pueden confundir con los empleados de sus empresas que llevan a cabo las invenciones e innovaciones correspondientes), no tienen derecho a los beneficios de que disfrutaban los “emprendedores” de las llamadas nuevas tecnologías. O también: si los herederos de los inventores de antaño que puedan demostrar fehacientemente su parentesco (por ejemplo, los descendientes probados de Leonardo da Vinci o de Galileo, o incluso de Newton, todos ellos anteriores a la fecha mágica de 1760) no tendrían derecho a reclamar de la sociedad una justa compensación en concepto de patentes no registradas por la torpe falta de visión que tuvieron sus antepasados (que no son culpables de ello, desde luego, ya que nacieron, como quien dice, “antes de tiempo”, es decir, antes de que esta maravilla gloriosa que es el capitalismo recibieran la doble bendición de North y de Sala i Martín).

En cuanto a los bienes comunales y los sujetos a externalidades (negativas), Sala reconoce que el mercado tiende a “sobreeplotar” los primeros (por ejemplo, en el caso de los caladeros o bancos de pesca, de los embotellamientos en las carreteras, etc.) y a producir los segundos “en exceso” (contaminación atmosférica, ruidos...). Pero, para dejar zanjado el debate, se conforma prácticamente con decir que era mucho peor lo que ocurría en el perverso “Este comunista”, donde accidentes como el de Chernóbil, y otros, nos eximen a los occidentales, ya para siempre, de tener que profundizar más en el asunto que nos ocupa.

4. Como ya se dijo, para D. Xavier, el bienestar social consiste en asegurar a los miembros de la sociedad la “igualdad de oportunidades”. Pero lo que añade ahora como novedad es un nuevo tópico liberal, sólo que aderezado con ilustraciones y ejemplos de tan dudosa pertinencia como sus simpáticas corbatas. En su opinión, la igualdad de oportunidades es exactamente lo contrario que la “igualdad de resultados” (que equivale a poco menos que tiranía y dictadura, o, como él lo llama, a “imposición”). A esto ya nos habían acostumbrado otros liberales. Como buen neoclásico, Sala insiste en que “todos tenemos nuestras

como el que más, los “derechos humanos” y demás valores de la “democracia liberal-social” (lo que en España se llama, en lenguaje constitucional, el “Estado social y democrático de derecho”).

preferencias en cuanto al ocio y el consumo”. Recuérdese que ése es el argumento que usan muchos neoclásicos para culpabilizar del desempleo a los propios desempleados, que, en esta interpretación, no serían parados forzosos, sino simples consumidores soberanos que, en el dilema entre más ocio o más renta, se decantan voluntariamente por lo primero. Para aquéllos que piensen que esto tiene algún parecido con la realidad y no les baste con mirar desprejuiciadamente a la realidad capitalista misma de los parados de carne y hueso, recordemos la sensata ironía con que Robert Solow —no menos neoclásico, pero sí más realista— descarta esta tontería. Solow, a quien nuestro autor quiere pagarle tributo declarándose luego discípulo suyo (p. 163), se ríe de esa cínica idea neoclásica simplemente recordando que nadie ha podido observar nunca la menor correlación estadística entre los periodos de subida de la tasa de desempleo y los de un consumo mayor de bienes y servicios ligados a la industria del ocio (sino más bien todo lo contrario: véase su libro, *El mercado de trabajo como una institución social*).

Como ya hemos adelantado, en este punto nuestro autor se muestra más torpe de lo normal, y, para ilustrar su punto de vista, pone el siguiente ejemplo. Imaginemos una carrera de atletas. El gobierno debe establecer unas “reglas de juego” que conozcan todos los participantes en la carrera, y asegurar que todos ellos tengan idénticas oportunidades de entrenarse. Con eso, garantizará la “igualdad de oportunidades”. Ahora bien, lo que no debe hacer nunca el gobierno --¡y éste no es un descubrimiento liberal cualquiera, sino que hay que imputárselo directamente a nuestro autor!-- es “obligar a que todos los participantes lleguen a la línea de meta a la vez” (p. 59). Pues bien, a eso es a lo que equivale la perversa política de “igualdad de resultados”. ¿Dónde habrá hecho nuestro autor tamaño hallazgo?

Curiosamente, como ocurre tantas veces, el ejemplo elegido no es casual más que en apariencia. Si nos fijamos en otros deportes distintos del atletismo, como la hípica o las carreras de fórmula 1, el ejemplo, si fuera un buen ejemplo, debería servir. Por tanto, lo que debería hacer el gobierno, según esta metáfora, es establecer la normativa y dejar que todo el mundo disponga de la misma oportunidad (abstracta, por supuesto) de entrenarse. Por ejemplo, si uno no tiene dinero para comprarse un coche de carreras o ni siquiera un caballo de pura sangre, pues que practique con un carro de madera o con un borrico trotón. Lo que no puede hacer el

gobierno, según el argumento liberal, es poner a disposición de los deportistas los caballos o los coches de fórmula uno, porque eso significaría matar el incentivo del deseo de ganar. No conozco a ningún no liberal que haya defendido nunca la original ocurrencia de que un gobierno igualitarista debe conseguir que todos los estudiantes obtengan las mismas notas en sus estudios. Sin embargo, hay una forma más corriente de *pensiero debole*, que consiste en olvidar que, para conseguir más igualdad, no basta con aprobar leyes y declaraciones que hablen de igualdad (si no se ponen al mismo tiempo las bases materiales para asegurar dicha igualdad en la práctica).

Si alguien duda de esto último, puede comprobar que el propio Sala i Martín nos ofrece la prueba de lo que digo unas páginas más abajo en su libro. Pero como entre lo que escribe acerca de la igualdad de oportunidades y lo que dice más tarde ha transcurrido una cuarentena de páginas, podría ser que ésa fuera demasiada distancia para que se disparen automáticamente las sirenas de alarma en su cabecita apresurada e inocentemente incapaz de advertir la contradicción en la que incurre. Y me estoy refiriendo a que, en la página 100, al hablar de la “explotación infantil” –algo muy típico, dicho sea de paso, entre quienes no creen en la “explotación adulta”, como por desgracia sucede en nuestros tiempos con los sindicatos llamados “de clase”, que no son sino sindicatos disimuladamente liberales--, escribe:

“Huelga decir que la mayor parte de los países del mundo tienen leyes que obligan a los niños a ir al colegio. Pero el problema es que el absentismo escolar es enorme. Y la razón por la que los niños y las niñas no asisten al colegio es que sus padres (si es que tienen) no se lo pueden permitir. Por más leyes que dicten los gobiernos de los países pobres (...) si los padres no quieren que sus hijos asistan al colegio, los niños no asistirán” (p. 101).

Por supuesto, la defensa de la igualdad de oportunidades, junto a la crítica de la igualdad de resultados, llevará a muchos criptoliberales a acusar a Sala i Martín de “neoliberal” (el adjetivo de moda). Y si, además, dichos críticos se mueven en la órbita de la Internacional Socialista (o en el universo socialdemócrata en general), aprovecharán para hacer una encendida defensa de lo que, cada vez más, presentan como la edad “dorada” pre-neoliberal y keynesiana, que tienden a contraponer, mítica y crecientemente, como el único modelo alternativo al que critican (con mucha flojera, todo hay que decirlo). Estos ingenuos (o algo peor) olvidan

que ha habido pocos liberales más grandes en el siglo XX que el propio Keynes, y en el caso que nos ocupa –y a pesar de lo que llevamos dicho y de que el famoso manual de Sala en inglés tenga por coautor a un neoliberal tan conocido como Robert¹⁵ Barro--, podemos encontrar indicios de que nuestro autor tampoco es ajeno a este keynesianismo suave que comparten hoy en día los liberales que no se sienten cómodos con el catecismo ultra.

¹⁵ Curiosamente, los editores del libro de Sala en español (que tuvo una edición anterior en catalán) traducen el nombre de Barro de Robert a Roberto, pero no hacen lo propio con el de Xavier (que debería ser Javier, en eso que llaman castellano y que es más bien el español). Esto probablemente tenga que ver con esa especie de “patente” (no *à la North*, sino *à la Gellner*) que tienen en nuestros días las lenguas “periféricas” de España, debido al complejo de inferioridad política que sufre la mayor parte de la izquierda española. La razón no es difícil de entender: lo que ahora sienten como un exceso de identificación pasada con el franquismo (en la época en que vivieron bajo ese régimen) los lleva a una especie de síndrome de Estocolmo invertido que los mueve a compensar los excesos franquistas con una política consentidora de excesos aparentemente “antifranquistas”, que legitime su “distanciamiento” a destiempo respecto del franquismo. Tanto antes como ahora se equivocan. España, para bien y para mal, existe, y su historia hay que conocerla, no tergiversarla ni adaptarla al gusto de cada época. Algunos de los que se inventan naciones --con el propósito, confesado o no, de inventar luego los Estados burgueses correspondientes-- no tienen inconveniente en inventarse también la historia, y suelen usar el procedimiento de borrar “lo malo” para quedarse y exagerar lo que ellos consideran “bueno”. Esto lleva a cosas de lo más peregrinas, como el que tanto la izquierda como la derecha de muchas partes de España eviten, consciente o inconscientemente, usar la palabra España. Estos señores no han oído hablar de Spinoza, que ya señaló que la palabra perro no muerde. Muchos derechistas e izquierdistas españoles creen, por el contrario, que la palabra España, no sólo muerde, sino que vota (y vota contra su opción política preferida), razón por la cual prefieren usar el fascista circunloquio de “Estado español”, engendro franquista para denominar un Estado que no era ni una república ni una monarquía. Pues bien, todo esto viene a cuento de que, al parecer, nuestro don Xavier Sala nació “en el Estado español”, lo cual, si bien nos aclara la circunstancia temporal, no hace lo mismo con la geográfica, y nos deja con la desagradable incertidumbre de no saber si la cigüeña que lo trajo al mundo lo dejó en los tejados del Palacio de El Pardo o en los del Banco de España (ya que debemos suponer que no fue ni en los de la Generalidad de Cataluña ni en los del Palacio de la Moncloa, que por aquella época no ejercían de tales). Lamentablemente, estas alegrías no las cometen sólo los liberales o las editoriales “burguesas”, sino que las reproducen con mayor ahínco aun los izquierdistas y las editoriales “progresistas”. En una reseña del último libro de mi amigo Pedro Montes, ya llamé la atención sobre lo chocante que resulta leer en un libro de una editorial sería una enumeración de países pertenecientes a la Unión Europea de este guisa: “Francia, Estado español, Italia, Bélgica...”. Sin comentarios.

Por ejemplo, Sala no tiene inconveniente en reclamar un “sistema fiscal progresivo”. Ahora bien, al igual que hizo Keynes, tiene buen cuidado de recordar que “es importante resaltar que la redistribución debe ser parcial, puesto que una igualación excesiva de los resultados finales conlleva, como hemos visto, una reducción de los incentivos para estudiar, invertir y trabajar. Y eso es malo”. Como vimos, ésta era exactamente la posición de Keynes.

Por otra parte, y como se comprobará en capítulos posteriores de nuestro libro, Sala no es ajeno a la terminología que usan los sindicatos y los partidos de izquierda, que poco tienen que ver hoy con los partidos y organizaciones de las que históricamente surgieron. Si socialistas y comunistas aspiraban originalmente a la liquidación de la sociedad capitalista, hoy no hace falta recordar que a lo que aspiran es a algo, no sólo mucho más modesto, sino claramente opuesto a lo primero: aspiran a conservar el orden social capitalista. Y para ello, nada mejor que reclamar una y otra vez la “cohesión social” (los sindicatos españoles “de clase”, CCOO y UGT, llegan al extremo incluso de criticar al gobierno del PP por crear “crispación” en la sociedad mediante una política económica y social que estorba dicho objetivo supremo de la cohesión social). A Sala, como buen liberal, le encanta dar con un país donde (en su opinión) la pobreza disminuye: cita al respecto el caso de Indonesia, del que dice que “el aumento del bienestar de los pobres generó una cohesión social que permitió al país, a todo el país, mantenerse en la vía del desarrollo y el progreso” (p. 60).

Y es que, en efecto, Sala no es sólo un “keynesiano” moderado en el sentido fiscal, sino que es un progresista, un reformista y un conservador. ¿Qué cómo se come esta ensalada? Muy sencillo: dándose cuenta de que esos ingredientes *nunca* faltan en *ninguna* posición política. Tanto la izquierda como la derecha, y asimismo quienes se sitúan en la tesitura de Sala –que él mismo califica así: “yo proclamo que no soy ni de izquierdas ni de derechas, sino todo lo contrario” (p. 63)--, no tienen más remedio que ser todo eso a la vez. Y por una razón muy simple: todo el mundo quiere *conservar* algunas cosas y a la vez *reformar* otras, y no hay nadie que no tenga una idea u otra del *progreso* social (y que no quiera aportar un ápice a su consecución), desde quienes lo conciben como un avance mecánico y lineal hasta quienes lo imaginan como un tortuoso camino de más difícil formalización matemática.

5

**Bueno, combinemos mercado y gobierno:
¿pero cuánto de cada?**

Las ideas simplistas no tienen por qué exponerse de manera complicada, como decididamente demuestra nuestro autor: “A pesar de que, hoy en día, la práctica totalidad de los economistas estamos de acuerdo en que el mejor sistema económico es el de libre mercado, no existe acuerdo sobre el grado de implicación que el gobierno debe tener en la economía” (p. 61). Afortunadamente, me cuento fuera de esa “práctica totalidad”, que, por cierto, se comporta muchas veces con un “totalitarismo práctico” indudable. Es más: dentro de esa minoría reducida de economistas, estoy sin duda en una minoría aun más pequeña, que no sólo no defiende que el de libre mercado sea “el mejor sistema”, sino que apoya la idea de que, en la actualidad, dicho sistema es “el peor posible”, razón por la cual urge cada vez más poner en marcha, entre todos, una auténtica alternativa sistémica que nos permita terminar con él.

Sala se sitúa entre los defensores de la progresividad fiscal, pero no se pronuncia expresamente sobre qué es mejor, si gravar a los pobres con sólo un 10%, y a los ricos con un 90%, o bien optar por un abanico mucho más estrecho entre, digamos, un 20% y un 30%. Se limita a reconocer que la “cura” que proponen unos y otros puede variar incluso en el caso de que todos (o casi todos) hagan el mismo “diagnóstico” de la situación: “la economía de mercado va bien” (si se me permite expresar su idea parafraseando a nuestro impar Presidente). Por supuesto, a nuestro autor le parece que lo de derecha e izquierda es “una terminología totalmente desfasada”, aunque a continuación le dé la razón a Bobbio, al menos en la idea de que todo el mundo encuentra alguna manera de aplicar en la práctica esa “caduca” distinción.

En el caso de Sala, la distinción entre derecha e izquierda tiene que ver, al parecer, con el vestuario. Y no me estoy refiriendo

ahora a sus ya famosas chaquetas y corbatas, sino al importante dilema entre “bolsillos y bragueta” que plantea en un capítulo de su libro, y en particular con qué parte de la indumentaria quiere tener cada uno más a salvo: “Es decir, las derechas no quieren que el gobierno se nos meta en la cartera pero sí en la bragueta, mientras que las izquierdas quieren exactamente lo contrario”. En cambio, él, como buen liberal, no quiere que le toquen ni mijita: “¡Ni en la cartera, ni el bragueta!” (p. 63).

A pesar de todo eso, está claro por qué D. Xavier Sala es un señor de derechas. Esto se ve en las “vías” que utiliza para defender “que el gobierno debe tener un ámbito de actuación limitado”. Da 4 argumentos para ello. El primero es pomposo: que la libertad individual es “el valor fundamental del hombre”, y los gobiernos del mundo real, formados por “personas imperfectas”, se ven tentados a utilizar la fuerza del Estado “en beneficio propio”. Qué pena que en el mundo liberal no funcione todo de acuerdo con su omnipresente panacea: nos dicen siempre que es precisamente buscando el beneficio propio como se consiguen tantas maravillas, pero, a la hora de la verdad, cuando se busca ese beneficio propio sin pasar por el mercado la cosa ya no funciona.

El segundo argumento lo presenta tan elaborado como de costumbre: “Los gobiernos de la vida real tienden a hacer mal incluso aquello que es de su estricta competencia” (p. 64). ¿Por qué no son más coherentes entonces los liberales y reclaman la privatización completa del ejército, de la policía y de las cárceles, del sistema judicial..., y hasta del dinero (siguiendo a ese gran liberal que fue Hayek, el ídolo de Margaret Thatcher)? Según Sala, no es sólo que los gobiernos no sepan evitar la “evasión fiscal” o “la explotación de los ciudadanos por parte de los monopolios”, sino que practican una corrupción tan general como la que se puede achacar en nuestro país al “gobernador del Banco de España” o al “jefe de la Guardia Civil”. Entonces, ¿a qué viene acusar sólo a los gobiernos africanos (y de los países pobres en general) de corruptos si no hacen otra cosa que imitar a sus maestros del mundo rico y occidental? Es más, ¿a qué viene acusar de corruptos a los gobiernos cuando tenemos casos de empresas privadas, como Enron o Arthur Andersen en Estados Unidos, como el BBVA en España, o como los bancos privados japoneses y asiáticos y sus consabidas “prácticas heterodoxas y corruptas”, que practican una

corrupción¹⁶ tan de primera calidad que ni en las mejores familias se encuentra algo parecido?

La tercera razón para que el gobierno se mantenga tan chiquito como Joselito (“el pequeño ruiseñor”) es que, como los gobiernos gastan dinero que no es suyo, “tienden a gastar demasiado”. Pero eso mismo se podría predicar de las dos grandes instituciones del sector privado de la economía de mercado, que según la teoría neoclásica son las familias y las empresas: si el jefe de compras de una empresa (o el de marketing o el de recursos humanos) dispone de dinero que no es estrictamente suyo, sino del dueño o dueños (accionistas) de la empresa, ¿por qué suponer que no lo despilfarra? Por otra parte, en las familias en las que no todos sus miembros trabajan –lo cual se está convirtiendo en algo cada vez más difícil de encontrar, eso es cierto--, ¿qué es lo que puede evitar que se derroche el dinero cuando unos pueden estar gastando mientras otros, los que traen los recursos financieros a casa, están cumpliendo su jornada laboral?

Una cuarta razón para defender que el tamaño del gobierno no crezca es que éste elimina “los incentivos”. Una vez más, falta aquí cualquier análisis histórico serio --todo queda reducido al sistema de mercado y al comunismo marxista--, pero, pensándolo bien, tampoco vendría a cuento ahora esa seriedad, ya que sin duda desentonaría en un conjunto tan homogéneamente liviano. Tras inspirarse en los microbios de la película *La guerra de los mundos*, de Orson Welles, concluye Sala lo siguiente: “Los *incentivos* son, en cierto modo, los virus que ni Marx ni ninguno de los evangelistas de la planificación económica centralizada supieron ver en el momento de diseñar el sistema comunista de organización económica. Y fueron precisamente dichos incentivos los que terminaron por matarles”, ya que, en una economía tan

¹⁶ Por ejemplo, según el neoliberal Mario Vargas Llosa (véase *El País* de 17-5-02, p. 6), que coincide con Sala en poner en duda los “méritos de la privatización cuando se transfieren monopolios públicos a privados”, en Perú ocurrió lo siguiente: “Al amparo de la privatización se cocinaron tráficos absolutamente espantosos de los que muchas empresas fueron cómplices”. Tras lo cual comenta el periódico: “Sin mencionar de forma expresa al BBVA, Vargas Llosa se refirió a ‘un gran banco español que pagó más de 200 millones de dólares al señor Fujimori y al señor Montesinos para asegurarse la concreción del Banco Continental, que se privatizó ¿Es eso neoliberalismo? Yo no conozco a ningún neoliberal o liberal a secas que ampare semejante porquería’”. De donde se deduce que el señor Vargas Llosa no conoce al señor Ybarra, y habrá que dudar que, después de llamarlo puerco, vaya éste a dejarse conocer por aquél.

“antinatural” como ésa, los ciudadanos finalmente “se preguntan: ‘Si vamos a terminar ganando todos lo mismo, ¿por qué debo yo esforzarme más de la cuenta?’” (p. 67). Pero por la misma razón, cabría esperar que, en una familia cualquiera, el hijo que saque mejores notas reclame una paga mensual mayor de sus progenitores; o que, si se le encarga una tarea doméstica como hacer la cama o sacar la basura, replique de inmediato: “¿y qué incentivo tengo yo para hacer eso?”; o bien: “¿qué nuevo ingreso o consumo puedo contraponer a la pérdida de ocio que resultará para mí de esa actividad?”.

O también: si el incentivo es el afán de lucro¹⁷ y esto sólo existe desde hace dos siglos y medio, ¿qué decir de las otras formas de organización que ha conocido la historia? Por ejemplo, ¿por qué pintaban y pintan los pintores (o por qué escriben los escritores o estudian los científicos, etc.) que no obtenían o no obtienen reconocimiento en vida, ni en forma monetaria ni en términos de fama? ¿Por qué se levantan tantos millones de trabajadores a las cinco, las seis o las siete de la mañana, si *saben* que no se van a hacer ricos ni famosos? ¿No será que el auténtico incentivo para llevar el trabajo más allá del punto que sería suficiente para ganarse la vida, y para extenderlo hasta la medida que permite vivir sin trabajar a tantos explotadores del trabajo ajeno, es la dependencia insuperable del mercado, esa temible disciplina del hambre que sustituyó a la del látigo por su mucha mayor eficacia explotadora?

Una última razón por la que se opone Sala a un gobierno grande es —dice— que la gente suele pensar que los servicios públicos son gratuitos, cuando no hay nada más falso que esa afirmación. Muchas “instituciones públicas” —y nuestro autor no se olvida de citar en este punto al “Estado del bienestar”— se diseñan pensando sólo en los beneficios que suponen, pero olvidando tener en cuenta “los costes que acarrear”. Dejando a un lado la parte de verdad que

¹⁷ Sala parece dudar entre dejar sólo el “lucro” como objetivo, o incluir también la “fama”. Al hacer unas veces una cosa, y otras otra, nos dejó a nosotros con la duda. En mi opinión, esto rememora el venerable dilema que nunca han sabido resolver los neoclásicos, que siguen sin decidirse entre los “individuos” y las “familias” a la hora de definir el primero de los dos grandes sectores institucionales que forman la economía (junto a las empresas). En la inmensa mayoría de los casos, simplemente evitan el problema, como si la familia fuera siempre y en todo lugar una unión eterna y armónica de los individuos que la componen, y en la que la comunidad de intereses y preferencias se da por supuesta desde el principio y de una vez por todas, como primer axioma de la religión neoclásica, por definición.

encierra este argumento, hay que señalar que Sala, cual grácil cabritillo, salta alegremente de las premisas a la conclusión que le apetece extraer, sin mucho respeto por las reglas de la lógica que se suelen emplear en estos casos. Afirma sencillamente que “cuando se crea una institución pública, nunca se piensa en la forma de cerrarla una vez hayan desaparecido las necesidades que han llevado a su creación” (p. 68). Pero ¿por qué supone que esas necesidades tienen que desaparecer necesariamente? ¿Por qué no habrían de mantenerse o incluso crecer? No espere el lector encontrar en el libro de nuestro autor ninguna respuesta a esto que vaya más allá de su “intuición”. A él le basta con un ejemplo: la OTAN. Y argumenta así de bien: al igual que la OTAN ha seguido funcionando, e incluso creciendo, después de que su objetivo social haya desaparecido (la amenaza militar soviética, supuestamente), lo mismo cabe esperar que ocurra con *todas* las demás instituciones públicas.

¿Ha oído don Xavier hablar de la “Ley de Wagner” (un autor, por cierto, a quien Marx ya criticó por atribuirle a él, como sigue haciendo nuestro Sala siglo y pico después, la creación de un “sistema económico”¹⁸, el sistema soviético en opinión del señor Sala)? Aunque en mi opinión a esa ley se la debería llamar con mayor justicia la “ley de Marx” (si bien, debido a la variedad de leyes económicas descubiertas por este autor, sería problemático y equívoco hablar de una “ley de Marx” en singular), la tesis que encierra la misma está sacada de la realidad empírica más indiscutible de todos los países capitalistas realmente existentes: el peso de los ingresos y gastos públicos no hacen más que crecer, a largo plazo, como porcentaje del producto social anual; y ello no se debe en absoluto a que ningún agente económico así lo planee o lo desee, sino que es pura consecuencia, o fuerza neta resultante, de todo un conjunto o sistema de fuerzas dispares, que empujan en las direcciones y sentidos más diversos, como resultado del crecimiento secular de los antagonismos sociales y de la contraposición creciente de intereses económicos que se dan en el seno de la economía de mercado.

¹⁸ Marx protesta contra Adolph Wagner con las siguientes palabras: “Según el señor Wagner, la teoría del valor de Marx es ‘la piedra angular de sus sistema socialista’ [p. 45]. Como yo no he construido jamás un ‘sistema socialista’, trátase de una fantasía de los Wagner, Schäffle *e tutti quanti*”.

6

Globófobos, globófilos y globotúpidos

Hay que suponer que D. Xavier Sala no ha tenido tiempo en su ocupada vida para leer lo que decía el filósofo Heidegger acerca del “prurito de la novedad”. En mi opinión, de este prurito tendrían que rascarse muchos de quienes tienen la costumbre de referirse a (casi) todo lo que ocurre como si se realmente se tratara de algún fenómeno “nuevo”. Por eso, abundan tanto hoy las *nuevas* tecnologías, las *nuevas* etapas, *nuevas* fases, *nuevas* eras... Para todos estos neósofos, neólogos y neófilos —a cuyo santo patrón, que sin duda tiene que ser D. Manuel Castells, debiéramos levantarle un monumento público por suscripción popular—, todo es nuevo..., sobre todo si ello les permite cómodamente desconocer... lo antiguo (o sea, inventarse directamente el contenido de la novedad que tan originalmente han descubierto y tan útil les resulta). Razonan todos como si fuera legítimo hacer *tabula rasa* del pasado, como si no existiera la historia, y, lo que es peor (para sus imprudentes intereses), como si nadie se tomara la molestia de hacer análisis filológicos y doxográficos de vez en cuando. Y, claro, siendo así, no tienen más remedio que meter la pata a menudo (hasta bastante más arriba de la rodilla, en ocasiones), y ser denunciados por ello.

Sin embargo, no pienso acusar de esto al señor Sala --que a este respecto me parece bastante más sensato que los Castells y compañía—, aunque no pueda sustraerse por completo a la moda de “las nuevas tecnologías”, que él identifica con el ordenador, con internet y con la ingeniería genética. ¿Pero es que acaso no hay nuevas tecnologías todos los días, todos los años, todas las décadas...? Es más: ¿acaso hay algo más viejo que las nuevas tecnologías dentro del marco del sistema capitalista, que se caracteriza precisamente por haberse montado en el caballo de la “máquina” (la *mecanización*), que, como ya señalara Marx hace

siglo y medio, contiene en su concepto la idea del “sistema automatizado de máquinas”? No es el momento de extenderse aquí sobre este punto. Pero al menos Sala no se cree a pies juntillas las últimas simplezas sobre la globalización, que la convierten en sinónimo de la época más reciente del capitalismo y poco menos que equivalente del nefando “neoliberalismo”.

Lo más arbitrario de la definición de globalización que da don Xavier—“situación en que existe el *libre movimiento internacional de cinco factores: el capital, el trabajo, las tecnologías, el comercio y la información*”¹⁹— es el número de factores productivos que elige: dice “cinco”, como podría haber dicho “siete” o “diez”. Pero al menos reconoce que se trata de un proceso que “hace ya siglos que empezó”, es decir: que “los satélites, los ordenadores, Internet, la fibra óptica y la telefonía móvil son el último paso de un proceso globalizador que hace siglos que está en marcha” (pp. 86-87). Sin embargo, Sala no puede librarse por completo de la moda al uso, y agrega: “Aunque este proceso tampoco es nuevo, sí que se ha generalizado y acelerado a partir del hundimiento del imperio soviético y del sistema de planificación central”. En mi opinión, lo que es cierto es que, a partir de la caída del muro de Berlín, se ha generalizado la denominación, es decir, la nueva “retórica” de la globalización, pero poco más se puede señalar como novedad auténtica (véase el capítulo 2, en la segunda parte de este libro).

Por otra parte, Sala es un “globalizador” consumado. Como parte de la premisa liberal —falsa, por supuesto— de que “el libre funcionamiento de los mercados es el mejor modo, quizá el único modo, de organizar la economía eficazmente”, llega correcta y directamente a una conclusión no menos falsa: “Por lo tanto, la globalización permite transplantar a escala mundial aquello que es bueno a escala nacional: el libre funcionamiento de la economía de mercado (...) Todo este proceso de apertura e integración genera riqueza, *progreso* y bienestar a los ciudadanos” (pp. 87-88; *itálicas*,

¹⁹ Por su parte, de la definición que ofrece el nuevo *Diccionario de la lengua española* —“Tendencia de los mercados y de las empresas a extenderse, alcanzando una dimensión mundial que sobrepasa las fronteras nacionales”— comenta Álex Grijelmo en *El País* de 1-5-02, con razón, que “sobra ‘que sobrepasa las fronteras nacionales’, pues ya se ha dicho ‘mundial’ (...)”. Yo prefiero la definición, mucho más modesta pero también más exacta, que da el *Diccionario del español actual* (el famoso Seco), que dice que la globalización es la “acción de globalizar”, y globalizar es, simplemente, “dar carácter global”.

añadidas. ¿Ven ustedes cómo también Sala es “progresista” a su manera?).

Ahora bien, para “demostrar” que “el comercio internacional es positivo para todos y debe ser incentivado”, nuestro autor vuelve a recurrir a un ejemplo que le permita usar lo que yo llamo “la estrategia del calamar”, que, como todo el mundo sabe, sólo sirve para oscurecer más una cosa que ya de por sí estaba bastante negra. Nos aconseja fijarnos en un caso como el siguiente: supongamos un país rico que decide liberalizar el “comercio de avellanas” (debe de ser que se acuerda de la época en que Jimmy Carter era el presidente de los Estados Unidos, y eso le lleva a darle al comercio de cacahuetes una importancia que no tiene ni en sueños). Esto favorecerá a sus consumidores, que ahora podrán comprarlas más baratas, y también a los productores de avellanas de los países pobres, que ahora verán ampliada su cuota en el mercado mundial.

Y aunque los productores nacionales del país desarrollado sufran un poco al principio, eso sólo ocurrirá mientras completan su reconversión o, como dice Sala, mientras terminan de “reciclarse”, lo que, a la postre, es también bueno –no podía dejar de serlo, claro--, ya que “o bien aprenden a producir avellanas mejores o más baratas, o bien deben cambiar de trabajo y convertirse en empleados del Banc²⁰ Sabadell”. Y si alguien duda sobre la “ambigüedad” del resultado –consumidores y productores ajenos ganan, pero productores locales pierden--, que haga un acto de fe y se crea lo que dice Sala: “¿Se pueden comparar la magnitud de las ganancias y de las pérdidas? La respuesta es que sí: los economistas han demostrado infinidad de veces que las ganancias siempre son superiores a las pérdidas, por lo que la apertura siempre termina siendo positiva” (pp. 88-89).

Pues bien, lo que quiere decir en realidad nuestro criticado autor es que los economistas liberales han repetido millones de veces la misma cantinela: que el comercio es bueno para todos los

²⁰ ¿Se dan ustedes en cuenta de que tenía yo razón: que el catalán (y, no digamos, el vasco o el gallego, etc.) ya no se puede traducir a ninguna otra lengua, porque los gobernantes de aquella región todo lo han “oficializado” y “consagrado”? Es decir, todo ha sido bautizado uninominalmente en la gloriosa lengua patria, y, por esa razón, todavía sería posible decir que un “banc” es un banco..., pero admitir que un banco catalán como el Banc Sabadell pase a ser el Banco de Sabadell sin más... es demasiado. Son ellos los que imitan a Franco, y no yo, que me limito a criticar lo que veo y que me sé de memoria a Salvador Espriu y a Ausias March.

países, y que a todos beneficia necesariamente. Pero repetir una mentira (o algo falso, aunque se desconozca su falsedad) un millón de veces no la convierte en verdad. Y además hay economistas no liberales, como servidor, que se han esforzado por mostrar precisamente lo contrario de lo que dice Sala. En particular, algunos pensamos que el comercio internacional sirve para que se desarrolle y refuerce el desarrollo desigual, es decir, para que los países pobres se hagan cada vez más pobres (en términos relativos) y para que los países ricos se vuelvan cada vez más ricos (relativamente). Esto es independiente de que el conjunto mejore o empeore su situación absoluta, o de que lo haga --en cualquiera de los sentidos-- a un ritmo mayor o menor. Y es algo que lo puede comprender cualquiera que preste atención al siguiente argumento.

En realidad, los flujos de comercio internacional están basados en las “ventajas absolutas” que cada país tiene a la hora de producir cualquier tipo de mercancías. La inmensa mayoría de las mercancías que componen los flujos comerciales internacionales son productos industriales (los servicios y los bienes primarios representan una cuota muy escasa del total), y la ventaja absoluta en la producción industrial depende sobre todo del grado de desarrollo tecnológico del país en cuestión. Esto es fácil entenderlo porque la ventaja absoluta se obtiene cuando se es capaz de producir el mismo producto, de igual calidad, a un coste total medio (es decir, por unidad) más bajo que el de los competidores. Y los bajos costes unitarios están ligados a la mayor productividad empresarial, que depende sobre todo del tipo de técnica que se utiliza en el proceso de producción (que, en sentido amplio, abarca desde el diseño y la prospección hasta el transporte y la comercialización).

El problema es que las ventajas absolutas no están igualitariamente repartidas entre los distintos países, y que no existe ninguna instancia encargada de que suceda lo contrario. Por razones históricas, el desarrollo de la ciencia y la técnica, el grado medio de educación de la población, de destreza profesional y experiencia laboral de la misma, etc. —en definitiva, lo que podemos resumir bajo la expresión, muy gráfica, de “grado de desarrollo de las fuerzas productivas de un país”— es muy desigual de unos países a otros, y ésta es la razón de que exista un problema mundial de “competitividad”. Con un orden económico mundial diferente, los países podrían colaborar unos con otros y sistematizar la cooperación como uno de los objetivos centrales del sistema.

Pero con un orden económico liberal el egoísmo es y debe ser la regla —como muy orgullosamente defienden los liberales, con Sala a la cabeza—, y en consecuencia se deja a la búsqueda individual de sus propios intereses por parte de cada país que el mundo en su conjunto obtenga el resultado óptimo para todos.

Pero si cada país tiene que arreglárselas por su cuenta, nunca saldrán del bache en que se encuentran la mayoría de los países atrasados y pobres. Al contrario, se hundirán cada vez más profundamente en el fango miserable que ya los envuelve. Esto es así, pero los liberales tienen que intentar pintarlo de otra manera para que la gente al menos se tranquilice y llegue a pensar que la pobreza es una calamidad divina, o una plaga que se ha instalado en sus países por culpa de sus corruptos gobernantes. Pero no: la plaga la genera, como hemos dicho, la propia economía de mercado. ¿Y cómo intentan argumentar que no es verdad que los países pobres estén condenados, por desgracia, a seguir siendo pobres mientras dure el sistema capitalista? De varias formas, pero en el plano teórico su argumento favorito consiste en defender una teoría contrapuesta a la de la ventaja absoluta, y que llaman “ventaja comparativa”.

La idea de la ventaja comparativa es la siguiente. Puede que sea verdad —admiten— que un país tenga inferioridad técnica en casi todos los sectores industriales. En ese caso, tendrá tendencia a importar más de lo que será capaz de exportar. Pero el déficit comercial resultante tenderá a corregirse automáticamente, ya que, debido a su propia existencia, se ajustarán los precios internacionales y se recompondrá la competitividad internacional, hasta que sea finalmente posible el equilibrio a largo plazo de las balanzas de pagos de todos los países. Por ejemplo, si un país pobre tiene que financiar un volumen dado de importaciones netas, tendrá que hacerlo mediante la salida de oro o divisas desde ese país al exterior (hacia países con superávit, que son los que en principio tienen ventaja absoluta). Pero en ese caso lo que observaremos será una bajada del nivel nacional de precios en los países pobres e importadores, y una subida simultánea del nivel nacional de precios de los países ricos y exportadores. De esta manera, las propias fuerzas de mercado recuperarán por sí solas la competitividad de todos los países, penalizando a quien en principio tenía la ventaja absoluta y ayudando a quien en principio estaba peor dotado.

Esto será posible porque los precios relativos internos de las distintas mercancías son diferentes en cada país, de forma que al

subir el nivel *general* de precios en los países exportadores (y bajar en los importadores), los precios relativos internos se mantienen (por ejemplo, en el mismo país un coche seguirá valiendo lo mismo que tres motos o que mil quinientos kilos de carne de ternera) y siempre habrá productos en los que los países pobres tengan “ventaja relativa (o comparativa)” (aunque no tengan ventaja absoluta), es decir, países en los que el precio de la carne en términos de coches será más barato que en los demás. Pues bien, según los liberales defensores del principio de la ventaja comparativa, lo único que tiene que hacer cada país es especializarse en las mercancías y sectores para los que tiene ventaja relativa (precio relativo interno menor), que serán precisamente aquéllos en los que los otros países tendrán desventaja relativa (y viceversa). De esta manera, los liberales han encontrado su particular piedra filosofal a la vez que la cuadratura del círculo: todos los países tienen la misma competitividad a largo plazo, todos tienen una balanza comercial y de pagos tendencialmente equilibrada, y todo la esfera del comercio internacional no es sino el reino efectivo de la libertad y la esfera celeste de la armonía universal de intereses.

Es una lástima que los datos y la realidad histórica se encarguen de desmentir por completo a los liberales también en este punto. No se trata sólo de que haya muchos países que en toda su historia como países independientes ofrecen permanentemente una balanza comercial deficitaria (mientras que algunos países ricos presentan un superávit estructural constante). Es que el cacareado mecanismo autocorrector, que supuestamente serviría para conseguir tales equilibrios y malabarismos, sencillamente no existe.

La creencia en su existencia se basa en el supuesto erróneo de que la “teoría cuantitativa del dinero” es cierta, cuando los economistas no liberales, empezando por Marx, han demostrado que es falsa. Esta teoría “cuantitativa” supone que el nivel general de precios en un país es una función de la cantidad de dinero en circulación; por eso --razonan los defensores de la ventaja comparativa--, aumentarán los precios cuando llega dinero al país (y bajarán cuando sale). Aparte de que lo que está aconteciendo en los últimos años en Japón o Estados Unidos (y también en Europa) bastaría por sí solo para descalificar a la teoría cuantitativa del dinero --ya que el crédito (es decir, el volumen de dinero en circulación) está creciendo a tasas iguales o superiores al 10% anual, y sin embargo la inflación se mantiene en niveles muy bajos,

que oscilan entre el nivel negativo de Japón y los ridículos 1% o 2% de los demás países citados--, lo que sucede es que los ajustes en el plano internacional no se producen de la forma “armonicista” que prevén los liberales, sino de forma mucho más dolorosa para los países pobres.

Veamos. El primer tipo de ajustes que sufre un país que “goza” de desventajas absolutas generalizadas es un ajuste (un recorte drástico) por la vía de la producción y del empleo. Si nos olvidamos del cómico ejemplo de las avellanas que ofrece nuestro antagonista, y pensamos en un ejemplo más realista, la cosa se comprende bien. Miremos el caso de tantos países que, para empezar, no son capaces de producir muchos de los productos industriales que necesitan, desde alimentos corrientes a medicinas elementales, pasando por los productos de papelería más nimios (y todo ello, por no hablar de los que resultan de las “nuevas tecnologías” o, mejor dicho, de las tecnologías punteras). No pueden producirlos porque no disponen de ninguno de los requisitos que les permitirían competir en el *mercado* mundial a precios aceptables. Pero pensemos en un país un poco más afortunado, que produce una amplia variedad de productos industriales no muy complejos para un mercado interno de cierta magnitud, y hasta entonces más o menos protegido, y que, de buenas a primeras, decide cambiar su política comercial moderadamente proteccionista y adoptar una política librecambista radical. En ese caso las consecuencias serán las siguientes.

Como los países ricos y técnicamente preparados no tendrán problema en aumentar su producción para abastecer a este nuevo mercado con productos más baratos, el primer resultado será la caída de la producción interna del país repentinamente “liberalizado”. No es que deje de producir avellanas, como en la imaginación de Sala; es que se verá sometido a una competencia feroz en el automóvil, el acero, el textil, los astilleros, la industria química y alimentaria, etc. Todo eso significará una auténtica reconversión industrial repentina y completa, que no sólo reducirá la producción interior en un buen porcentaje del total, sino que arrastrará, en su caída, al volumen de empleo industrial. El aumento del desempleo en estas industrias reconvertidas, con su inevitable resultado de pérdida de poder adquisitivo de los asalariados que pierden su puesto de trabajo y de los empresarios que tienen que cerrar sus empresas, afectará también a la capacidad de ventas de la agricultura y de los servicios (si es que estos

sectores no se han visto ya afectados directamente por la propia competencia exterior: piénsese en los sectores financieros o de transporte, o en los productos agrícolas y ganaderos subvencionados, como reconoce el propio Sala, por la Unión Europea o por el gobierno de Estados Unidos²¹).

Al mismo tiempo que en la producción y en el empleo, el ajuste forzado por los desequilibrios comerciales que genera la desventaja absoluta en un marco de economía de mercado es muy probable que tenga una dimensión financiera. Pero esta dimensión no se manifiesta en movimientos “autocorrectores” de los niveles nacionales de precios, sino en variaciones de los diferenciales de los tipos de interés internacionales, que se encargan de reforzar —no de corregir— los efectos de los desequilibrios originales. En efecto, si la liquidez creciente de la que dispondrán los países exportadores ricos cuando reciban los pagos procedentes de los países importadores pobres supera la que se necesita para financiar el volumen creciente de producción que existe ahora en el interior de estos países ricos (que han conseguido sumar a sus mercados tradicionales el nuevo mercado surgido en los países recién “liberalizados”), eso significará mayor liquidez (relativa) en el sistema financiero de los países ricos (y menor liquidez relativa en los países pobres).

Como los tipos de interés en los países desarrollados tenderán por ello a ser bajos, mientras que los de los países menos desarrollados tenderán a subir relativamente (ojee el lector los medios de comunicación para comprobar rápidamente que esto es así en la realidad), los segundos encontrarán un doble *incentivo* (esa palabra que tanto le gusta a nuestro criticado autor) para endeudarse con los primeros, que se convertirán, por tanto, en acreedores de los pobres. Por una parte, el volumen de dinero será mayor y su precio más bajo en los países ricos, razón por la cual los potenciales deudores saldrán “ganando” si pactan con los

²¹ *El País* del 14-5-02 informa de lo siguiente: “Estados Unidos dio ayer un paso más en la política proteccionista que comenzó a aplicar en la *guerra del acero*. El presidente George W. Bush aprobó una ley que incrementa fuertemente las subvenciones a la agricultura, hasta un 80% con respecto a la anterior reforma agrícola, que data de 1996 (...) No obstante, la Unión Europea, Australia, Canadá y Brasil, entre otros países, han expresado ya su disconformidad (...) argumentan que la reforma contradice los llamamientos de Estados Unidos a promover una agricultura más acorde con el libre comercio”. La distancia, siempre, entre la realidad y los discursos: ¿acaso estos países tan liberales no hacen todos lo mismo?

potenciales acreedores una línea de crédito que muy probablemente se convertirá en permanente. Por otra parte, el propio déficit comercial “forzará” al país pobre –al menos, al que no quiera quedarse cada vez más rezagado en la interminable batalla competitiva mundial-- a intentar superar las barreras que su estructura productiva impone a la renovación de su tejido productivo mediante el recurso al “crédito” (que es lo mismo que decir “deuda”; es decir, mediante el endeudamiento).

De esta manera, las propias fuerzas de mercado llevan espontáneamente a los países pobres y científica y técnicamente atrasados a convertirse en importadores y en deudores, y a los países ricos y productivamente avanzados a hacerse exportadores y acreedores. Esta relación asimétrica y desigual no sólo redobla la desigualdad inicial en lo científico-técnico, lo productivo y lo comercial, sino que la amplía al ámbito financiero, donde el deudor tiende siempre a conseguir nuevo crédito en condiciones crecientemente onerosas (es decir, tiene que ofrecer garantías, avales e hipotecas crecientes: facilidades para la inversión extranjera, concesiones a grandes empresas de los países ricos, modificaciones en la legislación del país receptor de inversiones, aceptación de las condiciones impuestas por los acreedores, ya sean privados o públicos, etc.) porque no será normalmente capaz de mejorar en el terreno básico donde comienzan todas las diferencias (el punto de partida, es decir: el desarrollo de sus fuerzas productivas del país) que han puesto en marcha, y reproducirán de forma creciente y reforzada, todo este círculo vicioso infernal.

Un país que no es capaz de producir, que tiene que importar productos básicos para su desarrollo industrial, que no tiene una fuerza de trabajo suficientemente cualificada ni un sistema educativo capaz de formarla, que encima está dependiendo de las empresas extranjeras que se instalan en su suelo --y que practican políticas de aprovisionamiento de bienes y de dinero que sólo tienen en cuenta los mercados que más les convenga a ellas “egoístamente” (la panacea liberal), y no los intereses “nacionales” en que están instaladas...--; un país así no puede salir por sí sólo de la dependencia que significa para él el desarrollo necesariamente desigual que impone la economía de mercado. La mayoría de los países de este tipo están condenados, pues, a retrasarse cada vez más respecto de los niveles de desarrollo que están sólo al alcance de los países avanzados.

Y esto será así mientras en el mundo no se sustituya la economía de mercado —que liga la eficiencia a la competitividad y a la necesidad de que unos pierdan (en términos relativos) para que otros mejoren relativamente— por una economía diferente, que libere los recursos y la productividad de la camisa de fuerza que les imponen quienes ganan con la economía de mercado, y permita a los habitantes de nuestro planeta tomar el control de las condiciones globales de producción, de acuerdo con el principio democrático de “una persona, un voto”, en vez del tiránico “un euro, un voto”.

Globofobia, capitalfobia y democracia

Una vez aclarada cuál es la postura no liberal sobre el desarrollo desigual al que está condenado el mundo capitalista mientras el mercado domine nuestras vidas, podemos dar al César lo que es del César. Para que se entienda: no tengo inconveniente en sumarme a Sala i Martín en algunas de sus críticas contra los globófobos (que dice él) y los globotúpidos (que añado yo). Aunque, como comprobará el lector, nuestras razones son muy distintas, casi antagónicas, del tipo de las que podía haber, salvando todas las distancias, entre un Cobden y un Marx, opuestos ambos, aunque por muy distintas razones, a los argumentos proteccionistas de los Friedrich List y los Henry Carey.

Dice Sala: “Los globófobos nos explican que la globalización es negativa porque genera desigualdades” (p. 90). Lo que hay de equivocado en esta afirmación de los globófobos, en efecto, es que piensan que el incremento de la desigualdad es tan reciente como la globalización misma (que ellos, en su ignorancia, atribuyen a las políticas de Reagan, Thatcher y Aznar). En realidad, lo que decimos los no liberales –y permítaseme emplear la misma simpleza con que se expresa mi antagonista-- es que la globalización capitalista es “mala” porque el capitalismo es “malo” desde hace mucho tiempo, y en particular desde que sirvió para superar un sistema que era aun peor (el precapitalista europeo). Lo que hay que defender es una globalización no capitalista, postcapitalista, que desde luego es muy posible ya, y muy necesaria, y que consiste en seguir globalizando aun más las fuerzas productivas del planeta, pero superando las relaciones de producción capitalistas que paralizan y atrofian su desarrollo.

Se trata, en definitiva, de sustituir el egoísmo del lucro, como motor del sistema, por un motor muy diferente que funcione a base

de la cooperación sistemática de todos cuantos queremos cooperar (y que por razones objetivas, ínsitas en la propia evolución del sistema capitalista, estamos condenados a ser una fuerza cada vez más potente, lo quieran o no quienes ven amenazada por esta causa su propia existencia en forma de supervivencia de la figura social que ahora los caracteriza). Que encontremos entre todos un motor así dependerá de si es verdad en la práctica, o no, la idea que defiende nuestro autor de que sólo nos movemos los humanos por el “dinero y la fama”, idea a la que luego habrá que dar muchas vueltas en nuestras mentes. Pero, para empezar, olvida Sala que hay cada vez más gente que se mueve por el deseo de acabar de una vez con ese doble látigo del dinero y la fama.

Mas, para saber cómo sustituir el sistema actual por uno distinto, es menester estudiarlo muy bien, entre otras cosas para poder estar seguros, cuando lo construyamos, de que no estamos reproduciendo una variante distinta –pero variante al fin y al cabo— del sistema antiguo (como de hecho ocurrió, por ejemplo, en la famosa Unión Soviética: véase el libro de Chattopadhyay, *The Marxian Concept of Capital and the Soviet Experience*). Sala se queja con razón de los globófobos que se limitan a reclamar limosnas (el famoso “0.7%”) o impuestos (el movimiento por la llamada “Tasa Tobin”, o impuesto sobre transacciones financieras internacionales). Pero lo hace desde la postura del liberal, que sólo puede encontrar cabida en su cabeza para lo que huele a capitalismo. Por eso escribe de la globalización que “estoy convencido de que, en vez de detenerla, lo que debemos hacer es luchar por llevarla a África y a las zonas pobres de Asia y América Latina” (p. 92). Yo, en cambio, propongo también llevar la globalización a todo el planeta, pero una vez convertida (o al mismo tiempo que se convierte) dicha globalización en auténtica globalización postcapitalista.

Y es que, en mi opinión, no hay más alternativas: el movimiento antiglobalizador, o es anticapitalista o es gilipollas. Y veremos en el capítulo 10 por qué esto es así.

En cuanto a la cuestión de las relaciones entre globalización y democracia, escribe nuestro liberal pomposamente: “No existe *ni un solo ejemplo de un país libre y democrático cuyo sistema económico NO fuera de mercado*” (p. 93). Vayamos por partes. Excluyamos, en primer lugar, como propone Sala, a todos los países anteriores al glorioso año del Señor de 1760, fecha de nacimiento de “Su Santidad, el Capitalismo”, porque antes de ese

año todo era falta de democracia sin distinción (algo así como lo que es el infierno para los cristianos de la Iglesia romana que todavía creen en él: “el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno”). Vale. Debatamos, si se quiere, durante un segundo si la gloria la merece en realidad ese año de 1760 (la propuesta de North), o más bien el de 1776 (propuesta de Friedman-Sala), ya que “no es casualidad que la Declaración de Independencia de Estados Unidos y el libro de Adam Smith *La riqueza de las naciones* se publicaran casi simultáneamente”. Vale también. Y pasemos finalmente a la cuestión importante.

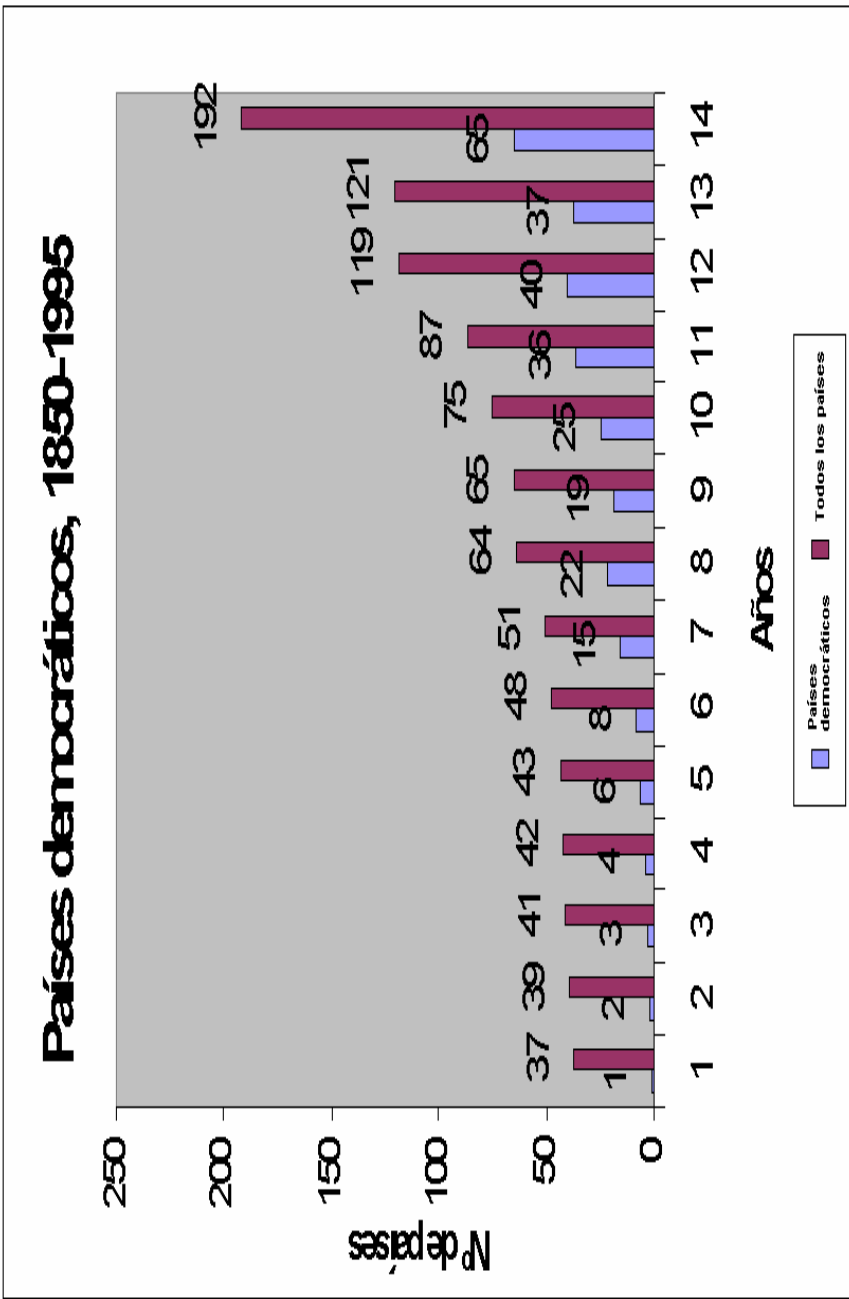
Como buen liberal, Sala tiende a entremezclar y confundir la libertad política con la económica (sus héroes mayores son, como se ha dicho, Jefferson y Smith), pero se desmarca un poco de la posición de Milton Friedman, quizás porque no quiere que le salpique la mala prensa que tiene éste cuando se le relaciona con su admirador Augusto Pinochet (a su vez tan admirado por doña Margaret Thatcher) --“la verdad es que ha habido muchos países con economía de mercado que no tenían libertades políticas y democráticas” (p. 94)--, y pone los ejemplos de Singapur, Corea y el Chile de Pinochet. Pero como intérprete más o menos realista de la globalización, usa aquí Sala un argumento correcto: “si fuera cierto que más globalización implica mayor competencia entre los gobiernos para reducir impuestos, los impuestos habrían disminuido” durante el siglo XX, y sin embargo lo que se observa en éste es que “los impuestos recaudados por los gobiernos de los países ricos han pasado de representar el 8% de la renta a principios de siglo a más del 50%, la mitad de la renta, a finales del 2000”, y “todo esto mientras el mundo iba globalizándose” (p. 96).

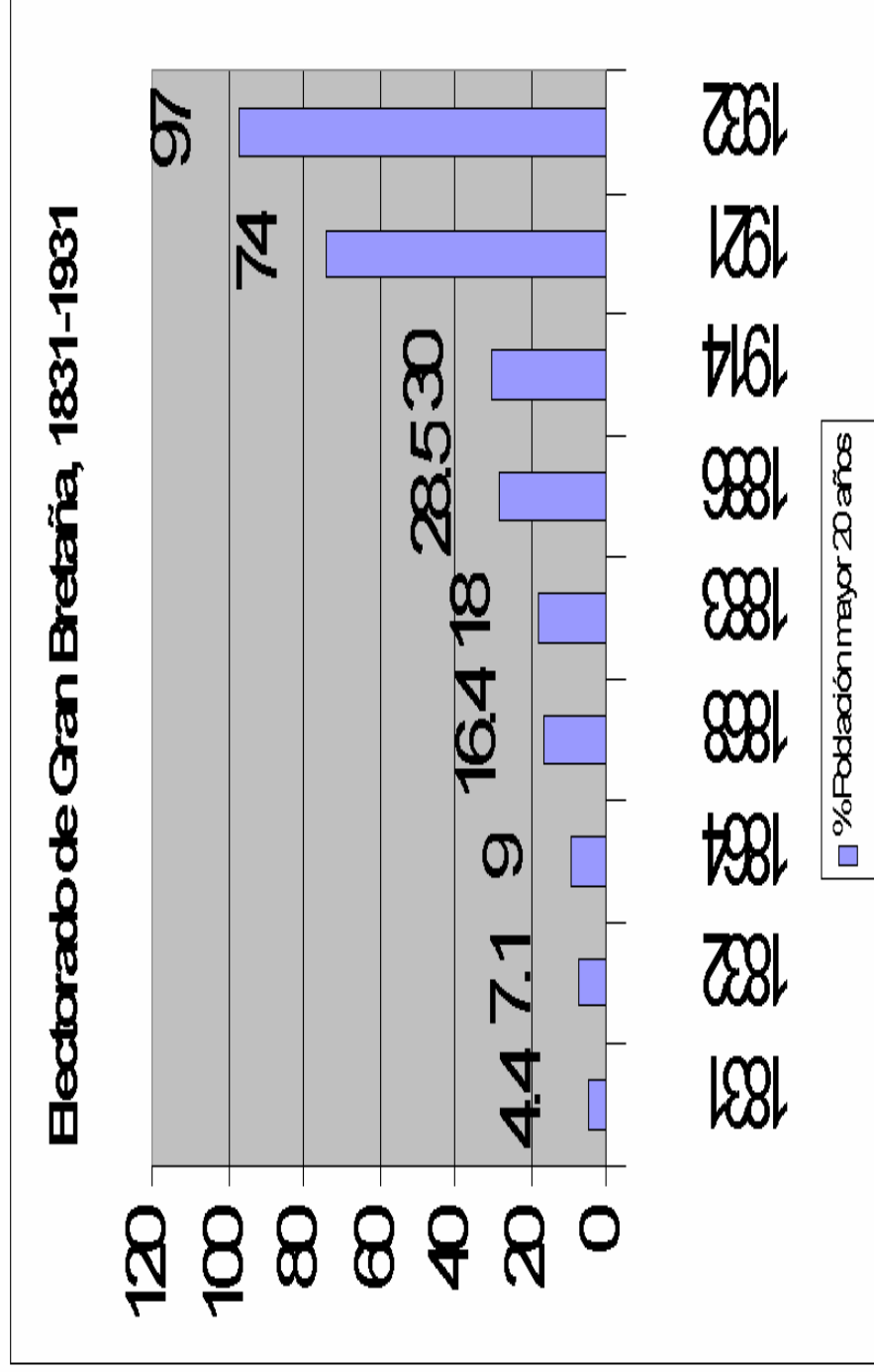
En realidad, la desigualdad de la globalización capitalista ha aumentado desde la época en que el propio Sala sitúa su nacimiento (finales del siglo XVIII). Pero antes de ver eso en el capítulo 10, hablaremos un poco de democracia y mercados, empezando por recordar algo que a menudo se olvida: que los liberales de todas las épocas siempre han defendido que los países con libre empresa y libre mercado eran países democráticos (también en el siglo XIX, contra lo que se dice ahora). Por ejemplo, Alexis de Tocqueville escribía en 1837:

“Pienso que en los *siglos democráticos, como los nuestros*, la acción preponderante de ciertos individuos poderosos debe sustituirse poco a poco por la asociación en todos los terrenos” (en su *Segunda Memoria sobre el pauperismo*; *itálicas, añadidas*).

En cambio los liberales contemporáneos, como Gabriel Tortella en España, que llegó al liberalismo por el camino habitual en los últimos tiempos –es decir, partiendo en Marx y pasando por Keynes--, nos descubre en un libro reciente (*La revolución del siglo XX*) que no, que la democracia es exclusiva del siglo XX (pp. 39, 41), y que la inflación es democrática, mientras que en el siglo XIX (cuando la tasa media de inflación fue cero, de media) el voto estaba tan restringido que no se puede hablar entonces de una auténtica democracia. Y si de los historiadores de la economía pasamos a los de la política, ¿qué decir? Pues veamos: acudamos a un experto en la materia como es el celebrado Robert Dahl (*La Democracia. Una guía para los ciudadanos*). En este libro, Dahl recoge los dos cuadros (en las pp. 14 y 31) que reproducimos a continuación, el primero referido a la evolución del número de países considerados democráticos en el mundo (según el criterio del sufragio universal masculino), y el segundo referido al caso de un país tan universalmente aceptado como democrático como es Gran Bretaña. Observamos, en primer lugar, que incluso en la actualidad los países que no cumplen este criterio “mínimo” de democracia son 127 (el doble que los que sí lo cumplen, y no una minoría, como da a entender Sala cuando cita, como excepciones, a Singapur, Corea y el Chile de Pinochet). Y en segundo lugar, para el caso británico (los datos los extrae Dahl en este caso de la voz “Parliament”, en la Enciclopedia Británica, edición de 1970), es fácil observar que la media de la población con derecho al voto en el siglo XIX no superó el 15% del total.

Pero diremos más cosas sobre capitalismo y democracia en el capítulo 16.





**Explotación infantil... y de la otra (juvenil, madura y senil):
el mercado no se priva nada.**

Muy en línea con el argumento liberal típico, Sala i Martín se fija en casos particulares de explotación para llamar la atención exclusivamente sobre esos casos y, de esa manera, rechazar implícita e indirectamente la idea de que la explotación es una realidad universal y omnipresente en el marco del capitalismo. Ya vimos que usaba el término “explotación” en relación con los monopolios, pero ahora introduce todo un capítulo sobre la explotación infantil. Otros liberales —en particular, los del segmento sindical, a los que no tenemos espacio para analizar detenidamente en el espacio de este libro-- prefieren hablar de la explotación de los emigrantes, pero con idéntico propósito: hacer olvidar a su público que los no emigrantes estamos tan explotados como los que emigran, aunque suframos una tasa de plusvalía un poco más baja. Y hacer olvidar también a la gente que, por debajo de las segmentaciones aparentes del mercado de trabajo, se impone la igualdad básica de todos los explotados, y que sobre todos recae la derrota que supone cada uno de los avances que consigue el capital contra cualquiera de los integrantes de su antagonista social (ya sean emigrantes o no, ya tengan un puesto de trabajo o un puesto de paro).

Tenemos que agradecer a nuestro preclaro autor liberal que nos arroje por fin la luz que estaban añorando nuestras entendederas para no seguir confundiendo “lo que es el comercio sexual de niños y niñas con lo que es el trabajo infantil” (p. 97). Muchas gracias: de no ser por usted, don Xavier, no habiéramos llegado nunca a comprender esta sutilísima diferencia. Y hecha esa aclaración, añade que “a todos nos gustaría que, en vez de trabajar, los niños de América Central o del sudeste asiático pudieran ir al colegio. La pregunta es: ¿cómo se consigue ese objetivo?”. Bueno, ¿es que

acaso nos quiere hacer creer que en Barcelona o en Nueva York, los dos polos donde desarrolla nuestro autor su actividad profesional, no hay niños que trabajen? Pues debería leer lo que dicen los medios de comunicación²² al respecto, ya que al parecer padece cierto tipo de miopía que le impide ver más allá de sus narices (lo mismo que le ocurría cuando hablaba de su barrio: ¿lo recuerdan?).

Pero volvamos a los niños de los países pobres. Por supuesto, que es una hipocresía – y una digna de la Internacional Socialista o de los sindicatos liberales de nuestro presente-- echarse a llorar por la explotación infantil del Tercer mundo y querer resolverla por el resolutivo método de las tarjetas postales, navideñas o no, de la UNICEF, u otras formas equivalentes de caridad religiosa o laica. Ya he citado antes elogiosamente un párrafo del libro de Sala donde éste evita caer tan bajo como los “socialistas sentimentales” (esa especie de “socialistas” a la que Marx le tenía tanta manía), y es el párrafo donde se muestra escéptico ante las posibilidades de que los niños de los países pobres se dediquen efectivamente a ir a clase y a estudiar tan sólo porque una ley de su país les obligue a eso²³. Mientras las relaciones sociales y económicas impongan lo contrario, ninguna ley, ni declaración retórica de nadie, va a servir por sí sola para cambiar ese estado de cosas. Ahora bien, debido a

²² Por ejemplo, la comisaria europea de Empleo y Asuntos Sociales, Anna Diamantópoulou, aseguraba recientemente que “el problema de la explotación infantil está mucho más cerca de nosotros de lo que solemos creer”, y *El País* de 7-5-02 comentaba al respecto que “De hecho, 2.5 millones de los niños explotados laboralmente (el 1% del total) viven en los países industrializados. Y tampoco España se libra del fenómeno. Este mismo informe [de la Organización Internacional del Trabajo] asegura que hay en este país 200.000 trabajadores menores de 14 años” (p. 34).

²³ Los periódicos de estos días se empeñan en quitarle la razón a don Sala. Así, bajo el siguiente titular: “Un juez británico encarcela a una madre por el absentismo escolar de sus hijas”, podemos leer la siguiente noticia: “Acabar con el absentismo escolar es una de las prioridades del Gobierno laborista, que no ha reparado en medios para conseguirlo. En 2000, modificó una ley de 1996 para aumentar de 1.000 a 2.500 libras (de 1.600 a 4.000 euros) la multa que se puede imponer a los padres de descolares absentistas y permitir a los jueces la sustitución de este castigo por penas de hasta 90 días de cárcel cuando lo crean oportuno. Hace dos semanas, Tony Blair lanzó a debate la idea de complementar esa ley retirando los subsidios públicos a las familias que consientan el absentismo escolar de sus hijos. La propuesta no fue bien recibida por todo el Gabinete porque empobrecer aun más a los pobres no les parecía a algunos de sus miembros la mejor manera de acabar con el problema. Pero Blair ha insistido en la bondad de la terapia” (*El País*, 14-5-02, p. 24).

su catecismo liberal, Sala se ve obligado a escribir, a continuación, que sí hay solución, y que la solución pasa, cómo no, “por hacer que sea rentable la asistencia al colegio”.

Está visto que estos liberales todo lo resuelven con la rentabilidad. Pues se deberían aplicar el cuento y comportarse así: “Que el niño no me come”; pues haz que sea rentable que “te coma”; “que me saca malas notas...”; pues permítele una tasa de ganancia que se comporte como una función creciente de sus calificaciones escolares; “que sólo quiere comer hamburguesas...”, pues incentívale los filetes de ternera. Etcétera. El problema es que, si hacen esto, van a entrar en contradicción las tasas de ganancia paterno-filiales con las de las empresas del sector industrial concernido, y, de momento, parece que la Macdonalds y demás firmas del sector tienen todas las de ganar y de llevarse el gato al agua (entre otras cosas porque los padres les enseñan a los niños, con su ejemplo, lo ricas que están las dichas hamburguesas).

Y no es que las hamburguesas sean o estén malas. Es que aquí ocurre como con el tabaco. Si se ha impuesto la comida “basura” y “rápida” --¡cuántas veces me he sentado yo en Nueva York en el Deli de la Quinta Avenida, esquina con la calle 24, donde, como sucede en tantos otros, un cartelito recuerda a los comensales que no puede ocupar su asiento más allá de 15 minutos!--; si se ha impuesto el antitabaquismo, es porque la presión capitalista por apurar hasta el extremo, hasta la última gota, la extracción gratuita de trabajo ajeno de sus asalariados, ha llevado en Estados Unidos, antes que en ningún otro sitio, a:

1º) eliminar primero la costumbre europea de la comida a la hora de comer --hoy convertida en un simple bocadillo que se engulle por la calle (si no es en el mismo lugar de trabajo, y da igual que el “bocatal”, que no comensal, lleve mono azul o corbata de ejecutivo de Wall Street)--;

2º) eliminar después la costumbre de fumar, porque sabido es que si uno fuma ocurre lo mismo que si uno piensa: que no trabaja (o si trabaja, que no rinde); y esa “porosidad” del trabajo, en el que tantas interrupciones y tanta charla lo son por culpa del tabaco, sale mucho más cara a la clase capitalista en su conjunto que las pérdidas que puedan experimentar en su día todas las compañías tabaqueras juntas (pérdidas que tarde o temprano tendrán que repartir y “socializar” entre el conjunto de los capitales de todos los sectores, como consecuencia del exterminio final de los fumadores, pero que, aun así, supone una perspectiva “más rentable” que la

otra alternativa del dilema). Desde luego esta salida no es equivalente a la “solución final” de Hitler, pero va camino de parecersele cada vez más. Y está claro que, para impedir que el tabaco haga echar humo a sus balances y sus cuentas de resultados, no se van a detener por las protestas de quienes se quejen de que se está quemando a fuego lento la paciencia y la moral de los fumadores.

¡Y que conste que yo no fumo!

Pero, volviendo a la cuestión de cómo incentivar que los niños del Tercer mundo estudien en vez de trabajar, debemos recordar que los salarios escolares y otros incentivos a la escolarización infantil no le parecen a Sala más que una solución “a corto plazo”. Les hago una apuesta: ¿a que ya saben por qué es sólo una solución a corto plazo? Pues claro: porque a largo plazo la solución sólo puede ser... aumentar y difundir la “globalización” (capitalista, claro). Cuando el afán de enriquecerse haga suficientemente inteligentes a los maestros, a los dueños de las escuelas, a los niños y a las madres que los parieron, todo se habrá solucionado: el mercado habrá servido una vez más de panacea universal.

9

La explotación de la naturaleza

Como este simpático liberal nuestro (de nuestras críticas, quiero decir) es un moderno, y encima vive a caballo entre los Estados Unidos y Barcelona, que son dos sitios también muy modernos, no podía dejar de ser una pizca ecologista (que queda muy moderno, la verdad sea dicha). Y, en efecto, lo es. En su ecologismo moderado –porque nuestro autor es moderado en todo, lo mismo en sus errores que en sus aciertos--, llega hasta darles la razón a los globófobos en este punto (p. 103), pero --¡ojo!-- sólo “en la medida en que los mercados tienden a producir demasiados bienes sujetos a externalidades negativas”. Ahora bien: “en la medida en que utilizan ese argumento para intentar detener el proceso de globalización, no [tienen razón]”. Y no la tienen porque, una vez más, “la globalización no sólo no es el problema sino que forma parte de la solución” (p. 105).

Como a pesar de todo el señor Sala es un señor razonable, no deja de tener a veces más razón que los ecologistas, como cuando denuncia la extracción de clase de los ecologistas modernos. Y es que tiene razón en que “cuando uno es pobre, lo único que le preocupa es la obtención de comida y la salud de los hijos”. Los ecologistas radicales son tan insensatos como los defensores de los derechos de los animales. Pues mire usted: no, los animales no tienen derechos. Es la sociedad de los humanos la que tiene derecho a que se les dé un trato correcto y no cruel a los animales, como es la misma sociedad la que tiene derecho a criticar duramente a quienes se pasan bastantes calles al proporcionar una vida de lujo asiático a los animales que son de su propiedad. Algunos llegan a justificar incluso los lujos caninos, gatunos y de otras especies, porque estas actividades “crean numerosos puestos de trabajo” (no sólo clínicas y pedicuras veterinarias, sino también

otras facetas del sector servicios más típicas de los países pobres de Latinoamérica, donde se puso de moda pagar a jóvenes por sacar a pasear al perro, primero, a la pareja o a la media docena, después, y finalmente a auténticas jaurías, como yo mismo he llegado a ver en Buenos Aires, en la plaza del Congreso). Según este absurdo argumento --que no sólo se puede aplicar a los animales sino a las armas, la publicidad embuzonada, la televisión basura, y tantas y tantas cosas del sistema económico de nuestras desgracias--, si Bill Gates se volviera loco y decidiera gastar sus 60 mil millones de dólares de patrimonio en: a) vestiditos para proteger del frío a los perritos, y b) en desfiles de modelos de trajes caninos, tendríamos que estarle todos muy agradecidos por la cantidad enorme de puestos de trabajo que empezaría a crear, además en un sector que pasaría a mover una cifra de negocios tan importante (porque, claro, los 60 mi millones de dólares serían sólo el principio, y eso sin contar con los puestos de trabajo “indirectos” que se generarían “gracias al estímulo de la actividad económica, ¿comprenden?”, etc.), y que además sería un sector “nuevo”, de esos que abren una “nueva era” y que demuestran la capacidad de innovación y de “emprendimiento” de los emprendedores natos, y bla, bla, bla...

Pero volvamos a los ecologistas unilaterales e insensatos. Cualquiera que se tome en serio los necesarios equilibrios ecológicos que la sociedad humana ha de respetar sólo puede hacerlo desde el punto de vista antropológico, según el cual la naturaleza tiene que usarse de forma responsable, pero siempre al servicio a corto y largo plazo (es esta perspectiva a largo plazo lo decisivo) de esa misma sociedad humana. ¿Acaso no se le ha ocurrido todavía a ningún ecologista vociferante que el propio petróleo, que con tanto ahínco defiende y sobre el que tanta preocupación por su futuro muestra, no es sino un producto más, o un subproducto, del propio desarrollo industrial, que, en su opinión, tan equivocada y poco matizada, no es sino el origen de todos los males? Si la industria no se hubiera desarrollado, el petróleo jamás habría encontrado un destino empíricamente observable, ni habría sido de utilidad para ningún humano. Por consiguiente, hemos de dar gracias a que quepa esperar que continúe el desarrollo industrial después de que termine el capitalismo, ya que, seguramente, ésa será la vía más rápida para encontrar nuevas fuentes de energía con las que ir sustituyendo a todas aquéllas que se vayan agotando (y que por nuestro bien habremos de agotar, para ir dando paso a las nuevas).

Si las justas críticas del capitalismo se convierten erróneamente en críticas al desarrollo industrial en cuanto tal –es decir, si no se sabe distinguir entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas de la sociedad--, entonces tiene razón Sala al llamar “críticos viscerales del liberalismo” a muchos de los ecologistas dogmáticos que no saben hacer otra cosa. El problema que tiene Sala es que algunos preferimos usar la víscera que más les duele a los liberales --la víscera cerebral--, y gracias a eso podemos usar otros argumentos más sólidos para criticar las falsedades y mentiras del liberalismo. Es decir, hacemos una crítica intelectual sosegada de este maldito sistema.

10

La globalización de la desigualdad en el mundo

Lamentablemente, todo el debate que rememoramos en este capítulo —el debate entre los partidarios de la idea de la convergencia económica entre países (los neoclásicos en general, y entre ellos nuestro autor, Sala i Martín, en muy primera fila) y los que se oponen o se muestran escépticos frente a esa idea-- no ha tenido suficientemente en cuenta la aportación esencial de los historiadores económicos que han enfocado esta cuestión desde la única perspectiva correcta, me parece a mí, que es la perspectiva histórica secular, o muy a largo plazo.

Vamos a ver en este capítulo que cuando se adopta este punto de vista histórico, el análisis es mucho más claro que si se queda uno en los debates puramente periodísticos, o “políticos”, que caracterizan, por ejemplo, la batalla dialéctica y mediática entre partidarios y opositores de la globalización. El propio Sala entra en esta batalla ya desde el comienzo del capítulo que dedica al tema, oponiendo a quienes afirman que los 20 hombres más ricos del mundo tienen tanto patrimonio como los 3.000 millones de personas más pobres, una idea-réplica: que los veintes super-ricos pagan tantos impuestos como los 4.000 millones más pobres. Como si este argumento tuviera mucha fuerza. Bastaría con preguntarle: ¿por qué siguen siendo los contribuyentes supermillonarios los más ricos al año siguiente, mientras que los cuatro mil millones de pobres siguen en el mismo estado de miseria un año tras otro? Debe de ser, sin duda, porque la redistribución que se consigue con esta desigualdad impositiva es más bien escasa, por no decir despreciable.

Sala plantea la cuestión de la desigualdad en el mundo desde un triple punto de vista: 1) si la responsable es o no la globalización; 2) si cabe esperar que en el futuro esa desigualdad aumente, o más

bien que disminuya; y 3) si los índices de esta desigualdad se comportan igual cuando se mide la diferencia “entre países” o, por el contrario, se mide “entre personas”.

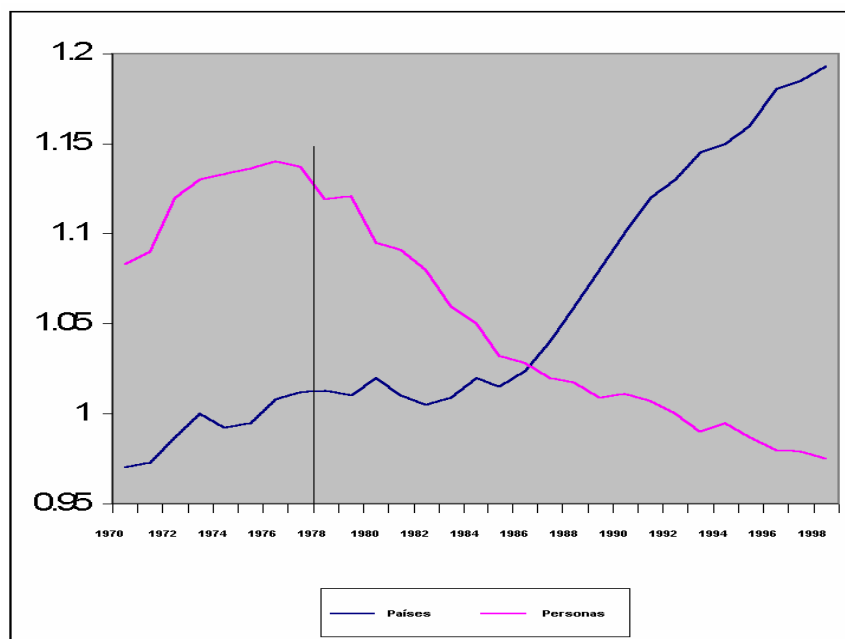


Figura 1:
Índices de desigualdad medidos
“entre países” o “entre personas”
Fuente: Sala i Martín

Empezando por este último punto, señalemos que todo el argumento de Sala se resume en la figura 1, donde representa la varianza del logaritmo de la renta per cápita de una muestra no especificada de países, medido de forma doble: 1) “entre países”, y 2) “entre personas”. Toda su argumentación se reduce a lo siguiente (hay que tener en cuenta que sus gráficos se refieren sólo al periodo 1970-1998, aunque en el libro hable del periodo “1960-98”; en cualquier caso, se trata en ambos casos de periodos muy cortos desde la perspectiva histórica): si en vez de contar los países como unidades, ponderamos sus respectivas poblaciones (por ejemplo, si tenemos en cuenta que China y la India, a pesar de que sólo son dos países, suman casi el 40% de toda la población mundial), el resultado puede ser muy diferente. Y eso es lo que pretende demostrar Sala con sus gráficos: que si bien la desigualdad aumentó midiendo países, no ocurrió lo mismo

mediendo poblaciones, ya que en este segundo caso, la desigualdad se redujo a partir de 1978 (véase la figura 1).

Sin embargo, lo que yo propongo es usar un conjunto de datos mucho más completo –tanto en el tiempo como en el espacio-- para demostrar que hasta las cifras de las estadísticas oficiales no dejan ninguna duda sobre el siguiente hecho: la desigualdad de renta per cápita entre los países ricos (unos pocos) y pobres (todo el resto) del mundo no ha hecho sino crecer desde que se instauró el capitalismo, es decir, desde el maravilloso año de 1760 (ó 1776) en que, según Sala, comenzó la parte brillante y hermosa de la historia universal. En las figuras 2 a 4 se resume la evolución que comento a continuación.

Es bien conocido que el desnivel de renta per cápita entre los distintos países de la tierra en los albores de la Revolución industrial era relativamente pequeño (véanse, por ejemplo, los estudios que al respecto han aportado historiadores económicos de la talla de Paul Bairoch, David Landes o Eric Hobsbawm). Pero una manera relativamente sencilla de contrastar esta idea –y creo que no utilizada hasta ahora-- consiste en utilizar las largas series de datos proporcionadas por otro autor no menos conocido, como es Angus Maddison y su equipo ubicado en Holanda, que ha ofrecido recopilaciones de datos para los casi 200 países que existen hoy en el mundo. Estos datos proceden, a su vez, de los que para cada país han venido elaborado diversos equipos de historiadores económicos a partir de los mejores datos, públicos y privados, que han podido encontrar para periodos tan largos como se requieren para construir la base estadística esencial del equipo holandés.

Usando el método de Geary-Khamis empleado por Maddison para calcular en “dólares constantes” –es decir, para mantener el poder adquisitivo real de las diferentes monedas nacionales implicadas, tanto en el espacio como en el tiempo--, y haciendo uso de los datos puestos por él a disposición de la OCDE en 1995²⁴, es posible comparar la fracción que representa un determinado país en la población mundial con el porcentaje que supone su PIB en el conjunto del PIB mundial. Pues bien, lo que se puede hacer para cada uno de los países individuales puede repetirse sin problemas para cualquier conjunto de países. Y lo que hemos hecho en las figuras 2 a 4 es hacer ambos cálculos para dos subconjuntos

²⁴ *La economía mundial, 1820-1992.*

idénticos de países a lo largo de todo el periodo 1820-1992: los 24 países que formaban parte de la OCDE en el año 1985, y todos los demás (sólo se representa el caso de los países de la OCDE, figuras 2 y 3, y el cociente que resulta de comparar esas cifras con las de los demás países: figura 4).

En la figura 2 se observa que el conjunto de esos 24 países ricos del mundo tiene casi idéntica participación en la población mundial en 1992 que en 1820, aunque la evolución de dicha fracción no haya sido una constante. Se ve en la figura que la OCDE aumentó su cuota en la población mundial un 5%-6% adicional entre 1820 y 1900, luego la mantuvo aproximadamente constante durante la primera mitad del siglo XX, y finalmente experimentó un descenso notable desde 1950.

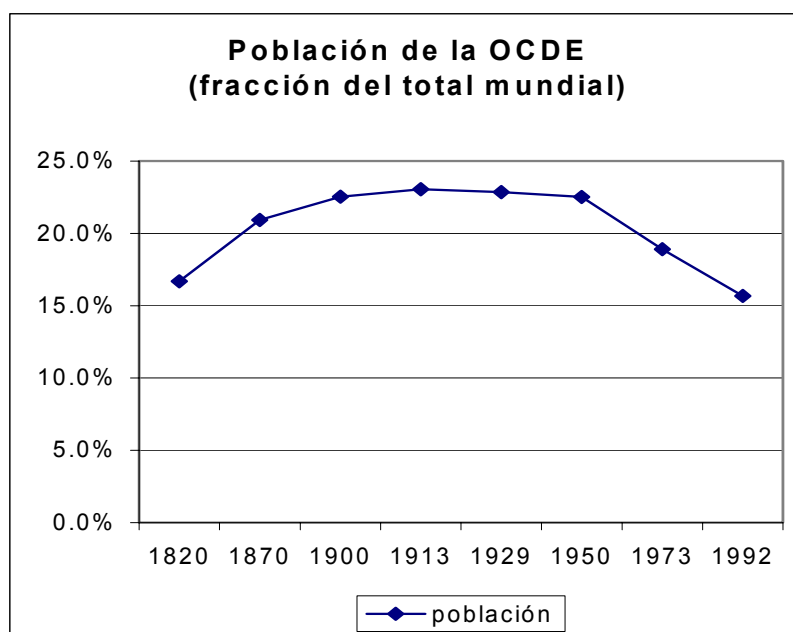


Figura 2:
Porcentaje que representa la población
de la OCDE en el total mundial
 (Fuente: Maddison, 1995, y elaboración propia).

En cuanto a la figura 3, se observa que la evolución de la cuota de la OCDE en la producción mundial ha seguido una pauta muy distinta, donde son evidentes dos etapas básicas: en la primera (entre 1820 y 1950), la cuota se elevó de forma continua (aunque a una tasa decreciente), desde menos de un 30% del total mundial en

1820 a casi un 60% en 1950; y en cuanto al periodo más reciente (entre 1950 y 1992), la disminución de dicha cuota se puede fijar en torno a los 6 o 7 puntos porcentuales.

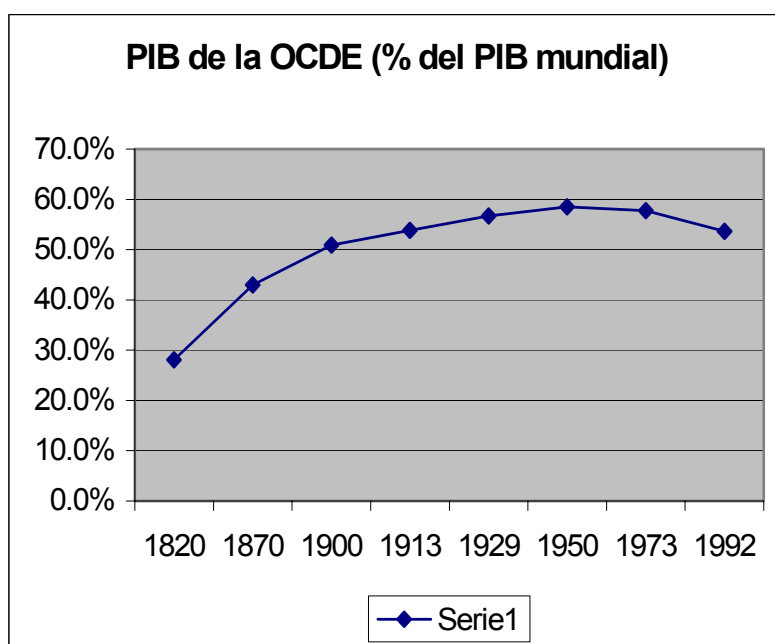


Figura 3:
Porcentaje que representa la producción
de la OCDE en el total mundial
(Fuente: Maddison, 1995, y elaboración propia).

Lo anterior significa que la OCDE concentra, con el 15% de la población mundial, más del 50% de la producción del mundo (lo que significa más de 3 veces la media mundial). Por tanto, la centena larga de países para los que Maddison también ofrece datos detallados (además del dato de los totales mundiales referidos a las diferentes variables computadas) –pero que no pertenecen a la OCDE, por los que los llamaremos simplemente “países No-OCDE”, teniendo en cuenta que su número ha ido variando rápidamente, sobre todo en el siglo XX, como ya constaba en el cuadro elaborado por Robert Dahl (véase la figura 1 de nuestro capítulo 7)-- tienen menos de la mitad de la producción con casi un 85% de la población mundial, lo que significa una renta per cápita sólo un poco mayor de la mitad de la media estadística mundial. Calculando estos últimos coeficientes para los dos conjuntos de países y comparándolos entre sí en el tiempo, obtenemos la

evolución cuasi lineal que refleja la figura 4, y que nos da una clara idea de lo persistentemente que se ha comportado en el tiempo el proceso de enriquecimiento relativo (empobrecimiento relativo) de los países ricos (países pobres) del mundo. Como las enseñanzas de la figura 4 son, a nuestro juicio, bastante notables, pasamos a detallarlas a continuación.

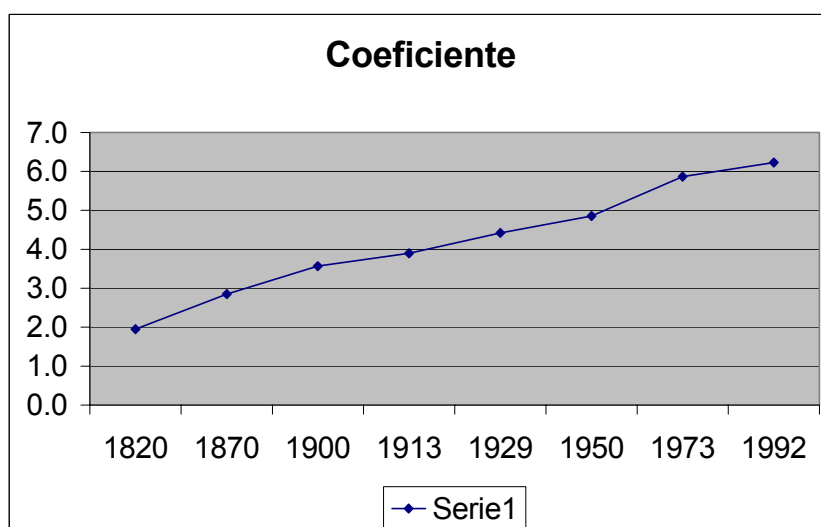


Figura 4:
La posición relativa de los países de la OCDE en relación con el resto de países del mundo, en términos de PIB per cápita
(Fuente: Maddison, 1995, y elaboración propia).

1. En primer lugar, el crecimiento de la desigualdad es cuasi lineal, lo que significa que en ninguno de los 7 subperiodos diferenciados se observa tendencia alguna a la mitigación del proceso empobrecedor. El que este coeficiente global se haya multiplicado por más de 3 a lo largo de los últimos 180 años simplemente significa que la desigualdad estructural en el mundo se ha más que triplicado. Esto desmiente a los dos tipos de liberales que, para nuestra desgracia, nos mortifican cotidianamente.

Desmiente en primer lugar a los liberales abiertamente liberales, tipo nuestro estimado don Xavier Sala, porque muestra que la globalización empobrece cada vez más a los pobres, en lugar de enriquecerlos, ya que de lo que se trata es de la posición relativa que se ocupa en la escala global, y no tanto de que en términos absolutos todos los países tiendan a mejorar en el tiempo, como ya sabemos, pues la productividad media del trabajo social a escala

secular evidentemente sube; ésta es la razón, por cierto, de que la gente normal tenga acceso hoy en día a comodidades que ni siquiera podían soñar los “príncipes” medievales, cosa que, como ya comentamos, le parecía tan sorprendente a nuestro autor.

Y desmiente también a los liberales semivergonzantes, que estamos llamando “criptoliberales” a lo largo de este libro. Y los desmiente porque, a pesar de los “cacareados” esfuerzos “igualitaristas” de los bienintencionados políticos (de izquierda y de derecha) que desde las palancas del Estado capitalista han pretendido siempre conseguir (al menos de palabra) lo contrario de lo que en realidad se ha logrado, la desigualdad no ha dejado de crecer. Claro que siempre les quedará el consuelo de argumentar que la desigualdad se habría multiplicado por 6 (y no por 3) “de no haber sido por la intervención del Estado”. Pero no es muy convincente prestar la mínima seriedad a un argumento de esta naturaleza, porque el hecho incuestionable, de acuerdo con las cifras reales, es que, entre mercado y Estado, unidos ambos en amoroso y conyugal maridaje, nos han “desigualado” a los pueblos del mundo a una velocidad de crucero casi constante, la que lleva al sistema capitalista en su conjunto en vuelto directo, pero con escalas, hacia su tumba.

2. Por tanto, como resumen de lo anterior, podemos afirmar que, en contra de lo que tiende a pensar la familia liberal que se autoproclama “socialdemócrata” (con la que tendremos que habérmolas principalmente en la segunda parte de este libro), todo el proceso de empobrecimiento de los países periféricos --y el simultáneo enriquecimiento de los países centrales-- ha ocurrido, no sólo gracias a los resultados de la operación exclusiva del mecanismo de mercado, sino *gracias, simultáneamente, a ese mercado, y también gracias a la intervención del Estado* que le corresponde (que no es otro que el Estado capitalista). El peso del Estado en los países de la OCDE, aunque muy por delante del que representan sus homólogos de los países pobres, no ha hecho sino aumentar a lo largo de estos dos siglos. De forma que ni el Estado liberal de las épocas manchesteriana y victoriana; ni tampoco el Estado más interventor y precursor del “Estado del Bienestar” de la primera época bismarckiana y prekeynesiana; ni por supuesto el sacrosanto y mítico “Estado del Bienestar” mismo, claramente intervencionista, de la época keynesiana; ni tampoco, claro está, el Estado no menos intervencionista de la llamada época “neoliberal” (que era, es, sólo un Estado “mínimo” en la dolorida cabeza de los

dogmáticos ultraliberales, pero no en la práctica política efectiva de los Reagan, Thatcher, Wojtila, los Bush padre e hijo, o los primos hermanos González y Aznar..., y de tantos de sus aprendices), han conseguido frenar esa tendencia “desigualadora” del mercado, por mucho que todos estos próceres y timoneles del aparato estatal capitalista nos digan que miremos sus labios para ver cómo articulan el mensaje contrario²⁵.

3. Se observa, por último, en la figura 4 que la llamada “edad de oro” (o edad dorada) del capitalismo fue tan áurea porque, entre otras cosas, consiguió aumentar la desigualdad entre países ricos y países pobres a mayor velocidad de la conseguida más tarde por los próceres (de derecha, de centro y de izquierda) del “neoliberalismo”. Y es que, por mucho que a los socialdemócratas europeos se les llene la boca de loas y botafumeiros al “modelo social europeo”, bastión del supuesto “Estado del bienestar keynesiano”, no hay más que leer a Keynes para darse cuenta de la maldita la gracia que le hacía a este señor el gasto público en favor de los pobres.

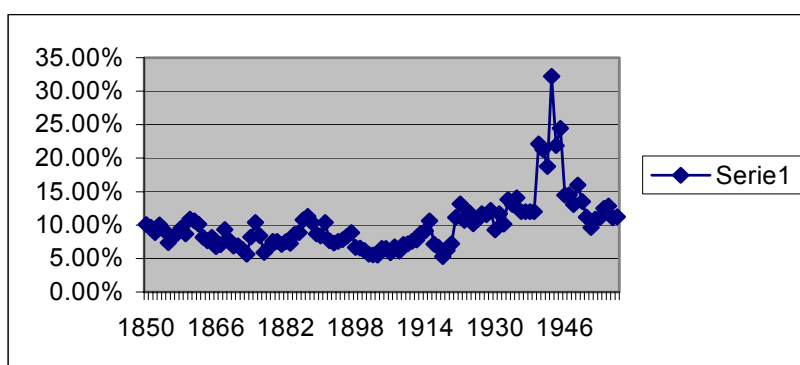


Figura 5:
Porcentaje que representa la demanda pública en el PIB
(España, 1850-1958)
(Fuente: Carreras, 1990, y elaboración propia).

²⁵ Atiendan los monaguillos del llamado “modelo social europeo” a la noticia que publicaba *El País* de 10-7-01: “Veinte millones de personas trabajan sin contrato en la Unión Europea” (p. 48). Y eso no lo dicen los rojos *antiglobalización*, sino nada menos que “Bruselas”, que añade, por cierto, que esa población genera “una riqueza de entre el 14% y el 20% del PIB de la UE, según datos difundidos por el comisario de Justicia e Interior, [el portugués] António Vitorino”.

Añadamos finalmente que en la figura 5 se observa la evolución entre 1850 y 1958 del peso representado por la demanda pública en el PIB español (según datos ofrecidos por el historiador económico Albert Carreras). Con independencia de que probablemente se trate de cifras subestimadas, lo único que nos importa aquí es mostrar la tendencia secular resultante, que es más que evidente si se piensa que el peso de la demanda pública parece situarse entre el 5% y el 10% en el siglo XIX, subir a una banda de entre el 10% y el 15% durante el periodo 1918-1958 (con una fuerte subida en los años de la guerra civil e inmediatamente posteriores) y alcanzar en los últimos cuarenta años (1960-2000) niveles situados entre el 15% y el 20% del PIB.

Pero volvamos a nuestro protagonista pasivo, el admirado señor Sala, cuyos argumentos sobre la evolución de las relaciones entre globalización y pobreza son, como casi siempre, inexistentes. A la pregunta de si la globalización es la culpable, se muestra tan claro como para yuxtaponer a esta frase --“La respuesta es rotundamente negativa”-- otra que desdice inmediatamente a la primera: “Bien, tomado de un modo literal quizá sí”. Sin embargo, cuando uno le deja explicarse un poco, su instinto liberal sale enseguida a flote: “Al fin y al cabo es cierto que los mercados y la globalización han permitido que los países que los han adoptado crecieran, mientras que aquellos que no lo hacían (...) se han quedado rezagados. Y eso, claramente, ha creado desigualdades entre países” (pp. 111-112). A continuación se limita a contraponer a lo que llama “idea marxista²⁶” --“si una de las partes sale ganando [en el comercio internacional], la otra tiene que salir perdiendo o está siendo explotada”-- la idea de que esto es falso: los países ricos no se enriquecen porque exploten a los pobres sino porque los pobres “han tenido la mala suerte de tener líderes políticos desastrosos”.

Pues bien, a menos que Sala se avenga a conceder que Franco debió de ser entonces un político estúpido --a juzgar por el rápido aumento del nivel relativo de renta per cápita experimentado por España entre 1939 y 1975 (de hecho, el grueso de la convergencia con la Unión Europea lo experimentó nuestro país entre 1950 y 1975, mientras que la evolución posterior en este sentido ha sido mucho más débil y tortuosa)--, o también que la URSS de Stalin o

²⁶ En realidad, ésa es la idea mercantilista, no marxista, ya superada hace dos siglos y medio por el primer teórico de la ventaja absoluta, que no es otro que Adam Smith, y sistematizada por Marx más tarde y por seguidores actuales de Marx, como Anwar Shaikh.

la China actual son modelos de países con gobiernos nada corruptos y muy eficientes (pues en sus épocas respectivas consiguieron efectivamente acercar el nivel de renta real de sus respectivos países al del mundo desarrollado), su argumento sólo se puede considerar un exabrupto.

Pero como todos los liberales no tienen más remedio que recurrir al Estado cuando la necesidad aprieta —y eso es cierto tanto en el caso de los prácticos (véanse, como casos recientes, los de los gobiernos de George Bush hijo o los del Partido Democrático Liberal de Japón) como en el de los teóricos (véanse las declaraciones de fe en el Estado por el ultraliberal Pedro Schwartz, que se recogen en el capítulo 5 de la segunda parte)--, nuestro héroe tiene que hacer lo mismo en momentos de aprieto. Y recurre al Estado combinándolo con una idea tan aguda como la de la diferencia entre “simplemente mercados” y “economía de mercado”. Es decir: “La economía de mercado es mucho más” que un simple mercado; es “un conjunto de instituciones legales y políticas” (p. 113). Con lo que resulta, a la postre, que los teóricos del mercado tienen que recurrir al Estado —que es quien materializa esas instituciones legales y políticas de las que habla Sala— para salir del paso.

Y nuestros liberales, que son tan coherentes como los socialdemócratas, después de habernos pronosticado, a principios de la década de los 90, el futuro glorioso que esperaba a los países del antiguo “bloque comunista”, gracias a la competitividad radicada en sus bajos niveles salariales, resulta que, una vez derrumbado el muro de Berlín, redescubren que no, que lo que en realidad faltaba en esos países no eran los mercados sino, sobre todo, ¡un Estado!:

“Crear cuatro mercados sin introducir las instituciones que hacen que la economía funcione apropiadamente no sirve para nada. Los países que han hecho esto han fracasado, y el ejemplo más claro es la Rusia de Yeltsin” (p. 113).

Estas explicaciones *ex post* y *ad hoc* no pueden dejar de recordar la ligereza de quienes hablan de “desregulaciones” de la economía sin caer en la cuenta de que la desregulación no es sino otra forma de regulación, es decir, que la vía por la que se llevan a cabo dichas “desregulaciones” no puede ser otra, y de hecho siempre lo es en la práctica, que el cambio de una regulación anterior por otra regulación más nueva, a la que se da el nombre de “desregulación” sólo porque se quiere enmarcar en un pensamiento

“neoliberal”. Por ejemplo, veamos el caso actual de la reforma del seguro de desempleo que prepara el gobierno español del PP y que llevó a los sindicatos el último Primero de Mayo a amenazar con una huelga general antes de que finalice la presidencia española de la UE: no es más que un conjunto de normas, a lo mejor agrupadas en forma de una ley o de un decreto, que vendrán a sustituir a las que estaban antes en vigor.

Pero volviendo a las preocupaciones de Sala sobre la globalización: “¿Y qué pasará en el futuro?”, nos pregunta. Pues no lo dude el lector: ocurrirá como en los mejores cuentos infantiles, que acabará la historia con “todos felices y comiendo perdices”; es decir, que todos los países “van a terminar siendo ricos” (p. 115). ¿Y cómo puede estar tan seguro Sala de tan arriesgada afirmación?: “La respuesta es que no lo sé. Simplemente lo sospecho”. Visto lo cual, permítanme dudar de que haya en el libro de este señor cualquier cosa que vaya más allá de ser una mera sospecha, aunque en este caso particular él insista en que se trata de una sospecha “basada en la experiencia empírica”, que muestra, según él, que son muy pocos los países que bajan en su nivel de desarrollo, mientras que son muchos los que suben. Pero esto es una tontería, o quizás una simple flojera (a lo peor ese día le falló a Sala su famosa panadera y no pudo desayunar), por mucho que intente adornarlo con su pesada “parábola del globo y de las bolas de hierro”, que desde luego no le ayuda mucho a él para levantar el vuelo. La parábola es tan sosa como casi todo lo que escribe nuestro autor, incluidas las “instituciones pseudomedievales” [*sic*] que, según él, operan como una especie de bolas de hierro que lastran la posibilidad de que los países de su metáfora se suban al globo del progreso.

Pero dejemos que don Xavier nos aclare el significado de su parábola: el globo simboliza la riqueza, y los penados que arrastran las bolas pegadas a sus grilletes son los países que intentan subirse al globo mediante unas cuerdas salvadoras que penden de él y que son —cómo no— las “cuerdas de los mercados y de la globalización”. Pues bien, lo único que tienen que hacer los países de la parábola es abrir con la llave correcta los grilletes que atenazan sus pies (como en su día hicieron Japón, Alemania o Italia, y como más tarde repitieron los dragones y los tigres asiáticos, y, más tarde, incluso China) y no dejarse engañar por los cantos de sirena de los globófobos antiglobalizadores (en el doble sentido que Sala no sabe aprovechar), que difunden el sonsonete de

que es preciso recortar la longitud de esas cuerdas que cuelgan del globo (es decir, limitar la fuerza de los mercados y oponerse a la globalización). ¿Y en qué consiste la llave que sirve para liberarse de esos fardos que atenazan la movilidad de los países pobres? Pues en las “instituciones y los gobiernos eficientes que permitieran librarse de las pesadas bolas” (p. 115), aunque advirtiendo que dichas instituciones pueden ser “públicas y privadas”. Debería aclarar cuáles son las privadas, porque, si se trata de los mercados o de la sagrada institución de la propiedad privada, ya los ha incluido entre las cuerdas colgantes del globo de la riqueza. Y si no son éstos, ¿cuáles son entonces? Más adelante nos da alguna pista sobre lo que pudiera estar pensando.

Sala parece no darse cuenta de la necesidad de distinguir entre un nivel (o una evolución) absoluto y uno relativo. Es evidente que, en un conjunto de casi 200 países ordenados en términos de renta per cápita, necesariamente la movilidad hacia arriba y hacia abajo, cuando se mide en términos globales, tiene que ser equivalente y, por tanto, nula en términos netos, ya que al final también tendrá que haber países que ocupen los últimos lugares, igual que los habrá que ocupen los primeros. No puede decir que por cada veinte países que suben sólo dos bajan, a menos que esté mezclando desde el principio la posición relativa que se ocupa dentro de la jerarquía con la posición absoluta que viene dada por el nivel monetario o real de la renta per cápita de cada país. Que se hable tanto –y no sólo Sala-- de los famosos dragones y tigres no puede llevarnos a pensar que la fauna terráquea se limita a esos temibles depredadores (que, por cierto, no podrían existir si no existieran simultáneamente los depredados).

Quienes preferimos proponer como alternativa a este mundo económico y carnívoro una sociedad basada en la dieta vegetariana –y esto es otra metáfora que no debe interpretarse al pie de la letra, sino como una propuesta para sustituir la eficiencia caduca que se basa en la competitividad por una nueva eficiencia liberada de esa violenta camisa de fuerza--, no nos olvidamos de las víctimas. Si Corea o China escalan posiciones será porque otros países descienden hacia los lugares que dejan vacíos aquellos que están subiendo. Piénsese en el caso de Argentina o de tantos otros que, tras acercarse a las cumbres de la clasificación, saborean ahora el vértigo de la caída libre.

11

A vueltas con la “tasa Tobin” (y otras reformas fiscales)

Lo más interesante del capítulo que dedica nuestro autor a la “Tasa Tobin” es que muestra en él que también sabe usar adjetivos de vez en cuando, y sin duda significativos. Como se ve que éste es un tema que le llega al alma²⁷, se atreve a subir la emoción literaria de su prosa hasta el punto de declarar en público que las tasas impositivas alcanzadas, en la actualidad, por el equivalente estadounidense de nuestro “irpf” son sencillamente “obscenas” (p. 120). Démosle un doble olé torero a nuestro autor, primero por la cima lírica alcanzada, pero sobre todo porque nos demuestra así, tan poéticamente, no sólo en qué consiste su intimidad --y la de los liberales en general--, sino de qué pasta está hecha el pudor de esa especie, ya que el pudor es el único objeto posible contra el que pueda atentar cualquier obscenidad del tipo que sea (fiscal o de la otra).

Después de habernos dicho en el capítulo anterior que los Estados Unidos fueron uno de los primeros países que se montaron en el globo ése de la riqueza y la fama²⁸, ahora resulta que el gobierno de ese país americano y norteamericano ¡se muestra tan corrupto como el de los países africanos! ¿Cómo explicar, si no, que tras establecer en 1862 un “impuesto extraordinario” para financiar la

²⁷ Téngase en cuenta que el alma de los liberales no está compuesta de “tabaco y café con leche”, que es de lo que está hecha la de los tenientes coroneles de la Guardia Civil (como nos dice Federico García Lorca); no, los únicos ingredientes del alma liberal son, según confesión propia de Sala, los deseos de “dinero y fama”.

²⁸ Aunque sin pasar por Eurovisión: ¡qué desilusión! Permítanme entonces que yo prefiera a nuestra castiza Rosa, “Rosa de España”, que es de Armilla, en Granada, donde hay una base aérea que seguro que está plagada de suboficiales del Ejército del Aire que hacen mejores parábolas que las de Sala con sus globos.

guerra civil (con tipos del 3% y el 5%), dicho impuesto siga aún vigente, y no sólo eso, sino que haya exigido la aprobación de una reforma constitucional (en 1913) para mantenerlo en el tiempo, y, encima, que haya subido hasta los niveles “obscenos” actuales que denuncian sin gracia nuestros queridos liberales?

Dicho eso, estoy de acuerdo en que las posibilidades de implantar con éxito un impuesto como el que propuso el recientemente fallecido Tobin en 1971 son más bien escasas. Estoy también de acuerdo —nadie lo pondrá en duda porque el propio Tobin lo manifestó repetidamente a la prensa durante la última etapa de su vida— en que el autor de la propuesta tomó una gran distancia ante los proponentes actuales de la medida, pertenecientes al movimiento antiglobalizador, y muy alejados, por lo general, de sus planteamientos abiertamente liberales (como buen keynesiano que era). ¿Es que acaso nos quieren convencer los de Attac de que una elevación de la presión fiscal es una medida revolucionaria? ¿Por qué cargar las tintas en un nuevo impuesto tan complicado y no en los viejos, entre los que abundan algunos de sencillísima aplicabilidad? ¿Por qué no cambiar a fondo la estructura íntegra del sistema fiscal? Yo estoy de acuerdo en utilizar la “Tasa Tobin”, o cualquier otra excusa, como motivo para sacar a la luz pública los debates sobre las vías que deben adoptarse para llevar a cabo reformas en la dirección correcta, pero siempre que quede claro para todos a dónde se dirigen esas reformas. Nadie me va a convencer fácilmente de que un criptoliberal como Ignacio Ramonet, y menos su amigo Joaquín Estefanía, sólo porque procedan de la izquierda política aspiran todavía a cambios en el sistema que merezca la pena tomarse en serio.

Pero es que si no planteamos la cuestión de qué sistema es el mejor, y nos situamos abiertamente en un plano humildemente reformista, la cuestión sigue estando sin resolver. Puestos a debatir medidas de reforma —y ya he declarado que yo también soy un reformista—, propongo una alternativa concreta para ese debate. Quiero decir que, aunque el objetivo final sea sustituir el capitalismo por un sistema más eficiente y más justo —en el cual, por supuesto, no puede haber capitalistas y asalariados porque eso significaría que seguimos dentro de la relación capitalista básica—, ¿por qué no pensar medidas “reformistas” más moderadas? Por ejemplo —y ésta es mi propuesta—, impongamos un solo impuesto sobre la plusvalía del 90%, y dejemos a los trabajadores libres de toda obligación fiscal. Esto no sólo tendría la ventaja de la

sencillez, sino que, además, teniendo en cuenta que el plusvalor supone más del 50% de la renta nacional, un impuesto así sería capaz de recaudar tanto o más de lo que aportan ahora los sistemas fiscales existentes, y no cabe duda de que se trataría de una medida bien encaminada hacia el propósito final. Se trata de combinar la paciencia “revolucionaria” —que nos previene contra la tentación de pensar que las revoluciones se hacen con sólo imaginarlas— con algo más que la práctica del tipo de “reformismo” hoy predominante, que, por metonimia, se ha convertido en la expresión genérica que sirve para designar sólo el reformismo de los antirrevolucionarios --es decir, de quienes no sólo no desean participar en ninguna revolución sino que consideran “obsceno” el uso de palabras de tan mal gusto, que ofenden en sí mismas al pudor y las buenas costumbres de la gente de bien--. Pues ya se sabe la lección de urbanidad política que nos diera Óscar Wilde: ¡se empieza haciendo revoluciones y se termina por faltar a los buenos modales!

12

Rusos y otros puñeteros

Sala admite que “cuando Yeltsin dimitió el 31 de diciembre de 1999, la mayor parte de la población rusa era mucho más pobre que en 1985” (p. 123). Y, sin embargo, sus gobiernos, así como el de todos sus predecesores, al menos desde Gorbachov, tenían como empeño dominante la introducción de más mercados y más incentivos capitalistas —eso que los economistas tardosoviéticos llamaban la sustitución de los métodos “administrativos” por métodos “económicos”—. Aquí tenemos el ejemplo de un país, que para seguir con la parábola del globo, no hacía más que agarrarse a cuerdas y más cuerdas del famoso globo liberal-capitalista, y sin embargo, como reconoce Sala, no sólo no se elevaba lo más mínimo, sino que se hundía un palmo más cada mañana, hasta hacerse prácticamente invisible.

¿Y qué ocurrió con las famosas llaves —“¿dónde están las llaves, matarile-rile-rile...?”— de los “gobiernos e instituciones” que servían para liberar a los países del peso de sus plúmbeas bolas precapitalistas? Pues que no sirven para nada si el gobierno del país no es bueno. Porque lo que nos enseña el caso ruso, en opinión de nuestro autor, es “lo pernicioso que puede llegar a ser el gobierno cuando hace mal las cosas” y se limita a introducir “reformas pero sólo de un modo parcial” (pp. 123-4). Fíjese el lector, por cierto, en que Sala se muestra tan radical como yo, aunque sea en dirección contraria. Es decir, de nada sirven las reformas y las medias tintas si el objetivo final no se tiene permanentemente en mente. Para él el objetivo es montarse en globo; para mí, sustituir los artefactos voladores del siglo XIX por un instrumento de navegación aérea acorde con la altura de los tiempos en que estamos (y con el nivel de desgracia al que nos ha conducido el maldito globo de la globalización capitalista).

Y como en la Rusia de los noventa las mafias (¿serían éstas las instituciones “privadas” a las que se refería Sala en su parábola “global”?) consiguieron cosas tan (in)creíbles y significativas como que la tonelada de petróleo se pagara al precio de un paquete de Marlboro, o que se recibieran subvenciones equivalente al 99% del precio de ciertos alimentos, o que se concedieran créditos a “una minoría selecta de amigos” a una tasa del 3% cuando la inflación era del 2500%, ¿qué cabe esperar de un país de ese tipo? Ahora bien, no sé entonces por qué espera nuestro autor que Vladimir Putin vaya a cambiar las cosas (p. 127): ¿cómo podría lograrlo? Porque... repasemos su argumento: en Rusia el “proceso de transición a una economía de mercado no ha sido tal”, y “más que un ejemplo de fracaso de mercado, ese aberrante episodio de la historia de Europa se debe poner como ejemplo del daño que pueden llegar a hacer los gobiernos descontrolados, incompetentes y corruptos”, porque “cuando el gobierno controla la economía, las leyes, los jueces y la policía, la libertad individual se ve amenazada y, repito, poco pueden hacer los individuos. Ésa es una de las razones por las que se debe limitar el poder del Estado”.

En mi pueblo en estos casos se decía: “¡Este muchacho no se confiesa!”. Vamos a ver. Si el sistema ruso:

a) venía de una economía “comunista”, como la llama Sala, y en ella era el Estado el que controlaba todo hasta tiranizarlo y no respetar las libertades individuales, etc.;

b) si después los gobiernos que sucedieron a los gobiernos soviéticos parece ser que lo hicieron igual de mal y encima empobrecieron aun más a la población;

c) si los mercados (esas cuerdas que cuelgan del globo capitalista) están siempre ahí para quien se quiera agarrar a ellos, pero de nada sirve que estén o no estén porque la cuestión clave no es ésta sino la de una acertada política gubernamental que empiece por encontrar y saber manejar la famosa llave que libera del peso muerto de las no menos famosas bolas;

d) pero si al mismo tiempo las cuerdas no pueden hacer nada para conseguir que los países se suban al globo si su gobierno no quiere;

...resulta entonces que toda la idea liberal, si de verdad se reduce a la que nos transmite Sala, consiste o bien en tener buenos gobiernos –y no mercados--, o bien en saber imitar al célebre Houdini en su capacidad para liberarse de cualquier atadura o cerrojo que le impongan los gobiernos perversos y despilfarradores.

¿Y quién ha hecho bueno al gobierno de Putin, o quien le ha enseñado el arte de Houdini como para que nuestro héroe confíe tanto en él?

13

Profecías económicas

Para preparar sus dos últimos capítulos, que dedica a Asia y a África, respectivamente, Sala se aplica una cura de humildad, que parece que va mejor con la pobreza de estos países más bien humildes. Nos confiesa que él no sabe qué va a pasar en el futuro porque “no hay nadie en el mundo que pueda hacer profecías económicas acertadas, por mucho que los agentes de cambio y bolsa nos intenten hacer creer lo contrario” (p. 131). Tiene toda la razón en esto, desde luego. Sólo que yo apostillaría lo siguiente: ¿por qué está tan seguro entonces, no sólo de que el capitalismo va a ser eterno, sino de que va a significar la igualdad de todos los países en el concierto internacional?

Veamos. Si en el capítulo de la “Tasa Tobin” nuestro autor nos regaló con un sonoro adjetivo, en éste que dedica a Asia se anima ahora Sala con un sustantivo no menos brillante: “gloria”. Cuando describe lo que era la situación de conjunto de los países del sureste asiático en el momento en que estalló en ellos la crisis de 1997 (comenzando por Tailandia), nos recuerda el grado de exaltación mística en que debía de estar viviendo José Luis García Delgado cuando escribió en su manual de *España: Economía*, al referirse a la situación que vivía España en la época de los gobiernos González-Solchaga, lo mismo que Sala atribuye a los países capitalistas y procapitalistas del sureste asiático: que era “el lapso temporal más brillante de la economía española contemporánea”.

Una vez más, también el problema de la crisis tailandesa tuvo su origen en un error del gobierno, que, en este caso, en vez de garantizar los depósitos bancarios, se decidió por garantizar los créditos de éstos (aparte de otros despilfarros). Ahora bien, la experiencia tailandesa le sirve a Sala para escribir lo siguiente: “Sugerir que se limite la libre circulación de capitales porque

pueden salir corriendo del país y causar crisis financieras como la vividas en 1997-98 viene a ser como intentar prohibir la aviación cuando se produce un accidente de avión” (p. 136). Pues bien, a mí se me ocurre replicarle con otra frase similar: “Sugerir que se fomente la libre circulación de capitales porque pueden entrar corriendo en el país y engrasar la actividad financiera viene a ser como deducir que ya no habrá más accidentes de aviación porque ha transcurrido cierto tiempo sin que se haya producido ni un solo accidente de avión”.

Sala parece muy contento con la recuperación habida en el sureste asiático después de las crisis de 1997-98, pero *curiosamente* —y esto es realmente curioso si se tiene en cuenta que no habla de la situación de Japón en todo el libro— calla sobre la no recuperación de la economía japonesa. Lo que sucede ahora en Japón (en realidad, lleva sucediendo más de una década) puede suceder a corto o medio plazo en la cabeza del imperio. Podría ser que los famosos aviones del 11-S sólo fueran un primer anuncio de una tormenta aun mayor, que significaría el estallido de la nave insignia del capitalismo mundial.

Y, por fin, África. Comienza Sala recordando una vez más que la economía no puede funcionar sin “estabilidad política, sin un gobierno que proteja los derechos de propiedad (...)”, etc. Y, más sorprendente, dice que en este caso “la colaboración internacional será imprescindible” (p. 141). Pero ¿no habíamos quedado en que lo mejor para conseguir el óptimo social era comportarse de la manera más egoísta posible? Entonces, ¿a qué vienen estas “mariconadas” de colaboraciones? ¿No nos había dicho, una y otra vez, que lo que tienen que hacer los gobiernos es imitar a los particulares en su búsqueda exclusiva de los intereses propios con total independencia de los ajenos?

Pues no, aquí nuestro héroe se desdice de nuevo y se muestra ahora partidario de que “los gobiernos de los países ricos deberían encargarse de la investigación y del desarrollo de medicinas y vacunas” para los países de África. Pero ¿qué va a ocurrir entonces con las desvalidas compañías farmacéuticas privadas, si no cuentan ya con la protección de un sistema de patentes bien organizado, que las incentive a seguir trabajando y enriqueciéndose como Dios manda, es decir, como medio de garantizar el bienestar social? No se preocupe el lector: comprobará dentro de poco que no es eso lo que piensa don Xavier que tenga que ocurrir.

Una segunda idea que propone Sala a los gobiernos para mejorar la situación de África es suprimir las barreras proteccionistas y las subvenciones otorgadas por los Estados Unidos y Europa a sus productores agrícolas y ganaderos, que hacen posible que resulte “más barato comprar leche europea que leche local” (p. 142). Pero ¿acaso cree Sala que los precios bajos de Europa y de los países ricos en general se consiguen únicamente a base de subvenciones? ¿Por qué no produce entonces África camiones, ordenadores o impresoras (por poner sólo tres ejemplos) si se trata de productos que no reciben subvenciones públicas en ningún país desarrollado? O también, recordando otro adjetivo que no podía faltar en un libro como el de nuestro autor: ¿Es también la competencia que hacen las compañías que fabrican bienes de equipo y alta tecnología (suizas, estadounidenses, japonesas o suecas...) “competencia desleal” para la correspondiente producción (inexistente) africana?

En tercer lugar, propone Sala que las empresas de los países ricos ayuden también a encontrar la solución. ¿Y cómo? Pues “de cinco formas básicas”. En primer lugar, imitando a los filantrópicos Bill Gates y demás, que “ya han donado centenares de millones de dólares” (sin que al parecer haya servido de mucho, por cierto). En segundo lugar “invirtiendo directamente en la salud de los africanos”. ¿Y por qué habrían de hacerlo, si es mucho más rentable invertir en la salud de los ricos o en la de los chuchos y gatos (y monos y tigres y cocodrilos, etc.) de los ricos? Además: ¿no era la mejor manera de sacar a los pobres de la pobreza comportarse de acuerdo con el principio liberal de la maximización del egoísmo? Pues ahora resulta que no..., pero al mismo tiempo que sí, pues si las empresas multinacionales se deciden a invertir en África será una cuestión “de interés propio”. ¿Y cómo lo sabe nuestro poco precavido autor? ¿Y quién es él para decir a las empresas privadas del sistema de mercado de sus amores en dónde tienen que invertir y en dónde no? Simplemente, imagina que lo harán porque así se morirá menos gente de sida y así bajará el absentismo laboral. Pues para ese viaje no se necesitaban alforjas: que se queden las empresas produciendo medicinas en los Estados Unidos, Suiza o España, y que el absentismo laboral lo combatan a base de legislación (regulada o desregulada), reglamentos y ministerios: se echa al que no fiche a tiempo, se le paga algo mientras sea capaz de aguantar su situación de desempleo, y, cuando se le termine el aguante, a prisión si hace falta.

Una tercera vía para que las empresas ayuden a la solución del problema africano consiste, según Sala, en sustituir la distribución habitual de medicinas, que usa la red local de mafias y políticos corruptos, con la propia red de distribución de las empresas. ¿Pero qué quiere: que los fabricantes de coches o de petróleo se pongan a vender medicinas, o está diciendo que prefiere que las repartan *gratuitamente*? Tranquilo, lector: parece que se inclina por la distribución “de mercado” –qué alivio--, y por eso propone que las empresas “distribuyan preservativos entre sus empleados poniendo máquinas expendedoras”. ¿Pero desde cuándo le ha hecho falta a una empresa que vende máquinas expendedoras, o a una empresa que las alquila, que venga alguien a decirles dónde tiene que instalar o dejar de instalar esas máquinas expendedoras (o cualquier otro tipo de máquinas)? ¿Es que acaso cree él que ellas no saben dónde tienen que instalar y desinstalar? ¿Es ingenuidad o es chiste? Estos liberales son realmente graciosos en su contradicción incomparable e insuperable...

La cuarta vía es que las empresas colaboren “facilitando el acceso a la educación de los más pobres” (*sic*, p. 145: ¡toma del frasco, carrasco!). Pero no se confundan, que se trata de un simple segmento adicional de mercado que propone nuestro intrépido consejero sin fronteras: “Por ejemplo, las empresas informáticas de los países ricos pueden desarrollar programas más fáciles y accesibles a las personas con un nivel de formación más bajo (...) es importante que recuerden [¿pero de verdad se le pasa por la cabeza a nuestro Sala que las empresas se pueden olvidar de esto?] que quien consigue *acostumbrar* a todo un continente a utilizar un determinado programa terminará teniendo millones de clientes para toda la vida”. En resumidas cuentas: que le está dando pena el filantropismo excesivo de don William Gates III, y le propone aquí una vía cómoda para recuperar el dinero perdido con sus generosas donaciones.

Y por fin, la quinta, “la mejor manera” –claro-- que tienen las empresas de colaborar con los países subdesarrollados: “simplemente haciendo negocios con ellos”. ¿Pero no era esto mismo lo que estaba aconsejando hasta ahora en los puntos anteriores?

Claro que, aparte de gobiernos y empresas, hay más actores en el escenario (teatral-liberal) africano: “las ONG y las iglesias”. Pero eso sí: nada de “condonación de la deuda”; aquí la única condonación que se permite es la condonación a base de condones

(previo pago, ya quedó claro), pero no más. Y es que la deuda no es la causa del problema sino un mero “síntoma”. Por la misma razón, podría haber dicho que el sida no es la causa de ningún problema sino un síntoma de la mayor pobreza africana. O que la culpa de la mayor extensión del sida en África es que no son suficientemente egoístas como para saber enriquecerse, globalizarse, subir de nivel de vida y, así, tan ricamente, pagarse de su propio bolsillo las vacunas y cestas de medicamentos que hacen falta para combatir el exceso de mortalidad “africana” por esa enfermedad, y reducirla a los niveles actualmente existentes en los países más desarrollados. Señala Sala que si les “perdonamos” la deuda (sí: habla en primera persona, como esos empleados de las multinacionales que nos dicen mientras desayunamos: “pues, ya ves, hemos abierto una nueva planta en Checoslovaquia...”; ¿o será que el propio Sala tiene intereses en la banca privada internacional?), al cabo de cinco años volverán a tener “créditos impagables”. Por la misma razón, podría decir que, si les ayudamos con peces, al cabo de cinco años seguirán sin saber pescar, y bla, bla..., al igual que nos decían los jesuitas en el colegio, en los años 60, cuando invitaban a algún misionero para fomentar la campaña del Domund.

O sea, que no se aclara: que nuestro héroe duda constantemente entre la filantropía y el egoísmo; que lo mismo se trata de la vieja receta de la caridad cristiana, pero en plan laico, que de la disciplina del hambre que inventaron sus predecesores, los primeros capitalistas que descubrieron el sustrato material de la ideología liberal. Nos recomienda que aplaudamos la labor de Médicos Sin Fronteras --¿por qué sólo esta ONG, y no otras?— y que estimulemos a las iglesias a “colaborar en la promoción de los valores que conducen a la paz y no a la guerra”. Y yo me pregunto: cuando dice “iglesias”, ¿incluye también en ellas a la judía y a la musulmana?

Y por último --no sé qué mosca le picaría ese día--, el párrafo de su página 147 contra el FMI/BM parece más típico de un liberal de izquierdas (como José Antonio Alonso o Carlos Berzosa) que de uno de derechas:

“Finalmente, las instituciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial deben desempeñar un papel importante (...) Pero han de cambiar su actitud para con los países pobres. Tienen que entender que las soluciones deben venir de abajo y que no deben ser impuestas desde arriba y que, cuando los países africanos lleguen a proponer una solución, habrá que

darles apoyo, aunque ésta no coincida con la que las instituciones internacionales hubieran preferido. También deben entender (...) que quienes están mejor preparados para crear las instituciones (...) son los propios africanos. Finalmente, las instituciones internacionales deben entender que, a menudo, los programas de ajuste que no tienen en cuenta los perjuicios que se causan a los más desamparados pueden acabar generando una sensación de injusticia, un malestar social y una violencia colectiva que acabe con la viabilidad de todo el proyecto”.

¿Se habrá enamorado Sala de alguna africana?

El autismo del mercado

En los dos últimos años ha cogido mucha fuerza el movimiento “post-autista” en economía, o, más exactamente, en la enseñanza de la Economía en la universidad. Primero fue un grupo de estudiantes franceses de doctorado (de l’École Normale Supérieure, en París) el que protestó por la falta de pluralismo y el exceso de formalización (matemática) en la enseñanza y en la investigación de la Economía. Luego salió un segundo manifiesto universitario, procedente de la no menos prestigiosa Universidad de Cambridge (en el Reino Unido), que se unió a la protesta sobre bases y argumentos muy similares. Y finalmente han surgido manifiestos e iniciativas en todo el mundo, que han culminado en un “movimiento post-autista” en Economía, que se sostiene en la página web de la pae (*post autistic economics*) y su correspondiente revista electrónica.

Aunque se pueden encontrar otros precedentes a este movimiento —no en vano el problema viene realmente de lejos—, es grato encontrarse con la sorpresa de que, en el número de otoño de 2001 de la prestigiosa revista neoyorquina *Science and Society*, el editorialista comente lo siguiente:

“Paseando por el nuevo campus de la Universidad Complutense en Madrid, en mayo de 1999, me sorprendió ver un eslogan pintado en la pared: ‘¡La economía trata de la gente, no de curvas!’”. Nadie que no haya estudiado Economía puede captar plenamente ese sentimiento estudiantil de tormento por culpa de las “curvas”, esas relaciones entre variables que se representan mediante diagramas (por ejemplo, la intersección de las curvas de oferta y demanda). El eslogan criticaba la teoría abstracta y cuantitativa de la Economía — y por extensión de las ciencias sociales en general— y abogaba por el estudio de la realidad concreta, histórica y social. No tenía ni idea entonces de que ese eslogan ‘gente *versus* curvas’ iba a

resultar profético. En junio de 2000, un grupo de estudiantes franceses publicó un escrito en la ‘web’, quejándose del estado actual de la Economía: su uso indiscriminado de las matemáticas; el ‘dominio represivo’ de la teoría neoclásica y la exclusión de enfoques alternativos y críticos. Los estudiantes llamaban a los profesionales de la Economía a comprometerse con lo empírico y lo concreto; a evitar el ‘cientifismo’ y abrazar ‘un pluralismo de enfoques adaptado a la complejidad de los objetos económicos y a la incertidumbre que rodea a la mayoría de las grandes cuestiones económicas’; así como a realizar reformas ‘para rescatar a la Economía de su estado autista y socialmente irresponsable’. El manifiesto puso en marcha el Movimiento por una Economía Post-autista, que se ha propagado como el fuego entre los estudiantes de Francia y España, y cuenta con un número creciente de adeptos también en otros países. El 21 de junio, *Le Monde* hizo un reportaje sobre el tema y se interesó por la opinión al respecto de importantes economistas de todo el mundo. En diciembre del 2000, se realizó un Congreso para reunir propuestas más detalladas. Desde entonces, el movimiento ha seguido creciendo y desarrollándose (www.paecon.net)”.

En las Jornadas de Economía Crítica de Valladolid (28 de febrero-1 y 2 de marzo de 2002, las octavas que se celebran en España desde 1987) se discutió un manifiesto que proponía que nos sumáramos en nuestro país a este movimiento. Aunque yo presenté una ponencia sobre ese tema en las Jornadas, en este libro sobre el liberalismo parece más apropiado empezar por preguntarse acerca del fenómeno que le sirve de base real a este problema intelectual. Dicho fenómeno no es otro que el autismo económico que practica el mercado en la realidad (y no sólo en la teoría).

En mi opinión, sobre la cuestión del papel del mercado en la economía y en la sociedad hay tres grandes corrientes cuyo impulso fundamental podemos caracterizar como sigue. En primer lugar, están los “fundamentalistas del mercado”, aquéllos a quienes, como le ocurre a nuestro Xavier Sala, siempre parece insuficiente la cantidad de mercado realmente existente, y que, como los defensores de cualquier otra panacea, hacen bien en ser coherentes con su diagnóstico y reclamar la receta apropiada que se sigue del mismo. Por tanto, sus partidarios quieren universalizar y globalizar aun más la economía de mercado –“el problema es que no hay suficientes mercados”, nos dicen--, y recortar o eliminar todas las instituciones y reglas que se oponen por doquier a su dominio

absoluto. Estos economistas están dispuestos, no sólo a privatizar el sistema nacional de ferrocarriles (véase la excelente película de Ken Loach, “La cuadrilla”, para una ilustración de sus efectos en el caso británico; o repásese el periódico de ayer y de hoy, 11 y 12 de mayo de 2001, que nos informa de un nuevo accidente en las cercanías de Londres que se ha cobrado casi una decena de víctimas mortales), sino a privatizar incluso las cárceles y, si hiciera falta, siguiendo los postulados del maestro de Margaret Thatcher, Friedrich von Hayek, a privatizar totalmente el dinero en circulación.

Un segundo grupo de economistas, crítico del primero, se presenta como la alternativa a éste y se preocupa, por tanto, sobre todo, por aparecer como lo contrario del fundamentalismo. Entre los que insisten en los numerosos “fallos del mercado” –pero no olvidemos que hasta los Sala y los Braun reconocen estos “fallos”-- hay todo tipo de sensibilidades teóricas y prácticas, desde las que se basan en un sentido del realismo más acorde con el sentido común hasta las que, más cultas, apoyan sus argumentos en sólidas tradiciones de pensamiento que, si no arrancan con celebridades del siglo XIX, como Karl Marx o Thorstein Veblen, lo hacen con famosos autores del siglo XX o incluso del XXI, desde Karl Polanyi y Maynard Keynes hasta Amartya Sen o Albert Hirschman. Como decía recientemente José Luis Sampedro, el decano de los economistas españoles, para ellos (los críticos) no se trata de eliminar el mercado, sino de conseguir que la economía de mercado no se convierta en una “sociedad de mercado”, en una especie de “régimen” todavía más totalitario y asfixiante.

Desde esta perspectiva, se entiende bien lo que el movimiento post-autista, integrado sobre todo por economistas pertenecientes a este segundo grupo, concibe como el autismo de los economistas mayoritarios. Es verdad que la definición que del autismo ofrecen los diccionarios plantea algunos problemas de aplicación en este caso. Por ejemplo, el excelente Diccionario de Seco nos describe el autismo como un “trastorno psicológico caracterizado por el ensimismamiento y la falta de interés por el mundo exterior, generalmente acompañado de aislamiento y dificultad de comunicación”. Ciertamente es que los economistas ortodoxos y los fundamentalistas del mercado se encierran en sus modelos bellamente contruidos y se olvidan del desapacible mundo exterior. Pero no es verdad que en esa actitud se vean limitados por dificultad de comunicación alguna, sino más bien todo lo contrario.

De hecho, de lo que nos quejamos los economistas críticos, en España y en el mundo, es de que estos fundamentalistas de mercado se comunican tanto, con tanta facilidad y con tales medios, que, como efecto colateral inevitable, nos tienen a los demás en un tris de que callemos para siempre jamás.

Pero más difícil lo tenemos aun quienes simpatizamos con el reducido grupo de economistas que compone el tercer grupo en liza. En este caso, no se trata simplemente de denunciar los “fallos de mercado” porque, pensándolo bien, ¿qué partidario del mercado, desde Adam Smith a nuestro Sala, pasando por Milton Friedman, no ha sido al mismo tiempo crítico, como hemos dicho, de algunos de sus fallos más sonados, como ése al que tanta manía le tienen y que se llama “monopolio”? ¿Qué economista, incluidos Carlos Rodríguez Braun o Pedro Schwartz en nuestro suelo patrio, se atrevería a negar la existencia de externalidades o de bienes públicos puros? Ya hemos visto cómo Sala no sólo menciona estos casos sino que les agrega el de los “bienes comunales”.

Sin embargo, lo que el reducido tercer sector de economistas nos tememos es que es el propio mercado el que encierra el fallo: ¡él es el fallo! No se trata de que el Estado y otras instituciones deban “complementar” o “completar” el papel del mercado porque hay funciones que aquéllos pueden y deben cumplir mejor que éste. De lo que se trata es que es muy posible que la culpa de los males económicos reales que padece la sociedad de mercado sea del propio mercado. Si el mercado funciona desequilibradamente y crea desigualdad, y si el Estado, tras dos siglos y medio de esfuerzos aparentemente bien intencionados, no es capaz de invertir esa tendencia a la desigualdad, que se presenta hoy con más fuerza que nunca, a lo peor resulta que el sistema no funciona correctamente (sólo hay que leer los periódicos con atención para darse cuenta de que es así).

Y es que los economistas de esta tercera clase (los que no viajamos en coche cama ni siquiera en litera, y que desde luego nos sentiríamos muchos más seguros viajando con la antigua compañía pública británica de ferrocarriles que con la moderna, privatizada y cuasi-asesina Railtrack) tenemos una pregunta que hacer a nuestros colegas, tras un comentario previo para tantear si podemos ponernos de acuerdo.

Comentario (triple). Los que viajáis en primera nos habláis de la “economía del bienestar” que genera y difunde el mercado entre toda la sociedad. Los que viajáis en segunda respondéis que qué

sería del mercado y de la sociedad si no fuera por la benéfica actuación contrarrestante del “Estado del bienestar”. Sin embargo, los que nos agolpamos en los vagones de tercera no observamos el bienestar sino en la televisión —que de eso sí que estamos bien equipados todas las clases de viajeros-- que nos retransmite lo que sucede en los coches delanteros del tren.

Pregunta. ¿Tan seguro está todo el mundo de que es absolutamente *imposible* que la sociedad se decida a sustituir estos anticuados trenes por otros en los que todos los viajeros disfruten y sufran de las mismas condiciones materiales? Permítanme que me una a Adam Schaff en su convencimiento de que pronto veremos circular esta nueva categoría de trenes, que tantos disgustos darán a los propietarios de los antiguos.

15

**Lo que no quiso decir, ni pudo decir,
ni nunca dirá don Xavier Sala i Martín**

Permítame el lector cerrar esta primera parte del libro con tres capítulos que versan más bien sobre ausencias que uno observa en el libro de Sala. No se trata, sin embargo, de elaborar *in extenso* los temas que él no toca, sino de dejarlos simplemente apuntados.

En primer lugar, hay al menos algo de lo que no quiere hablar nuestro autor (aunque lo sepa): la prolongada crisis económica en la que está sumida la que hasta ahora era la segunda economía mundial, Japón (ahora adelantada por China); y la cada vez más probable crisis que, según un número creciente de economistas, incluidos liberales y ortodoxos, va a ocurrir en los Estados Unidos, con indudables semejanzas, pero a una escala mayor, y con consecuencias más dañinas para la economía mundial, que en el caso japonés. Puesto que en la segunda parte del libro se menciona el análisis de Fred Moseley en uno de los artículos (capítulo 1), es bueno remitir al lector al más reciente trabajo sobre el tema de este mismo economista marxista: el que ha publicado en el número de abril de 2002 de la neoyorquina *Monthly Review*. Pero tampoco está de más mencionarle el nombre de algunos economistas ortodoxos que vienen a decir prácticamente lo mismo: apunte los nombre de Kurt Richebächer, de Henry Liu o de Doug Noland.

Un segundo conjunto de ausencias se agrupa en torno a algo que no pudo decir Sala (porque no podía saberlo). Me estoy refiriendo, por ejemplo, a por qué (entre otras cosas) subió Le Pen en las últimas elecciones presidenciales francesas, y por qué hasta cierto punto pareció crecer y crecer el fenómeno –electoral y social– de la nueva extrema derecha (véase el capítulo 16, donde se escarba un poco en esto). En este caso sí que nos encontramos ante una auténtica novedad, ya que Haider en Austria, o Le Pen en Francia, o el asesinado Pim Fortuyn, en Holanda, llevan mucho

tiempo utilizando métodos electorales y pacíficos –y quien los acuse de demagogos, que tire la primera piedra y se deje escrutar el grado de demagogia que incubaba su propio discurso--, pero tienen un rasgo en común y también compartido con la extrema derecha clásica: su convencimiento de que el mercado es la solución de la cuestión económica (recuérdese la famosa frase de Le Pen: “Soy, socialmente, de izquierdas; económicamente, de derechas; y, nacionalmente..., de Francia”).

En tercer lugar, lo que nunca dirá Sala (porque nunca querrá saberlo ni decirlo) es qué puede leer el lector que se interese en seguir profundizando en temas no liberales, y en argumentos eficaces para contrarrestar los insípidos planteamientos de los liberales. Son tan “desaboridos” que el 12 de mayo de 2002 *El País* felicitaba mi cumpleaños con una breve reseña del libro que yo mismo estoy criticando aquí. Titulaba Jesús Mota su comentario “La infatigable pedagogía neoliberal”, y, tras sacar a relucir alguna de las más gloriosas frases de nuestro querido autor, este periodista liberal (de la familia socialdemócrata) de ese periódico liberal (de la familia de los periódicos pro-golpistas, como dejó claro con su apoyo al golpe empresarial contra el legítimo régimen venezolano de Hugo Chávez), concluye: “Cabe decir lo anterior si el discurso neoliberal simplificado se toma en serio; pero es mejor no hacerlo”.

El lector habrá observado que yo sí que me tomo en serio el discurso neoliberal –Mota no se da cuenta de la tautología que comete, ya que el discurso neoliberal es, por definición, no simplificado, sino “simplista”--, pero me tomo más en serio aun el discurso liberal, el de Smith, Hayek, Popper, Vargas Llosa, Pedro Schwartz, Gabriel Tortella..., y el de los socialdemócratas como Anthony Giddens, que volvía una vez más a la carga con su tercera vía en el mismo periódico (las desgracias nunca vienen solas, como dice el refrán), o como Joaquín Estefanía, que no tiene más remedio que darles cabida, ya que el dueño manda.

Pues bien, ya que estamos en una época en que el internet está sustituyendo a las bibliotecas en la tarea de los malos estudiantes, aprovecharé para dejar aquí algunas referencias imprescindibles que el lector puede encontrar también en Internet. Por ejemplo, desde hace unos días está disponible en la red (www.i6doc.com), y en la versión española de Alejandro Ramos, uno de los mejores manuales de Economía que el lector no liberal puede desear: *Comprender la Economía*, del belga Jacques Gouverneur.

Asimismo, puede acceder, a través de la página del movimiento post-autista en Economía (www.paecon.net), a toda una serie de enlaces que le abrirán perspectivas sobre los más diversos campos de la economía heterodoxa y no liberal. Entre otros autores que participan en los debates que recoge esta página está Bernard Guerrien, autor de varios excelentes manuales y diccionarios de introducción a la Economía, pero que, en este caso, lamentablemente, no están traducidos al español. Otro manual muy útil, traducido también del francés, pero esta vez por mi colega de la Complutense, Xabier Arrizabalo, salió recientemente al mercado en español: se trata del manual del canadiense Louis Gill, *Fundamentos y límites de la economía capitalista* (2002).

Por cierto, que en esta misma universidad madrileña el lector puede encontrar apoyo para ampliar sus inquietudes antiliberales en una amplia gama de posibilidades. Por ejemplo, puede acudir a los cursos de Economía que la UCM imparte con la colaboración de la Fundación de Investigaciones Marxistas (dentro del Título Propio de la UCM sobre Materialismo histórico). O puede visitar la excelente oferta de textos de autores socialistas, comunistas y anarquistas que se recogen (casi siempre en español) en la página de la BAS (la Biblioteca de Autores Socialistas): <http://www.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/index.htm> (y si sabe inglés puede pasar luego a la página <http://www.marxists.org/archive/marx/>). O bien puede participar activamente en las discusiones del Foro Internacional “Marx-marxismos Hoy”, que también organiza y mantiene activo esta universidad (<http://www.ucm.es/info/eurotheo/hismat/forum.htm>).

Por último, el lector puede asistir a las reuniones de las Jornadas de Economía Crítica, que se celebran bianualmente en España, y donde se presenta una buena cantidad de trabajos que tienen en común su rechazo de la ortodoxia liberal. Información adicional sobre esos trabajos puede encontrarse en la página <http://www2.eco.uva.es/jec>, y si el lector requiere algún detalle más, me ofrezco voluntariamente a ampliárselo en la siguiente dirección: diego.guerrero@cps.ucm.es (más información, en la página web <http://pc1406.cps.ucm.es>).

16

**Y lo que no saben decir ni Sala ni Estefanía
(es decir, las dos variantes de liberal)**

Puesto que la primera idea de este libro la tuve en cuanto empecé a leer el libro de Sala, y eso fue aproximadamente por la época en que apareció un artículo de Joaquín Estefanía en *El País*, titulado “El fin de la permisividad”, al que quise responder con otro mío (no publicado), titulado “Con permiso: el capitalismo tiene dos brazos (o por qué, entre otras cosas, suben los Le Pen)” —que es el tema que prometí tratar en el capítulo anterior, a continuación reproduzco el contenido de este artículo, donde simplemente se apunta alguna sugerencia de por dónde van hoy los tiros, que pueden terminar en resultados aun más graves que el asesinato del líder holandés, Pim Fortuyn. El artículo decía así:

<<Estimado Joaquín Estefanía:

En su artículo de 13-5-01 denuncia “el fin de la permisividad” como primera consecuencia de ese “capitalismo abusivo” que no le gusta, y que en su opinión parece estar instalándose cómodamente en nuestro presente. Permítame diferir. Es el capitalismo en sí el que no es permisivo, porque todo capitalismo es abusivo por naturaleza. Y permítame que le diga que incluso los espacios —los medios— que a usted le permiten denunciar ese capitalismo, supuestamente “manco”, que tan bien describe, no me permiten a mí hacer lo mismo con ese otro capitalismo que, en mi opinión, tiene los dos brazos bien puestos en su sitio.

Hagamos la prueba. Usted se apunta a la tesis de Amartya Sen y de tantos otros: “Puede haber capitalismo sin democracia, pero no al revés”. Yo me apunto a una tesis distinta: “Si hay capitalismo, no puede haber democracia”. Pero no se preocupe, que he aprendido a defender esta idea sin alterarme. Doy ya por descontada una cierta probabilidad de recibir la famosa tarjetita amarilla de *El País* como respuesta: “Muy señor mío: Lamento comunicarle que, pese al

evidente interés de su artículo, el Consejo de Lectura del diario ha desestimado su publicación debido a razones de espacio y oportunidad. Confío poder atenderle mejor en otro momento. Un cordial saludo”. Pero usted sabe que yo no creo en la censura; simplemente sé lo inoportuno que puedo llegar a ser.

Este artículo, aunque adopte la forma de una carta personalizada, no es tal. Simplemente, tomo el suyo como reflejo del estado de opinión que domina entre los críticos suaves del sistema. Y pretendo, una vez más, ganar un espacio en la discusión para los que tenemos una posición crítica menos suave, pero también queremos participar en el debate. De hecho, deberían pensar una cosa en su periódico. Hay mucha gente por ahí que lleva su crítica más allá de la suavidad con que la ejercen algunos, y es precisamente debido a que el sistema no da cabida a estas discrepancias fuertes por lo que están subiendo los fenómenos críticos y anti-sistema que tanto preocupan estos días. En Francia subió la extrema derecha, pero también la extrema izquierda, y quizás esto se deba a que los que pensamos extremadamente no tenemos oportunidad de decir lo que pensamos. Esta democracia tan limitada no nos admite con gusto.

Antes de comentar la tesis central de su artículo, déjeme comentar otros puntos importantes del mismo. Le felicito por sacar a la luz que el “capitalismo de amiguetes” no es propiedad exclusiva de los “países emergentes”, sino que —como prueban los casos Enron, BBVA²⁹, ABB y otros— se da en las mejores familias, es decir en los países más avanzados. Yo hubiera añadido que cabe esperar que la explicación *ad hoc* con que pretendieron justificar la crisis financiera del Japón —que no es un país “emergente” sino bien emergido, a pesar de su crisis actual— quizás tengan que comérsela con patatas si se confirman los temores de los más pesimistas analistas financieros

²⁹ Un argumento adicional sobre el uso “partidista” (en el sentido que se da en el texto a este término) de la crítica a los males del mercado nos lo proporciona *El País* de 14-5-02, que informa de que “el obispado de Bilbao tenía 1,3 millones de euros en cuentas del BBVA Privanza de Jersey”. Su objetivo es ligar al PP, vía OPUS y jerarquía católica, a las famosas “irregularidades contables y fiscales” del BBVA. Es decir, usa el típico argumento liberal de convertir un problema del sistema —la corrupción económica, que permite “paraísos fiscales” dentro de los países “desarrollados”— en un problema de corrupción política (“¡qué mal lo hacen los del ‘otro’ partido!”).

norteamericanos, que pronostican graves problemas de este género en la cabeza del imperio.

En segundo lugar, reproduce usted el mito tradicional del “contrato social” entre los “ciudadanos, sus elites y su Estado”. En mi opinión, esto es un mito, pero no porque dicho acuerdo sea un “acuerdo no escrito”. Al contrario, se ha escrito muchísimo sobre el tal pacto, se ha escrito demasiado, pero el problema es que no existe acuerdo real alguno, y los ciudadanos —como los súbditos del Antiguo Régimen, la época en que se empezó a teorizar el imaginario pacto— no han firmado nunca nada, pero sí que se han encontrado con que en sus hogares se les ha instalado, sin preguntar, y a la fuerza, ese matrimonio mal avenido, pero inseparable, que forman el mercado y el Estado. Le aconsejo que lea a Rosanvallon, que explica muy bien cómo la teoría de Adam Smith puede interpretarse como una contrapropuesta que supera y deja añeja la famosa idea del pacto constitutivo de la sociedad civil que fundamenta el Estado “moderno”.

Quienes combaten a los neoliberales y lo hacen desde la posición paleoliberal tienen, en mi opinión, pocas posibilidades de llevarse el gato teórico al agua del convencimiento. Habrá observado la inversión que he utilizado al llamarle “paleoliberal”. Esto se debe a que lo “neoliberal” significaba hace un siglo lo contrario que significa en la actualidad. En 1900, los neoliberales eran los que se oponían al capitalismo manchesteriano y defendían un Estado más interventor. Como usted se sitúa en las posiciones intervencionistas de Keynes y otros, que es lo que critican los neoliberales contemporáneos, y recordando que Keynes era un buen liberal —sólo que intervencionista (como lo han sido la mayoría de los liberales siempre)--, no se me ocurre mejor denominación de la postura que usted representa que la de “paleoliberal”. Es decir, los paleoliberales prefieren el capitalismo con dos brazos, frente al capitalismo manco (brazo derecho muy “cachas”, brazo izquierdo atrofiado) de los neoliberales.

En mi opinión, criticar el capitalismo desde un punto de vista “partidista” es contraproducente. Habla usted de sectas religiosas que penetran en el aparato del Estado; en realidad, quiere decir lo que dice el PSOE: que es malo que el OPUS esté en el gobierno. Habla de que el “progresismo” está mal visto; y se me vienen a la cabeza las críticas del PP a los “progres”. Dice que la enseñanza pública está puesta en la picota, pero lo dice desde un medio que pertenece a un grupo empresarial que participa en la promoción y

desarrollo de la universidad privada desde hace mucho tiempo (no sólo en los másters de periodismo, tan tradicionales ya, sino en la plataforma internacional Universia³⁰, del BSCH). Y no digo “partidista” en el sentido de “afiliado”, sino en el sentido, más amplio, de comunión de valores e ideas.

Finalmente, frente a la idea de la “globalización feliz” criticada por Touraine, usted escribe que “la globalización no va bien”, que el capitalismo “abusivo” está terminando con la permisividad. Y por eso reclama un capitalismo no abusivo, un capitalismo “sin excesos” y más permisivo. Perdóneme que le diga que eso que pide es una ilusión. Ya conocemos muy bien, tanto usted como yo, lo que piensa el otro, pero déjeme recordarle por qué no estoy de acuerdo con que “para corregir esta coyuntura se necesita domesticar la globalización”, es decir, “más globalización, pero más regulada”. No estoy de acuerdo, pero no porque yo sea un antiglobalizador. Yo quiero más globalización, pero una globalización postcapitalista, que sustituya a esta lamentable globalización del capital que tenemos desde que existe capitalismo (pues la globalización es sólo una tendencia intrínseca en el desarrollo de las fuerzas productivas).

Si usted denuncia el fin de la permisividad del capitalismo abusivo, y al mismo tiempo el Comité de Lectura de El País practica la falta de permisividad que nos impide a los no liberales expresarnos, algo falla y cualquiera lo comprenderá. Y lo que falla es la retórica de la libertad (falsa libertad) de todos los liberales, los neo y los paleo. Y le voy a explicar por qué digo que es falsa esa libertad tan cacareada.

³⁰ Si uno entra en la página de <http://www.elpaisuniversidad.com>, es probable que lo primero que se encuentre sea la siguiente publicidad: “Santander Central Hispano. El banco de los universitarios”. Debajo, encontrará el típico periódico digital, actualizado a diario, desde el cual podrá acceder rápidamente al enlace “Universia.es, el portal de los universitarios”, permanentemente actualizado. Así, por ejemplo, el 14-5-02 se puede leer: **“El Príncipe de Asturias inaugura un nuevo edificio en la Universidad Carlos III.** La inauguración, que ha sido retransmitida on-line, ha contado con la asistencia del Presidente de la Comunidad de Madrid, Alberto Ruiz-Gallardón y el Presidente del Santander Central Hispano, Emilio Botín. [+]. Desde luego, esta interactiva conexión entre lo público y lo privado (a la que tampoco faltó el Rector de la Carlos III, don Gregorio Peces-Barba, tan activo él contra las privatizaciones que promovía la LOU) es lo más parecido que se me ocurre a eso que llamaba nuestro don Xavier Sala las “instituciones pseudomedievales”, pero no creo yo que nuestro liberal sea un adivino con tanto arte como para estar pensando en esto cuando escribió aquello.

No sólo porque la primera libertad que reconoce nuestro sistema económico es la libertad de explotación, que equivale, para la mayoría, a la exigencia de que se deje explotar —es decir, que permita vivir de su propio trabajo a los pocos que no trabajan ni necesitan hacerlo porque el capitalismo les pertenece-- como único medio de sobrevivir, sino por más cosas que enumero a continuación, empezando por la fundamental. Le pregunto a usted para que me responda usted o cualquiera de los representantes del mercado (con o sin Estado).

¿De qué democracia hablan: de la que se basa en el principio “una persona, un voto”, o de la que se asienta en el principio “un euro, un voto”? En los consejos de administración de las sociedades anónimas funciona la segunda. Y eso quiere decir que dentro de las empresas (fábricas, talleres, oficinas, comercios, cortijos) no funciona la democracia de “un hombre, un voto”. Pero tampoco funciona fuera, porque fuera lo que hay es mercado, y en el mercado también rige el mismo principio de “un euro, un voto”. Y no sólo en el mercado de la cesta de la compra. También en el mercado electoral: igual que no podemos echar la culpa de la televisión basura a sus consumidores (porque en estos casos la oferta crea la demanda, y hasta un liberal como Popper analizó esto muy bien), lo mismo ocurre con las elecciones. Sólo se puede elegir —y además sólo cada cuatro años-- a quienes tienen los euros suficientes para convertirse en empresas electorales (llámense partidos o coaliciones). Y lo mismo ocurre en el ámbito internacional: ¿por qué no usan los organismos internacionales, empezando por la ONU, el FMI y el Banco Mundial, el simple mecanismo de *ponderación* de voto, que se aplica hasta en la universidad española, para que los países tomen las decisiones que afectan a todos de acuerdo con la regla de voto ponderado, pero ponderado según su número de habitantes y no según su peso en oro (es decir, en euros)?

Estimado Joaquín, termino. No olvide que trabaja en una empresa. Su Comité de Lectura no representa a los lectores ni a los trabajadores del periódico, sino al capital social de la empresa, que es quien elige a la dirección ejecutiva, que a su vez elige al Comité de Lectura.

Yo no voy a votar a un Le Pen porque no me publiquen este artículo. Pero mucha gente, menos racionalista quizás, y sin la costumbre de escribir y expresar abiertamente estas ideas, votará -- ante la ausencia de opciones que representen las ideas que a los

liberales no les gusta oír-- al primero que pase con una oferta antisistema. Esto es lo que debe preocuparles, y no la longitud de los brazos del ambidextro matón capitalista.>>

Apéndice: ¿el comunismo que viene?

Los protagonistas de este diálogo son José Antonio Arcos (JAA), periodista de IBL News, y Diego Guerrero (DG), en una entrevista realizada en la Facultad de Políticas de la UCM en mayo de 2002:

JAA - Esta semana se ha iniciado el Foro Internacional *on line* sobre el materialismo histórico, sobre las teorías de Marx. Uno de los promotores de esta iniciativa, el economista Diego Guerrero, profesor de esta Facultad de Ciencias Políticas, de la Universidad Complutense de Madrid, ha explicado a IBLNews que este nuevo milenio va a ser el milenio del comunismo. ¿Con qué idea se ha creado el Foro Internacional *on line* “Marx-Marxismos Hoy”?

DG – Pues se ha creado porque hay un proyecto de la Universidad Complutense que se llama Materialismo Histórico, que está abierto al uso de todo tipo de tecnologías y todo tipo de medios –Internet, bibliotecas, cursos, etc.— y que lo que pretende es, sencillamente, que se estudie en serio estas cosas, que se estudie en serio a Marx, que se estudie en serio el marxismo, que es algo que tiene mucha relevancia para entender el mundo actual, y entonces no podemos prescindir de Internet.

JAA – Y precisamente hablando de Internet, esta vía, la de la red, ¿es una forma para conocer la teoría del marxismo de una forma más comprensible?

DG – Bueno, más comprensible..., no; es más accesible, o sea, es un medio de añadir acceso de otra gente que a lo mejor no llegaría al tema por otras vías, y de que se incorporen al debate y al estudio --y al análisis y a la confrontación y a la discusión--, pues gente que usa ese medio.

JAA – Me comentaba usted hace un momento el vigor en la sociedad actual de hoy en día..., ¿se puede rescatar todavía algo de la teoría de Marx? O, como algunos critican a los economistas marxistas, que los denominan “marxistas trasnochados”... La

pregunta sería doble: ¿qué le diría usted a estos últimos, y qué se puede rescatar de la teoría de Marx?

DG – Bueno, yo les diría que en todo caso yo no soy un marxista trasnochado, sino más bien trasnochador, porque ayer me acosté a las cinco... Y en cualquier caso, se puede defender las teorías de Marx y estar al día. Y además pienso que del pensamiento de Marx todo es relevante y todo es muy útil para la realidad actual, hasta el punto de que cuando uno lo lee parece que está escribiendo sobre el momento presente, sobre el siglo XXI, más que sobre el siglo XIX. Realmente, su modelo se refiere a una sociedad que se parece más a la nuestra que a la suya, y es una delicia leerlo desde todos los puntos de vista, y por tanto es un pensador insustituible para entender lo que ocurre hoy.

JAA- Y para entender lo que ocurre hoy en día, ¿hacia dónde vamos, precisamente, hoy en día?

DG – Yo creo que vamos, como decía el propio Marx, hacia el comunismo. Lo que pasa es que desde luego no vamos en línea recta, ni se ve mirando hacia delante el comunismo tan fácilmente. Es decir, tenemos una serie de montañas y una serie de..., de accidentes geográficos, que nos impiden ver a dónde vamos... Hay que elevarse un poco por encima para saber por dónde sigue el camino, y precisamente para esto sirve estudiar y analizar, pues para elevarse, digamos, sobre lo que son las creencias que difunden los medios de comunicación, que mayoritariamente difunden creencias que no son correctas, o que están impregnadas de ideología, etcétera, y precisamente con estos foros y estos cursos que estamos haciendo con la Fundación de Investigaciones Marxistas, y con el estímulo para que la gente lea estas cosas... Es sencillamente para que se den cuenta de que muchas veces se transmite una idea equivocada, que cuando se va a la fuente original el análisis es absolutamente rico, y uno, como decía antes con esa metáfora, se eleva por encima de las colinas y tal que nos tapan, y se ve que efectivamente el comunismo no es algo que alguien se haya inventado, una receta sacada de la imaginación, sino que es algo que ya se empieza a ver en nuestra propia sociedad. Es decir, es algo que forma parte de la dinámica capitalista; y tiene tantas contradicciones y tantos antagonismos esta dinámica que no vamos a tener otro remedio que hacer el comunismo.

JAA – Y si el comunismo falló, entre comillas, en el pasado milenio, en los últimos dos siglos, ¿qué le hace a usted pensar que va a triunfar en este nuevo milenio?

DG – Fallaron los primeros intentos –es verdad que lo intentaron con buena voluntad, con buena fe y tal, pero seguramente no estaban maduras las condiciones, y entonces los proyectos se corrompen-- y además históricamente los primeros intentos nunca es fácil que triunfen... Se intentará varias veces y podrá fracasar varias veces, pero es que la sociedad actual, tal y como está organizada ahora económicamente, no tiene futuro, porque está llena de problemas, de problemas crecientes, de antagonismos, de miseria, de guerra, lo estamos viendo todos los días... Simplemente hay que intentar profundizar un poco debajo de la capa de color rosa con que nos pintan el mundo, y en cuanto uno le quita esa capa de rosa se da cuenta de que está muy negro, que está muy corrupto, que está incluso en forma de calavera, porque está muriéndose. Y es debido a que funciona fatal, es decir, la gente no come, a la gente le pegan un tiro, y todo eso tiene que ver con el sistema de organizar la economía y con el mercado.

JAA - ¿Y qué diferencia tendría el comunismo en este nuevo milenio, en un mundo más globalizado ahora que en el siglo anterior? ¿Qué diferencias tendría ahora el nuevo comunismo?

DG – Pues la diferencia esencial es que se atendería a las necesidades de la gente, y no al beneficio, como punto de partida, es decir, ahora por ejemplo se dejan de producir galletas si las galletas no son un medio para el beneficio. Si las galletas se siguen necesitando –porque hay gente que se muere, entre otras cosas, porque no como galletas--, en la nueva sociedad produciríamos galletas, y el beneficio será una consideración secundaria. Por tanto, lo que hay que cambiar es que todo esté girando en torno al beneficio (y si no hay beneficio se deja de producir, se deja de crear empleo y se provocan todos los demás problemas de este sistema), y darle la vuelta a todo el sistema y hacerlo girar en torno a la satisfacción de las necesidades de toda la gente, las necesidades en las que la gente coincide expresadas democráticamente, no expresadas a través de la camisa de fuerza que significa el capitalismo, en la cual, o dentro del cual unos pocos votan mucho y tienen mucho que decir, pero la mayoría prácticamente no puede decir nada.

JAA – Y una última pregunta, Diego Guerrero. A usted se le conoce también como el “economista brujo” en los medios

académicos, puesto que ya predijo usted lo que ocurrió el trágico día del 11 de septiembre, y a su vez también hablaba de la burbuja financiera. ¿Podrían ser el 11-S y la crisis económica actual un incentivo, mejor dicho, un punto de arranque o, dicho de otra forma, dos puntos de inflexión que nos indican que vamos de nuevo hacia ese camino que usted llama de nuevo comunismo en el nuevo siglo, en el nuevo milenio?

DG – Bueno, en primer lugar, lo del periodista brujo fue algún periodista..., digo lo de “economista brujo” fue algún periodista el que me llamó así, y algún amigo también economista... A mí no me gusta considerarme de esa manera porque realmente hacer predicciones es muy complicado en este tipo de cosas, y lo interesante es intentar ver de antemano por dónde van las grandes tendencias. Pero saber, por ejemplo, que va a llover siempre hacia abajo, normalmente, o que los ríos también bajan cuando llegan, cuando se dirigen hacia el mar, es muy distinto de saber, cuando nace un río, por dónde va, por dónde va a transcurrir exactamente... Entonces, ¿el 11-S...? Yo creo que es una muestra más de las catástrofes que se producen de hecho y que se seguirán produciendo de forma creciente en un mundo que está dominado por la racionalidad catastrófica, es decir, donde cada cual toma sus decisiones por su cuenta, donde no se piensa que hay que sistematizar la cooperación, donde es imposible cooperar de forma sistemática, porque el sistema se basa en que..., en que cada uno decida por su cuenta, en contra de los intereses de los demás –o en cualquier caso, sin tener en cuenta los intereses de los demás. Y no tiene mayor importan..., hombre, tiene, tiene importancia política, refleja..., es un punto digamos significativo, simbólico, dentro del proceso largo de decadencia de Estados Unidos como cabeza del Imperio, pero... tampoco hay que darle más importancia de la que tiene, porque a Estados Unidos lo sustituirá otro Imperio, como antes de Estados Unidos había otro, y mientras el sistema sea el mismo necesitará siempre un Imperio.

JAA – Diego Guerrero, gracias.

DG – Gracias a vosotros.

SEGUNDA PARTE
CRÓNICAS DE ECONOMÍA NO LIBERAL

La segunda parte del libro recoge una quincena de artículos publicados en distintos medios de comunicación, así como un par más que se escribieron con ese propósito pero no llegaron a publicarse. No siendo un colaborador en nómina de ninguno de ellos, quizás el lector me perdone que haya incluido algunas muestras de esta segunda clase de trabajos. Ya sé que es más fácil publicar en la prensa liberal artículos de contenido liberal que de contenido no liberal –como son los míos--, pero eso no me lleva a pensar que se ejerza una censura *sin más* sobre lo que escribimos los críticos. El autor estuvo tentado de incluir un buen ramillete de los artículos escritos por él y no publicados, pero finalmente decidió no hacerlo para no cargar este libro con un número excesivo de páginas (algunos de los cuales pueden consultarse, sin embargo, en <http://pc1406.cps.ucm.es>).

Debo pedir también al lector que tenga en cuenta la fecha de elaboración y publicación de estos artículos. En algún caso se ha podido producir alguna modificación entre lo que antes pensaba y lo que ahora pienso, pero en general suscribo todas y cada una de las palabras que escribí en su momento. Es posible también que el lector encuentre algunas (espero que pocas) repeticiones, pero ello se debe a que los artículos seleccionados fueron escritos en distintos momentos y de forma completamente independiente.

1

De la Bolsa y otras crisis

Hace ya casi tres años que las Bolsas de todo el mundo están bajando. Jean-Marie Chevalier nos enseñó a los economistas por qué en la Bolsa siempre ganan unos pocos y por qué, a largo plazo, a mayoría de los pequeños “inversores” que depositan sus ahorros en la Bolsa (como una forma más de obtener una rentabilidad por ellos, o de no sufrir la erosión de la inflación), están condenados a ser los paganos de esa pérdida que hace posible que una minoría resulte ganadora a la larga. Pero a esto habría que añadir ciertas precauciones sobre la manera de construir los índice de Bolsa. Por ejemplo, la prensa recogía hace unos meses (véase *El País* de 11-5-02, p. 43) que la empresa española Jazztel —que llevaba perdido casi un 70% de su valor en las catorce semanas que habíann transcurrido entonces desde principios de año— iba a dejar de cotizar en el Nasdaq a partir de junio. El hecho de que existan órganos que controlan el funcionamiento de las bolsas, y que deciden sobre la autorización (o cancelación) para que determinados títulos comiencen a (o dejen de) cotizar en esos parqués, hace que la evolución de los índices de Bolsa suela estar sobrevalorada, ya que sólo se da entrada en los índices a los títulos que tienen mejores expectativas, y se saca de ellos a los que concentran las principales caídas en el conjunto de empresas cotizadas.

En este capítulo se recogen dos artículos que tratan directamente de la cotización de la Bolsa, en un intento de explicar el porqué de la racha bajista que se ha apoderado de las bolsas tras unos años de increíble expansión generada por la espiral de una burbuja bolsística que ahora se ha prolongado en forma de otra burbuja (la burbuja crediticia, en especial hipotecaria entre los particulares, y también “de alta tecnología” en cuanto a la ingeniería financiera en el caso de las grandes empresas privadas,

sobre todo en Estados Unidos). Pero hay también otros dos artículos que pretenden enmarcar la reflexión sobre la crisis de las Bolsas en un marco más general de análisis de las crisis económicas como un momento normal y natural de la evolución económica capitalista. El hecho de que las economías de mercado estén guiadas por el afán de maximizar el beneficio privado (con independencia, y si es posible a costa, de los beneficios de las demás empresas, y de los ingresos de todos los demás perceptores de rentas) hace que la dinámica del sistema económico se parezca a la de un termostato, que, por definición, lo mismo que se enciende y calienta cada cierto tiempo, tiene que apagarse y dejarse enfriar cada otro tanto. Esto no sólo genera el movimiento cíclico característico de la economía de mercado, sino que explica la compulsión permanente por invertir (y sobreinvertir) que afecta a cada unidad de capital.

Es curioso que Sala diga a este respecto que es imposible para un economista serio hacer profecías (sobre todo, en el campo de la evolución bursátil, donde él aprendió de su maestro Solow que eso no debe hacerse si no quiere uno equivocarse). Sin embargo, él, como todos los liberales, no tiene empacho alguno en proclamar que el capitalismo de mercado funciona tan bien, a la postre, que no queda más remedio que augurar que el capitalismo será eterno.

NERÓN, LA ECONOMÍA Y LOS BOMBEROS

En un artículo muy interesante --“¿Tocará el G-8 la lira mientras arde la economía?”--, Lester Thurow compara la actitud de los dirigentes de este grupo de países con Nerón, que mostraba su pasividad ante el incendio de Roma tocando, despreocupado, la lira. Thurow es uno de los economistas más conocidos del famoso MIT, y comparte con su colega Paul Samuelson la autoría de frases que son célebres en todo el mundo. Sin embargo, mientras que Samuelson --a pesar de la mordacidad con que dice, por ejemplo, que “el economista que sabe hace su trabajo; y el que no, se dedica a cuestiones metodológicas”-- no tiene fama de heterodoxo (algo esperable en un premio Nobel), Thurow sí la tiene, no en vano escribió en un libro muy vendido que “la aceptación del modelo convencional de la Economía, el de la oferta y la demanda, equivale a creer que la Tierra es plana o que el Sol gira alrededor de ella”. Quizás por estas salidas de tono los ortodoxos lo acusen

de superficial --jugando con las palabras *less than thorough*, que suenan tan parecido a las de su nombre completo--. Sin embargo, yo, que desafino aun más en el concierto (navideño) de los economistas, prefiero acusarle de otras cosas, como se verá a continuación.

En su clarividente artículo, Thurow diagnostica adecuadamente algunos de los problemas más graves que tiene hoy la economía mundial. En particular, que el principal es la inestabilidad que genera el altísimo e inédito nivel de endeudamiento privado (familias y, en especial, empresas) universal; y, sobre todo, la “mala calidad” del crédito (deuda) generado por el sistema bancario en los tres grandes bloques de países desarrollados. Correctamente, describe la imposibilidad de que Japón salga de su depresión --él habla de “recesión”, pero eso es una cláusula de estilo-- antes de que “las familias y las empresas vayan a la bancarrota”, pues se endeudaron recurriendo a la garantía de unos activos inmobiliarios que ya no valen sino una fracción de su deuda. Pasa luego al caso de EE.UU. y la UE, donde el endeudamiento de las empresas de telecomunicaciones, impulsado por el huracán de la burbuja bolsística de hace unos años, ha sido tan descabellado que ahora, al hundirse las acciones de la *nueva economía* (y con ella toda la economía), las empresas “que contrajeron grandes deudas para financiar la infraestructura de telecomunicaciones están siendo penalizadas por ello” (y este problema es mayor en la UE, porque la subasta de las licencias telefónicas de tercera generación ha encarecido aun más ese endeudamiento).

Sin embargo, este heterodoxo conservador, que, como Galbraith, pasa sorprendentemente por radical, no parece coherente con su análisis, y después de tanta clarividencia, se deja llevar por la ilusión keynesiana de que basta con que los gobiernos del G-8 se muestren rápidamente “activos” --antes de que sea “demasiado tarde”-- para conjurar el peligro de la “recesión mundial”. Y termina como empieza: con la vana esperanza de que “las sesiones del G-8 produzcan un plan comprensible y realista para que el mundo se aleje del filo de la recesión”. ¿Cómo es posible esta contradicción y esta incoherencia en un economista de la talla de Thurow? Muy sencillo: ningún economista, de la talla que sea, está libre de prejuicios ideológicos. Si Thurow y otros tuvieran más apego por la verdad objetiva, y quisieran descubrirla a cualquier coste (incluso al de la pérdida de bienestar material que

normalmente supone), se darían cuenta de que están describiendo casos muy relevantes de *¡absoluta ineficiencia* de los mercados! Los famosos precios de mercado --que, según nos cacarean los economistas, son la señal inequívoca y cuasi-perfecta por la que se guían los empresarios para conseguir (inconscientemente desde luego, pero siempre de acuerdo con los mecanismos de la Mano Invisible de Smith) los insuperables resultados de la economía de mercado--, resulta que funcionan tan escandalosamente mal que están produciendo hoy una depresión mundial que ni el G-8 ni Thurow, con su mayor o menor superficialidad respectiva, van a evitar que se haga mucho más profunda de lo que a ellos les gustaría.

Lo que les falta a los economistas es una comprensión cabal de la teoría del valor. Para empezar, olvidan que ya Ricardo advirtió contra el error de considerar la excepción como la regla. Ricardo escribió que en la determinación del valor de mercancías como los vinos raros, las esculturas y cuadros antiguos, etc., la escasez desempeñaba un papel importante. Sin embargo, para la inmensa mayoría de ellas, para las cuales su oferta y reproducción no encuentra apenas más límite que la tecnología industrial de cada momento, el precio viene regulado por el coste de los insumos que la sociedad ha de poner en su reproducción. Más tarde, Marx demostró la solidez de la hipótesis de que la expresión monetaria de esos costes (incluido el beneficio *normal*) es una manifestación de las cantidades de trabajo social (directo e indirecto) necesarias para su reproducción; y demostró la necesidad y la razón de que tanto los precios reguladores inmediatos (los *precios de producción*), como los auténticos precios efectivos, se desviaran --por múltiples razones, pero dentro de un margen de libertad nada arbitrario-- de los reguladores últimos que son las cantidades de trabajo.

Esta aparente digresión no lo es, porque la forma en que ha gestado la actual y próxima depresión mundial (véase *The Coming Internet Depression*, de Michael Mandel, o los informes de prensa sobre tantas empresas del *nuevo* sector valen hoy 10 y hasta 100 veces menos que hace apenas un año) tiene mucho que ver con las aplicaciones más elementales de la teoría del valor. Los economistas prácticos, que trabajan al servicio de los capitalistas, informan a éstos de que las perspectivas de mercado son muy buenas en tal sector, tal empresa, tal técnica, etc. Para ello sólo se fijan en los precios efectivos (o de mercado), que se mueven mucho

más locamente (*volatilidad* es el eufemismo en estos casos) que sus reguladores a largo plazo. Al olvidar la importancia de una buena teoría del valor, se limitan a aplicar la miope regla del *valor actualizado neto* --es decir, la que valora cualquier activo convirtiendo a dinero presente los rendimientos netos futuros *esperados* hoy (que difieren de los que se esperan mañana, pasado, etc.), a partir de esquemas de previsión que son poco más que una burda extrapolación de los resultados del más reciente pasado.

Pero esta regla no vale con la generalidad con que se usa. Sólo sirve para calcular el valor efectivo --que oscila arriba y abajo, sin más límite que el de las psicologías implicadas en la formación de expectativas, que, además, en este sistema, debido a su dependencia de la maximización de beneficios, tienden a ser excesivamente optimistas en las expansiones--, pero nada dice de su regulador a largo plazo (el valor *normal*, al que tarde o temprano se ajustan los efectivos). Algunos economistas intuyen algo cuando afirman que ciertas inversiones se diseñan demasiado a corto plazo, y no a largo (o hablan claramente de procesos de sobreinversión: véase el artículo de José Luis Feito en *El País*, 22-7-01); pero en vez de ver este problema como uno auténticamente estructural y universal, lo aplican a tipos extraños de capitalistas que ellos mismos dibujan como la excepción a la regla (por ejemplo, indican que es típico de los capitalistas de los países subdesarrollados, o cosas por el estilo). Los ejemplos que da Thurow en su, a pesar de todo, excelente artículo demuestran que eso es un error. Si el comprador japonés *típico* de una vivienda hipotecada, o la empresa *típica* que busca rentabilizar las nuevas tecnologías en EE. UU. y Europa (las de telefonía e internet) se equivocan --¡hasta ese punto!-- es porque se rigen sólo por los precios de mercado, sin comprender por qué esos indicadores de lo que en último término acontece en el proceso de acumulación de capital tienen que engañar objetivamente a todo el que no sabe o no puede comparar los precios efectivos con sus reguladores últimos. Los ciclos económicos, los mismos que el *Wall Street Journal* de 31-12-99 declaraba anacrónicos (por enésima vez en la historia), se producen porque las crisis capitalistas son necesarias, es decir, necesariamente recurrentes. Y es una pena que los economistas no sepan ver la conexión entre este movimiento cíclico y las desviaciones entre precios efectivos y sus reguladores.

La misma debilidad teórica que lleva a los economistas a olvidar la teoría del valor, como si una disciplina pudiera prescindir de sus

problemas básicos con sólo meter la cabeza de avestruz de sus practicantes en el agujero de la inconsciencia, los hace erróneamente pensar que unos gobiernos suficientemente listos y decididos podrían eliminar las leyes del sistema económico. No ven que los termostatos se apagan con la misma periodicidad con que se encienden. Y cuando se apaga el termostato capitalista, se funden los plomos del sistema y salta la chispa que hace arder la economía (cuyo resplandor asusta a Thurow).

Sustituid a Nerón por Trajano, si queréis, pero Roma seguirá ardiendo. Sobra tanto combustible en sus calles que los bomberos son impotentes...

El País, 27-7-2001

(reproducido en *La Insignia* del mismo día,
<http://lainsignia.org/>).

CRISIS, RECESIONES Y DEPRESIONES

Hace 20 años, el Nobel de Economía Paul Samuelson escribía en su manual que “en la época *poskeynesiana* toda economía mixta tiene suficientes conocimientos y capacidad para utilizar las políticas monetaria y fiscal con el fin de crear, mediante gastos pacíficos útiles, suficiente poder adquisitivo global. La creación de dinero y la flexibilidad fiscal han conseguido desterrar en todo el mundo el miedo a la depresión crónica” (p. 897). Veinte años más tarde, su discípulo Olivier Blanchard, jefe del departamento de economía del celeberrimo MIT (Massachusetts Institute of Technology) donde también Samuelson trabajara tantos años, se toma la molestia de escribir un artículo de prensa (recogido por *El País* de 16-3-2001) para desmentir parcialmente a su maestro y recordarnos que sigue habiendo tres tipos de recesiones o depresiones en la economía capitalista.

El primer tipo se produce de forma impredecible (por ejemplo, las crisis del petróleo de los 70); el segundo se da “al azar” y es “fácil de reparar, si no de evitar” (por ejemplo, la recesión en EEUU a principios de los 90). Sin embargo, Blanchard se muestra tan preocupado por las de tercer tipo (asociadas a “desequilibrios”, “deuda” y “especulación”, como la japonesa “hace 10 años”, según escribe) que asegura que su posibilidad “literalmente me hace temblar” porque si la productividad no crece suficientemente en los próximos 30 años, la situación puede ser “simple y aterradora”.

A uno le reconforta ver cómo la economía convencional termina, una vez más, dándole la razón a la economía heterodoxa, aunque, como siempre, con mucho retraso (dos años, esta vez). En mayo de 1999, en el Seminario Internacional Complutense sobre “Nuevas direcciones en el pensamiento económico crítico”, Fred Moseley presentó un trabajo suyo en el que escribía lo siguiente: “En los dos últimos años, la economía de los EEUU ha sido llamada la economía de “Ricitos de oro”³¹ porque ha estado marchando perfectamente bien (...) ¿por cuánto tiempo podrán continuar estas tendencias económicas divergentes, prosperidad en los EEUU y depresión en el resto del mundo? (...) Casi todos los economistas ortodoxos parecen pensar que la economía de los EEUU es tan fuerte que sólo sufrirá levemente la creciente crisis económica global, y que en concreto no sufrirá una recesión. Yo no estoy de acuerdo con esta opinión dominante. Creo que es muy probable que la economía de EEUU sufra de forma más importante los efectos de esa extensión de la crisis global, y que caerá en recesión en un año como mucho. En otras palabras, pienso que “Ricitos de oro” está a punto de encontrarse con el oso grande y feo. Una recesión así en la economía de EEUU tendría a su vez efectos devastadores sobre el resto del mundo, especialmente sobre los países asiáticos, para los cuales el aumento de sus exportaciones al creciente mercado de EEUU es prácticamente la única esperanza de recuperación”.

La argumentación del muy pensado trabajo de Moseley se basaba en una sólida coherencia lógica que lo llevaba a concluir la necesidad de una grave crisis (y no sólo en los EEUU): “Mi conclusión es que es muy probable que la economía americana caiga en una recesión a lo largo del próximo año (...) Si ocurre (...) entonces creo que hay peligro de que se trate de una bastante mala. La razón principal de ese peligro es que, en caso de recesión, el consumo probablemente descenderá rápidamente. Como se vio antes, los hogares han estirado su capacidad de gasto hasta el límite, o incluso más allá, y este desenfreno consumista ha sido impulsado fundamentalmente por un *boom* de la bolsa. Sin embargo, una recesión pondría muy probablemente fin a ese *boom*, y causaría un descenso significativo de la bolsa (...) un descenso así en la bolsa llevaría con casi toda seguridad a una grave reducción

³¹ Una especie de Caperucita que, en vez de encontrarse con nuestro lobo feroz, se topa con un oso grande y feo.

del gasto de consumo. Los hogares tendrían no sólo que financiar su ahorro a partir de sus ingresos corrientes, sino que tendrían, además, que reponer los ahorros perdidos en el mercado de valores mediante un ahorro superior de su renta. La tasa de ahorro de los hogares podría subir repentinamente en los EEUU del 0%³² al 5% o más, lo que reduciría aun más el consumo y empujaría a la economía hasta el fondo de una recesión. Por otra parte, los hogares americanos están muy endeudados (su deuda es ahora aproximadamente el 100% de la renta después de impuestos, un récord nunca alcanzado). Una recesión significaría pérdida de empleos y renta para muchos hogares muy endeudados, que habrían de reajustar su gasto radicalmente para evitar la quiebra personal”.

Como se trataba de un autor marxista presente en un congreso de economistas poco convencionales, la prensa española no informó lo más mínimo de lo que en aquella reunión madrileña se debatió, pero Moseley bien que lo anticipó. Y esto nos obliga a recordar aquí lo que vino a leer este economista, primero en Somosaguas y luego en el Colegio de Economistas de Madrid: “Si tuviera lugar una recesión en los EEUU en el próximo año o dos, entonces esa recesión tendría a su vez un efecto devastador sobre el resto de la economía mundial, en especial para Asia y Latinoamérica. La mayor esperanza de que esos países se recuperen de su actual depresión es el aumento de sus exportaciones al expansivo mercado americano (una esperanza anterior era aumentar sus exportaciones a Japón, pero esa esperanza se evaporó al caer Japón en su propia depresión). Si la economía de EEUU entra en recesión, entonces disminuirá la demanda americana de exportaciones asiáticas, en vez de aumentar. Perdida su principal esperanza de recuperación, estas economías seguirían en una depresión severa durante años. Y si la depresión global continúa, esto seguiría arrastrando a la baja a la economía de los EEUU”.

Las consecuencias de una recesión americana convertida en mundial serían auténticamente peliagudas: “Si la economía americana se deslizara hacia una recesión severa, y la mayor parte del resto del mundo hacia una depresión creciente, entonces este empeoramiento de la crisis del capitalismo global infligiría grandes

³² En los dos últimos años, estas cifras se han complicado más aun, ya que la tasa de ahorro de la economía estadounidense como un todo ha pasado a ser negativa, ¡por primera vez en su historia!

sufrimientos a la población mundial, especialmente en Asia y en América Latina: pérdida de empleos, menores rentas, mayores hambre y pobreza, mayor ansiedad y desesperación, etc.”. Moseley llegaba hasta el punto de afirmar: “Es posible que, si las condiciones económicas se deterioran, estas luchas de los trabajadores por su supervivencia en un capitalismo en crisis conduzcan a un número creciente de ellos a poner en entredicho el capitalismo en cuanto tal, y su capacidad para hacer frente a sus necesidades económicas básicas. Si el capitalismo exige estos ataques contra nuestro nivel de vida, entonces quizás haya un sistema económico alternativo que no requiera esos ataques y que pueda, por el contrario, atender a nuestras necesidades”.

Siguiendo a Moseley, muchos economistas hemos repetido su mensaje desde entonces, pero obteniendo, claro está, menos repercusión aun que la que él mismo consiguió. Por ejemplo, en las VII Jornadas de Economía Crítica (Albacete, febrero de 2000) yo mismo escribía: “Si la burbuja financiera estalla algún día --y no hace falta recordar los análisis heterodoxos a este respecto (véase, por ejemplo, Moseley, 1999), ya que cada vez son más numerosos los economistas ortodoxos que nos advierten de este peligro, incluidos los que están al mando de importantes instituciones económicas internacionales y nacionales en el centro del imperio--, la reducción repentina de valor mercantil puede ser tan explosiva que los efectos depresivos de semejante estallido terminarán por perjudicar a muy corto plazo a la auténtica riqueza existente. No sólo porque la depresión económica en el sentido convencional puede destruir una cantidad importante del capital (medios de producción) sobrante --no olvidemos que la raíz última del problema que sufre el capitalismo contemporáneo del último cuarto de siglo es que el exceso de acumulación lo ha llevado a un exceso generalizado de capacidad productiva que, tarde o temprano, tendrá que desaparecer--, sino sobre todo porque destruiría puestos de trabajo adicionales en un mundo donde el ejército industrial de reserva ya ha seguido la misma senda secular que los otros ejércitos (alcista, evidentemente), y lo ha hecho de forma aguda en las últimas décadas [la tasa mundial de desempleo es superior en los 90 que en los 80, y ésta superior a la de los 70, etc.))”.

Por todo ello concluía: “No deberían ser tan optimistas los liberales modernos --ya sean *neoliberales*, ya *socialdemócratas*-- pues las ‘nuevas tecnologías’, la nueva ‘era de la información, la informática y las telecomunicaciones’, los nuevos ‘desafíos de la

globalización', la competitividad social y el 'Estado de bienestar democrático', y demás sonsonetes retóricos que ha repetido la izquierda durante el último medio siglo, nos pueden estar deparando un sobresalto muy próximo que pondrá, lamentablemente, de moda la misma teoría que ya lo estuvo tiempo atrás y que ahora intenta borrar de las mentes esta guerra fría ideológica (casi tan cruenta como la caliente) que todavía no ha terminado --¡no ha hecho más que empezar!-- y que puede suponer un salto también en el pensamiento real, como consecuencia de un auténtico cambio cualitativo en las condiciones objetivas que determinan la conciencia social. ¡Ay, qué razón tenía aquel clásico que escribió que 'el hombre se cree libre porque no se apercebe de sus cadenas'!"

Lo que EEUU no pueda probablemente imaginar todavía es que tendrá que pasar por las horcas caudinas de la humillación del imperio que se resiste a reconocer su decadencia en medio de la derrota (económica), al igual que lo hiciera Inglaterra un siglo antes. Y esto probablemente comience a suceder cuando a corto y medio plazo vean los americanos --con todo el resto del mundo como perplejos espectadores-- que eso que han venido diciendo en los últimos diez años sobre Japón, esas falsas explicaciones *ad hoc* de la crisis japonesa como resultado de prácticas bancarias poco ortodoxas desde el punto de vista canónico, lo van a tener que repetir, ampliado y actualizado, de su propia economía. Y habrá que ver entonces cómo salen de ese ridículo colectivo.

Pero, lamentablemente, no podremos disfrutar del espectáculo porque la mayoría de la población estaremos muy ocupados con la ardua tarea de sobrevivir en medio de la nueva y durísima crisis mundial que nos espera.

Realidad, VI (39), noviembre 2001

¿NOS SIRVE LA TEORÍA MARXISTA PARA ENTENDER MEJOR LA CRISIS ECONÓMICA ACTUAL?

Hace un año, en marzo de 2001, cuando se reunió en Madrid el grupo de coordinación que preparaba las VIII Jornadas de Economía Crítica de Valladolid (28 de febrero y 1-2 de marzo de 2002), comentábamos algunos de los participantes, en un interludio jocoso de la reunión, el enésimo dato "oficial" que el gobierno estadounidense estaba utilizando para demostrar, a través de los

serviciales medios de comunicación de todo el mundo, que no se acercaba ninguna crisis. Algún economista marxista presente en la reunión se creía, como es más habitual de la cuenta, los infundios de los Greenspan y compañía, y llegó a opinar incluso que “los que siempre andamos con la crisis a cuestas” alguna vez tendríamos que acertar, como le tiene que ocurrir a Galbraith con su perenne pronóstico de crisis. A continuación, este mismo amigo preguntó si habría crisis un año después (en marzo de 2002), a lo que alguien contestó que en las JEC de Valladolid (previstas para esa fecha) no se hablaría de otra cosa. Pues bien, las JEC ya han pasado, en ellas se habló, efectivamente, mucho de crisis (y de otras cosas), y, mientras tanto, los economistas oficiales nos anuncian que la crisis ya ha pasado --cosa en verdad de lo más curiosa, porque resulta que ha pasado de largo una supuesta crisis que, según ellos, nunca había llegado (salvo en la forma de crisis de los cimientos de las torres gemelas el 11-S y los pequeños “daños colaterales” resultantes, que poco tienen que ver directamente con la crisis económica)--.

Pues bien, los dos participantes en aquel diálogo de hace un año --“¿Habrà crisis?”, preguntaba uno; “Claro que la habrá --decía el otro--; ya la hay, de hecho”-- se unieron meses después para dirigir conjuntamente un curso académico (organizado por la Universidad Complutense de Madrid, la Fundación de Investigaciones Marxistas y la Fundación Sindical de Estudios de CC.OO.), titulado precisamente “La gestión capitalista de la crisis actual”. De este curso, que se está desarrollando en el segundo cuatrimestre del curso 2001-2002, se han llevado a cabo hasta el día de hoy (10 de marzo de 2002) tres de sus sesiones semanales. En la primera (22-II-02) intervino uno de los codirectores del curso (Carlos Berzosa), que habló sobre el tema “La crisis económica actual y sus posibles salidas”. En la tercera (8-III-02) habló el otro codirector (Diego Guerrero), que lo hizo sobre el mismo tema que da título a este artículo. Y, entre medias, contamos con la intervención (aunque ninguno de los codirectores pudo asistir, por encontrarse ambos en las JEC Valladolid) de Omar de León (1-III-02), que habló sobre “La crisis económica en Argentina: antecedentes, actualidad y salida”.

Estos cursos UCM-FIM-FSE tienen una estructura interesante, y no lo es menos el hecho de que el curso sobre la crisis (curso IV) coincida en el tiempo y en el espacio con otro que se desarrolla simultáneamente sobre “Teoría crítica y neomarxismo” (curso III;

los cursos I y II se desarrollaron durante el primer trimestre). De forma que la dinámica de hecho consiste en: 1) la intervención del ponente del curso III que toca ese día, 2) un breve descanso, 3) la intervención del ponente correspondiente del curso IV, y 4) finalmente, un debate general en el que el público presente puede participar y entremezclar las cuestiones sugeridas en ambos cursos, lo que provoca un resultado final que es ampliamente gratificante por la interdisciplinariedad y el poco respeto con las fronteras académicas excesivamente rígidas (esto es especialmente grato para los miembros honoríficos de la inexistente ONG “Aduaneros sin fronteras”, entre los que se cuenta servidor).

Pues bien, el 22 de febrero, la intervención de Carlos Berzosa coincidió con la de Margarita Campoy (sobre “Genealogía del discurso”, expresamente referida a la Escuela de Frankfurt), y el 8 de marzo la intervención de Diego Guerrero coincidió con la de Antonio García Santesmases, quien disertó sobre el tema: “¿Existe una teoría del Estado marxista?”. La doble experiencia en el local de CCOO y la presencia en las JEC de Valladolid permiten poner ahora por escrito algunas de las reflexiones que se han hecho oralmente en ambos foros, y esto es precisamente lo que se hace en lo que resta de artículo.

1. Crisis, Estado y reformismo. A mi juicio, la ponencia de Carlos Berzosa estuvo bien, aunque sin abandonar del todo los “vicios” intelectuales que llevo tanto tiempo criticándole. Uno de ellos es el “antiteoricismo”, vicio que se puede predicar de todos aquellos que le acusan a uno (y a otros que hacen lo mismo que uno) de encerrarse en su casa y refugiarse en los libros y en el internet, aislándose así, supuestamente, del resto del mundo, para escribir discursos teóricos abstractos que, en su opinión, poco tienen que ver con el mundo real. Pareciera que la solución contra este planteamiento erróneo consiste en irse a escribir al aire libre o al menos a un sitio tan concurrido como era, y sigue siendo, el Café Gijón.

Este vicio del antiteoricismo está, como se sabe, muy difundido por todas las escuelas de pensamiento. Sin embargo, el segundo “vicio” del que acuso a mi amigo Berzosa, aun siendo también muy popular, se reduce al ámbito de la literatura marxista. No es otro que el que ya denunciara hace veinte años el gran marxólogo español Felipe Martínez Marzoa, vicio que se comete cuando, sin olvidar que son posibles infinitas lecturas de Marx, uno no recuerda que también hay lecturas de ese autor sencillamente imposibles.

Por ejemplo, la lectura que hace Berzosa de Marx --como un “reformista”-- no se puede tragar ni con el más exquisito pan y tumaca.

Porque, claro, aquí se hace preciso matizar el uso de los términos. Tal y como explico en clase, en puridad todos somos “reformistas”, al igual que todos somos “progresistas” y a la vez “conservadores”. Comprobemos empíricamente si esto es así. Yo observo a mi alrededor y no conozco a nadie que no quiera reformar algo, de donde deduzco que Berzosa no es ni más ni menos reformista que yo, que Campoy o que Santesmases; y ello, por la sencilla razón de que, desde Stalin a Hitler pasando por el “bambi”³³ Zapatero, todo el mundo se apunta a la necesidad de las reformas. Más dudoso, en cambio, es que todos seamos progresistas; pero, pensándolo bien, hasta los más reaccionarios deben de tener su propia e idiosincrática noción del progreso (¿o es que alguien duda de que los cangrejos también forman parte de la ley general de la evolución y el progreso de las especies?). Por último, en cuanto a lo del conservadurismo se refiere, todos los revolucionarios que conoce la historia querían hacer una revolución para acabar con un *statu quo*, pero, al querer mejorar la situación de quienes sufrían ese *statu quo*, querían al mismo tiempo conservar y ampliar el volumen y variedad de lo bueno que éstos ya tenían conseguido (o conquistado) dentro del sistema pretendidamente objeto de esa revolución.

Sin embargo, no debe olvidar el lector que lo anterior viene a cuento por aquello de las posibles e imposibles lecturas de Marx. Y a este respecto, debo señalar que Marx no era un reformista cualquiera, sino especial; es decir, uno de los que pertenece a esa minoría de reformistas --y ojalá otros pudiéramos pertenecer a ese grupo-- que no retroceden ante la posibilidad o eventualidad de una revolución.

³³ Corre el rumor de que Alfonso Guerra llamó de esta guisa a su camarada de partido, pero no sé si es cierto. Tampoco sé si es falso el chiste que se atribuye a los mismos personajes, según el cual el primero comenta con su gracia andaluza habitual: “Pero si va a cazar caracoles... ¡y se le escapan!”.

Uno vez aclarado este punto, se comprenderá mejor qué es lo que se suele entender por “reformista” en el lenguaje habitual. Un “reformista”, en este sentido más restringido y corriente, es el reformista que *sólo* admite las reformas que no conduzcan a la revolución y que, además, habitualmente piensa que los que no son reformistas en este sentido es que están locos o no tienen los pies en la tierra. A esta categoría de reformistas pertenecen mi amigo Carlos Berzosa y también el simpático colega Santesmases. Pero, evidentemente, a esa categoría –repito-- no pertenecía Carlos Marx.

Pero vayamos al tercer “vicio” que denuncié en público el 8 de marzo, y que podríamos bautizar, así a bote pronto, como el vicio del “maticismo”. Quiero decir: el abusivo y repetitivo recurso al sonsonete de que “hay que matizar”, como si los demás no supiéramos lo que es un matiz. Lo que se opone al maticismo es precisamente la práctica de quienes pretendemos colocar los matices en su sitio, en el lugar que les corresponde, que no es otro que el de ir detrás de la caracterización general³⁴. Por ejemplo, antes de entrar a matizar las características de la naturaleza de clase del Estado romano en los periodos, digamos, de la República, del Consulado o del Bajo Imperio, es fructífero convenir en que, en todos los casos, dicho Estado representaba bastante más los intereses de clase de los propietarios de esclavos que los de los esclavos mismos. Una vez puesto eso en claro, procede entonces el matiz, y se puede hablar, por ejemplo, de que, como consecuencia del cambio en la composición interna del patriciado, de los plebeyos o de los esclavos, el gobierno no era exactamente igual en el siglo II antes de nuestra era que el siglo II de nuestra era. Vale: si es así, entonces estamos de acuerdo.

Pero, puesto que este ejemplo sale a relucir en honor de Santesmases –que no es economista--, añadamos un segundo ejemplo del campo más propiamente económico. Por ejemplo, traigamos a colación el modelo de economía capitalista pura (de dos clases) que desarrolla Marx en *El capital*. Los marxistas que

³⁴ Este defecto del “maticismo” es parecido al que cometen quienes dicen que “no se puede generalizar”. Quienes afirman esto desconocen, primero, que de hecho se generaliza continuamente, sobre todo en el lenguaje culto. Pero, segundo, quieren decir: “no se debe generalizar”, lo cual tampoco es cierto. Por tanto, debería sustituirse por una afirmación más exacta: “no se debe generalizar *mal*, pero es lícito, e incluso imprescindible, generalizar *bien*, a menos que pensemos que no necesitamos la teoría (cosa que, desde luego, es poco propia de cualquiera que tenga pretensiones teóricas)”.

han leído a otros marxistas, pero suelen haber leído poco a Marx, olvidan (o nunca aprendieron) que Marx dejó escritas numerosísimas páginas en las que hablaba de una multiplicidad histórica de clases (sin ir más lejos, sus análisis de la Francia de la época de Napoleón III nos pueden servir de prueba). Ahora bien, lo que distingue a un teórico de alguien que no es capaz de moverse con soltura en las tablas de la teoría es que el primero necesita modelos que, como los mapas, *representen* la realidad, pero que no pretendan representarla a escala 1:1, porque esto, aparte de imposible, es completamente inútil. Por tanto, aunque en la realidad haya más de dos clases, en el modelo puede haber un número menor.

A este respecto, yo vengo enseñando en mis clases de Economía política que el punto decisivo para empezar con la explicación es si debemos usar los modelos neoclásicos “de cero clases” o el modelo de Marx (“de 2 clases”). En los primeros, la conclusión que se saca es que todos somos de la misma clase, puesto que los “agentes económicos” se reducen a las empresas (que maximizan beneficios) y a los individuos (o familias: siguen sin aclararse en este punto, aunque al parecer ambos maximizan algo así como su “utilidad subjetiva neta”). Y como, en cuanto individuos, todos somos iguales en la medida en que quedamos reducidos a meros *consumidores* (salvo los muertos) y *propietarios* (de un “vector de factores semidefinido positivo”³⁵), la conclusión aparente es que todos somos de la misma clase, lo que equivale por definición a negar la necesidad de establecer clases, o subconjuntos, para caracterizar al conjunto (como muy bien saben los matemáticos).

En cambio, en el modelo de Marx y de cuantos, siguiéndolo a él, insistimos en la necesidad de distinguir entre las clases principales en la sociedad capitalista (sea ésta la del siglo XVIII, XIX, XX ó XXI), los agentes individuales se comportan de manera muy diferente según a qué clase pertenezcan, y además las clases mismas también deben ser consideradas como “agentes económicos”. Veamos por qué, en relación con el ejemplo del dinero. Los asalariados tenemos que vérnoslas continuamente con el dinero, pero nuestra relación con él es del siguiente tipo:

M – D – M

En cambio, los capitalistas se definen básicamente porque se relacionan con el dinero de otra manera:

³⁵ Con este lenguaje, de paso, se asusta a los más tímidos e impresionables.

D - M - D'

Sin entrar aquí a desarrollar este punto, está claro que, mientras nosotros nos vemos obligados a vender nuestra única mercancía (fuerza de trabajo) como medio de hacernos con la llave que nos permite la subsistencia (el salario), ellos fabrican puertas, llaves, bienes de subsistencia y medios de producción, como simple medio de aumentar el dinero del que ya disponen. Mientras nosotros tenemos que dejarnos explotar como condición para sobrevivir, ellos viven por encima de lo que les corresponde gracias a que nos explotan y nos dejamos.

Y nos dejamos, entre otras cosas, porque además de los liberales confesos —los famosos “neoliberales”— los economistas y otro personal están demasiado influidos por las ideas de muchos liberales que, puesto que se distinguen de los primeros, habrá que llamar “paleoliberales”. Y no sólo de paleoliberales tipo Keynes y de criptoliberales aparentemente de izquierdas, sino de los liberales más arcaicos que se quedaron en el discurso retórico de la Revolución francesa, una vez que a la burguesía la hubieron aupado las capas populares al lugar adonde quería trepar, que no era otro sino el palco de la carroza del Estado que quería compartir de una vez con sus supuestos enemigos de clase (la antigua nobleza feudal).

Los pocos reformistas que, al parecer, pensamos hoy que veríamos con agrado una revolución —porque las revoluciones no se planifican, sino que se hacen, la gente las hace, y después se teorizan: las teorizan algunos (y normalmente mal); y además no se hacen poniéndose unos cuantos “manos a la obra de la revolución”, sino simplemente poniéndose muchos “manos a la obra, pero cada uno en su trabajo de todos los días”, sabiendo todos que lo único que hay que hacer es intentar comportarse hoy como se comportaría uno tras la revolución— vemos lógicamente con mucho desagrado cualquier forma de liberalismo. Porque liberalismo es todo lo contrario que libertad. Es la “retórica” de la libertad, esa cáscara vacía: te venden una libertad que se queda en humo, y encima te piden la vuelta.

Los no liberales —y, por tanto, “antiliberales” en un sentido doxográfico— lo somos porque queremos y deseamos la libertad de verdad, que no es sino la suma (o el producto o la potencia) de las muchas libertades que ahora no tenemos y que sólo podremos conseguir arrebatándole el monopolio de la libertad a los privilegiados. Tendremos que arrebatársela y tendremos que *dictar*

las medidas oportunas para evitar que vuelvan a recuperarla. Por eso defendemos la dictadura del proletariado, que es la única forma de ejercer la democracia con minúscula, menos rimbombante que la Democracia burguesa, y menos gótica que la que sale de la Imprenta estatal que se encarga de dejar bonitos los ejemplares de la Constitución, pero mucho más llena de contenidos y más pegada a las necesidades de la mayoría.

Por eso no nos creemos los discursos de los “demócratas” de boquilla, ni de los padres de las constituciones (burguesas) ni de tantos santos liberales –liberales políticos, liberales económicos— que compiten por los votos del mercado electoral. En primer lugar, no los creemos porque no han comprendido que los que escribimos cosas como ésta que ahora mismo estoy tecleando somos (y representamos), para disgusto de muchos, los proletarios del siglo XXI. Tampoco lo comprenden quienes se espantan ante la supuesta “falta de realismo” de servidor y otros que tal bailan, que pareciera que nos ha transportado ya allende el mundo real. En realidad, lo que pasa es que el liberalismo los ha transportado a ellos allende los intereses de su clase, como siempre ha ocurrido, desde antes de que se inventara la famosa y certera sentencia de que “la ideología dominante es la ideología de la clase dominante”. Los que no entienden esto simplemente hacen bueno el dicho y le sirven, sin darse cuenta, de demostración y corroboración. Si no fuera así, la ideología de los dominados sería diferente de la ideología de los dominadores, en cuyo caso ésta no sería la dominante. Pero como sí es la dominante, eso significa que también los dominados comparten la ideología de los dominadores.

La parte más ridícula de esa ideología es la que consiste en la fracción de autoconciencia que lleva a tantos dominados a leerse, a verse y a interpretarse a sí mismos, como algo distinto del proletariado. Los miedos subconscientes --heredados de padres, abuelos y bisabuelos de clase media que ya han desaparecido del mapa, y no han dejado en herencia más que su inclusión en la categoría de la “nueva clase media” (que es más vieja, dicho sea de paso, que la vieja de la canción del gorila, de Brassens)-- les atenazan las neuronas, les comprimen los racimos nerviosos que confluyen en el nervio óptico y les impiden ver en qué consiste la realidad. Pero la realidad es tan real que termina imponiéndose a sus fantasías pequeñoburguesas. El pequeñoburgués no es el que gana dos o tres veces lo que cobra un obrero manual --hay muchos obreros de mono azul que ganan más que muchos empleados de

cuello blanco--, sino el que ha leído sólo dos o tres veces más que un obrero, pero sin llegar al número suficiente de lecturas como para comprender que hay que seguir leyendo mucho todavía antes de entender cómo funciona el mundo, y por qué es tan diferente de como lo cuentan los telediarios y los profesores de las Facultades de Economía y de Políticas de todas las universidades del mundo.

Y, como me estoy cabreando, me paro. Pero otro día seguiré, no le quepa duda a nadie.

Nómadas, nº 6, junio-diciembre 2002

EL PRECIO DE LA BOLSA

A los que estudiamos con los jesuitas, allá en los setenta, para lo que en ICADE creo que siguen llamando “Abogado directivo técnico de empresas”, nos ofrecían una asignatura optativa que enseñaba a especular en Bolsa mediante un método bien conocido en las universidades de Estados Unidos. Cada estudiante se formaba, dadas ciertas reglas y un capital imaginario inicial, su propio paquete de acciones (virtual, eso sí), y la nota de la asignatura dependía de lo “enriquecido” que llegara a estar cada uno a final del curso. Sin embargo, hace unos meses, en una reunión con algunos compañeros de la promoción de 1981, se me olvidó preguntarles a los excelentes tiburones de entonces si sintieron vergüenza, o no, cuando se divulgó la noticia, hace unos años, del aleccionador experimento realizado en la Universidad de Harvard: unos chimpancés, tirando dardos a una diana con los nombres de las empresas de Wall Street pegados al azar, fallaban menos que los mejores analistas de Bolsa a la hora de formar rentables carteras de acciones.

Claro que lo de las carteras rentables parece ya cosa del pasado, y nos enteramos ahora por la prensa de que hasta la sagaz Iglesia española pierde dinero en 2000 y 2001 a través de la SIMCAV que creó en 1999 para todo lo contrario. A pesar de ello, oigo en la radio al director del Instituto de Estudios Económicos (Juan Iranzo), uno de esos centros de estudios (*Think tanks* lo llaman ellos mismos) liberales que tanto sintonizan con el PP, que lo que debe hacer el pequeño “inversor” --figura que poco a poco está desplazando en los manuales de Economía al antiguo rey: “el consumidor”--, es no vender, sino resistir o incluso comprar. Lo segundo, por lo barato que están las acciones; pero lo primero, que

es lo que me interesa destacar aquí, porque “mientras no vendan, no pierden” (!), queriendo decir que no materializan la pérdida hasta que se realiza el contrato en el que tangiblemente se manifiesta el descalabro sufrido.

Esto último sencillamente le niega a la Bolsa el carácter de mercado diario y “en tiempo real” del que tanta propaganda se hace cuando se quiere alabar la eficiencia de los mercados. Y lo primero me recuerda lo que me decían, no hace mucho, dos amigos japoneses: que eso mismo era lo que decían los gurús de su país a comienzos de los noventa. Según eso, sus compatriotas inversores en bolsa todavía *no* habrían perdido, por lo visto, ese 75% que *sí* ha perdido la Bolsa de Tokio desde 1989, tras doce años de frustrada espera para que su virtual pérdida se transforme de una vez en una segura ganancia efectiva. ¿Se atreverían Juan Iranzo o cualquier otro experto financiero a recomendar hoy la compra de las baratas acciones japonesas?

Este tipo de afirmaciones son significativas porque, junto con otras que proliferan últimamente, están empezando a generar la creencia de que la Bolsa (mercado de “valores”), o no sirve para “valorar” o “no valora correctamente” (y ello, dicho por gente nada sospechosa de antipatía ante esta institución sagrada para los intereses mercantiles). Pues sucede lo mismo en el extranjero, donde también los protagonistas de la Bolsa se quejan ahora de que a menudo ésta sí valora, pero no valora bien (sobre todo, lo dicen cuando afecta negativamente a sus propios intereses). Así, Manfred Schneider, el presidente de Bayer, dijo en agosto, tras caer un 25% sus acciones por culpa del ‘caso Lipobay’, que “las bolsas *sobrevaloran* la posibilidad de éxito de las demandas [judiciales]” anunciadas contra la empresa por esta causa. Y Ron Sommer, de Deutsche Telekom, ante una evolución aun más negativa de las acciones de esta empresa, añadía hace poco que “vemos el actual desarrollo de la cotización en escandalosa contradicción con nuestra actuación y la posición estratégica de la empresa”.

Imagínense a un profesor ciclotímico agudo que suspendiera un año al 95% de sus alumnos, y que al año siguiente sólo hiciera lo mismo con el 5%. Si repitiera esta alocada actuación durante diez años consecutivos --suponiendo que lo dejaran--, al final habrá logrado suspender a una media del 50%, exactamente igual que otro imaginario colega, que podría pasar por el más cuerdo y cabal de su universidad. *Mutatis mutandis*, esto es lo que le pasa a la Bolsa, aunque sea en un marco temporal diferente: “a largo plazo”

termina valorando el potencial de ganancias futuras de las empresas como si, en vez de un profesor neurótico, fuera un profesor normal. Pero sus pobres estudiantes-inversores sufren su humor cortoplacista con mucha más intensidad que si tuvieran que enfrentarse a un comportamiento mucho más “racional”.

¿Cuándo descubriremos un mecanismo de asignación de los recursos para financiar los medios de producción social que sea de verdad compatible con el bienestar colectivo y, por tanto, alternativo a la Bolsa y al resto de su iceberg (dinero, mercancías...)? Es curioso que la ciencia de “lo racional”, la Economía de nuestros amores, nos ofrezca tantos ejemplos de irracionalidad. Y podríamos sumar otro más: el de quien sostenga que en realidad en la Bolsa de Tokio, a pesar de estar en su mínimo en 17 años, no ha pasado (sustancialmente) nada, pues, si ha bajado un 75% desde 1989, lo ha hecho tan sólo porque entre 1984 y 1989 casi se multiplicó por cuatro (véase *El País* de 11-X-01). Y en efecto, así fue..., y así será: como todo lo que sube tiene que bajar, no cabe duda de que siempre (o casi siempre) se encontrará “a la par” con algún punto anterior.

Dice Albert Hirschman, a quien mi Departamento de la Complutense ha nombrado hace poco Doctor *honoris causa* (a la espera de que, según algunos, le den el premio Nobel), que la teoría neoclásica del consumidor racional es falsa e irrealista, entre otras cosas porque no encuentra cabida para un fenómeno que todos conocemos bien, como es la “decepción” del consumidor, totalmente incompatible con el supuesto de que cada cual reparte su dinero de forma que cada peseta gastada le proporcione la misma “utilidad marginal” en cualquier cosa que compre. Quizás habría que empezar a hablar también de la “decepción del pequeño inversor en bolsa”, que en algunos países es ya tan manifiesta que están empezando a operar los bufetes de abogados contra los inductores de este nuevo “crimen” económico (señal de que hasta lo irracional es un buen negocio). Los compradores de “Telefónicas” no han necesitado esta vez de un López Vázquez paleocapitalista, tardofranquista y encabinado (me refiero al contexto, no al actor) para que los televidentes se lanzaran masivamente a por las nuevas “matildes”. Incluso en los ultramodernos Estados Unidos y en la Europa del euro ha sucedido otro tanto. Y, según muchos, incluso si no llega a pasar lo mismo que en Japón, “no hay razones para el optimismo”, como ha recordado Joaquín Estefanía recientemente.

Que la Bolsa está en crisis no lo muestra sólo el bajo precio de las acciones —o, más bien, el alto precio que la sociedad está pagando por la existencia de la Bolsa, cosa que sólo pensamos unos pocos—, sino la crisis psico-expresiva de los analistas televisivos de Bolsa, que ya no pueden recurrir a los socorridos “argumentos” de los que antes echaban mano, y que parecían tanto más sólidos cuanto más paradójicos resultaran para el gran público (que si variaciones de los tipos de interés, que si la tasa de desempleo...). Ahora sólo hay que conectar con la BBC o la CNN y observar sus conatos de risa nerviosa cuando tratan de explicar lo inexplicable, y sobre todo cuando no saben cómo mover las manos para intentar taparse la boca. Y no es que lo de la Bolsa no tenga explicación, pero esperarla de quienes han contribuido al desaguado parece un ejercicio de paciencia que va más allá de lo que los no masoquistas estamos dispuestos a aceptar. Y es que, por mucha “nueva economía”, mucha “revolución tecnológica”, mucha nueva sociedad “red” o de la “información” que se apresten a inventar, las cosas siguen la lógica que les impone la realidad, y no la que se imaginan los ilusos o los propagandistas. Ya sabemos que las aguas siempre vuelven a su cauce; pero hay ríos y ríos... Y, si no, pregúntele a los valencianos cuando sufran el azote de la penúltima gota fría, si no hay veces en que cambiarían gustosos la lista de ríos de su revoltosa cuenca hidrográfica por la mucho más apacible del Guadiana.

Y es que lo que se interpreta como el “enfriamiento de la economía global” (Estefanía) a lo peor no es sino otra gota fría gigantesca de la economía capitalista de siempre. Y lo mismo que el mundo natural parece calentarse año a año, el mundo de la economía se nos puede quedar helado en poco tiempo. ¿Se acuerdan de lo que decían los medios de comunicación cuando empezaba la crisis de los setenta? Negaban y negaban..., hasta que la evidencia los arrastró a todos torrentera abajo. ¿Y si ahora fuera a suceder lo mismo? A veces, el irracional azar nos premia a los chimpancés y a los economistas heterodoxos y minoritarios con el laurel del acierto, y lo mismo que los simios pueden errar menos que los humanos (estudien o no con los jesuitas), bien pudiera ocurrir que los marxistas pobres entendieran mejor la economía capitalista que los ricos que viven de sus dividendos.

No sé lo que dirán los marxistas, pero a mí me parece evidente que hay un exceso de capital (productivo y financiero) en todo el mundo, y esto es un problema serio y de difícil solución en el

marco de la economía capitalista. Por supuesto, la desaparición del capital sobrante –y déjenme que me cite a mí mismo-- no tiene que producirse “necesariamente, a través de una guerra mundial, como ocurrió a partir de 1939, como medio efectivo de terminar con la Gran Depresión a un coste social altísimo; es muy posible destruir capital (es decir, valor) sin que se destruya físicamente dicho capital al mismo tiempo (aunque es probable que se destruya más tarde). Una posibilidad podría aparecer como consecuencia de una deflación masiva de la cotización de la(s) bolsa(s) mundial(es)”.

Pero no pasa nada, colegas consejeros de los inversores en Bolsa. Sigán diciendo a los pequeños inversores que el mundo es suyo, y que ¡viva la Bolsa!, que para eso están.

Octubre de 2001

2

Globalización y subdesarrollo

A don Xavier Sala le apasiona el desarrollo económico, según propia confesión; a mí, me apasiona el subdesarrollo. Los economistas liberales no quieren entender que el subdesarrollo es una necesidad en tanto el sistema económico imperante sea la economía de mercado, donde las decisiones son privadas, independientes, y donde el que lleva ventaja tiene un estímulo permanente y creciente para ampliar cada vez más esa ventaja, y no para cooperar en el cierre de esa brecha (a lo que nadie le obliga ni moral, ni política, ni económicamente, ya que el sistema le da toda la “libertad” que exigen los liberales en todos y cada uno de esos planos).

Como la globalización actual es la globalización del capitalismo —en eso Sala y yo estamos de acuerdo—, en este capítulo se parte de un artículo (en realidad la introducción de un artículo más largo) que pretende desmitificar la “retórica” de la globalización, que es, en efecto, lo único que tiene de nuevo la etapa actual de nuestro sistema. Desde la caída del muro de Berlín, la euforia de los liberales más optimistas --que creían que “la historia se había acabado”, y se disponían ya a entronizar a Fukuyama en el Papado de la Iglesia liberal— se desbocó hasta tal punto que el prurito por lo nuevo se llevó al colmo (de ahí, la “globalización del liberalismo”). Todo era nuevo: las tecnologías, la economía, la fase del desarrollo capitalista. Pero lo nuevo se hizo tan rápidamente viejo como viejo es el capitalismo globalizado.

En los otros artículos de este capítulo se pasa revista a dos aspectos olvidados en los debates actuales sobre la globalización: la globalización de la pobreza, no como algo marginal ni como un fenómeno reciente, sino como un aspecto central y permanente del desarrollo-subdesarrollo capitalista —es decir, de su desarrollo

“desigual”--; y la globalización postcapitalista, que se impone como la única salida del foso en donde nos está metiendo la globalización capitalista, con todas sus miserias, injusticias e incluso guerras.

Frente a los románticos y sentimentales de la antiglobalización, que sólo quieren poner bridas al mercado, o echar un poquito de arena a los engranajes de las finanzas y de la industria, para que el Estado capitalista nos ponga un parque lleno de verde a cada uno de los ciudadanos del occidente desarrollado, se defiende aquí la lucha contra las causas, y no meramente contra los efectos, de los males que crea el capitalismo (sustancialmente global y cada vez más globalizador desde el principio).

GLOBALIZACIÓN Y PENSAMIENTO ÚNICO

El pensamiento único encierra un núcleo duro que consiste en la idea de que capitalismo y democracia son sinónimos, o casi. Tanto en su vertiente liberal pura como en la forma liberal socialdemócrata, los partidarios de mantener el anacrónico sistema de mercado argumentan que la economía de mercado es la mejor forma de economía posible o, al menos, la menos mala. Y esto lo hacen, ya sea insistiendo en la superfluidad de cualquier intervención estatal considerada no estrictamente necesaria --como defienden los teóricos fundamentalistas del *Estado mínimo*--, o poniendo énfasis, por el contrario, en la necesidad de *completar* (lo cual puede tener el sentido de: controlar, limitar, complementar, someter, domar, etc., según los casos) la labor de los mercados con una fuerte³⁶ intervención *pública y social* del Estado --como afirman los teóricos, no menos fundamentalistas, del *Estado del Bienestar*-- que sea capaz de poner bajo el control de la sociedad los movimientos del mercado (necesarios, pero a menudo peligrosos, según esta interpretación).

Por su parte, la globalización es un fenómeno muy distinto según se interprete como un proceso *real* que tiene lugar en la economía mundial, o como un momento puramente ideológico (es decir, retórico) del actual pensamiento económico de moda. Como fenómeno económico real, es una tendencia que se impone

³⁶ Que se receta en dosis diferentes, según el grado de izquierdismo con que se haga la crítica socialdemócrata del *neoliberalismo*.

progresivamente, y que, por tanto, existe desde que el capitalismo impera en la economía mundial, por lo que es al menos tan viejo como el propio capitalismo industrial (o tanto como el capitalismo mercantil, incluso). Como expresión ideológica, es un recurso retórico de aparición relativamente reciente, asociado con una serie de fenómenos concomitantes (en una lista que puede hacerse más o menos larga, según los múltiples autores que tocan el tema) pero que, a mi juicio, tiene principalmente que ver con el cambio en el tipo de batalla ideológica que el discurso capitalista --¿hace falta recordar que la ideología dominante es la ideología de la clase dominante?-- se ha visto forzado a emplear desde la caída del muro de Berlín.

Ese episodio, casi universalmente identificado con el fin del socialismo, fue el símbolo de la caída de los regímenes políticos imperantes hasta entonces en los llamados países del *socialismo real*. El que los dirigentes de esos países insistieran y proclamaran a los cuatro vientos que estaban desarrollando e implantando el socialismo de Marx facilitó mucho la tarea a la clase dirigente occidental para, en su labor de denuncia de los males y problemas de las economías del Este --finalmente *demostrados científicamente* (fácticamente) con el hundimiento del sistema--, utilizar dichas críticas como crítica del socialismo en cuanto tal, que es un movimiento real y objetivo que no puede separarse del desarrollo capitalista mismo, pues consiste básicamente en el proceso de socialización del trabajo (que pone poco a poco fin a la fase de privatización y fragmentación del trabajo en unidades individuales aisladas y separadas) característico del capitalismo.

Conviene también aclarar que lo que durante tanto tiempo se llamó la *guerra fría* no era sólo una rivalidad interimperialista entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, o entre los respectivos bloques de países pertenecientes al primer mundo o al segundo mundo (supuestamente capitalistas y socialistas, según sus propias autodefiniciones), sino también una parte de la batalla ideológica antes mencionada, que tenía y tiene por objetivo --puesto que sólo los ilusos se creen hoy que la guerra fría ya se acabó-- extender la ideología dominante por todos los rincones del planeta. Es natural que si el capital busca por su propia naturaleza penetrar con sus mercancías y sus recursos financieros hasta la última hectárea del globo terráqueo (o más allá, si fuera posible), otro tanto puede decirse de la ideología que su propia expansión conlleva. Por eso, los enemigos ideológicos del capitalismo eran y son todos cuantos

se oponen de alguna forma al funcionamiento libre y pleno de la sacrosanta economía de mercado en su forma canónica, es decir, ideológicamente identificada con la llamada *ideología occidental* y la correspondiente defensa de los *derechos humanos*.

Los países del Este eran (y son) enemigos ideológicos de Occidente porque, aunque fueran en realidad países capitalistas, practicaban un capitalismo heterodoxo e idiosincrático, caracterizado por métodos de acumulación distintos, con una presencia muy superior del Estado y otros rasgos que no podemos analizar en el espacio de este artículo³⁷. Esto convertía al segundo mundo entonces, lo mismo que a lo que queda de él en la actualidad (China, Cuba), en enemigos ideológicos de Occidente, pero, más que por su práctica real --repito, capitalista pura, con variantes--, debido a su defensa verbal y retórica del socialismo y del marxismo, y a su pretensión de defender la idea de que la democracia real era la que se practicaba, o se practica, en sus países, en vez de la democracia *burguesa* del primer mundo.

Pero, por esa misma razón, los países del llamado *tercer mundo* también son enemigos ideológicos del primero, porque, desde el punto de vista de éstos, a pesar de ser una fuente de lucrativos negocios para las empresas del centro del sistema, y, no sólo eso, sino una parte esencial del funcionamiento de la economía capitalista mundial en su conjunto, no por ello desprestigian menos al capitalismo occidental desde el punto de vista ideológico, en la medida en que ponen en práctica economías de mercado *sui generis*, caracterizadas como políticamente corruptas, y donde abundan actitudes y hábitos poco compatibles con el propio discurso ideológico de la *avanzada* democracia burguesa de los países capitalistas más desarrollados.

Ahora bien, la única manera de oponerse a este pensamiento único, y a su globalización, es oponer a su gran mentira la gran verdad que la guerra fría antigua y nueva --pues el propio pensamiento único es sólo el nuevo nombre de esta guerra ideológica-- pretenden ocultar. Hay que repetir la verdad por mucho que se la tache de anticuada por parte de tanto *moderno* como hoy abunda. Y una parte indudable de la verdad es que

³⁷ Véase el excelente libro, ya citado, de Chattopadhyay (1994), donde se ofrece una detallada y minuciosa interpretación de la experiencia económica soviética, basada en la teoría de Marx, y se compara con la ofrecida por muchos de sus discípulos, que, en muchos casos, prefieren partir de ideas total o parcialmente ajenas al sistema conceptual del primero.

resulta totalmente imposible compatibilizar una auténtica democracia con cualquier tipo de mercado y de economía de mercado, pues en estos sistemas la democracia es una mera superestructura burguesa y plutocrática --es decir, basada en el principio “una peseta, un voto”--, y no una estructura real de relaciones sociales democráticas en el sentido *demográfico* --“un hombre, un voto”--. Además, la democracia occidental prácticamente queda reducida a un acto electoral realizado cada cuatro o cinco años, y realizado por una parte (por lo demás, decreciente) de la sociedad; pero lo que más cuenta para la democracia de verdad son los actos que realiza todo el mundo, y que realiza todos los días, empezando por el más importante en cualquier jerarquía antropológica que adoptemos, como es el de ganarse la vida (la subsistencia). Si al trabajar, al hacerse con los medios de vida, al tomar las decisiones que ejecuta el mercado, no somos todos iguales, no puede hablarse de nada que se parezca lo más mínimo a una auténtica democracia. La pseudo-democracia neocensitaria que padecemos cotidianamente, esta corrupta democracia de los mercados, nos parecerá muy pronto tan limitada y tan superada por la altura de los tiempos como nos lo parecen ya hoy la democracia ateniense, la democracia censitaria decimonónica propiamente dicha, o la democracia de los varones donde las mujeres no tenían nada que decir.

“Introducción” al capítulo 14
de Arriola y Guerrero (eds.):

La nueva economía política de la globalización.

MÁS SOBRE LOS EFECTOS DE LA GLOBALIZACIÓN

Tiene razón Ángel Martínez González-Tablas en su artículo de 30-XII-2000 sobre los efectos de la globalización (o globalizaciones, como él prefiere decir) cuando le responde a Guillermo de la Dehesa (29-IX y 14-XI) que “es necesario desvelar la lógica de los procesos y el carácter de sus efectos, analizándolos con rigor y denunciándolos cuando haya lugar, aunque al hacerlo se vaya contracorriente”. Tablas cree que va contracorriente, pero yo pienso que De la Dehesa y él siguen el impulso del mismo río que los arrastra a ambos corriente abajo, aunque a cada uno lo lleve por un brazo distinto del amazónico flujo de agua que se volverá a

unificar tan pronto termine la frondosa isla que, desde el lugar que ocupan ambos náufragos, no deja ver la otra orilla.

Para argumentar mi tesis, mimetizaré el método seguido por Ángel Tablas, comentando primero los cinco efectos benéficos de la globalización según lo que él considera la posición ortodoxa, y aludiendo luego a los cinco efectos que coloca como “alternativa” a la posición anterior. Finalmente, intentaré extraer alguna síntesis que resuma mi propia posición al respecto.

1. Tablas niega que la globalización conlleve “un aumento de la competencia” porque piensa que más bien trae consigo un aumento de la oligopolización. A mi juicio, reproduce así, inconscientemente, la teoría económica ortodoxa que cree estar criticando. Por eso dice que globalización no es competencia, ya que “los economistas” entendemos por competencia “una asignación óptima de los recursos”. Tablas reproduce la tendencia al pensamiento único que critica, pues no son los economistas los que piensan así, sino sólo una mayoría (él incluido) entre la que, desde luego yo no me cuento, como tampoco ninguno de los que pensamos que es precisamente la competencia el origen de la ineficiencia actual (capitalista) en la asignación mundial de los recursos. Mientras no sustituyamos lo que él, correctamente, caracteriza de “sistema económico capitalista” por un sistema económico distinto, no podremos pretender que varíen los efectos que genera la existencia de unas causas incambiadas.

2. La discusión sobre si los precios bajan o suben con la globalización no se puede resolver hasta que los apóstoles y los herejes de la misma se pongan de acuerdo en delimitar *temporalmente* el proceso (o procesos), cosa que hasta ahora ninguno ha hecho, que yo sepa.

3. Tablas tiene toda la razón en que la mayoría de los flujos de capital siguen siendo, como siempre han sido, flujos de capital (tanto “productivo” como, cada vez más, financiero) que proceden de, y se dirigen a, los países ricos. Por eso el sistema genera un desarrollo crecientemente desigual, y no sólo ahora sino desde su mismo nacimiento hace dos o tres siglos.

4. Los flujos de emigración (trabajo y medios de producción) que la economía mundial necesita no pueden regularse racionalmente mientras el sistema de empresa privada sea el que decida esos flujos. Porque la competencia lleva a cada unidad decisora a decidir por su cuenta y en contradicción con las decisiones de las demás. Hay que sustituir la competencia por la

cooperación, y la cooperación auténtica es una quimera en el marco de este sistema capitalista que nadie se molesta hoy en poner en entredicho (salvo aquellos a quienes se nos calla la boca).

5. La cuestión del crecimiento conduce al mismo problema previo que se citaba en el punto 2. El propio Tablas escribe que “la globalización actual se acelera a partir de los setenta”, lo cual quiere decir que existió un estadio previo de la misma antes de ese proceso de aceleración. Además, según su propia frase, hubo otras globalizaciones antes que la actual. Pónganse de acuerdo los retóricos de la globalización y entonces empezaremos a aclararnos.

Pasemos ahora a los efectos que Tablas contrapone a los cinco anteriores y que le hacen sentirse “a contracorriente”, no sin antes recordar, sólo *pro memoria*, que no es lo mismo ser (algo) que creerse ser (algo).

6. Si es verdad que la globalización “modifica la correlación de fuerzas a favor del capital y en perjuicio del trabajo”, ¿nos quiere dar a entender que antes de la globalización (¿cuándo?) había algo que modificaba esa correlación en sentido contrario, o más bien que la globalización sigue modificándola en la misma dirección de siempre?

7. La globalización “profundiza el desajuste entre los espacios” (hasta aquí la frase tiene cierto valor poético, no me lo nieguen) público y privado, por lo que el propio autor reconoce su coincidencia con su antagonista (De la Dehesa) al afirmar, junto a éste, que hay que buscar “instituciones que aumenten la solidaridad mundial”. Curiosamente, el cuidado con que Tablas añadía el adjetivo “capitalista” al principio de su artículo ahora desaparece, y no sabemos si está con su criticado en la búsqueda de instituciones “capitalistas” o, por el contrario, “no capitalistas” (¿hará falta recordar que el Estado, sea nacional o de ámbito superior, es una institución capitalista?).

8. El impacto ecológico de la globalización también es global, claro, y se supone que negativo. ¿Pero quién es el anti-ecologista que no tiene preocupaciones ecológicas? Yo las tengo y, sin embargo, me parece que muchos ecologistas no se dan cuenta de que la industria no es unilateralmente mala ni buena, sino un producto humano cuyo comportamiento y resultados deben someterse al mismo análisis de clase que Tablas (crípticamente, eso sí) mantiene en su artículo.

9. Si el auge de las finanzas y de la fragilidad financiera genera un “riesgo sistémico”, lo relevante es saber si uno está del lado de

Galbraith (y del sistema capitalista) o del otro lado, según se desprende de las palabras con que este autor se autocalifica: “Yo soy una persona conservadora y por tanto tengo tendencia a buscar antidotos para las tendencias suicidas del sistema económico; pero gracias a la típica inversión del lenguaje esta predisposición suele ganarle a uno la reputación de ser un radical”.

10. Tablas ve indicios de que la globalización “aumenta la marginación de un gran número de espacios sociales”. Por supuesto. Pero a mí, que me preocupo sobre todo del espacio social de los asalariados, me gustaría matizar que si bien es verdad que el capitalismo deja a los asalariados al margen del progreso y la riqueza que crea para los capitalistas (al menos, los asalariados se benefician de eso sólo de modo marginal y dependiente y obligadamente servil), no es menos cierto que los asalariados no somos nada marginales en un sentido clave de la realidad y de la (buena) teoría económica. Y ello es así porque somos el centro, (el puro centro que dirían en México), el centro mismo, el núcleo, el meollo del cogollo de la explotación capitalista. De nosotros nace la renta con la que vivimos nosotros y con la que viven ellos.

Y con esto quiero terminar. Tiene razón Tablas en demandar un análisis realista de los procesos objetivos. Creo que ese análisis conduce a concluir que el sistema capitalista en el que vivimos (se globalice desde antiguo o no) camina sobre dos pies. Uno es la explotación del trabajo por el capital. El otro es la competencia de todos contra todos (no sólo las rivalidades interestatales a las que alude Tablas): también compiten los capitalistas entre sí; también los trabajadores entre ellos, etc.

Mientras sigamos dando vuelta en torno a falsos problemas, seguiremos siendo explotados y compitiendo entre nosotros. Propongo dedicar un poco de nuestro tiempo a pensar en el postcapitalismo (que, por supuesto, será global o no será). Quizás esto ayude a que en el futuro dejemos de ser explotados y competidores.

El País, 3-2-2001

GLOBALIZACIÓN Y POBREZA

En un reciente artículo (*El País*, 14-7-01), Rafael Myro hace una interesante contribución al debate sobre la globalización. En él, se declara a favor tanto de la globalización como de la lucha decidida

contra la pobreza, y argumenta que quienes sólo están por la segunda, y en contra de la primera, lo hacen a partir de una premisa poco sólida desde un punto de vista teórico y empírico: “que la globalización engendra desigualdad y pobreza”. La tesis de Myro tiene la ventaja de estar bien argumentada y ordenada, de forma que: 1) partiendo de una definición de la globalización como “proceso por el cual los mercados se liberalizan y hacen más internacionales, se integran...”; 2) pasa a referirse a una serie de trabajos que descubren más bien una relación positiva entre apertura y liberalización comercial (globalización) y crecimiento económico; 3) para terminar concluyendo que se debe predicar la apertura comercial de todos los países, incluida “la apertura completa de las fronteras de los países desarrollados a los productos de los países menos desarrollados”. A continuación, intentaré ajustar mi argumentación a esos tres mismos pasos.

1. En mi opinión, la globalización es un proceso que hasta ahora ha coexistido con el capitalismo (aunque se inició antes y subsistirá después), y tiene que ver, en efecto, con las dos fuerzas que señala Myro: la tecnológica --la reducción de costes, o aumento de la productividad-- y la política: la opción de cada país por una política de apertura y liberalización. Como él piensa que la segunda puede ser frenada o activada, concluye que la globalización es “algo que hemos elegido” y no es inexorable. Sin embargo, el proceso de integración creciente de las economías (no necesariamente de los mercados, pues éstos desaparecerán y las economías seguirán existiendo) es, a mi juicio, la auténtica tendencia que se incardina en las relaciones sociales que crean los hombres y las sociedades al producir su subsistencia y toda su vida; mientras que la opción por una u otra política comercial es algo mucho más contingente, que tiene que ver, en el capitalismo, con la fase en que encuentre la acumulación mundial de capital, y con la posición de fortaleza o debilidad relativa que ocupe cada país en la batalla competitiva global. Si el capitalismo de los siglos XIX y XX ha pasado por etapas expansivas y contractivas, con sus correspondientes aumentos y retrocesos en el grado de apertura comercial mundial, es algo que tiene que ver con el funcionamiento termostático y espasmódico de un sistema que se ha quedado desfasado, a pesar de las alabanzas que le siguen dedicando tanto los liberales ardientes como los templados.

2. La plena libertad comercial capitalista no es la solución ni siquiera cuando, como le gustaría a Myro, “va acompañada de una

firme política cambiaria, monetaria y de control del déficit público”. Myro se limita a sopesar los datos empíricos que se basan en las dos versiones de la teoría convencional: la que el califica de “más convencional” (el modelo Heckscher-Ohlin-Samuelson), y la que presenta como más realista (por tener en cuenta la competencia imperfecta, las economías de escala, la tecnología y el capital humano); pero parece desconocer los trabajos empíricos basados en la teoría de la ventaja absoluta (Shaikh, Guerrero, Román, Mejorado, Antonopoulos, Acuña y Alonzo, Cabrera, etc.). Según esta teoría, el intercambio de equivalentes (por tanto, igual, no desigual) en el mercado mundial se basta por sí solo para reproducir permanentemente la desigualdad entre países ricos y pobres, y además a una escala cada vez mayor, pues en un contexto capitalista, basado en la iniciativa privada, cada cual es en último término responsable de su propia suerte; y esta institucionalización del egoísmo (que reduce necesariamente la cooperación al inframundo de lo marginal, donde el margen oscila entre el 0.23% y el 0.7% del PIB de ciertos países) es lo que explica los datos reales que Myro parece desconocer.

Porque, en efecto, si usamos los datos ofrecidos por el equipo Maddison en su trabajo para la OCDE (*La economía mundial, 1820-1992. Análisis y estadísticas*, París, 1995), no es difícil extraer de sus más de 200 páginas de apéndices los datos para comparar la suerte de los países de la OCDE con el resto del mundo a lo largo de estos casi dos siglos de desarrollo capitalista. Así, para los 24 países que formaban parte de esta organización hace 15 años, se puede ver que su participación en la población mundial ha pasado del 16.7% en 1820 al 15.7% en 1992, mientras que su cuota en el PIB mundial (usando “dólares Geary-Khamis” de 1990, para hacer posible la comparación intertemporal e interestadística) subió del 28% al 53.6%. Teniendo en cuenta los correspondientes datos de los demás países (que junto a los de la OCDE suman 199 en el trabajo de Maddison), es inmediato concluir que la desigualdad --entre los países que sí pertenecen a la OCDE y los que no-- se ha multiplicado por más de tres veces (pasando de 1.9 a 6.2, en términos de renta per cápita, y en una evolución casi lineal), dando así la razón a tantos historiadores económicos (Bairoch, Landes, Hobsbawm...) que vienen defendiendo lo mismo desde hace tiempo.

3. Escribe Myro que “la lucha contra la desigualdad y la pobreza ha de ser indisociable del proceso de globalización”. En mi

opinión, la globalización no necesita que se la apoye ni que se la intente frenar. Es simplemente una dimensión del progreso. Hoy en día, cuando los postmodernos nos han hecho creer que el progreso es sólo una ideología anticuada que heredamos de la ilustración y que pervivió excesivamente en el tiempo por culpa de los seguidores políticos del último ilustrado (Karl Marx), lo anterior sonará herético, pero no por ello es menos cierto. Por mucho que les duela a los postmodernos, el progreso es un movimiento objetivo que uno encuentra, entre otros sitios, en las sociedades humanas. Y eso significa que no todas las evoluciones lógicamente pensables son objetivamente posibles. En particular, es imposible la utopía liberal que se relame de gusto pensando que el capitalismo es eterno. Los movimientos antiglobalización --esa mezcla de jerarquía vaticana, exmarxistas y anarquistas, amenizada con música compartida *made in USA*-- tendrán que evolucionar hacia una mayor definición (procapitalista o anticapitalista) precisamente porque el progreso es un hecho, y son los hechos los que se encargan de entorpecer a largo plazo la nada pacífica marcha capitalista, y de hacer cada vez más evidente la miseria de este sistema, construido sobre algo que es un puro fallo: el mercado.

Si el mercado no tiene los detractores que se merece es porque existe una confusión generalizada entre mercado y descentralización. En el postcapitalismo habrá descentralización (y la planificación central sólo tendrá una parte) pero no habrá mercado. Pues el mercado presupone el dinero; éste, el Estado (que lo inventó para recaudar fondos); y éste, la sociedad de clases y, por tanto, la desigualdad. Igualdad y mercado son como el agua y el aceite, imposibles de mezclar. Sin embargo, nada impedirá en el futuro dar a cada uno un derecho igual de voto en el terreno económico (dentro y fuera de la empresa, que ya no será capitalista, pero será) y llenar de contenido la democracia política y abstracta (cuatrianual) con democracia cotidiana y concreta.

En su artículo, Myro termina ironizando contra “quienes en la antiglobalización descargan su rebeldía general contra el mundo” y “quienes con ella han recuperado antiguas militancias juveniles y, con ello, nuevas ilusiones”. Yo estoy de acuerdo con eso. Pero añadido que a los globalizadores liberales como Myro les tiene que doler también que otros les recordemos que han sustituido “antiguas militancias” juveniles por “nuevas ilusiones” mercantiles. Es público que R. Myro era “responsable de la agrupación de economistas del PCE, partido que abandonó en 1978” (Vega y

Erroteta: *Los herejes del PCE*, Planeta, 1982, p. 102), y a mucha honra. Pero que no piense que su evolución es tan rara ni tan personal ni voluntaria. En el fondo, es la acumulación de capital la que explica las claves, no sólo de su evolución ideológica, sino de la de los Tamames, Segura... y tantos economistas que han pasado desde los dogmas anti-mercado de su época de militancia marxista en partidos socialistas, comunistas y de extrema izquierda, a sus nuevos dogmas pro-mercado.

El diario *El País*, que tiene tanto que ver con esta evolución ideológica que estudiarán minuciosamente los sociólogos del futuro, daría muestras de clarividencia publicando artículos como éste. Pues así demostraría que es capaz de anticiparse al nuevo cambio de ciclo que se avecina.

Realidad, VI (38), septiembre 2001

3

Maldita competitividad

Los liberales hacen bien en defender la competitividad porque parten de la defensa abierta de la competencia —es decir, del lucro, la maximización del beneficio y el mercado—. En un contexto competitivo que aspira a ser eternamente competitivo, lo “lógico” es defender la competitividad, es decir la “nuestra” (de nuestra empresa, nuestro sector, nuestro país, etc.), nuestra mayor capacidad frente al peligro que suponen “los otros” (los rivales). Los criptoliberales —es decir, los socialdemócratas, los sindicatos, los críticos, que son liberales sin saberlo, al igual que el señor Jourdain hablaba prosa y no se había enterado— quieren encontrar la cuadratura del círculo y mezclar el agua con el aceite. Hablan continuamente de lo social, lo político, y todo lo que hay que usar para controlar y domar el mercado, pero no se olvidan de defender nuestra competitividad porque nunca se olvidan de ser “realistas”.

Que hablen de cooperación y de que “otro mundo es posible”, pero al mismo tiempo sigan creyendo en la necesidad de fomentar sólo “nuestra” competitividad —competitividad que ellos no son capaces de distinguir de la eficiencia sin capitalismo porque se han tragado, íntegro, el discurso liberal que convierte al capitalismo en algo eterno—, demuestra que defienden lo mismo que los liberales puros, pero con una serie de contradicciones en las que los liberales sin complejos no caen.

En un primer artículo de este capítulo se desarrollan los mitos más importantes que se han creado en torno a la competitividad —y cómo en este punto, la academia y los medios de comunicación se dan la mano—; en otro más antiguo se ponía ya énfasis en contrarrestar el principal de esos mitos, que liga la competitividad con los bajos salarios —¡cuando de hecho lo que hay en el mundo es competitividad con altos salarios, como norma capitalista!—; y un

tercero, el más reciente de los tres, hace un repaso de las razones que convierten a este azote de la sociedad moderna en una auténtica plaga y una maldición sobre todo para los que estamos presos de los dueños de la competitividad (es decir, de quienes, gracias a la apropiación privada de los logros sociales de la ciencia, la técnica y la producción, dominan el mundo y nos someten).

MITOS DE LA COMPETITIVIDAD

La competitividad es uno de esos conceptos fáciles de comprender pero difíciles de integrar en el caudal informativo que recibe el ciudadano medio, por lo que conviene disipar algunos mitos que oscurecen su entendimiento, utilizando, en lenguaje corriente, los argumentos de la Teoría económica.

1. La opinión pública está convencida de que la amenaza competitiva viene de los países del tercer mundo, y los medios de comunicación nos ofrecen a diario aparentes evidencias de que la realidad coincide con esta afirmación. Sin embargo, bastaría con preguntar a los empresarios españoles de dónde les llega la competencia para comprender que la más fuerte y peligrosa procede de los países más desarrollados del primer mundo: Alemania, Francia, Estados Unidos, Suiza..., y que esto sucede, no sólo en la industria y en los servicios, sino incluso en numerosos subsectores del sector primario, donde los rivales principales son empresas de esos mismos países.

2. La confusión sobre el origen de la competitividad no se origina en los medios, sino en la Universidad y en la Academia. Allí, se combina la idea de que los costes laborales son decisivos dentro de los totales con la tesis de que éstos últimos siguen siendo determinantes en los precios, para concluir que las empresas y países competitivos son los de salarios más bajos. Sin embargo, esto no es cierto. Normalmente, los salarios altos van unidos a costes bajos (y no altos), y esto tiene su explicación: es verdad que los bajos costes unitarios se reflejan en bajos costes laborales unitarios (por unidad de producto), pero éstos no se deben a bajos salarios *per capita* sino a altas productividades, que permiten pagar altos salarios y que a la vez éstos representen sólo una pequeña parte de los costes totales (ejemplo: se puede pagar el doble a un trabajador que hace fotocopias con una máquina 4 veces más rápida, y reducir el coste salarial por fotocopia a la mitad). Esto es acorde con la dinámica

capitalista, que da al factor objetivo de la producción (instrumentos de trabajo) un papel dominante, y hace que el factor subjetivo (los trabajadores y sus salarios) vaya quedando en segundo plano.

Ciertamente, las empresas con capacidad para instalarse más allá de las fronteras nacionales elegirán un país de menores salarios (o precios de los factores) si les es posible reproducir en él la misma técnica productiva. Pero esto sólo sucederá en unos pocos casos, pues la ausencia de muchos bienes y servicios en estos países, junto a la insuficiente cualificación de su mano de obra y las pobres infraestructuras, son factores que elevan los costes de producción hasta hacer imposible la instalación en ese país. Esto explica que los países más desarrollados del mundo sean los que producen a costes más bajos, sobre todo los bienes de mayor desarrollo técnico, científico y social.

3. En los últimos tiempos, se sugiere que lo que cuenta no son tanto los costes como la calidad y el diseño (la “diferenciación del producto”). En realidad, se trata de una falsa novedad porque se sabe desde hace siglos que las mercancías tienen valor de uso y valor de cambio, y lo decisivo es ofrecer el menor valor de cambio (precio) para un valor de uso dado (calidad), y esto es equivalente a proporcionar un mayor valor de uso sin elevar el valor de cambio. Las amas de casa saben, como las empresas, que lo decisivo es la relación calidad / precio, y que en ella entran ambos factores simultáneamente; pero algunos parecen creer que se trata de factores independientes.

4. Otro mito instalado en la conciencia colectiva es que la vía principal para colocar a un país en la senda competitiva es aplicar una política de competitividad adecuada, y que para ello basta con declararla el objetivo supremo de toda la política económica, subordinando a éste los demás objetivos. Pero esto es sencillamente confundir la realidad con los deseos. En primer lugar, olvida que todos los países buscan el mismo objetivo, y que no todos lo pueden conseguir (no todos pueden aumentar al mismo tiempo su cuota en el mercado mundial). En segundo lugar, ignora que la competitividad depende del nivel de eficiencia de las empresas de un país, que a escala agregada coincide con el nivel científico y técnico de su tejido productivo (grado de desarrollo medio de las fuerzas productivas sociales). Por tanto, puesto que ningún gobierno es libre para escoger éste -que se le presenta como algo dado, fruto de una larga serie de determinaciones históricas-, sólo podrá influir en él a través de su impacto sobre el desarrollo científico y técnico.

5. Por último, existe el mito de que la competencia es buena para todos, a la manera como en el deporte se dice que lo importante es participar. Por un lado, esto contradice llamamientos más realistas que observan la competitividad, no como un juego, sino como algo más dramático: una auténtica guerra económica en la que todos se juegan su futuro. Por otro lado, obliga a distinguir dos sentidos de la competitividad: 1) como capacidad (subjética), es sinónimo de eficacia, aptitud o habilidad competitivas; 2) como relación objetiva significa simplemente competencia o rivalidad (con independencia de que se tenga o no esa habilidad). Ambos están relacionados, y es evidente que la necesidad de ser competitivos en el primer sentido deriva de la existencia de la competitividad en el segundo sentido. Pero que en el sistema de mercado -o de competencia- la rivalidad sea una obligación no es garantía de que los obligados a competir tengan asegurado ganar. Al contrario, es más bien imposible, ya que para que unos ganen, necesariamente otros tienen que perder.

Diario 16, 6-II-1996

LOS SALARIOS Y LA COMPETITIVIDAD

El recién estrenado Gobierno ha vuelto a insistir en un viejo tema del Gobierno anterior: la necesidad de un Pacto nacional de competitividad, al que se oponen, por el momento, los sindicatos.

El actual equipo económico, como el anterior, continúa basando dicho pacto en el control de los salarios, pues, según el razonamiento subyacente, la moderación salarial posibilitaría el dominio de la inflación, la anulación o reducción de los diferenciales de precios con nuestros competidores, en especial con los de la Comunidad Europea (CE), y, por consiguiente, la mejoría de la balanza comercial. Todo ello permitiría disminuir el déficit externo de nuestra economía, además del desequilibrio inflacionario interior.

Sin embargo, no somos pocos los que pensamos que la competitividad está en realidad más vinculada a otras variables económicas, que son en principio independientes de la evolución de los salarios y de los costes laborales unitarios.

El Gobierno no parece haber prestado atención al hecho de que la propia CE ha puesto en cuestión la tradicional vinculación que entre salarios y competitividad observa el pensamiento económico más ortodoxo. El reciente Informe de la Comisión de la CE sobre

El empleo en Europa, 1990, señala que “no hay pruebas de que exista una estrecha relación entre los costes laborales relativos y la competitividad, como muestra el rendimiento comercial de cada estado miembro en el mercado comunitario. Los países que muestran las tasas más bajas de aumento de los costes laborales unitarios no son necesariamente los que más han ampliado su participación en el comercio intracomunitario. Esto refleja el hecho de que la competitividad depende de múltiples factores, aparte de los salarios”.

Son los países más competitivos, los más eficientes desde el punto de vista productivo, los que, al poder vender más barato, se hacen con cuotas crecientes del mercado --lo que les permite crecer, rentabilizar y acumular por encima de la media--, y, en la medida en que los salarios vienen determinados a largo plazo por la evolución de la acumulación de capital, y no a la inversa, ello permite un crecimiento más rápido de los salarios reales en estos países.

Esto hace posible comprender, no sólo determinadas pautas estructurales bien conocidas --como el hecho de que haya sido Japón el país que, en la posguerra, ha conseguido elevar con mayor rapidez sus niveles salariales reales, tanto en términos absolutos como en relación con los demás países--, sino también la evolución más reciente de las posiciones relativas internacionales en el mercado mundial. Así, por ejemplo, en el periodo que va desde 1983 a 1989, han sido los países en los que más rápidamente han crecido los salarios reales medios (Alemania y Japón, con una anual de crecimiento de los mismos del 3.2% y del 2.8%, respectivamente) los que han visto duplicar el saldo positivo de su balanza comercial, alcanzando los dos países un total de 136.300 millones de dólares en 1989. Por el contrario, en países como EEUU, Francia, Italia, Reino Unido o la propia España, donde el ritmo de crecimiento medio del salario real en los cinco países ha sido sólo del 1% anual en el mismo periodo, han visto cómo se deterioraba su balanza comercial hasta alcanzar un saldo negativo conjunto de más de 220.000 millones de dólares.

Salario y coste laboral

En realidad, no es el ritmo de crecimiento del salario real lo determinante, sino más bien la evolución de los costes laborales reales unitarios (CLRU). Esto ya supone un paso adelante, pues al menos tiene en cuenta la evolución de la productividad, que, junto a la de los salarios reales, determina la marcha de este indicador.

Sin embargo, en la mayor parte de las veces se analiza el CLRU como si dependiera esencialmente de los salarios, dejándose de lado los determinantes más profundos de la productividad, que, en la práctica, tienen más que ver con la evolución de los costes no laborales, la inversión, el ritmo de incorporación del progreso tecnológico a la producción, etcétera, que con los salarios.

Los datos muestran que la competitividad tampoco está inversamente correlacionada con el aumento de los CLRU. Si nos basamos en datos de 1989 del Banco de España, podemos conjugar los datos referidos a la evolución del tipo de cambio efectivo nominal de la peseta con los relativos al tipo de cambio efectivo real –medido tanto con precios al consumo como con costes unitarios del trabajo–, y obtener así un índice de la evolución de ambos conjuntos de precios relativos (precios españoles en comparación con los extranjeros). Pues bien, dividiendo entre sí ambos índices, puede obtenerse la evolución de los CLRU españoles en relación con los de otros países. Este índice no nos dirá nada de los valores absolutos en cada país, pero sí reflejará dónde crecen o disminuyen más deprisa, y dónde menos.

En la pasada década, el CLRU descendió más en España que en la CE y que en los otros países desarrollados (entre un 8.4% y un 9%), sin que eso permitiera mejorar la competitividad de la economía española, sino más bien todo lo contrario. En concreto, durante el periodo 1985 a 1989, a pesar de la moderación salarial que muestran estos datos, y que se refleja asimismo en el hecho de que la participación de la remuneración de asalariados en el PIB pasara del 46.2%, en 1985, al 45.9% en 1989, justo cuando la participación del empleo asalariado en la población ocupada pasó del 67.4%, en 1985, al 72.4% en 1989.

Caída de la competitividad

España no sólo no consiguió mejorar su competitividad, sino que empeoró enormemente el comportamiento de su balanza comercial. Así, el saldo negativo con la CE creció 1.6 billones de pesetas entre esas dos fechas, al tiempo que el saldo con el resto de la OCDE empeoraba en otros 700.000 millones de pesetas. Esta pérdida de competitividad es general, como evidencia el hecho de que los precios de exportación españoles se hayan elevado en este tiempo un 8.1%, frente a una caída del 19% de los precios de las importaciones.

Pero los sindicatos pueden tener una razón más poderosa aun para oponerse al pacto de competitividad, o de progreso. Es cierto

que en los últimos años España ha crecido por encima de la media de los países de la CE y otros países desarrollados, y esto se refleja en el hecho de que el índice del PIB per cápita español, a precios y nivel del poder de compra corrientes, en relación con el de la CE, ha subido del 72% en 1985 al 76% en 1989. Sin embargo, si comparásemos la evolución de la renta salarial bruta media por asalariado y la renta no salarial bruta por no asalariado, veríamos que estos índices eran del 48% y 123% respectivamente, en 1985, y del 48% y 143% en 1989.

Los sindicatos podrían alegar, con razón, que el crecimiento no beneficia a todos por igual, y que la política del pacto por la competitividad sólo pretende perpetuar ese estado de cosas.

El Sol, 31-marzo-1991

LA MALDICIÓN DE LA COMPETITIVIDAD

La competitividad es una de las mayores desgracias de la humanidad, y lo peor de todo es que la mayor parte de quienes formamos esta sociedad humana no nos damos cuenta de ello. Hoy existen ya los medios de superar la lucha competitiva y sustituirla por la cooperación eficiente y justa, en el seno de una democracia real donde todos tengamos capacidad de decisión, en vez de seguir sumidos en la desigualdad plutocrática que caracteriza a la economía de mercado. Pero uno de los obstáculos que se oponen a un cambio de este tipo es que seguimos dominados por la fuerza de los mitos, y cada vez más actores sociales, en principio capacitados para la transformación social, parecen renunciar a ella (lo acabamos de ver en los sindicatos y la izquierda intelectual), y no sólo en la práctica sino hasta en el pensamiento.

Los mitos de la competitividad. Se suele decir que una mentira no deja de serlo por muchas veces que se la repita. Sin embargo, hay muchos profesionales de la mentira que conocen la importancia de machacar las conciencias todas las mañanas con la misma mentira, pues, a efectos prácticos, lo importante es que algo *parezca* verdad (lo sea en realidad o no), y para eso, la omnipresencia sonora y visual de ciertos mensajes acompaña mucho a aquél que no tiene mucho tiempo libre para intentar escapar permanentemente de la inercia intelectual.

Los mitos que circulan sobre la competitividad son falsos, pero, como le ocurre siempre a los mitos, circulan como si fueran

verdaderos. El primero de ellos es que la competitividad procede cada vez más de los países menos desarrollados, y ello debido a los bajos salarios de los que pueden *gozar*. Sin embargo, los empresarios mismos saben, y cualquiera que se detenga un momento a pensarlo estará de acuerdo, que bajos salarios no es lo mismo que bajos costes. De hecho, en la práctica los países y las empresas más competitivas siguen siendo aquéllos donde se pagan salarios más elevados, y ello por la simple razón de que los bajos costes unitarios (por unidad de producto, que es lo que cuenta a la hora de competir en los mercados) se obtienen como resultado de la relación entre niveles de productividad y niveles de salario por persona. Lo normal es que los países y empresas con altos salarios relativos tengan al mismo tiempo una productividad relativa, no sólo mayor, sino mayor *en proporción superior*, y eso es lo que decanta a su favor la capacidad competitiva. Por tanto, contra lo que pudiera parecer a primera vista, en realidad --como ya explicara Marx-- bajos costes y altos salarios van unidos (como lo demuestra la temible competencia de las empresas suizas, alemanas, etc.; o la total ausencia de huida de capitales hacia África, donde *gozan* de salarios tan bajos).

La ventaja de costes sigue siendo decisiva a la hora de competir tanto en el mercado nacional como en el mercado mundial. Es falsa la retórica que se ha creado en torno a los *nuevos factores* competitivos desligados de los costes, y centrados en cosas como la calidad, la diferenciación del producto, las redes de distribución, las alianzas estratégicas, etc. Lo que es falso no es la existencia de esos fenómenos, sino --y éste es el segundo gran mito--, la creencia de que se trata de algo *nuevo* y, además, *independiente* de los bajos costes. Esto es falso porque desde hace siglos se sabe (los economistas, los empresarios, los consumidores, todos menos los dogmáticos de la moda y las *novedades*) que aumentar la cantidad de valor de uso que se ofrece a cambio de una misma cantidad de valor es exactamente equivalente a ofrecer un determinado valor de uso a un valor (precio) más bajo. Aunque se compita en calidad y en diferenciación, ello no se hace *en vez de* competir en costes y en precios, sino *a la vez que*. Las dos estrategias vienen a ser las dos caras de la misma moneda, y esto sólo se le escapa a los que se dejan seducir por los cantos de sirena de los que pretenden estar a la última sin conocer la primera.

El tercer mito se refiere a la ingenua creencia en la capacidad todopoderosa de la política económica para conseguir buenos

resultados en la batalla competitiva global. Si esto es un defecto típicamente keynesiano, que va mucho más allá del campo específico que nos ocupa aquí, también es verdad que debería ser aun más evidente en este caso, ya que las políticas nacionales (o regionales, provinciales, locales, etc., porque esto vale como principio universal) a favor de la competitividad propia se compensan y anulan mutuamente entre sí. Lo mismo que algunos ingenuos creen que las compañías de automóviles, por poner un ejemplo, ganarían más dinero si no dedicaran tanto a intentarnos vender cada uno de sus modelos (gastos publicitarios = derroche), sin caer en la cuenta que la estrategia común les beneficia a todas (porque si no hubiera publicidad de coches se comprarían muchos menos, y ese dinero iría a otros fines) --esto es un buen ejemplo, por cierto, de lo que algún clásico llamó el *comunismo capitalista*-, así también ocurre con la competitividad. El que cada patronal local le pida a su respectivo gobierno ayuda para *defenderse* de la competencia (calificada siempre de *salvaje*, *desleal* y otras lindezas por el estilo) que supone la política industrial que aplica el país vecino (y rival) se traduce, al final, en una transferencia de recursos netos de *todos* los gobiernos hacia *todas* las patronales, justificada con la coartada conjunta de la amenaza competitiva (lo más lamentable de esta situación es que los sindicatos, incluido aquél al que estoy afiliado, reproduzcan tantas veces un discurso tan similar al de la patronal).

Si uno gana, los otros pierden. El cuarto mito es la creencia de que la competitividad puede beneficiar a todos los que participan de la batalla competitiva. Esto equivale a tragarse sin rechistar la píldora de la economía liberal, ya sea a palo seco, ya sea mediante el trágala azucarado del famoso *Estado del bienestar*, con sus medidas *sociales*. El Estado del bienestar es otro importante mito --pero esto exigiría otro artículo, y no podemos analizarlo aquí--, que anda viento en popa en este periodo de predominio *neoliberal*, que ha llevado a tantos hacia el Mar de los Sargazos de la supuesta *edad de oro* keynesiana del periodo de crecimiento económico de los cincuenta y sesenta. ¡Con qué poco se conforman hoy algunos, que tanto pedían ayer!

En primer lugar, si uno gana posiciones en el mercado mundial es a costa de otros muchos que las pierden. Aquí sólo sale en la foto el que se lleva la medalla de oro o, cuando menos, sube al podio. A los finalistas, que les parta un rayo; y de los que ni siquiera se clasificaron, ¿qué decir...? Por otra parte, la ola de

nacionalismo que nos invade nos está llegando realmente hasta el cuello, pues ¿qué me importa a mí que mi país gane competitividad en el mercado mundial si yo, u otros como yo, nos vemos condenados al paro y a la precariedad laboral en aras de un forzado sacrificio ante el antinatural altar de unos Marte y Mercurio trasmutados, de benéficos amigos griegos, en malignos Malochs orientales?

¿Es posible una política económica alternativa sin una Economía política alternativa? El análisis de la realidad nos tiene que ayudar a comprender también las ideas. Por eso, no podemos perder de vista que mucho de lo que está pasando en el movimiento obrero mundial --la aparente pérdida permanente de posiciones, el generalizado retroceso sindical, el amarillismo y oportunismo como fenómenos crecientes, etc.-- tiene que ver con las propias circunstancias sociales y económicas en las que se ha desenvuelto el último cuarto del siglo XX, y en particular con la fase depresiva de la última onda larga de Kondrátiev, de la que todavía no ha salido la economía mundial (y de la que está por ver si se podrá salir sin una previa, y dolorosa, traca final que cogerá por sorpresa a casi todos). Las famosas *globalización, burbujas financieras, economía de casino...*; el prurito de intentar seguir el paso al frenético ritmo que imponen las megafusiones empresariales con la invención de un nuevo término/sortilegio cada día, nos hace olvidar muy a menudo lo esencial.

Y lo esencial tiene que ver, en mi opinión, con cosas como ésta. Yo trabajo en una Facultad --la de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM-- donde, sin duda, todos los días aprenden los estudiantes muchas cosas, cosas que les cuentan unos colegas de muy distinto signo ideológico, etc. Pero parafraseando a quien dijo aquello de que “la cultura es lo que queda después de que se ha olvidado todo”, yo añadiría que el mensaje que le transmite mi facultad a los que terminan la carrera, al cabo de 5 años, es básicamente uno. Es el mensaje que constituye el meollo del auténtico *pensamiento único*, que no es sino la ideología dominante de la clase dominante. La idea --expresada con todos los matices del arco iris partidista y electoral-- de que mercado y democracia no sólo son compatibles sino que se necesitan mutuamente.

Nada hay más falso, al menos para quien quiera ir más allá de las apariencias. Los neoliberales quieren más mercado y menos Estado, y se apoyan para ello en la Economía neoclásica. Los socialdemócratas quieren más Estado y menos mercado, y se

apoyan en ese liberal con mejor prensa que se llamó John Maynard Keynes. Ahora se dice que *el corazón late a la izquierda*, pero se olvida, que el cuerpo necesita de sus dos mitades. El cuerpo de la economía de mercado necesita un cerebro con dos hemisferios: mientras el derecho reclama más mercado, el izquierdo se conforma con intentar someter al mercado al control del Estado. Ambas mitades olvidan que lo que mantiene a ese cuerpo con vida es la conformidad biológica de cada uno de los órganos que lo constituyen. Ambos se necesitan y ambos ocupan el lugar que les corresponde.

Pero de lo que se trata es de sustituir ese cuerpo por otro. No se trata de que el mercado tenga muchos fallos, sino de que el fallo *es* el mercado. La competitividad no es sino la expresión descarnada y cínica de la competencia, otra forma de describir la realidad capitalista. Muchos se complacen en llamar utópicos e idealistas a quienes todavía hoy se atreven a poner en entredicho la sociedad actual. Esos realistas pragmáticos... simplemente se han acomodado. Pero olvidan que hasta ellos son capaces de cambiar, y lo harán cuando las circunstancias así lo exijan. La plutocracia capitalista se basa en el criterio de “una peseta, un voto”, y esto vale igual para un Consejo de Administración de la multinacional más grande que para la más pequeña transacción de mercado de barrio. Quien tiene mil millones de euros vota mil veces más que quien tiene uno solo. Y así cada día. Mientras la humanidad no se dote de un sistema que le permita acabar con esa falsa (y farsa de) democracia tardo-censitaria, y hacerlo en el día a día de las decisiones comunes y corrientes, el sistema no será de mi agrado y yo estaré ahí para recordarlo. Que me llamen lo que quieran, pero que conste desde cuándo lo vengo diciendo. *Dixi et salvavi animam meam.*

Realidad, III (29), noviembre 1999

4

El desempleo y la distribución de la renta

El desempleo y la desigual distribución de la renta están íntimamente unidos en la figura del asalariado, que es quien sufre ambos males a la vez. Es decir, en la figura del ciudadano, ya que cada vez están más cerca nuestras sociedades de convertirse en sociedades donde ciudadano y asalariado se confunden. El capitalismo necesita “reservas” de todos sus insumos y, por consiguiente, también necesita un “ejército laboral de reserva”. La distribución de la propiedad no es sino la distribución de la población en dos clases fundamentales y cada vez más antagónicas y más universales. Como los medios de producción se distribuyen según la santa institución de la propiedad privada –por la que rezan su rosario cotidiano todos los liberales--, los trabajadores se ven condenados a obtener una parte cada vez menor de la renta social, a estar excluidos de la auténtica riqueza social (sólo tienen como propiedad los bienes que le sirven de subsistencia, incluidos la casa y el coche) y a competir entre sí tan ferozmente como lo hacen los capitalistas. Sólo que éstos cuentan con el arma del desempleo para reajustar la distribución de forma cada vez más acorde con sus intereses, cuando la propia dinámica de la acumulación se les vuelve en contra.

En este capítulo se incluye un primer artículo que pasa revista, de forma didáctica, a las tres principales familias de teorías del desempleo. A diferencia de las teorías neoclásica y keynesiana, que difieren en el diagnóstico, pero comparten el optimismo a la hora de encontrar recetas para solucionar el problema, se opta en él por una tercera teoría que se muestra mucho más escéptica sobre las posibilidades de resolver esta cuestión en el marco de una economía libre de mercado. Se aplica luego el análisis anterior a dos casos particulares –como son el desempleo femenino y el

desempleo juvenil, a los que se dedican dos artículos más--, y se cierra el capítulo con un análisis de la distribución de la renta en España, y de la incidencia que sobre ella tendría una política de ayudas a la vivienda dirigida a las familias con menos ingresos.

EL DESEMPLEO

En mi opinión, hay tres grandes posiciones teórico-políticas sobre el fenómeno del desempleo: la neoclásica (o liberal pura), la keynesiana (o liberal socialdemócrata) y la marxista (o no liberal). Analizaremos, para cada una de ellas, primero el diagnóstico que ofrecen, y después las recetas que propugnan.

Los diagnósticos. 1. Para la primera de ellas, el desempleo es un problema originado en el mercado de trabajo, debido a que éste funciona menos eficientemente que otros mercados. La razón de esto es que es un mercado intervenido, rígido, donde la flexibilidad está ausente debido a la presencia de elementos exógenos a las fuerzas de mercado, elementos que tienen como resultado conjunto e indeseado la formación de un precio en este mercado (el salario) artificialmente elevado. Al tratarse de un salario superior al de equilibrio --el que automáticamente vaciaría el mercado y llevaría, por tanto, al pleno empleo--, se genera un exceso de oferta que en cualquier mercado normal provocaría la sobre-competencia de los oferentes y haría bajar el precio. Pero, dado que en el mercado de trabajo se produce la doble interferencia indeseable (según esta tesis) del *Estado* (con sus leyes, su Seguridad Social, su legislación tuitiva en lo laboral, sus salarios mínimos, etc.) y de los *sindicatos* (que con su poder de monopolio se enfrentan a la empresa y contribuyen, al eliminar la eficiencia que supondría la negociación descentralizada o directamente individual entre obrero y patrón, a fijar un precio de monopolio, es decir, un salario más elevado y una cantidad de empleo inferior a la que obtendrían los mercados *perfectos*), el resultado final es la creación de paro por esta doble vía. Si ambos demonios malignos se combinan en el moderno Leviatán “europeo” vulgarmente llamado Estado del bienestar, la situación es la peor imaginable, pues los efectos negativos se multiplican, más que sumarse, y lo mismo ocurre con su capacidad generadora de desempleo.

2. Para el enfoque keynesiano (o liberal-social[demócrata]), el diagnóstico es diferente. No se trata de un problema que surja en el

mercado de trabajo, sino que se refleja en éste como puro resultado secundario de un problema más general que tiene su origen en el periodo de vacas flacas por el que pasan los mercados de bienes y servicios del conjunto de la economía. Lo que ocurre de hecho, según esta interpretación, es que hay una insuficiencia de demanda agregada (por parte de las fuerzas espontáneas del mercado) para absorber la creciente oferta que ponen en él las empresas del sistema. Esta baja capacidad *relativa* de absorción del producto social (o *sobreproducción* de mercancías) tiene su origen, a su vez, en un estado de ánimo poco optimista, o incluso depresivo, que sobreviene de tiempo en tiempo a la conciencia de la clase capitalista, y hace de la inversión privada que suman entre todos una variable macroeconómica especialmente delicada y volátil. Si los empresarios como clase consideran más prudente abstenerse por el momento, y esperar tiempos mejores y más seguros para invertir, el frenazo de la demanda de inversión repercutirá finalmente sobre la demanda de trabajo, haciendo que este mercado también se resienta del mal generado por las decisiones libremente adoptadas por los empresarios. Más en concreto, para cualquier nivel de salario, la demanda empresarial de trabajo será ahora inferior, y lo que hasta entonces había sido un salario de equilibrio se convierte de repente en un salario *excesivo*, cosa que sólo es verdad en el sentido de que las condiciones globales de la economía no lo hacen compatible con el nivel realmente existente de demanda efectiva global.

3. En cuanto al enfoque marxista, lo primero que hay que aclarar es que no tiene nada que ver con el adoptado por los autores que se han acercado a la cuestión desde el punto de vista de las tradiciones políticas marxistas, caracterizado en esencia por una combinación variable de fraseología marxista y análisis liberal keynesiano. El enfoque al que me refiero es el que parte de la teoría laboral del valor y sigue el esquema metódico iniciado por Marx: construir una teoría económica *alternativa* sobre la base de mostrar cómo la Economía convencional, con sus afanes imperialistas, puede reducirse y a la vez transformarse, mediante la crítica y la superación teórica por metabolización, en una trama más del tejido de una ciencia social con pretensiones realistas, donde política, sociología, filosofía y economía sean una y la misma cosa. Esta base es la teoría del valor-trabajo, o teoría laboral valor, y su aplicación al mercado de *fuerza de trabajo* nos lleva al siguiente diagnóstico del desempleo. La oferta de fuerza de trabajo por parte

de los trabajadores es de la magnitud que determinan las condiciones sociales que fijan una determinada extensión de la población activa. El precio estable de esta mercancía viene determinado por el coste de subsistencia socialmente dado, es decir, por las condiciones normales de reproducción de la cesta de bienes y servicios habitual (cuya composición agregada se mantiene económicamente estable, con independencia de los cambios de gustos individuales, y condicionada básicamente por las condiciones técnicas que afectan a los precios relativos de los bienes, incluidos los de consumo obrero) que entran en el consumo necesario para la reproducción asalariada.

Dadas, por tanto, las que (en términos gráficos) serían la longitud y la altura de la curva de oferta de fuerza de trabajo (una línea o segmento horizontal), el volumen y la tasa de desempleo realmente existentes dependerán del lugar por el que la curva de demanda de trabajo corte dicha horizontal. En condiciones de máxima expansión de la acumulación, la tasa de desempleo podría ser realmente cero e incluso negativa (si no se dejara abierta una espita a la inmigración, como ocurrió en el centro y norte de Europa durante los 60). Pero, igualmente, si las condiciones de la acumulación son tales que la economía se encuentra en fase depresiva, la demanda de trabajo se hundirá (desplazándose gráficamente hacia la izquierda) y cortará a la curva de oferta de fuerza de trabajo a un nivel más a la izquierda, generando el correspondiente nivel de desempleo.

Las recetas. 1. Las soluciones propugnadas por los tres enfoques son muy diferentes. Para los neoclásicos, puesto que el problema son los salarios *artificial* y excesivamente elevados --culpa conjunta del Estado y sindicatos--, la receta consiste en atacar (no siempre admitiéndolo expresamente, aunque a veces sí) a dicho poder estatal-sindical, y reducir la oposición que ambos puedan hacer a la embestida empresarial en favor de la baja salarial (por ejemplo, reivindicando el mantenimiento o incluso el reforzamiento del Estado del bienestar). Lo que eufemísticamente llaman “flexibilizar” o “desregular” el mercado de trabajo no es sino el uso de este látigo flexible contra los trabajadores (para acompañar con la dúctil disciplina del zurriagazo esa más primaria y férrea que proviene del hambre), así como el cambio --o *re-regulación*-- de una regulación que no les gusta (la que llaman “regulación”) por otra que sí les gusta y es más acorde con sus propósitos (llamada “desregulación”).

2. Los keynesianos (y, en general, los críticos izquierdistas del liberalismo que llaman *neo* o *ultraliberal*) no culpan a los sindicatos ni al Estado del desempleo (aunque sí hagan, curiosamente, a los trabajadores responsables de la inflación, pero ése es tema para otro artículo), sino a la insuficiencia del mercado para alcanzar automáticamente la beatífica “armonía entre lo económico y lo social” (así se expresan ellos, no yo) que es su máxima aspiración. Por tanto, la receta universal que todos defienden --su panacea-- es la política keynesiana de déficit público y expansión monetaria: si el mercado no basta, aunque sepamos que es (según ellos) un “instrumento necesario”, construyamos un Estado fuerte, capaz de completar la tarea del mercado con el apoyo y/o control político de un gobierno (a ser posible, de izquierdas) capaz de “desendiosar” y/o amordazar al mercado, ya que, como decía el oweniano Polanyi, “el mercado es un buen sirviente pero un pésimo amo”. Estas políticas de déficit permanente, sabido es que llevan al endeudamiento creciente (véase el caso espectacular del Japón actual) y, por tanto, a frenar, tarde o temprano (por mucho que se quiera prolongar el engaño mediante la política crediticia expansiva y burbujeante) el ritmo de expansión a largo plazo de la economía.

3. Por el contrario, quienes partimos de la teoría laboral del valor sabemos que el desempleo *no tiene ya solución dentro del marco del capitalismo*. En primer lugar, se trata de un fenómeno de amplitud cíclica, que se contrae y expande con la misma necesidad con que un termostato se apaga y enciende continuamente: porque está en su naturaleza. En segundo lugar, porque la tasa de desempleo mundial sigue una tendencia secular al alza, que no ha hecho sino agravar la magnitud absoluta y relativa del ejército industrial de reserva desde la época en que Marx lo bautizara así. Que esto es una verdad estadística y no un producto de mi imaginación lo demuestran los datos extraídos del CD-ROM del Anuario 2000 de EL PAÍS, a partir de los cuales se ha elaborado el cuadro 1.

Nadie debería sorprenderse de este resultado, y mucho menos los economistas, ya que esto sólo expresa la lógica del *airbag* que caracteriza a todas las mercancías: la creciente incertidumbre de la vida moderna hace del capitalismo --o sea, del trabajo social *privatizado* y artificialmente *independiente*-- un sistema cada vez menos compatible con esa realidad. Esto, que lleva a diseñar fábricas con un exceso de capacidad que sirva de cómodo colchón

frente a tirones imprevistos de demanda, conduce igualmente al inflado progresivo del colchón del ejército industrial de reserva, con el pauperismo y la miseria (fenómenos que tienen una dimensión absoluta y otra relativa, no se olvide) a él asociados. A primera vista, es más fácil ver explotar una burbuja que un colchón, pero ya se sabe (por la prensa del corazón, más que nada) que, en determinadas condiciones de presurización, pueden explotar hasta determinadas partes del cuerpo humano.

Tabla 1: Tasas de desempleo en la OCDE, 1961-1999, y previsión para 2005

	61-70	71-80	81-90	94-99	2005*	1994-2005
UE-15	2.2	4.0	8.9	10.4	7.6	10.0
EE. UU.	4.7	6.4	7.1	5.1	5.4	5.2
Japón	1.2	1.8	2.5	3.7	4.0	3.7
Promedio simple	2.7	4.1	6.2	6.4	5.7	6.26
Promedio ponderado (usando PIB y PPA)	3.10	4.66	7.09	7.05	6.08	6.91
Promedio ponderado (población activa)	2.93	4.47	7.08	7.23	6.14	7.08

(Fuente: Eurostat, y *Perspectivas económicas de la OCDE, dic. 1999)

En mi opinión, creer que el cuerpo social no puede explotar en una tremenda ilusión, y la ciencia (a la que uno pretende modestamente contribuir) está para sustituir ilusiones por descripciones, incluso cuando son tantos los que viven de las primeras que uno arriesga casi su integridad física escribiendo estas cosas. Pero no conviene ser cobarde más allá de cierto límite.

Nómadass, nº 1, enero-junio 2000
(resumen)

CAPITALISMO, DESEMPLEO Y FEMINISMO

El análisis del desempleo en general, y del desempleo juvenil en particular, se suele hacer desde un punto de vista poco científico, más moralizante que descriptivo. Esto es un grave error para todo el que pretenda transformar la sociedad en la que vive, ya que si no se comprende la realidad de los fenómenos, y se remplaza el esfuerzo analítico de los mismos por su simple denuncia ética, no se están poniendo las bases para el cambio que se dice estar buscando. En una sociedad capitalista, fenómenos como el desempleo o la evolución de los salarios vienen condicionados por la dinámica de la acumulación de capital, que a su vez se explica

como una función de las expectativas de beneficio empresarial (y de los beneficios capitalistas efectivos). Cuando la acumulación está en pleno auge, la demanda capitalista de trabajo crece rápidamente y eso provoca descensos en la población desempleada y aumentos en los salarios. Por el contrario, cuando el proceso de acumulación experimenta dificultades desde el punto de vista capitalista --debido a que la rentabilidad obtenida por esta clase no es suficiente, a su juicio, para mantener lo que llaman su *esfuerzo inversor*--, entonces la producción mercantil se detiene o se frena, el empleo se estanca o cae, y otro tanto ocurre con los salarios, todo ello porque, si no fuera así, los empresarios perderían (más) dinero, cosa que iría contra las bases de funcionamiento del propio sistema. Mientras ese sistema siga siendo el capitalista, el beneficio lo es todo, y a él se sacrifica todo lo demás: todo.

Esto es lo primero que hay que entender como mínima obligación científica de quien pretenda comprender el desempleo como fenómeno global, y sus diferentes manifestaciones particulares como casos especiales. Una denuncia que se limite a insistir en las desigualdades evidentes sin ir al fondo y a la raíz de las mismas, sólo puede servir para limpiar la conciencia de forma superficial y temporal. La denuncia casi retórica de la tasa desigual de desempleo juvenil o femenino se presta fácilmente a la demagogia; y, en mi opinión, una revista seria dedicada a los jóvenes debe renunciar a cualquier clase de demagogia que no sea la de los hechos puros y duros. Para entender esto, veamos primero el ejemplo del llamado “diferencial salarial de la mujer” (véase el Boletín que elabora el Gabinete de Estudios del Consejo Económico y Social, llamado “Panorama sociolaboral de la mujer en España”). Este diferencial se define como el “porcentaje de ganancia media mensual de las mujeres sobre la de los hombres, que recoge los pagos totales en pesetas en jornada normal y extraordinaria para todas las ramas de actividad y categoría profesionales”. Por citar un dato, diré que en el 4º trimestre de 1998 este coeficiente era del 76.5% (76.6% en igual periodo de 1997). Esto da muy a menudo pie para denunciar la desigualdad entre hombres y mujeres como si se tratara de un problema generado por el machismo, y da paso a reivindicaciones feministas que proclaman el derecho de las mujeres a hacer desaparecer dicho diferencial (es decir, de conseguir la igualdad salarial).

Pues bien, lo que pretendo decir con este ejemplo es que nos sirve muy bien para comprender la raíz del típico error de análisis

que se denuncia en este artículo. La desigualdad real entre hombres y mujeres no tiene que ver con una supuesta *explotación* de las segundas por los primeros, sino que es un fenómeno “natural”, en el específico sentido de “consustancial con la dinámica del capital”. Es la existencia del mercado, del beneficio y del capitalismo, lo que provoca este diferencial. La razón es casi la misma que explica un diferencial parecido entre el sueldo medio de un trabajador (hombre o mujer) español y otro francés, o entre el de un trabajador madrileño y otro andaluz. Sería demagogia barata derivar de estos hechos que los trabajadores franceses explotan a los españoles, o que los madrileños explotan a los andaluces. Con ese tipo de argumentos, lo único que se consigue es que el capital se vaya de tapadillo y a la vez de rositas, o sea, que el verdadero culpable desaparezca entre la maraña del discurso ideológico. Diciendo cosas así lo único que hacemos es el juego del capital, que busca y persigue siempre y en todo lugar la división de sus víctimas, siguiendo el antiguo principio clásico del “divide y vencerás”.

Otro tanto ocurre con el desempleo juvenil y el femenino, y, curiosamente, en ambos casos se puede reproducir sin dificultad el doble ejemplo comparativo ya señalado (entre españoles y franceses, y entre andaluces y madrileños). El que la tasa de paro española sea muy superior a la francesa, o la andaluza muy superior a la madrileña, no debe llevarnos a descargar sobre los llamados “privilegiados” (curiosa costumbre, la de proclamar rey al tuerto en el reino de los ciegos) responsabilidades o culpas, sino a entender el porqué de estas diferencias. Sin entrar ahora de lleno en el análisis de esas complejas causas, recordemos simplemente que, si algo tiene de verdad la tesis del “paro tecnológico”, no estriba en la forma en que aparece habitualmente --es decir, como si el desempleo fuera un subproducto inmediato del progreso técnico sin más; esto, dicho así, es falso--. Si en algo se aproxima a la verdad la tesis del paro tecnológico, es sólo una vez corregida para matizar que el desempleo *en el país poco competitivo* es un subproducto indirecto del progreso técnico *en el país muy competitivo*. Por otra parte, hay que insistir en que las razones de las diferencias observables entre niveles de salarios o de desempleo por sexos tienen que ver con las pautas estructurales de la dinámica de la acumulación de capital, y no, por ejemplo, con la puesta en práctica por los gobiernos de turno de una política económica más o menos correcta (en el seno del sistema capitalista, nunca puesto en entredicho).

Para explicar esto con otro ejemplo, recurramos a la información proporcionada por la Encuesta de Población Activa (EPA) y el Instituto Nacional de Empleo (INEM), y elaborada por las Secretarías de Trabajo y Economía de Izquierda Unida (el 20 de mayo de 1999), en forma de “Notas sobre la EPA del primer trimestre de 1999”. Al final de este documento se recoge un cuadro sobre “Contratos registrados y creación de empleo asalariado”, que abarca el periodo de 1988 al primer trimestre de 1999. De dicho cuadro se desprende que, entre 1988 y 1995, se produjo una creación neta de empleo asalariado de 914.000 empleos, cifra que es en realidad el resultado de una destrucción de empleos *indefinidos* (-742.800) y una creación de empleo *temporal* de 1.656.800 empleos. Claramente, los datos muestran que en esos ocho años (y con independencia de la evolución del paro, para lo que habría que tener en cuenta la evolución de la población activa, cuyo crecimiento puede permitir el avance simultáneo del empleo y del desempleo) se produjo una precarización evidente del trabajo asalariado, debido a esta sustitución de trabajos indefinidos por trabajos temporales. Por el contrario, según los mismos datos elaborados por IU, entre 1996 y el primer trimestre de 1999, la creación neta de empleo asalariado fue de 1.401.400 empleos, con un incremento del empleo temporal (+303.500) pero sobre todo del indefinido (+1.097.900).

La tentación demagógica --en la que caen siempre los partidos políticos que se turnan cómodamente en el poder del Estado— es doble:

1) por parte del gobierno, la tendencia a atribuirse los buenos resultados del empleo como mérito propio, y a despachar los malos datos de la misma variable como culpa de factores externos o exógenos, atribuibles a las causas más peregrinas (crisis internacionales, etc.);

2) por parte de la oposición, la tendencia a hacer exactamente lo contrario: explicar la bonanza del empleo como fruto de la “suerte” de una buena coyuntura internacional, mientras se achaca a la torpeza de la política económica del gobierno la responsabilidad de los malos resultados.

Ambas posiciones son igualmente erróneas, y su error se debe a las razones explicadas más arriba. Es la acumulación de capital la que genera el movimiento del empleo y el desempleo, y dicha acumulación no entiende de gobiernos ni de políticas económicas, siempre que se trate de gobiernos y políticas económicas --como es

el caso en España-- que no pongan en entredicho el funcionamiento de la economía capitalista, y que se ufanen y vanaglorien de estar al timón de un Estado que farda tanto como para ser calificado (y constitucionalmente elevado a la categoría de) “Estado social y democrático de derecho”.

Jóvenes, nº 99, abril-mayo 2000
(1ª parte)

EL DESEMPLEO JUVENIL (MASCULINO Y FEMENINO)

Apliquemos la misma norma de análisis utilizada en el artículo anterior al fenómeno del desempleo juvenil. ¿Por qué hay, tanto en España como en los demás países capitalistas, una tasa de desempleo juvenil tan claramente superior a la tasa media de la economía? Muy sencillo: porque, en términos comparativos, los jóvenes *pueden* permitirse “el lujo” de estar parados con más facilidad que aquellos que tienen “responsabilidades familiares”. Precisamente porque los mayores tienen que sostener a la familia, los jóvenes parados pueden contar con un colchón de seguridad que les permite sobrevivir estando parados y sin tener acceso a las prestaciones (contributivas o no contributivas) que otorga (siempre con cuentagotas, por supuesto) el Estado. No es que los jóvenes sean más vagos --en absoluto se está manteniendo aquí esa tesis--, sino que el colchón de seguridad del que ellos disponen (mientras sus padres, no) se combina con la estrategia empresarial de fomentar la competencia entre los trabajadores (estrategia tradicional y universal, pero siempre bien legitimada por los gobiernos de turno, sean liberales o socialdemócratas; y no sólo legitimada, sino financiada y protegida con todos los medios legales y fácticos del Estado) para conseguir que la lucha por reducir el valor de la fuerza de trabajo se libere más encarnizadamente en torno al segmento joven de la población, que, al no *necesitar* urgentemente la independencia familiar, la reproducción de una familia propia, etc. --más correcto sería decir: al ver eliminarse esa necesidad por la esclavitud que le imponen las circunstancias--, ven constreñirse sus necesidades de reproducción, abaratarse por tanto el coste de reposición de su fuerza de trabajo, y alimentar así las necesidades de plusvalía relativa del capital.

Veamos ahora qué ocurre con el empleo y el desempleo femeninos. En la tabla 1 se observa que la tasas de actividad

(proporción de la población que está en el mercado de trabajo) de las mujeres jóvenes (de entre 16 y 24 años) es, en la actualidad, casi tan alta como la de los varones jóvenes (sólo un 15% más baja en términos relativos), mientras que las tasas correspondientes son mucho más bajas para las mujeres entre 25 y 55 años (un tercio más baja que la masculina) y para las de más de 55 años (dos tercios más baja). En cambio, la tasa de paro femenina es claramente superior: dos tercios más alta (relativamente) para las jóvenes hasta 25 años, un 130% superior para las de 25 a 54 años, y sólo un 30% más alta para las de más de 55 años.

Esto significa que la mercantilización de la fuerza de trabajo femenina joven es un hecho (si se descontara a los varones que hacen el servicio militar o el civil sustitutorio, las tasas de actividad serían prácticamente idénticas). Sin embargo, el que las tasas de paro femeninas sean más altas que las masculinas, pero lo sean en la específica forma señalada, significa:

1) que las mujeres activas de más de 55 años son las que mayores responsabilidades familiares tienen, o son solteras o viudas que necesitan su puesto de trabajo relativamente más que las más jóvenes;

2) que entre las mujeres casadas con hijos pequeños y adolescentes la pertenencia a la población activa se reblandece como consecuencia de las responsabilidades familiares que la división familiar del trabajo les impone, y como consecuencia también de la dependencia económica relativa respecto al cónyuge varón;

3) que las más jóvenes tienen una tasa de dependencia menor respecto del cónyuge (la mayoría son solteras y viven con los padres o viven solas o sin hijos), pero mayor respecto de sus padres (con quienes en gran parte conviven todavía).

Digamos, para concluir, que tanto la precariedad como la temporalidad –fenómenos reforzados en los últimos años por la presencia y actuación de las Empresas de Trabajo Temporal (las famosas ETT)-- no parece que vayan camino de reducirse, sino de padecer ciertos cambios en la composición interna de las distintas figuras de contratación, como se observa en la evolución seguida desde 1998 a febrero de 2000 por las tres modalidades principales de la contratación temporal. Esa evolución se resume así: aumento de la presencia de los contratos de obra y servicio, y disminución de los eventuales temporales y de los temporales a tiempo parcial.

Tabla 1: Tasas de actividad y paro por edades y sexo

		1980	1985	1990	1995	1996	1997	1998	1999 (1)
	Activos (% población + 16 años)								
	16-19 años	46.7	37.7	32.3	23.9	24.6	23.7	24.5	26.3
	Varones	52.4	42.9	33.3	26.0	27.2	26.4	28.4	29.7
	Mujeres	40.5	32.1	31.1	21.6	21.8	20.9	20.3	22.7
	20-24 años	59.5	60.9	67.1	60.9	59.6	59.6	59.5	61.3
	Varones	63.1	66.9	72.7	63.5	62.5	62.2	62.5	65.1
	Mujeres	55.2	54.4	61.3	58.1	56.4	56.7	56.5	57.3
	25-54 años	62.0	64.0	70.1	74.1	74.9	75.4	75.9	76.1
	Varones	95.7	94.0	94.1	92.4	92.6	92.4	92.8	92.6
	Mujeres	30.4	34.7	46.8	56.0	57.4	58.7	59.4	60.1
	55 y más años	25.6	21.7	19.5	16.2	16.0	16.0	15.5	15.4
	Varones	44.0	37.0	32.5	25.8	25.6	25.5	24.7	24.4
	Mujeres	11.4	9.7	9.2	8.5	8.3	8.3	8.1	8.1
	Parados (% sobre población activa)								
	16-19 años	34.9	55.9	35.5	50.6	50.8	50.9	43.7	35.5
	Varones	32.9	54.1	30.8	46.0	44.2	44.4	36.6	29.6
	Mujeres	37.6	58.6	43.0	56.2	59.4	59.2	53.9	43.5
	20-24 años	24.1	44.6	30.6	39.8	39.2	35.5	31.4	26.5
	Varones	24.4	42.2	24.4	33.9	33.7	29.7	24.2	19.5
	Mujeres	23.7	47.8	38.3	46.8	45.7	42.4	39.7	35.0
	25-54 años	7.3	15.8	13.1	20.0	19.3	18.2	15.9	13.5
	Varones	7.8	15.6	9.3	15.3	14.9	13.6	10.9	8.6
	Mujeres	6.0	16.3	20.6	27.5	26.3	25.4	53.6	20.8
	55 y más años	4.5	9.8	7.6	11.4	10.9	10.8	9.2	9.4
	Varones	5.5	11.5	8.0	11.8	10.8	10.3	9.7	8.7
	Mujeres	1.5	4.8	6.6	10.6	11.2	12.0	10.8	11.2

(1) Los datos correspondientes a activos pertenecen al tercer trimestre.

Fuente: EPA, INE.

Sería gracioso --si no fuera trágico-- comparar las declaraciones de los dirigentes del actual “gobierno de coalición” europeo --ese gobierno (compuesto siempre por conservadores, liberales, socialistas, comunistas, verdes) que nos co-gobierna normalmente desde Bruselas, pero que se ha reunido ahora en Lisboa para, entre otras cosas, sermonearnos acerca del iluso “desarrollo masivo de Internet para alcanzar el pleno empleo”-- con las perspectivas que la OCDE ofrecía en diciembre de 1999 sobre la tasa de desempleo esperada dentro del espacio económico de los países más ricos del planeta para el año 2005.

La tabla 2 nos permite comprobar que los hechos poco tienen que ver normalmente con los discursos: mientras que la tasa de desempleo no hace sino crecer desde la década de los 70 hasta hoy (y la previsión para 2005 no supone un descenso de la tasa de paro respecto de los valores más altos del siglo XX), los teóricos (o retóricos) del pleno empleo y la Nueva Economía nos siguen tocando el tam-tam de que el desempleo pertenece al pasado. Liberales y socialdemócratas (neoclásicos y keynesianos) están de acuerdo en que el desempleo está resuelto o a punto de resolverse, ya que la Nueva economía apunta a la superación de las contradicciones entre mercado y Estado. Por el contrario, el análisis desapasionado de la realidad nos deja entrever que el futuro que espera a los trabajadores --jóvenes, maduros o viejos; hombres o mujeres-- es cada día más negro en el interior de este sistema. Sólo depende de ellos la decisión de ponerse a luchar en serio para no seguir admitiendo, o no, ese estado de cosas.

Tabla 2: Tasas de desempleo en la OCDE, 1961-1999, y previsión para 2005

	61-70	71-80	81-90	94-99	2005*	1994-2005
UE-15	2.2	4.0	8.9	10.4	7.6	10.0
EE. UU.	4.7	6.4	7.1	5.1	5.4	5.2
Japón	1.2	1.8	2.5	3.7	4.0	3.7
Promedio simple	2.7	4.1	6.2	6.4	5.7	6.26
Promedio ponderado (usando PIB y PPA)	3.10	4.66	7.09	7.05	6.08	6.91
Promedio ponderado (población activa)	2.93	4.47	7.08	7.23	6.14	7.08

(Fuente: Eurostat, y *Perspectivas económicas de la OCDE, dic. 1999)

Jóvenes, nº 99, abril-mayo 2000
(2ª parte)

VIVIENDA Y DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA EN ESPAÑA

Tras un largo periodo de discurso autocomplaciente basado en “los cuantiosos recursos públicos destinados a la política de vivienda en los últimos años”, el PSOE parece reconocer la gravedad del problema de la carestía de la vivienda, asumiendo como parte de su programa electoral la necesidad de contribuir a paliar dicho problema, al menos por lo que respecta a las capas de la población de renta baja y media.

Este campo espectacular, junto a las cifras que han salido a la luz pública (se habla de una masa de crédito de tres billones de pesetas), unido todo ello a la polémica surgida entre Partido Socialista y Gobierno en torno a la posibilidad o no de financiar el diferencial entre los intereses de mercado y “los que puede pagar una familia de recursos limitados”, parecen anunciar una gran operación de redistribución de la renta a favor de las capas más desfavorecidas de nuestro país.

Pues bien, ya se trate tan sólo de una estrategia de márketing electoral, o bien del anuncio de un giro hacia una política económica más redistributiva, parece justificado el esfuerzo por cuantificar el coste total de este programa de viviendas y su incidencia sobre las pautas generales de la distribución de la renta en España.

La carestía es un hecho inobjetable: la vivienda es muy cara y lo es más para unos que para otros. Adquirir una vivienda de diez millones de pesetas en 1990 le supuso al español medio destinar el 42% de sus ingresos a ese fin (crédito hipotecario del 100% del precio, a 20 años y al 16% de interés). Con los datos de la contabilidad nacional podemos saber que dicha compra le supuso al asalariado medio el 68% de su renta, frente a sólo un 24% para el no asalariado. Luego los sindicatos tienen razón al denunciar que el problema afecta especialmente a los trabajadores.

El aumento de los fondos públicos destinados a ayuda a la vivienda no constituye necesariamente una medida progresiva o redistributiva. Es más, si las ayudas son mayoritariamente de tipo fiscal, la medida puede muy bien convertirse en regresiva, como reconoce el propio Instituto de Estudios Fiscales: “La mayoría de los estudios realizados demuestra que los gastos fiscales en vivienda favorecen más a los estratos sociales con mayores ingresos, por lo que son netamente regresivos”; en particular, “un sistema de deducciones que se extiende a la segunda vivienda no

puede ser muy redistributivo, y aun lo es menos si, como hasta 1988, comprende la adquisición de toda clase de viviendas de nueva construcción. El objetivo de la política de vivienda no parece haber sido la equidad, sino el mantenimiento de un cierto nivel de actividad económica en el sector”.

Gasto público. Para analizar el impacto redistributivo de cualquier medida de gasto público, hay que conocer quién será su beneficiario, así como el destinatario del incremento de la presión fiscal necesaria para financiarlo. Aunque no suficientemente difundidos, existen trabajos que imputan todos los gastos e ingresos públicos redistributivos bien a los asalariados, bien a los no asalariados. Los resultados de estos trabajos son sorprendentes. Por ejemplo, se puede comprobar que entre 1980 y 1989 los asalariados proporcionaron al Estado el 72% de los ingresos que éste recaudó a partir del PIB; pero los asalariados sólo recibieron un 58% del gasto público redistributivo a pesar de suponer el 70% de la población ocupada. Este resultado no es una anomalía típica del caso español. El profesor norteamericano Anwar Shaikh ha demostrado cómo en Estados Unidos, en Suecia y en otros cuatro países capitalistas desarrollados, los resultados eran los mismos.

La conclusión de estos trabajos conduce a rechazar, por ideológica, la idea de un Estado del bienestar cuya actividad pueda sintetizarse en la concesión de una subvención neta a los trabajadores que vendría a complementar su salario directo. La realidad es distinta: la redistribución se produce básicamente en el interior de la clase asalariada (los de mayor poder adquisitivo y empleo fijo financian a los de menos renta, empleo precario o desempleados), y, en la medida en que se supera sus límites, lo hace para subvencionar con salarios a las rentas de capital, y no a la inversa.

Un ejemplo de ello podría ser el plan de viviendas del PSOE: ¿Quién lo financia? ¿Quién se beneficia?

Dado que los asalariados pagan el 72% de los ingresos de las administraciones públicas, lo primero que queda claro es que, incluso si este plan de viviendas se destinara íntegramente a los asalariados, serían ellos mismos quienes financiarían casi tres cuartas partes del mismo en tanto no se modificara el sistema fiscal. Ahora bien, ¿cuál sería el coste del plan en términos de gasto público adicional? Los cálculos no son difíciles de hacer. Si el Gobierno aprueba un plan cuatrimestral de viviendas para 1992/95, comprometiéndose a financiar el diferencial (entre el 9.5% que es

el objetivo, y el 16% que corresponde al tipo de mercado) de 400.000 créditos a 20 años --de 7,5 millones de pesetas cada uno (el 75% del valor de una vivienda de 10 millones)--, tendríamos que 400.000 multiplicado por 7,5 millones nos da tres billones de pesetas como masa de crédito adicional.

El coste subvencionado por propietario equivaldría entonces a 4.675 pesetas mensuales por cada millón prestado, según los bancos comunicados por el Banco Hipotecario. Esto le costaría al Estado 42.075 millones de pesetas en 1992 (los primeros 100.000 créditos) y el doble en 1993; se elevaría a 126.225 millones en 1994; y, entre 1995 y 2001, se destinarían 168.300 millones anuales. Finalmente, 126.255 millones en el 2012, 84.150 en el 2013, y 42.075 millones en el 2014. Estas cantidades representarían en los cuatro primeros años de vigencia del Plan un 0.16% de media del PIB, no llegando a superar, en el conjunto de los 23 años de vida de los créditos, ni siquiera un 0.11% del PIB (se está previendo un crecimiento acumulativo anual del PIB del 10% en pesetas corrientes para todo el periodo).

Por consiguiente, si no cambia simultáneamente la estructura de la presión fiscal, la subvención neta a los asalariados se limitaría al 28% (la parte de los ingresos públicos que no financian ellos) de ese 0.11% del PIB, es decir, un 0.03% del PIB.

Imaginemos que el Gobierno decidiera financiar este aumento de gasto con nuevos impuestos sobre las rentas no salariales, por ejemplo elevando la recaudación por el impuesto de patrimonio o de sociedades. Entonces, el plan de viviendas para los trabajadores les reportaría a éstos un 0.11% del PIB anual. En ambos casos, la cifra equivaldría a entre media y dos décimas de subida adicional anual en la masa salarial que se negocia en los convenios colectivos.

¿Significan estas cifras tan bajas que los trabajadores o los sindicatos deben ser indiferentes a un plan de viviendas de estas características? En absoluto. Los sindicatos deberían reivindicar esas décimas como las que negocian con la patronal. Deberían exigir la mejora del plan, la extensión de la política estatal a todos los ámbitos que afectan al precio del suelo, de la vivienda, del tipo de interés, etc. Deberían pedir su financiación con cargo, vía impuestos, a las rentas no salariales. Pero lo que nunca deberían perder de vista es que su convencimiento de que “crecimiento económico” y “distribución más justa de la riqueza” son

compatibles dentro del marco de la economía de mercado o capitalista, es pura ilusión.

Puede haber mejoras transitorias --e, incluso, dentro de ciertos límites, mejoras a largo plazo--, pero la dinámica del sistema impone su propia pauta distributiva a través de las leyes del mercado, y esta tendencia no puede ser corregida en lo esencial por ningún Estado del bienestar. Por eso, los datos demuestran que en los países “avanzados” las desigualdades de renta y riqueza entre propietarios y asalariados aumentan con el tiempo. Pero esto sería ya tema para otro artículo.

El Sol, 13-5-01

5

Gobierno, mercado y terceras vías

Los liberales puros y los socialdemócratas (liberales “sociales”) también se dan la mano. Se la dan en la universidad, se la dan en los parlamentos (en los escaños, pero también en las cafeterías y en los restaurantes que hay en su entorno), se la dan en la televisión y se la dan en los gobiernos (que hoy en día son, casi siempre, gobiernos de coalición, además de sufrir los ciudadanos los efectos coaligados de esa auténtica cascada de gobiernos que va desde Bruselas a Pozuelo pasando, aquí en Madrid, por los palacios de La Moncloa y de la Puerta del Sol). Y cada vez que se dan la mano sólo encuentran un motivo de fricción: si les gusta el café cortado con más o menos leche, y si prefieren la leche fría, templada o ardiendo.

Pues lo mismo ocurre con el mercado y el Estado. Las dos manos que nos ahogan —la invisible y la visible, la derecha y la izquierda— hacen muy bien su papel de tenaza, la maldita pinza que nos tiene sin aliento a los ciudadanos de a pie.

Este capítulo se abre con un artículo que pretende aclarar las dos dimensiones que se incluyen —y se suelen confundir— en el concepto de la “mano invisible” (su lado “normativo”, como si no fuera separable de su aspecto “positivo”).

En un segundo artículo nos encontramos la cuestión de la oposición no antagónica que existe entre las dos figuras prototípicas del liberal: el práctico (Bush), que se ve obligado a utilizar el Estado en apoyo del mercado, y el teórico (Friedman) dogmático, que usa a, y se deja usar por, el primero y redacta los artículos del catecismo que recita aquél mientras aplica en la práctica lo contrario de lo que reza.

Por último, se hace la pregunta de si sólo cabe la posibilidad de las dos vías tradicionales, más la famosa tercera vía (una variante de la segunda, como bien se sabe), o es posible contraponer a todas ellas una “cuarta vía” que vaya más allá de las tres existentes.

MARX Y LA “MANO INVISIBLE”

Aunque la mayoría piense que el tiempo de Marx ya pasó, y todo el mundo le cante (para bien o para mal) como a un gran pensador del siglo XIX, yo soy de la opinión de que el siglo XXI volverá a ser el siglo de Marx. Pero para explicar esto, primero hay que desvelar en qué consiste la auténtica relación del pensamiento de este autor con la famosa metáfora del padre de los economistas, el insigne liberal Adam Smith.

En términos de filosofía política expuesta al modo pedagógico, lo que el Smith filósofo y moralista entendía por Mano invisible puede describirse como el mecanismo oculto (la busca del interés privado por cada particular aisladamente) que conducía a la sociedad desde las esferas privadas individuales a la satisfacción del interés general. En términos más técnicos, podría complementarse lo anterior diciendo que en realidad Smith descubrió la tendencia a la igualación de las rentabilidades sectoriales como el mecanismo específico explicativo de las pautas de movimiento de los flujos de capital “libre” --es decir, el que no se enfrentan a barreras políticas ni de otro orden: monopolios, etc.-, pero esto no corresponde a un artículo divulgativo como éste. Me gustaría centrarme aquí en el lado más universal del problema, ése que llevó a la gran economista británica, Joan Robinson, esa Rosa Luxemburgo burguesa, como la llamaban, a interpretar el resultado del éxito de la metáfora smithiana como la degradación del problema moral en una cuestión definitivamente irrelevante, desde el momento en que cualquier conducta --altruista o egoísta-- puede ser considerada “buena” si es privada, ya que contribuirá, ayudada por la mano invisible del mercado, a conseguir el bien común.

Mucho se ha escrito sobre la mano invisible, y mucho se la ha criticado también. Por ejemplo, Albert Hirschman demostró el paralelismo entre esa fórmula y su famosa “tesis de la perversidad”, el argumento preferido que utilizan los conservadores (aunque no

sólo de ellos) para justificar que es mejor abstenerse de intentar políticas públicas bien intencionadas (por ejemplo, políticas keynesianas de demanda para luchar contra el desempleo), ya que, por lo general, los buenos propósitos suelen ir acompañados de malos resultados efectivos, por lo que la mejor política sería, según los conservadores, la que no existe. De ahí, la consigna de la desregulación (aunque no se caiga en la cuenta de que, para desregular, o sea, para eliminar una norma positiva, hace falta otra nueva, y esto requiere la persistencia, si no el incremento, del aparato burocrático).

Muchos amigos progresistas estarán de acuerdo con Hirschman, y entre ellos mi amigo Pablo Bustelo, que me comentaba, tras la concesión del Nobel de Economía al conservador Douglas North, lo mucho mejor que haría la Academia sueca otorgándole el premio a gente como Hirschman o Sen. Ahora que Sen ya lo tiene --y recuerdo también el comentario de José Luis Sampedro tras conocer la concesión de este Nobel: “Parece que los de Estocolmo se están portando últimamente; el año pasado, Saramago, y éste, Sen”--, podríamos apostar a que Hirschman lo tiene más cerca.

Sin embargo, yo voy a defender otra idea que también tiene mucha relación con la mano invisible, pero que hasta ahora ha sido mucho menos popular que la tesis de la perversidad. Mi idea es que Marx distinguía en Smith dos contenidos de la famosa metáfora, aceptando el primero y rechazando el segundo; y no sólo eso, sino que llevó la defensa del primero de ellos tan lejos que, convertida en “mano invisible de la sociedad” (más que en la mano invisible del mercado), esta idea constituye una de las estructuras centrales del edificio teórico de Marx. Veamos.

Pido prestada momentáneamente la distinción clásica entre lo positivo y lo normativo para intentar explicarme mejor. Para Marx, Smith había descubierto, sin duda, uno de los mecanismos económicos centrales de la sociedad capitalista, mostrando cómo era posible la reproducción indefinida de un orden social que, en principio, se sustenta primariamente en el “mercado autorregulado” (en el sentido de Polanyi), aunque ni Marx ni Polanyi eran unos ignorantes que desconocieran que los mercados generalizados, y mucho menos la sociedad de mercado, nunca han funcionado sin el apoyo (por decirlo de la forma más discreta) del Estado. Este lado “positivo” de la mano invisible también está en Marx, quien elogia a Smith por haber sido, si no el descubridor (ahí están Mandeville y

varios otros), sí el racionalizador y autor de la fórmula (la metáfora) exacta necesaria para el triunfo de la idea.

Pero lo que Marx rechaza con todas sus fuerzas es el lado “normativo” de la Mano invisible. En época de Smith --que era un siglo anterior a Marx, lo que no empece para que sigan siendo válidas algunas de sus ideas, porque el simple paso del tiempo no basta para desmentir a los clásicos (que se convierten precisamente en clásicos por superar esa prueba definitoria)--, era cierto que la economía competitiva capitalista suponía un avance respecto del orden feudal. Pero la tesis de Marx es que, ya en su época --y, con más razón, podríamos decir “ahora”--, la economía capitalista se había hecho retrógrada. Como dijo Sampedro en la apertura del Primer Seminario Internacional Complutense sobre *Nuevas tendencias en el pensamiento económico crítico*: “El Liberalismo fue positivo, fue útil, fue valioso en sus comienzos, cuando entró a legitimar un gran cambio de poder que se producía en la sociedad europea de la época; en aquel momento, el poder se trasladaba desde el poder feudal de las tierras, de la nobleza y del clero a los comerciantes, a los empresarios, y empezaba a emerger un nuevo poder social; y en ese momento, el Liberalismo, el Capitalismo, favoreció la expansión de fuerzas productivas, favoreció el progreso de la técnica; y en ese sentido digo que es positivo; pero hoy es anacrónico; no es que sea malo: es que es anacrónico, anticuado; es que no sirve para resolver los problemas; nunca fue verdad que el mercado sea la libertad, pero hoy, es menos verdad que nunca; lo que pasa es que los señores neoliberales padecen una enfermedad frecuente en los creyentes de todas clases, sean religiosos o laicos: es la ceguera del creyente (y cuando alguien cree a pie juntillas en alguna cosa, ya no puede ver, no ve lo que sea contrario a sus creencias, ni siquiera mira: no le interesa porque vive con arreglo a sus creencias)”.

Que el mercado autorregulado, el orden extremo de mercado que desean los neoliberales como pauta normativa, sea criticado por tantos no significa que todos esos críticos sean marxistas. Lo que de verdad caracteriza a Marx como pensador de la economía y, sobre todo, de la sociedad, es la relación que sus ideas tienen con el lado que he llamado “positivo” de la Mano invisible. Para Marx existe una mano invisible, pero no del mercado, sino de la sociedad. Los críticos de la Mano invisible se han esforzado por contraponer a ésta la “mano visible” del Estado, pero Marx

razonaba de forma muy distinta. Muchos críticos actuales están muy confundidos en esto.

Los neoliberales no se oponen al Estado, ni mucho menos. Para decirlo con palabras de un liberal español bien conocido, Pedro Schwartz (en sus *Nuevos Ensayos Liberales*): “La gente cree que los liberales perseguimos la destrucción del Estado. Muy al contrario, he dicho y quiero probar ahora, el liberalismo como programa político es un programa estatal y público (...) Los liberales, lejos de pretender la destrucción del Estado y su sustitución por no sé qué orden social espontáneo, buscan la restauración de un Estado fuerte, limitado y capaz de cumplir sus funciones necesarias: un Estado que sepa establecer y mantener el marco en el que vaya a florecer la actividad individual”. En esto, Schwartz sólo sigue a su maestro Milton Friedman, que en *Capitalismo y libertad* deja claro que “el liberal coherente no es un anarquista”. También Schwartz insiste en distanciarse de los anarquistas, recordando que los liberales “buscamos un Estado fuerte y pequeño, como baluarte de las libertades individuales”; lo que pasa es que “la actitud de los liberales ante el Estado suele caricaturizarse por incomprensión”, pues se cree que “el liberal en el fondo desea abolir el Estado, cuando busca centrarlo y reforzarlo”; en definitiva, se trata de reafirmar el “liberalismo clásico”, sin confundirlo con el “americano”, con el “socialismo”, con el “nacionalismo”, con el “anarquismo” ni con la “democracia”.

Por su parte, Marx, como los anarquistas, quería abolir el Estado. En un artículo sobre los dos socialistas alemanes, “Marx o Lassalle”, olvidado de muchos y desconocido para los demás --en un país donde no se lee a Marx, ¿quién puede esperar que se lea a Lassalle?--, el gran jurista Hans Kelsen escribe (en 1924): “Marx y Engels, precisamente como lo hacían los teóricos liberales del estado, interpretan el estado simplemente como instrumento de la clase (...) La sociedad anarquista-comunista es la que no tiene necesidad de ningún estado (...) La teoría política tal y como la desarrollaron Marx y Engels, es anarquismo puro. Esto ha quedado en el olvido, por muchas razones, durante largo tiempo”. Por tanto, Marx no tiene nada que ver con los intentos de arreglar el capitalismo a base de intervención estatal. Él simplemente hizo dos cosas: 1) observó que el capitalismo lleva dentro fuerzas que lo transformarán en socialismo (su tesis teórica); 2) lo anterior no tiene nada que ver con el fatalismo histórico, pues Marx creía que

la historia la hacían los hombres, pero no como un alfarero hace su botijo, sino por medio, precisamente, de la mano invisible de la sociedad, es decir, como resultado de todas las luchas y conflictos que surgen en la sociedad capitalista, y con independencia de que unos individuos empujen en una dirección y otros en otra. Esto tampoco es un amoralismo, pues Marx, aparte de su metafísica y su ciencia, tenía su ética (léase a Rubel, por favor): no se trata de esperar a ver pasar tranquilamente desde nuestra mecedora el cadáver del capitalismo; si se entiende hacia dónde va la sociedad, es inmoral oponerse a esa tendencia racionalizadora; lo moral es, para Marx, empujar en el sentido de la historia.

El siglo XXI ha empezado como terminó el XX: mostrando a quien quiera mirar desprejuiciadamente que la realidad se parece cada vez más a la que Marx tenía en mente al desarrollar su labor de teórico y de revolucionario.

Realidad, Nueva época, **IV** (32), mayo 2000

MANO INVISIBLE, CORAZÓN VISTOSO (O DOS TIPOS DE LIBERAL: FRIEDMAN vs. BUSH)

Puede que fuera la casualidad la única responsable de aquella coincidencia, pero el 11 de noviembre, en *El País-Domingo*, los dos capitalismoos --el cínico y el ético; el que esconde siempre la mano y el que la saca para golpear el pecho con aflicción-- se veían mutuamente las caras, casi página contra página, expuestos en su máximo esplendor, para solaz o desgracia del perplejo lector. En una extensa entrevista al premio Nobel de Economía y “defensor a ultranza del libre mercado”, Milton Friedman, la periodista del *Spiegel*, Michaela Schies, llegaba a acusarlo de “cínico” por burlarse él de la petición de ella de un “nivel de vida decoroso” para los pobres de los Estados Unidos. De esta manera, Schies mostraba una sensibilidad similar a la que, cuatro páginas más abajo, criticaba el irónico reportaje de Vicente Verdú sobre la actual moda de “la economía con buen corazón”, en la que abundan los “negocios espirituales” de los Fondos Socialmente Responsables, hoy en boga, o se celebra un “día del Comercio Justo” en Europa (¿acaso se deploran los 364 días restantes como “comercio injusto”?), y hasta se hace “rock de caridad” en beneficio de los afectados por graves enfermedades, huracanes o guerras.

En su entrevista, Friedman viene a decir lo siguiente. Tras los atentados del 11-S, “el ambiente ha cambiado radicalmente”, Keynes “vuelve a estar de moda”, y la “presión aplastante” de la opinión pública sirve como pretexto para una, según él injustificada, mayor intervención del Estado y un aumento del gasto público (al que se opone incluso en su vertiente militar). Sin embargo, lo que se debería hacer es dejar al mercado a su propia ley; por ejemplo, que ciertas empresas de transporte aéreo o aseguradoras suspendan pagos o quiebren, si es necesario, pues eso haría que “mejores gestores” sustituyeran a los “malos gestores” responsables y culpables de la situación. Friedman, naturalmente, admite que “nada es perfecto en este mundo”, y acepta la queja contra la burbuja de las *punto.com*, pero se siente aliviado de que el gobierno de su país no haya impedido en este caso actuar al mercado, dejando que la burbuja finalmente “explotara”. Y es que su “confianza ilimitada en el mercado” deriva de lo que para él es un hecho evidente: “en el mercado sólo se puede tener éxito cuando se es útil a los demás” y sólo se puede ganar dinero “produciendo cosas que necesitan los demás”.

Lo que hace Friedman, como sus compañeros neoliberales, es recurrir, una vez más, al mito de la Mano Invisible, esa falsa creencia, no de que la famosa mano opere –¡por supuesto que opera!--, sino de que opera siempre positivamente, en beneficio de la sociedad, y consigue lo más parecido al óptimo colectivo que quepa imaginar. Esta falsa esperanza es permanentemente combatida por muchos críticos del neoliberalismo, como los keynesianos que menciona Friedman –véase el artículo de Stiglitz, uno de los Nobel del 2001, reclamando que “ahora es el momento adecuado para que el FMI regrese a su misión original: asegurar la liquidez global para permitir el crecimiento global sostenido”-- o los socialdemócratas que no menciona (quizás porque en su país a éstos se les llama “liberales”). Pero, en mi opinión, la combaten, por lo general, de manera incorrecta.

La mayoría reproduce el argumento de la periodista alemana: ¿por qué desconfiar de los “representantes del pueblo, elegidos democráticamente”?; ¿por qué no corregir los excesos y abusos del mercado con una intervención política democrática que asegure los derechos de todos, especialmente de los más perjudicados por el *modus operandi* puramente mercantil? Estos críticos olvidan que, en la práctica, el mercado y el Estado siempre han actuado hermanados (aunque los hermanos no siempre se lleven bien) y al

unísono, y que los resultados que observamos (por ejemplo, ese 29% de hogares estadounidenses que, según la periodista, no llegan al nivel de vida “decoroso”) son el resultado de la operación conjunta de los vectores de fuerzas impulsadas tanto por “el mercado” como por “el Estado”, cada uno en su respectiva dirección y de acuerdo con su propia “lógica”. El error de estos críticos consiste en creer ingenuamente que esas direcciones y lógicas son mucho más dispares de lo que son.

Algunos piensan que el capitalismo europeo, o “modelo social europeo”, es distinto, a este respecto, del “modelo americano”. Pero esto es más un voluntarioso ejercicio de fe que una evidencia científica, y nada es más sencillo que encontrar entrevistas de periodistas europeos, con pequeño o gran corazón, preguntando a algún “despiadado” político qué es lo que está haciendo realmente su gobierno para socorrer la pobreza alojada en el corazón de nuestro sistema (que, por ejemplo, en España, según Cáritas, es de un orden de magnitud similar al del modelo “no social” de los Estados Unidos). Pero este tipo de argumento “social” tampoco es ajeno al propio Friedman, quien asegura que una de las razones por las que está “a favor de que el Gobierno sea más débil, más reducido” es que, así, se podrá “reducir el poder de las grandes empresas”, que se reparten los favores de Washington por medio de los “generosos fondos” que sus *lobbies* reparten entre “los políticos”.

Cuando Vicente Verdú recuerda, por su parte, que para Malraux, “el siglo XXI será espiritual o no será”, añade que “por el momento, ese espíritu se concreta en la simulación de una postura ética en los negocios”. Esta postura ética simulada es en realidad tan plural como la geometría variable. Para los unos, nada más ético que la “disciplina de los resultados, o sea, los mercados” (Friedman), ya que nadie puede preocuparse más por el dinero que su auténtico propietario, puesto que es suyo, mientras que el de los políticos es “de los demás”. Para los éticos críticos del mercado, la última moda ya la denuncia Verdú: la del “dinero ético”, los “Fondos éticos”, y, en definitiva, la “ética como cosmética”. Esto recuerda el reproche de Chirac (¿o fue Giscard?) a Mitterrand, en un debate televisivo preelectoral, recordándole a la izquierda que no puede pretender “*le monopole du coeur*” (la caridad se ha practicado siempre, y el comercio justo sólo sirve, como señala Pascal Bruckner, para que la “limosna” ya vaya “incluida en la compra”). Pero los críticos más de izquierda saben que la ética se

tiene que apoyar también en una base económica y política, y por eso reclaman la intervención contundente de la poderosa mano visible del Estado, como instrumento fundamental en la lucha contra las injusticias que genera el mercado.

En realidad, la mano invisible es el mecanismo por medio del cual la búsqueda del interés exclusivo, privado, puede servir de base para la reproducción social (resultado social objetivo) de un sistema donde nadie fija otro objetivo colectivo que la salvaguardia misma de esos intereses privados. Pero los liberales no lograrán nunca saltar limpiamente la charca de barro lógico que les impide derivar a partir de ahí la necesaria bondad de ese resultado social objetivo. Es verdad que la oferta termina ajustándose a la demanda. Pero se ajusta sólo ¡a la demanda “efectiva”!, que realmente existe en las condiciones sociales que imperan, sin que importe un ápice si éstas son “buenas” o “malas”. Por ejemplo: si éstas requieren la existencia de armas, de drogas o de prostitución; o bien de mercenarios, mafiosos y mercados negros; o incluso tráfico de niños, de esclavos, de órganos o de emigrantes...; si todo este surtido de eficientes mercancías debe poder estar disponible para sus consumidores en las dosis adecuadas, en cantidad y calidad, según las específicas necesidades acordes con la sociedad en la que estamos, no le quepa duda al lector de que el mercado las va a proporcionar. También el mercado de políticos corruptos es una necesidad social hoy ampliamente sentida, con su oferta y su demanda en equilibrio relativo y al alza; y el resultado de dicho “equilibrio” vendrá en ayuda del funcionamiento de los demás mercados, en una especie de equilibrio general universal que para sí lo quisiera don León Walras.

Por otro lado, las empresas, gracias a la férrea disciplina que les impone el mercado, se ven obligadas a cerrar sus plantas, dejar inactiva una parte de los equipos y despedir a la fuerza de trabajo sobrante, todos ellos factores productivos convertidos en “superfluos” para las necesidades reales de la sociedad capitalista del momento. Por ejemplo, la comida, la bebida, las medicinas o los servicios de alfabetización..., que al parecer gran parte de la sociedad de consumidores (por ejemplo, en África) no desea consumir --o al menos no con la fuerza suficiente para convertirla en auténtica “demanda de mercado” (se conoce que prefieren el ocio)--, obligan a las empresas a cerrar sus instalaciones y reducir sus plantillas a la espera de que esa demanda termine por llegar.

Mientras tanto, puede que el mercado de ataúdes de talla infantil y de otros productos similares de amplia demanda en los países pobres siga desarrollándose, de acuerdo con la necesidad social, ampliamente sentida allí, de mantener muy bajos los índices de esperanza de vida (véase Hispanoamérica). Claro que, si los gustos sociales de estos parias “consumidores”, auténticos “soberanos” a pesar de todo (lo dice Milton Friedman en sus libros), se decantasen por otras formas más funcionales de volver a la tierra que los vio nacer (por ejemplo, envueltos en cómodos y “flexibles” sacos de plástico, en vez de en los artificiosos y “rígidos” féretros de madera al uso), tampoco lo dude el lector: prestas y raudas, acudirían las serviciales empresas de mercado, con una generosa oferta adicional de polivinilo y otros materiales (de vieja o nueva tecnología), adaptada a las necesidades de todos los bolsillos.

Pero, por desgracia, ése es precisamente el problema: los bolsillos. En nuestra vieja sociedad, lo que ocurre es que probablemente las manos siguen siendo invisibles porque llevan siglos hurgando en busca de la imposible riqueza de los bolsillos propios. Y sólo encuentran pobreza, claro: una y otra vez. Más, quizás, unos gramos de cinismo en el bolsillo derecho, y unos gramos de ética bienintencionada en el bolsillo izquierdo. El mercado, mientras tanto, insiste en aceptar sólo dólares. O, como mucho, euros.

Noviembre de 2001

¿SÓLO PASAN “TRES VÍAS” O CABE UNA CUARTA?

Contra lo que dicen algunos, *El País* es un periódico abierto a todas las vías del diálogo democrático. Aunque muestre preferencia por la *tercera vía*, esto debe interpretarse como un subproducto de su “modernidad” como principio inspirador. Podría incluso leerse como una vocación “mayoritaria” de un periódico que no sólo busca ganar cuotas de mercado (como cualquier empresa capitalista) sino contribuir a la formación de pensamiento de un país, como España, necesitado de él. Aun sin negar, por tanto, esta preferencia de la tercera vía, me voy a fijar en la presencia en sus páginas de puntos de vista de la primera y la segunda vías.

Entre los partidarios de la primera destaca Carlos Rodríguez Braun, que se queja³⁸ del escaso acceso que tiene a *El País*, pero a menudo desde las páginas de este periódico. Braun ha publicado recientemente un libro a base de artículos ya publicados en distintos medios, entre los que se cuentan seis de *El País* y dos de *Claves* (entre mayo de 1995 y diciembre de 1998) que reflejan sus ideas neoliberales. Aparte de no estar solo en esta línea, pues el 10-7-99 se incluía nada menos que un artículo de Milton Friedman que aseguraba que “no hay una ‘tercera vía’ al mercado”, y concluía que “existen pocas reglas para superar la tiranía de lo establecido”, pero una muy clara: “si se va a privatizar o eliminar la actividad de un Estado hay que hacerlo del todo”; es decir, que “no se debe plantear la privatización parcial o la reducción parcial del control estatal”. Otro ejemplo³⁹ lo da José María Ridaio (28-12-99), pues, al

³⁸ En carta a *El País*, Rodríguez Braun protestaba por mis palabras: “En su artículo del 28 de enero, Diego Guerrero afirma que yo me he quejado del escaso acceso que tengo a EL PAÍS. Es falso. Estoy feliz de poder publicar un par de artículos al año, y aun más feliz de poder leer aquí a Mario Vargas Llosa un par de veces al mes. Lo único que he dicho, y mantengo, es que tales frecuencias empalidecen frente a la presencia cotidiana de antiliberales en estas páginas” (5-2-00). Evidentemente, el “ultra” Braun considera que todo el que no llega a su increíble grado de liberalismo es un “antiliberal”. Pero hay que ser ciego para negar el liberalismo acendrado de las contribuciones que normalmente acoge ese diario. Por eso le repliqué en otra carta (publicada el 14-2-00), a la que esta vez no contestó, en la que escribía yo --tras recordarle un artículo suyo de 31-12-97 en el que aseguraba que la supuesta marginalidad del liberalismo en *El País* “se reproduce en todos los medios de comunicación”-- que esto “podría hacer sonreír a más de uno de los que se acuerden cómo continuaba aquel artículo suyo, en donde, tras acusar, con razón, a los socialistas de esquizofrenia ‘entre lo que dicen y hacen’, él mismo afirmaba que éstos ‘lo que hacen es aceptar el liberalismo, pero matizándolo con la *solidaridad*, la *dimensión social* y los diferentes y hermosos nombres que acuñan los socialistas’. Lo cual es completamente verdad, pero termina por darme la razón a mí, que interpreto, como él, a los socialistas como una variante del liberalismo”.

³⁹ El señor Ridaio, en carta a *El País* que he perdido, me hizo ver que mi interpretación de su artículo era errada. Por eso, la corregí así (en una carta al Director, publicada en *El País* de 5.2.00): “Tiene razón el señor Ridaio al mostrar su asombro por mi equivocada interpretación de su artículo del 28 de diciembre de 1999, debida probablemente a una precipitada lectura, ya que mi artículo al que él se refiere fue enviado a EL PAÍS ese mismo día y posiblemente hacía un repaso excesivo de contribuciones. Sin embargo, tras releer su artículo, le reitero el elogio que en él hacía, pues su lectura de Hayek sigue siendo inteligente, y en la línea de la de autores tan importantes como Geoffrey Hodgson y otros neoinstitucionalistas y evolucionistas. Corríjame el señor Ridaio si me equivoco de nuevo, pero la relectura de su artículo me ha convencido de que se sitúa en

insistir en que el proceso de globalización ha sufrido un serio revés en Seattle, se pregunta, apoyándose en una inteligente lectura de Hayek, si “estamos absolutamente seguros de que la globalización deriva de una lógica liberal y no de una lógica distinta, que en el fondo niega y contradice la anterior”.

En cuanto a la segunda línea, Luis Sebastián, Sami Naïr o Francisco Fernández Buey la muestran a menudo en estas páginas. Por ejemplo, el primero nos invitaba a “repensar la segunda vía” (6-7-99), “o sea., el socialismo como alternativa al capitalismo”, que, según él, “surgió de la necesidad histórica de repartir de una manera más equitativa los beneficios de la revolución industrial”. Él cree que el socialismo “trata de ser una respuesta a la doble cuestión de la distribución y de la desigualdad” y apuesta por una segunda vía que “tendría que dirigirse a hacer más equitativa la distribución de la riqueza y el ingreso, y asegurar una mayor igualdad en las condiciones de vida de todos los ciudadanos”. El problema que veo en su propuesta –“En principio se podría socializar la gestión de los recursos sin socializar la propiedad de los mismos”, de forma que “en el mundo moderno, la gestión social de los recursos podría ser compatible con la propiedad privada” y “los accionistas podrían seguir percibiendo los réditos”-- es que no está clara la diferencia con el neoliberalismo de Braun, pues, tal y como lo define Sebastián, su propuesta parece una descripción de la forma de funcionar del capitalismo, aunque él prefiera llamarlo “socialismo descentralizado” o “amigo”, un socialismo que, según él, se pide “por favor”.

Más recientemente, *El País* acogía también al francés Sami Naïr, denunciando que, “en la época de la *tercera vía*, la derecha está cada vez más en la izquierda” (17-12-1999), y criticando al canciller Schröder, por haber declarado en *Le Monde* (20-11-99) que no creía “que sea ya deseable una sociedad sin desigualdades”. Tras matizar que ningún socialista serio ha confundido jamás “la

algún punto entre la segunda y la tercera vías, ya que ambas optan por el socialismo liberal de la vieja socialdemocracia que reclama explícitamente ese cóctel, desde Roselli a Bobbio. Pero permítame apostillar dos cosas. Puede que liberalizar los mercados financieros sin hacer lo mismo con el comercio mundial sea una locura, pero se trata de ese tipo de locuras que antes Keynes, y ahora Soros, quisieran evitar; la cuestión es: ¿se pueden evitar desde dentro del sistema? En segundo lugar, afirmar que la globalización depende de la ‘estricta voluntad de los Gobiernos’, y no ‘de los cambios tecnológicos’, es probablemente una forma de idealismo que no comparto, pero muy acorde con el terreno ideológico que justamente reivindica el señor Ridao en su reciente carta.”

igualdad” con “el igualitarismo estúpido y primario”, Naïr recuerda los malos resultados electorales de los partidos europeos de la tercera vía, afirmando que el público prefiere “el original (el pensamiento de una derecha afirmado sin ambages) a la copia (el pensamiento de una izquierda que se sitúa en las filas de la derecha sin decirlo abiertamente)”. Jordi Sevilla responde a Naïr con un artículo (28-12-99) que retoma la frase de Indalecio Prieto --”socialista, a fuer de liberal”--, preguntándose hasta qué punto el discurso socialdemócrata puede presentarse hoy “como anti-liberal o debe, más bien, ser posliberal”. Según él, el reto de la izquierda europea es saber cómo extender los derechos políticos al campo de los derechos sociales, y para ello debe seguir una estrategia “posliberal” que dé respuesta, paradójicamente, a la pregunta de cómo organizar el comunismo, ya que, en su opinión, de lo que se trata es de “cómo conseguir, de manera eficiente y efectiva, que cada uno aporte a la sociedad de acuerdo con sus capacidades personales y que cada uno reciba según sus necesidades básicas, socialmente determinadas”.

Curiosamente, el mismo día en que aparecía ése, aparecía otro de José María Mendiluce; y ese mismo día recibía yo el último número de la revista de la Federación de Enseñanza de CCOO, que incluía otro de este autor sobre El pensamiento alternativo. Mendiluce apuesta en éste por “construir una tercera izquierda”, ya que “nada hay más acientífico que los análisis lamentables de la izquierda testimonial y la renuncia a los cambios de la prágmatika” (o sea, las dos izquierdas tradicionales). Sin embargo, al resumir Mendiluce recupera el discurso “segundista” contra el ultraliberal, pues --asegura-- lo que hay que hacer es “volver a colocar la política en el puesto de mando y salvar la democracia herida”.

Este embridamiento del mercado por parte de la política es un mensaje que repite con frecuencia la Internacional Socialista, donde conviven partidarios de la segunda y de la tercera vía. En el artículo en *El País*, recién elegido Presidente de *Greenpeace* (“*Green, peace: Greenpeace*”), Mendiluce aclara algunas cosas del otro artículo, como que la ecología está ausente “de la política y de la economía”, por lo que, en vez de embridar a la economía con el control político, prefiere hablar ahora de “cuestionar lo político y lo económico con una nueva lógica ecológica”. En cuanto a la tercera izquierda “utilizadora de las nuevas tecnologías”, a la que se refería en el otro artículo, aclara que la nueva generación de ciudadanos, cansada de “retóricas”, prefiere “la postal reivindicativa o el *e-mail*”.

solidario, a la asamblea previsible o la reunión conspirativa”. Por eso, se alegra de lo acontecido en Seattle, con ocasión de la cumbre de la OMC, y promete actuar desde *Greenpeace* como un “catalizador de esfuerzos e iniciativas rebeldes, concretas, locales y globales” que vayan más allá de “la búsqueda del beneficio como único horizonte”.

Otro ejemplo de defensa de la segunda vía lo ofrece Fernández Buey en su respuesta al artículo de López Garrido en que éste, a la pregunta sobre “el futuro de los partidos comunistas”, asegura que “el comunismo no es reformable; los PC, sí” (27-6-99). Buey declara: “Decir que los partidos comunistas existentes deben disolverse o cambiar de nombre o de naturaleza no es un argumento sobre el futuro de los partidos comunistas”, pues “si lo que se pide es su desaparición como tales, no hay futuro”, y “nadie tiene derecho a exigir la muerte de otro y a sermonearle al mismo tiempo sobre su futuro”. Y concluye que “hay al menos una razón moral para no escuchar el ‘disuélvanse’ de la *guardia civil* intelectual del momento: es Hamlet quien tiene que decidir sobre su ser o no ser”.

Por su parte, Estefanía critica frecuentemente a la tercera vía, como cuando la denunció como “pensamiento único” (*El País*, 25-7-99). O el prestigioso Birnbaum, en su De Florencia a Seattle, expone que “lo que está claro es que la Tercera Vía, como un intento de Blair y Clinton de organizar una capitulación honrosa por parte de los Gobiernos democráticos ante el mercado, no conduce a ninguna parte” (20-12-99). En cambio, *El Roto* nos recuerda que “todas las terceras vía llevan a Wall Street” (21-12-99). Por último, los propios periodistas de *El País* no dejan de ser críticos, desde la izquierda, con la tercera vía. Así, por ejemplo, O. M., desde París, nos comenta, con ocasión de la cumbre socialista de Buenos Aires (27-6-99) que Jospin no quiso firmar el famoso manifiesto de Blair y Schröder, pero, que, “no obstante, Jospin, que formó Gobierno con el apoyo de los comunistas”, ha “privatizado en dos años más empresas que los dos ex primeros ministros conservadores Juppé y Balladur en cuatro”.

Está claro, por tanto, que las tres vías están bien representadas en *El País*, porque son manifestaciones distintas de los planteamientos democráticos contemporáneos. El problema estriba precisamente en esto de la contemporaneidad, porque nos puede dejar fuera a los que vivimos a caballo entre el pasado y el futuro, sin pisar el suelo de la realidad presente, flotando en nuestra

ucrónica utopía. Confesado mi pecado, agrego que sólo querría tener la oportunidad de publicar varias preguntas en *El País*, ya que otras veces no he podido: ¿qué se ha hecho de quienes no creen en *esta democracia* porque, como se decía antes, piensan que es una simple democracia burguesa, formal, sin contenidos reales? ¿Queda alguno aparte de mí? ¿Tienen cabida en el diálogo democrático con las otras tres vías? ¿Cabe pensar que representan una cuarta vía que comienza a expresarse en el presente, o más bien que está condenada a esperar que el futuro se haga más presente para que estas esperanzas de publicación se conviertan en realidad? ¿Significará la publicación de un artículo como éste que está comenzando a abrirse esa nueva vía, y no sólo en *El País*?

El País, 28-I-00.

APÉNDICE: DE LA TEORÍA LABORAL DEL VALOR A UNA NUEVA GUERRA MUNDIAL

I. Introducción

En abril de 2000, los estudiantes de Económicas de Somosaguas (UCM) organizaron un Seminario de una semana de duración, con profesores españoles de diversas universidades, y en el que la asistencia e interés de la gente más joven fue proverbial, como estuvimos de acuerdo en valorar todos los ponentes. El título genérico del seminario se refería a la “Economía crítica”, y contó con la asistencia de los profesores Alfons Barceló, Carlos Fernández Liria y Diego Guerrero (sesión sobre la Teoría del valor); los profesores Xabier Arrizabalo y Montserrat Galcerán y el miembro del CAES (Centro de Asesoría y Estudios Sindicales) Agustín Morán (sesión sobre el Desempleo); los profesores Enrique Palazuelos y Jesús Albarracín (sustituido por enfermedad por Diego Guerrero) y el editor Carlos Prieto del Campo (sesión sobre Teoría y realidades de la crisis económica); y los profesores Ahijado y Martínez González-Tablas junto a Pedro Montes y Ramón Fernández Durán (sobre la cuestión de España y la Unión Europea).

Para las dos sesiones en que participé escribí unas “tesis” polémicas, con el ánimo de provocar la discusión, que luego fueron publicadas en la revista *Laberinto*, de la Universidad de Málaga. Aunque la participación de hoy versa sólo sobre la Teoría de la crisis que parte de la concepción de Marx, teniendo en cuenta que ésta no se puede entender sin partir de la Teoría laboral del valor, creo que puede tener interés reproducir aquí las 20 “tesis originales”, pero seguidas cada una de ellas de un comentario y actualización.

II. Diez tesis polémicas sobre la teoría laboral del valor: segunda⁴⁰ versión (2003)

<<1. La filosofía de Marx es su Economía; no es ni el materialismo dialéctico ni el materialismo histórico, que no son

⁴⁰ La primera versión de esta sección se titulaba <<10 tesis polémicas sobre la teoría laboral del valor (para el debate con Liria y Barceló)>>, celebrado el 3-abril-2000, en el Salón de Grados de la Facultad de Económicas de la UCM.

ni filosofía ni ciencia, sino su teoría laboral del valor (Martínez Marzoa, 1983; Arteta, 1993; Fernández Liria, 1998), única teoría científica del valor mercantil coherente --es decir, no ecléctica (véase qué entiendo por eclecticismo, en Guerrero, 1997)-- que existe hasta ahora. En Marx, esta teoría está incompleta, por lo que debe ser completada, y lo ha sido parcialmente desde su muerte, no siempre por parte de los marxistas, y a veces en contra de los marxistas.>>

Comentarios a la tesis 1.

a. No se trata de enfrentar filosofía y economía ni de hacer una reivindicación corporativa. Marx hablaba de los economistas en tercera persona, y en su época una cosa eran los “economistas” (a los que no dudó en calificar a veces de “sicofantes del capital”) y otra los “socialistas” (en el sentido amplio de todos cuantos se oponía al estado de cosas capitalista: comunistas, anarquistas, etc.). La excepción fue el prólogo de *Miseria de la Filosofía*, donde protestó, “como economista”, de que Proudhon tuviera buena reputación como economista en Alemania (y como filósofo en Francia): ambas cosas se basaban en un malentendido, según Marx.

b. Los llamados “materialismo histórico” y “materialismo dialéctico” es mejor entenderlos como un estadio de la filosofía y la concepción del mundo que Marx atacó. Al menos desde la Revolución Francesa, había habido ya un montón de autores – filósofos, historiadores, economistas... burgueses— capaces de hacer una interpretación materialista, de clase, conflictual, etc., de la nueva sociedad. A Marx eso no le bastaba, y casi toda su actividad intelectual la dedicó a distinguir las ideas y las categorías que fue creando de las que habían surgido en el contexto de la izquierda avanzada europea.

c. Marzoa supone un paso adelante muy importante. Dice: lo que Marx aporta es una “ontología del capitalismo”, es decir, una concepción de “lo ente” en nuestra época como mercancía; si Marx dijo algo significativo y original en la historia del pensamiento filosófico fue en primer lugar que todo lo que existe, incluida la capacidad laboral activa de los individuos, es mercancía y debe, por tanto, someterse a las leyes de las mercancías en tanto perviva el régimen mercantil. La ley del valor (la base de la teoría laboral del valor, TLV) es toda la cadena conceptual que lleva desde este descubrimiento a la

concreción múltiple y rica de esa idea en el conjunto de categorías específicas, “económicas”, que se desarrollan en *El capital* (económicas, en el sentido de que el material en bruto a partir del cual él desarrolla la mayoría de sus conceptos fue aportado por los economistas anteriores a él).

d. En contra de lo que piensa la mayoría (incluida la mayoría de los marxistas), en la TLV de Marx no hay contradicciones. Lo que hay es una explicación en dos pasos: 1) los precios son proporcionales a las cantidades de trabajo si consideramos a las mercancías “sólo como mercancías” (libro I de *El capital*); 2) y se desvían por arriba o por debajo de los primeros (“precios directos”, pd) si se considera a las mercancías como “mercancías que son ya el producto del capital” (“precios de producción”, pp). Lo importante es que Marx fue el primero en explicar la relación entre los dos tipos de precios (o valores) de cada mercancía de tipo i :

$$pp_i = x_i \cdot pd_i,$$

donde x_i es el cociente entre la composición orgánica del capital en el sector i y la composición orgánica media de la economía⁴¹.

<<2. Marx comenzó a crear el sistema conceptual apropiado para dar cuenta del funcionamiento de la sociedad capitalista. Para ello, construyó un modelo de economía capitalista pura, usando el método único y común que comparten todos los científicos (como opuestos a los ideólogos, los literatos y los filósofos especulativos). Dicho método (en su pluralidad de prácticas concretas) sólo puede consistir en el pensar por sí mismo que recomienda Kant, hasta proponer leyes o teoremas o conceptos que superen el triple criterio universal de aceptación provisional en el ámbito científico: la contrastación lógica, la confrontación teórica (o diálogo científico) y la comparación de los concretos pensados con los concretos reales externos y preexistentes.>>

Comentarios a la tesis 2.

⁴¹ A finales del siglo XX, gracias a los avances en álgebra matricial y en las teorías insumo-producto, sistemas lineales de producción, etc., x_i se puede definir con más exactitud como un cociente referido a la variable que la literatura conoce hoy como “composición en valor del capital verticalmente integrada” (entre el sector i y la media de la economía).

a. Aunque la referencia concreta a Kant pudo estar influida por la reciente lectura (entonces) del libro de Liria (1998), la esencia es válida de todas formas. Los juicios de valor son inevitables en los sujetos –que por definición somos subjetivos–, pero eso no elimina la posibilidad de que la sociedad humana alcance la objetividad científica (aunque esto tampoco significa que ésta esté al alcance del primero que la pretenda).

b. Eso quiere decir que querer ser activamente un revolucionario no impide pretender a la vez comportarse como un científico. Y en la actividad científica es esencial el diálogo, que, por definición, es inagotable e inacabable. La discusión nunca está cerrada, ni siquiera con el enemigo ideológico. Y en esta batalla intelectual sólo valen las reglas del libre pensamiento, que exige que la contrastación de cualquier afirmación o teoría se tenga que hacer siempre por cualquiera de los tres métodos (si puede ser. Simultáneos) por los que se llega a ese fin inacabable: la contrastación lógica, doxológica y fáctica de las hipótesis, tesis, etc.

<<3. El objeto de análisis científico de Marx fue la sociedad capitalista (o moderna o burguesa), cuya estructura o ley quería descubrir con la misma exactitud matemática o física que pretendieron Platón (y aun más, Eudoxo) o Galileo o Newton. Para ello, Marx se enfrentó con los ideólogos socialistas de todas clases, anteriores a él o contemporáneos suyos, desde el anarquista individualista Stirner (a quien, junto con Engels, criticó en su juventud) hasta el socialista de cátedra, o *catedrático*, Adolph Wagner (a quién criticó en su vejez), pasando por tantos otros (Proudhon, Lassalle, Vogt, Bakunin, Dühring, por citar sólo a algunos). En cambio, se apropió y metabolizó las enseñanzas de muchos científicos burgueses, cogiendo de cada uno de ellos los elementos que su materialismo identificó y fue capaz de integrar en un sistema conceptual nuevo, que no sólo rompía con los sistemas anteriores, sino que se convirtió en el sistema sobre el cual los científicos actuales de la sociedad están obligados a construir, salvo que renuncien a toda pretensión de conocimiento y se acomoden, ya sea a la pereza de la filosofía dialéctica hegeliana, ya al interés de la pura ignorancia ideológica.>>

Comentarios a la tesis 3.

a. Esto tiene que ver con mi concepción de que “el eclecticismo siempre es excesivo”, afirmación mía que no siempre se entiende. No me desdigo de lo apuntado en el punto anterior; simplemente matizo que una cosa es “mezclar” los insumos del proceso de intelección (las lecturas de los materiales con que trabaja el científico), y otra muy distinta buscar lo híbrido en el producto o *output* que sale del intelecto. Uno puede ser ecléctico en sentido amplio, por ejemplo leyendo a defensores de la teoría utilitarista del valor (evidentemente, hay que leer a todo el mundo, aunque por falta de tiempo es mejor sólo leer a los que merezca la pena dentro de cada corriente); lo que no puede uno es querer mezclar, en su teoría del valor, elementos que son mutuamente incompatibles (por ejemplo, elementos de la TLV y de la citada teoría utilitarista).

b. Todo estudioso serio de la sociedad actual, ya quiera cambiarla, ya mantenerla, debe querer sobre todo entenderla, para lo cual hay que ir al fondo, hay que profundizar por debajo de las apariencias, y el criterio de orientación en ese proceso inacabable de búsqueda sólo puede ser el libre pensamiento, ayudado en la triple y continua contrastación ya citada. Si uno encuentra en el camino que el jefe de su partido (en el sentido “contingente”) se equivoca, tiene que decir que se ha equivocado, dónde y por qué, y no se puede disimular ese error con la falsa excusa de que es un camarada. El propio Marx se equivocó –y es un buen ejercicio para todo el que lo estudia averiguar dónde--, y no digamos Lenin, Trotski o Rosa Luxemburgo (por citar a algunos de sus mejores seguidores). Marx sabía, sin embargo, reconocer que un socialista como Sismondi podía estar más alejado de la verdad (en cierto cuestión que se está discutiendo en ese momento) que un capitalista burgués como Ricardo. Y este ejemplo bien conocido de las *Teorías de la plusvalía* lo vemos repetido cientos de veces en toda su obra.

<<4. La teoría del valor de Marx pretende dar cuenta de la dinámica del capitalismo, la forma social donde las cosas realmente existentes se han convertido universalmente en mercancías. Para comprender esa dinámica, son de especial importancia el análisis de la explotación del trabajo y el de la competencia de los capitales. Conjuntamente, la comprensión de ambos fenómenos lleva a la concepción de los precios efectivos

y su movimiento como la manifestación sintética de dicha dinámica. Dichos precios son la expresión monetaria o indirecta de las cantidades ponderadas de trabajo que la reproducción social exige emplear para la reproducción futura de cada tipo de mercancía (en las condiciones técnicas marginales de producción). Cada precio individual es el que es debido a las interrelaciones de todas las mercancías --incluida la fuerza de trabajo humana-- entre sí, y a los movimientos de cada unidad de capital en busca de la máxima ganancia posible, libre movimiento sólo plenamente posible desde el momento en que la libre y comunista explotación del trabajo por el capital es un hecho universal.>>

Comentarios a la tesis 4.

a. Es un error pensar que preocuparse por los precios es un prurito burgués, mientras que lo que un revolucionario debe hacer es entender la explotación. Marx combinó de forma inseparable la *explotación* y la *competencia*, que son los dos aspectos que conforman el contenido de la TLV. Todas las sociedades precapitalistas han vivido también de la extracción por parte de una minoría de trabajo excedente de una mayoría de productores. Pero lo específico de la sociedad moderna es que dicha extracción se lleva a cabo bajo la apariencia de la igualdad, la libertad formal y el libre acuerdo de partes contractuales con iguales derechos. Marx demostró cómo el libre cambio y el libre movimiento del capital producen la explotación a través del pago en forma de salario del equivalente normal del valor de la fuerza de trabajo (según el principio general de intercambio de equivalentes). Pero la clase capitalista explota colectivamente a la clase asalariada, y esa explotación colectiva es lo que llama Marx el “comunismo capitalista”, fundamento de la unidad de una clase en el enfrentamiento global con la otra.

b. Pero en un segundo momento hay que descender a la competencia (véase Guerrero, 2003), es decir, a las relaciones secundarias de clase que enfrentan entre sí a los distintos integrantes de los dos grandes conjuntos sociales: en el lado explotador, se enfrentan los capitalistas industriales entre sí, tanto dentro de cada sector como entre los diferentes sectores, los capitalistas industriales con los del sector de la circulación y el financiero, todos ellos con el Estado en sus distintos niveles y

cada uno de éstos (administración central, supranacional, territorial, etc.) a su vez entre sí...; en el lado de los explotados, los que tienen un empleo con quienes lo buscan, los empleados con los parados, los emigrantes con los locales, las mujeres con los hombres, los jóvenes con los maduros, y así sucesivamente. Pero tan importante como combinar los dos momentos – explotación, competencia— es jerarquizarlos adecuadamente: el primero es el dominante.

<<5. Al fijar precios por el método de prueba y error, los capitalistas aprenden de la práctica de los mercados realmente existentes qué precios son adecuados y cuáles no, qué inversiones son convenientes o desaconsejables, cuáles de ellos mismos tiene que cerrar o quiénes van a engullir al rival más próximo. Pero éste es un conocimiento precientífico y práctico. El conocimiento teórico que nos interesa a los científicos sociales nos empuja a descubrir la ley del movimiento de esos precios. Marx descubrió esa ley, pero no la pudo exponer de la forma completa y perfeccionada en que hoy en día es posible hacerlo. Marx la expresó en un lenguaje hegeliano poco apropiado, que se entiende mejor si se parte del cuadro 1, donde se pretende sintetizar su esquema conceptual (aunque no siempre uso los mismos términos que él).

Tabla 1: Esquema conceptual de Marx sobre precios y valores
(Fuente: elaboración propia).

		A Precios o Valores Absolutos (en horas)	B Precios o Valores Relativos (en términos de...		
			...oro;	..mercancía j;	...dinero crediticio)
C Precios o Valores Teóricos	1 Individuales	Ψ_i	$y_{io} = \Psi_i/\mu_0$	$y_{ij} = \Psi_i/\Psi_j$	$Y_{ib} = \Psi_i/\mu_b$
	2 Directos	δ_i	$d_{io} = \delta_i/\mu_0$	$d_{ij} = \delta_i/\delta_j$	$d_{ib} = \delta_i/\mu_b$
	3 De Producción	π_i	$p_{io} = \pi_i/\mu_0$	$p_{ij} = \pi_i/\pi_j$	$p_{ib} = \pi_i/\mu_b$
D Precios o Valores Reales	4 Efectivos	μ_i	$m_{io} = \mu_i/\mu_0$	$m_{ij} = \mu_i/\mu_j$	$m_{ib} = \mu_i/\mu_b$

>>

Comentarios a la tesis 5.

En este punto no voy a añadir nada nuevo, por lo que el comentario se va a limitar a repetir el párrafo explicativo que seguía originalmente este cuadro (para mayor detalle, véase en la página web <http://pc1406.cps.ucm.es> la obra Guerrero, 2000a):

“En la lectura del cuadro se imponen tres movimientos, uno en horizontal (desde A hasta B), y dos en vertical (uno ascendente, de D a C, y otro descendente, de C a D). Cada uno de estos movimientos de lectura es de naturaleza diferente. El primero significa que las cantidades de trabajo (es decir, los precios o valores absolutos) se expresan, no directamente, sino relativa o indirectamente (como ocurre con otras muchas variables físicas), comparándose con las cantidades de trabajo correspondientes a otras mercancías y, en especial, con las correspondientes a la mercancía específica singularizada (y puesta aparte en la práctica mercantil) como equivalente general y medio de cambio universal de las otras mercancías (es decir, el dinero). El movimiento vertical ascendente refleja el modo de proceder del conocimiento científico. Partiendo de la intuición o representación inmediata de los reales concretos que son los precios mercantiles efectivos, la razón cognoscente elabora los conceptos teóricos apropiados (en el recinto teórico representado por el área C). A continuación, Marx desarrolla los conceptos que exige su teoría para integrar explotación y competencia, pero lo hace de forma hegeliana, contribuyendo él mismo a oscurecer el entendimiento de su propia teoría (por otra parte incompleta e inacabada, como lo demuestra el estado de los manuscritos de los libros II y III de *El Capital*).”

<<6. Marx consideró necesario elaborar 4 conceptos distintos de valor (o precio), que yo llamo en el cuadro 1, sucesivamente, valores *individuales*, *directos*, *de producción* y *efectivos*. El último es el valor o precio que ofrece de hecho la realidad mercantil (podría llamarse *precio de mercado* si el modelo prescindiera de la realidad del Estado y su impacto sobre la fijación de ciertos precios). El primero --el valor *individual*-- sólo sirve de piedra de contraste para comparar los dos valores teóricamente más relevantes: el valor *directo* (que sólo tiene en cuenta la competencia intrasectorial) y el valor *de producción* (que tiene en cuenta también la competencia intersectorial). La diferencia cuantitativa entre estos dos tipos de valores fue

analizada correctamente en el libro III de *El Capital*, tanto en lo referente a sus razones (el hecho de que unos se conceptúen para tener en cuenta la circulación de mercancías como simples mercancías, y los otros, para dar cuenta de esa misma circulación de mercancías en cuanto porciones determinadas del capital social) como en cuanto a su propia naturaleza (se trata de una desviación puramente cuantitativa, o de magnitud, no de un cambio de unidad ni de un cambio en el espacio, o mundo, en que se ubican dichos precios).>>

Comentarios a la tesis 6.

a. Hay buenas historias del llamado “problema de la transformación”, el arma fundamental que se ha usado para desacreditar la TLV de Marx. Si este descrédito es un hecho – también entre una mayoría de marxistas, repito--, ello se debe a que se trata de una discusión técnicamente difícil y a que los defensores de la TLV no han sabido estar a la altura, en parte debido muchas veces a sus excesivas urgencias derivadas de la actividad práctica en la que se veían envueltos (que no siempre justificaba su pereza intelectual). Lo único que se puede hacer aquí, en un corto espacio, es referirse a alguna bibliografía útil.

b. Creo que lo más útil es combinar la lectura del propio *El capital* con las dos obras más esclarecedoras en este sentido: los excelentes libros de Rubin (1928) y Martínez Marzoa (1983). Para un detallado resumen de los debates sobre la transformación, se puede usar un par de muy buenos manuales recientemente traducidos al español: Gouverneur (1998) y, más extensamente en este punto, Gill (1996) (véase también Guerrero, 1997, y algunas de las lecturas incluidas en Guerrero, ed., 2002). En un estadio más avanzado del estudio, para aquellos que ya conozcan las bases fundamentales y puedan leer en inglés, el libro esencial es Bródy (1970).

En cuanto al resto de las tesis (de la 7 a la 10), debido a su mayor tecnicismo y a la falta de espacio, parece más aconsejable reproducirlas a continuación sin comentarios adicionales, aunque indicando que estaré encantado de debatir la cuestión por email (diego.guerrero@cps.ucm.es) con todos los interesados.

<<7. Marx dejó incompleto el análisis matemático del problema. A pesar de sus estudios de Matemáticas en los años

de vejez (véanse Smolinski, 1973; Alcouffe, 1985), no podía resolver adecuadamente la cuestión con la exactitud que buscaba, fundamentalmente debido a que en su época no se había desarrollado el álgebra matricial hasta el nivel requerido. Los teoremas de Perron-Frobenius, difundidos sólo en el siglo XX, la elaboración a partir de las décadas de 1920 y 1930 del análisis insumo-producto (más conocido como *input-output*) por parte de Leontief (incluida la obtención posterior de la ya famosa *inversa* de Leontief: véase Leontief, 1953a y b), la programación lineal desarrollada por Kantorovich, Koopmans y otros a partir de los años treinta, las aportaciones matemáticas de von Neumann y su insistencia en el problema de la *dualidad* matemática, la reelaboración de estas cuestiones por su discípulo marxista, András Bródy, el desarrollo del concepto de *integración vertical* por parte de Pasinetti (1973), el descubrimiento de la solución *iterativa* a la cuestión de la transformación (primero por Bródy, luego por parte, casi simultáneamente, de G. Abraham-Frois, M. Morishima y A. Shaikh), el comienzo de los trabajos empíricos para el cómputo de las cantidades de trabajo verticalmente integradas necesarias para la reproducción mercantil, el desarrollo del concepto de *composición en valor del capital verticalmente integrada* (Shaikh, 1984) y su cálculo empírico a partir de tablas de insumo-producto reales de los Estados Unidos (Ochoa, 1984, Chilcote, 1997), etc.; todo eso ha hecho posible que hoy pueda concluirse, a mi juicio, que los auténticos valores-trabajo son los valores *de producción*.

<<8. Desde el punto de vista marxista, el argumento teórico puede rastrearse desde el propio Marx, pasando por Rubin (1929) y Bródy (1970), hasta llegar al filósofo español Felipe Martínez Marzoa, que, en un libro que no cita su discípulo F. Liria (1998), argumenta que estamos llenos de razón si queremos acusar de incoherencia a toda la tradición marxista que no ha puesto reparos a la hora de ponderar los valores *individuales* en un valor social promedio llamado valor *directo*, y en cambio se ha sumergido y empantanado en los debates más miserables sobre la supuesta imposibilidad o inconveniencia de hacer otro tanto con los valores *directos* para socializarlos (intersectorialmente o, mejor, globalmente) en los auténticos valores que corresponden a la economía capitalista en su

conjunto (que, no lo olvidemos, constituye el verdadero objeto de análisis de esta teoría del valor): los valores *de producción*.

<<9. En mi opinión (Guerrero, 2000a), la explicación de que esta minoritaria línea de pensamiento dentro de la tradición marxista no haya conseguido aún la relevancia que merece estriba en la posición de autoderrota infligida por la defensa ideológica y pseudocientífica que han llevado a cabo la mayoría de los marxistas que han seguido apoyando la teoría laboral del valor (que, por lo demás, siguen siendo una minoría dentro de la llamada tradición marxista), fomentada y exacerbada por la actitud timorata o vergonzante de muchos exmarxistas que, en busca de un rápido reconocimiento académico, han percibido enseguida la rentabilidad personal de pasar por juiciosos y maduros científicos capaces de reconocer y renegar de sus pecados (ideológicos y/o revolucionarios) de juventud. Una vez premiados por la Academia con los diplomas y honores correspondientes, todos parecen ahora tan contentos, al menos hasta que el marxismo se vuelva a poner de moda (que se pondrá).

<<10. Por mi parte, y como marxólogo, he de confesar que tuve la inmensa suerte de ser acusado de *marxista dogmático* por el padre de todos los conversos exmarxistas (Manuel Castells), que calificó de esa guisa mi Tesis Doctoral de 1988, que comenzaba afirmando: “Esta Tesis utiliza el instrumental metodológico y analítico de la economía política marxista, para estudiar las relaciones existentes entre acumulación de capital, distribución de la renta nacional y crisis de rentabilidad, tanto desde el punto de vista teórico, como en referencia al caso español (1954-1987)”. Con su voto negativo, Castells no sólo me ahorró generosamente el coste de un cubierto en el conocido y gastronómico ritual iniciático de los nuevos doctores, sino que me hizo el honor de colocarme, aunque sólo fuera durante un minuto, al lado de Jean-Paul Sartre, que, como dice Liria, defendió frente a Hegel, el mínimo e imprescindible dogma de que “el ser es y la nada no es”, mientras que Castells, en su hegeliano e ideológico frenesí antidogmático y vacío, no necesitará nunca de Hegel para dejar de ser nada siéndolo permanentemente todo (en la Academia).>>

III. Diez tesis polémicas sobre la crisis económica y financiera: segunda versión (2003)⁴².

<<1. En la teoría económica de Marx se encuentran reflexiones específicas sobre la crisis de sobreacumulación de capital que constituyen el núcleo central de su pensamiento sobre las crisis, aunque no lo agotan. Voy a referirme sólo a ese núcleo, poniendo énfasis en que se trata de la base de su modelo teórico sobre la sociedad capitalista, que no sólo prescinde de múltiples determinaciones teóricas relevantes para el análisis de las sociedades reales sino, además, de las muy diversas contingencias históricas (incluido el azar: véase Vadée, 1998) que afectan a cada formación social real.>>

Comentarios a la tesis 1.

a. Es fácil pasar por alto la diferencia que tiene que existir entre un análisis teórico abstracto del modelo —éste se ha de centrar en el funcionamiento normal del sistema en cuanto tal— y un análisis histórico específico de la situación del mundo capitalista en cada momento y lugar concretos. Por ejemplo, la teoría de la crisis capitalista como movimiento cíclico necesario del sistema poco puede decir sobre las relaciones político-estratégicas específicas y sobre la situación histórica específica en que se encuentren en cada momento, por ejemplo, lo que son actualmente los tres grandes bloques capitalistas mundiales (Estados Unidos, Unión Europea, Japón). Si el euro están un diez por ciento por encima o por debajo del dólar tiene poca significación abstracta para el modelo; lo mismo si suena más o menos fuerte los tambores de guerra. Pero para analizar la coyuntura particular de cada momento, así como las grandes tendencias históricas, la TLV sólo puede ser una primera referencia (imprescindible) que tiene que ser completada con multitud de análisis metateóricos.

b. Especial referencia merece la manía que tienen algunos de no querer comprender por qué el determinismo es necesario y por qué éste significa algo completamente distinto de lo que normalmente se entiende por él. La ley de la gravedad es un descubrimiento científico importantísimo que nos explica la forma básica en que se

⁴² La primera versión de estas tesis se escribió para el ya citado Seminario de estudiantes con el título de <<Diez reflexiones polémicas sobre la crisis económica y financiera (para el debate con Palazuelos y Prieto, 6-4-00)>>.

mueven los cuerpos, pero no puede predecir quién va a ganar una partida de billar que se va a jugar esta tarde (porque hay que tener en cuenta múltiples factores que son independientes de la ley). La ley de la gravedad de la sociedad capitalista es igual de básica para entender el movimiento fundamental de las variables esenciales que afectan a esta sociedad. Por ejemplo, comprender que la rentabilidad tiene tendencia a caer y que eso está detrás de las recurrencias cíclicas del capitalismo, que a la larga terminarán por hacer conscientes a los trabajadores asalariados de su contingente condición de mercancía, equivale a comprender que el agua de la lluvia se tiene que desplazar desde las montañas al nivel del mar (y no a la inversa), pero no tiene por qué decirnos nada sobre en qué lugar se va a producir el próximo desbordamiento de un río en un país determinado, ni por dónde va a bajar la ladera de un monte una torrencial recién caída esta madrugada.

<<2. Ligar crisis económica y dinámica de la acumulación del capital no significa eliminar la posibilidad, e incluso la necesidad, de crisis en condiciones de reproducción simple (sin auténtica acumulación) del capital. Pero la teoría de la crisis de Marx se centró en la que surgía como necesidad del proceso de acumulación y reproducción ampliada del capital (es decir, en una economía capitalista en crecimiento), debido al funcionamiento innato de esa dinámica capitalista. En este sentido, su aportación básica consistió en la percepción de que expansión y crisis de la expansión (generadora de una depresión) eran fases igual de naturales y normales del proceso de acumulación de capital. El capitalismo funciona como un termostato que, por el simple hecho de serlo, tiene que apagarse y encenderse (como resultado de su propio funcionamiento), aunque también las circunstancias externas tengan mucho que decir sobre la duración de los periodos de encendido y apagado del citado mecanismo.>>

Comentarios a la tesis 2.

a. Sobre la posibilidad de crisis en condiciones de reproducción simple, véanse las obras de Grossmann (1929) o de Rosdolsky (1968), por ejemplo.

b. El termostato. A un nivel de abstracción máxima, no hay más causa de la crisis que la expansión previa, como no hay otra causa de ésta que la depresión que le sirvió de base. Por tanto, lo fundamental es entender la necesidad de la dinámica cíclica del

sistema. Cuando era un joven periodista y no compartía la TLV, Marx tenía una idea simplista de los ciclos y las crisis económicas, y ligaba ingenuamente el estallido de una crisis comercial con la apertura de un proceso revolucionario en algún país de Europa. Con el tiempo y el estudio, llegó a una teoría más compleja, donde predominan otros rasgos. Comprendió, en primer lugar, que la evolución cíclica y las crisis son inevitables mientras que la fuerza de trabajo sea una mercancía. La razón es que la artificialidad de la forma de vida mercantil se haría más evidente cuanto más experiencia de “pobreza mercantil” acumulara la gente corriente, que por otra parte tiende a confundirse progresivamente con el proletariado (es decir, con los asalariados, por mucha residencia secundaria y coche familiar que sea capaz de comprar con su salario de esclavo rico). El aumento del salario real hace a la gente acomodaticia y contemporizadora con el sistema, pero la necesidad de derrumbes periódicos (que pueden incluir periodos de guerra y de irracionalidad geoestratégica como éste en el que estamos entrando nuevamente), que, aunque empiecen por la periferia, sólo pueden culminar en el centro, termina por poner las cosas en su sitio y convence poco a poco a los productores de que el sistema actual no le permite la supervivencia a largo plazo.

c. El mecanismo que pone en marcha y apaga el termostato tiene que ver con el comportamiento de la rentabilidad y las ganancias, que sólo cuando se parte de la TLV se comprende que no es sino otra manera de llamar a las cantidades y distribución del trabajo pasado y presente que todos los miembros de la sociedad tienen que hacer o no hacer, y no sólo eso, sino hacer *de más* o *de menos* (en cantidad), dependiendo de las condiciones estructurales en que cada uno nazca y aparezca inserto en el seno de las relaciones sociales capitalistas.

<<3. En el funcionamiento del termostato capitalista desempeña un papel central la llamada “ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia” (LTDTG). Esta ley --la más importante de la Economía Política, según Marx-- es de hecho compartida por todas las escuelas del pensamiento económico, desde A. Smith (al menos) hasta Samuelson, pero su explicación y su papel en el sistema teórico de cada autor son muy diversos. En Marx, la insistencia en esta ley tiene por objeto descartar otras explicaciones alternativas de la crisis, muy populares en su época

(y también hoy, incluso entre muchos marxistas), como, por ejemplo, la crisis de subconsumo (o sobreproducción), que él criticó en el socialista Sismondi o en el ultraconservador Malthus, pero que hoy se podría también criticar en el mitificado liberal Maynard Keynes o en los conocidos marxistas Rosa Luxemburgo y Paul Sweezy (y su escuela de la *Monthly Review*). Para Marx, el subconsumo es característico de toda sociedad de clases, no algo específico de la sociedad capitalista. Además, la explicación de la crisis como un exceso (relativo) de oferta --o insuficiencia (relativa) de demanda-- es algo que sólo pueden reivindicar quienes todo lo reconducen a la oferta y la demanda, pero no quienes --como él-- pretenden demostrar precisamente que la oferta y la demanda no explican nada por sí mismas, sino que tienen que ser explicadas por algo distinto, en particular, por la acumulación del capital.>>

Comentarios a la tesis 3.

a. Todas las escuelas de pensamiento tienen alguna versión de la “caída tendencial de la rentabilidad”, pero la compensan con algún factor adicional. Por ejemplo, la mayoría de los economistas convencionales actuales piensan que se compensa esta tendencia con la tendencia al cambio técnico, que la contrarresta tanto como para invertir el vector compuesto resultante, que puede ser, según ellos, una subida o un mantenimiento de la tasa de ganancia.

b. En Marx, la caída se produce debido precisamente al cambio técnico esencial que significa el capitalismo industrial. La revolución industrial —que sólo ha sido una (véase Arrous, 1999) si la entendemos a la manera de Marx, en el muy largo plazo histórico, como la instauración del sistema de producción basado en el “sistema automatizado de máquinas”—supone un cambio esencial también desde el punto de vista del modo técnico de producción. Precisamente, lo específico de la forma suprema que tiene la mercancía (el capital fijo en forma de *máquina*, que permite el paso de la subsunción formal a la subsunción real del trabajo en el capital) es el salto técnico y tecnológico que significa la *mecanización* (o maquinización) de la producción. Ésta es la base del aumento de la composición del capital, es decir de la contradicción intrínseca del sistema capitalista, que tiende a matar a la gallina de los huevos de oro que le sirve de base: el trabajo directo del asalariado (cada vez más productivo de valores de uso gracias a la creciente productividad de las máquinas).

Analicemos conjuntamente los dos puntos siguientes, 4 y 5. En mi opinión, no se trata de añadir comentarios adicionales sino de leer detenidamente lo que ya se decía en ellos:

<<4. La explicación de la LTDTG exige definir la tasa de ganancia (g) como cociente entre ganancia o beneficio, B (la expresión monetaria del plusvalor), y capital invertido, K :

$$g = B/K.$$

Como su teoría del valor explica que la ganancia no es sino la forma que adopta el plusvalor (pv), y el plusvalor no es sino uno de los tres componentes del precio global de la producción social (junto al capital constante consumido, como flujo, en el periodo, c , y junto al flujo de capital variable, v); y puesto que el capital invertido consiste tan sólo --desde el punto de vista contable y para cualquier periodo de tiempo-- en elementos del *stock* de capital constante, C , yo prefiero escribir (en lugar de la habitual $g = pv / [C+V]$):

$$g = pv/C.$$

Marx explicaba el comportamiento dinámico de la tasa general de ganancia expresando también ésta como el cociente de otras dos tasas:

$$g = p' / cvc,$$

donde p' es la tasa de plusvalor (cociente entre plusvalor y capital variable: $p' = pv / v$) y cvc es la composición en valor del capital (cociente entre el capital constante invertido y el capital variable pagado en el periodo: $cvc = C / v$), todo ello para argumentar que g tendería a caer en el tiempo como consecuencia de que p' también subiría, pero lo haría más despacio que cvc .>>

<<5. Detengámonos un momento en la doble dinámica de p' y cvc . El aumento de p' expresa el grado creciente de explotación que crea la evolución capitalista. La subsunción real del trabajo en el capital y el aumento consiguiente de la productividad hacen que el valor de cualquier unidad de mercancía tienda a descender (y, por tanto, también el de cualquier cesta de mercancías, por ejemplo la que se compone de los medios de subsistencia obrera). Desciende, por tanto, el valor de la fuerza de trabajo en el tiempo (como *fracción* del valor creado), incluso si el contenido material de la cesta de subsistencia va ampliándose y mejorando (como de hecho ocurre a largo plazo). Otra forma de expresar esta tendencia al aumento del grado de explotación (o tasa de plusvalía) es decir que

el *salario relativo*⁴³ (o participación de la masa salarial global en el valor añadido global, o renta nacional) tiende a bajar, que equivale a afirmar la depauperación *relativa* de los trabajadores (sin que esto excluya la depauperación *absoluta* en otro sentido).

En cuanto a la evolución de la *cvc*, Marx consideraba que su aumento sería más rápido que el de p' (pero más lento que el de la composición *orgánica* del capital, *coc*) porque el avance técnico implícito en la mecanización progresiva de la producción no encuentra limitaciones para ligar a cantidades más elevadas de capital constante (fijo y circulante) cantidades más bajas de trabajo directo, como resultado de la tendencia de la economía capitalista a funcionar como un *sistema automático de máquinas*, tal y como la definió en los *Grundrisse* (Marx, 1857). Por el contrario, el aumento de la tasa de plusvalor encuentra un doble obstáculo: no sólo la mecanización intensifica y cualifica el trabajo social medio, y vuelve costoso reponer el consumo de fuerza de trabajo, sino que la propia expansión de la acumulación genera sobrecompetencia en el lado capitalista si la acumulación marcha muy deprisa, y, con ello, genera un movimiento alcista en el salario que frena el incremento de p' .>>

<<6. Muchos marxistas defensores de la LTDTG dan razones distintas a las de Marx para explicar la tendencia. Por ejemplo, los teóricos de la *profit squeeze* (compresión o estrujamiento de la ganancia), regulacionistas franceses, radicales americanos, postkeynesianos, segmentacionistas, etc., piensan que g cae porque el aumento de organización obrera eleva los salarios más deprisa que la productividad, y hace bajar, por consiguiente, la tasa de plusvalía (véase una crítica de este argumento en Brenner, 1998, 1999; y una crítica del argumento, y también del de Brenner, en Shaikh, 1999). Esto lo descartó el propio Marx diciendo que si eso fuera así, el capital lo reconduciría a lo contrario por medio de un frenazo temporal en la inversión, que llevaría la dinámica del salario (variable *dependiente* de la acumulación de capital) hacia una senda compatible con la prolongación de la acumulación. Esto quiere decir que, si bien episodios de este tipo pueden provocar

⁴³ La expresión es de Ricardo, pero la reclama Marx como el concepto de salario fundamental, más importante que los de salario nominal y real (véase un buen desarrollo de la teoría salarial de Marx en García Ábalos, 1949)

crisis de corta duración, la gran crisis de derrumbe de la acumulación no puede explicarse por esta vía.>>

Comentario a la tesis 6.

a. Por tanto, la subida del salario por encima del crecimiento de la productividad, típica explicación de muchas corrientes procedentes del marxismo (por ejemplo, los regulacionistas), sólo puede generar un ciclo de muy corto plazo si la subida relativa es excesivamente grande. Si es “soportable”, se trata de un indicador más de la propia expansión, que a medida que se alarga da paso desde la fase de subida de la tasa de explotación a la de estancamiento y bajada de la misma, lo mismo que la caída de la tasa de ganancia sólo significa en un principio que las cosas marchan bien, puesto que el capital está creciendo aun más deprisa que los beneficios.

<<7. Aunque Marx prefiriera explicar la caída de g como consecuencia de un crecimiento más lento de p' que de cvc , no dejó por ello de explicar la tendencia de otras múltiples formas coincidentes. En mi opinión, la más sencilla consiste en decir, teniendo a la vista la igualdad $g = B / K$, que el propio éxito de la acumulación de capital conduce a su fracaso, o, dicho de otra forma, que el encendido del termostato conduce, tarde o temprano, a su apagado. Por consiguiente, si el proceso de acumulación se quiere llevar al límite --como es la tendencia de cada unidad de capital, por definición--, hasta el propio beneficio (fuente de la acumulación misma) se convierte en obstáculo para la acumulación, de forma que el capitalista pretende acumular a un ritmo superior al de los beneficios. Cuando este ocurre, y K crece aun más deprisa que B , el capital está en su apogeo, la acumulación, en su etapa más saludable, y, al mismo tiempo, g está descendiendo necesariamente.>>

Comentarios a la tesis 7.

a. Insistamos en este punto. El comportamiento normal de la rentabilidad es a la baja: mientras esto sucede y la acumulación prosigue, las cosas marchan bien para el capital. El volumen total de plustrabajo crece, y con él el de plusvalía y beneficio globales del sistema. La rentabilidad decreciente se compensa con gusto precisamente porque la acumulación se hace cada vez más rápida.

b. Pero precisamente la continuación del auge pone la base de su conversión en crisis y depresión. Puesto que $B' = g' + (g \cdot s_c)$, este B' seguirá siendo positivo (aunque g' sea negativo) si la caída del primer factor dentro del paréntesis se compensa con una subida permanente del segundo factor. Pero éste es un coste que a la larga resulta excesivo para el sistema, y que éste termina por no poder pagar: en ese momento se desencadena la crisis. Esto lo que se explica en el punto siguiente.

<<8. Por tanto, es un error ligar la teoría de la crisis de Marx a la simple caída de g , como hacen muchos marxistas. En realidad, Marx insistió mucho más en la evolución de la masa de plusvalía (pv o B). Para él, la crisis se produce cuando el descenso de g (que es su comportamiento normal) lleva al de B . Obsérvese que si escribimos $B = g \cdot K$, la acumulación proseguirá sana y salva mientras la caída de g se compense con un crecimiento suficiente de K . Ahora bien, Marx se dio cuenta de que el descenso de g a su vez retroalimentaba negativamente la dinámica de K , y hoy en día se puede demostrar matemáticamente por qué y cómo esto es así (Shaikh, 1989, 2000). Si escribimos lo anterior como tasas de variación el tiempo (donde x' es la tasa de variación temporal porcentual de x , o dx/dt), entonces:

$$B' = g' + K'.$$

Puesto que g' es negativa (según hemos visto), B' puede seguir siendo positiva mientras K' sea positiva y superior a g' . Ahora bien, K' es la tasa de acumulación (en términos de inversión), es decir, I/K ; y en el equilibrio macroeconómico I y S (el ahorro) coinciden, por lo que puede escribirse:

$$K' = S / K = (S/B) \cdot (B/K) = s_c \cdot g.$$

Si g disminuye, la única forma de que K' se mantenga es mediante el aumento de s_c , que no es sino (en términos keynesianos y kaleckianos) la propensión media al ahorro de los capitalistas, o (en términos marxianos) el aumento de la tasa de acumulación de la plusvalía (I/pv). Por tanto:

$$B' = -a + s_c \cdot g,$$

De donde se deduce que $B' = 0$ cuando g baja hasta el nivel (a/s_c).

Gráficamente, lo anterior puede representarse diciendo que la crisis se produce cuando la tasa de ganancia *normal* (es decir, la que constituye el centro de gravedad en torno al cual fluctúa la tasa efectiva) cae por debajo de la línea recta (una simplificación, pues en realidad también ella traza una curva fluctuante en el tiempo)

que representa el valor del cociente (a/s_c) . Se comprueba en la figura 1 que si g^* fluctúa en largas oscilaciones alrededor de una tendencia secular descendente, la duración y la profundidad de los periodos de depresión serán cada vez mayores, razón por la cual parece factible la tesis de la creciente gravedad de las crisis económicas capitalistas (una ilustración excelente de Marx, 1894, puede verse en Grossmann, 1929; para una interpretación de LTDTG como teoría de las ondas largas llamadas de Kondrátiev, véase Shaikh, 2000; y para una sugerente, aunque discutible, explicación de los llamados *ciclos seculares*, aun más largos que los de Kondrátiev, véase Arrighi, 1994).>>

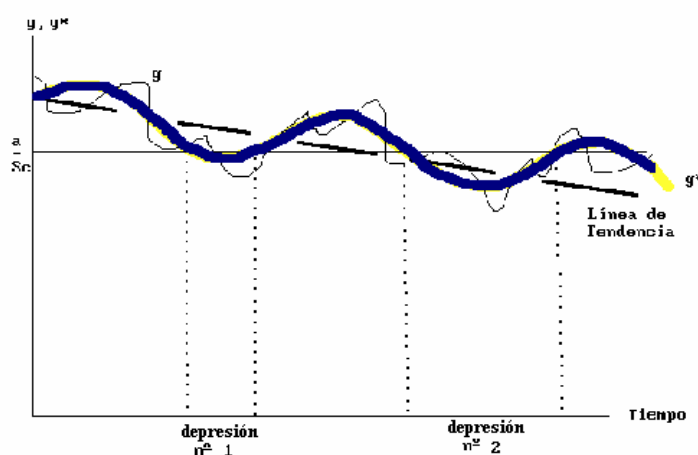


Figura 1: La dinámica de la acumulación capitalista: expansión, crisis y depresión, como resultado de la búsqueda de la máxima ganancia

Comentarios a la tesis 8. No me parecen necesarios.

<<9. La crisis financiera no es independiente de la dinámica general de la crisis de sobreacumulación de capital, como ha explicado Wolfson (1986), que analiza la coincidencia al respecto entre Marx y Veblen (1923) o Minsky (1982). Una forma de retrasar los efectos de círculo vicioso que se desata al estallar la crisis de sobreacumulación (al apagarse el termostato capitalista

porque la masa de beneficios se estanca o decrece al hacerse $B' = 0$) --círculo vicioso que se produce porque al hundimiento de la inversión le suceden el del empleo y el consumo, más la transmisión de los efectos depresivos a lo ancho del sistema vía matriz de interdependencias sectoriales, más el *feedback* de la primera ronda negativa sobre las nuevas perspectivas de inversión...-- es detener la caída a corto plazo de la demanda mediante la expansión del crédito. Pero la expansión del crédito es al mismo tiempo la expansión de la deuda (Shaikh, 1990), y, si la depresión es larga, la continua expansión del crédito para contrarrestar una caída persistente de la demanda significa una acumulación de deuda que se constituye en una carga cada vez más pesada para la continuidad de la senda de crecimiento a largo plazo de la economía.

Esto quiere decir, que la burbuja crediticia y la especulación financiera no son sino síntomas de que la depresión en el ámbito de la producción de valor aún continúa, de forma que el exceso de capacidad productiva instalada por el capital mundial todavía no ha desaparecido y, por tanto, persiste la raíz del problema en tanto no se destruya dicho exceso (no el exceso de medios de producción, que es una expresión absurda, sino el de *medios de producción absurdamente convertidos en capital*). La expansión crediticia y burbujeante tiene que detenerse y estallar por el mero hecho de ser burbuja, poniendo fin al periodo transitorio de dislocamiento entre lo que parecen ser dos subsectores de la economía, el capital productivo y el financiero (véase Guerrero, 2000b). En realidad, el capital financiero hipertrofiado, tan actual, es sólo consecuencia de la enorme masa de plusvalía que pulula por los mercados financieros y bolsas mundiales sin posibilidad de fijarse en una inversión productiva, debido a que lo que hay en el subsector productivo es un exceso de capacidad.>>>

Comentarios a la tesis 9.

a. A pesar de los casi tres años de caída de las bolsas que llevamos, el problema aún no está resuelto ni mucho menos. Se ha destruido capital, pero al igual que se ha desvalorizado el denominador de $g = B/K$, otro tanto ha ocurrido con el numerador. De hecho, estamos en pleno proceso de corrección de las perspectivas de beneficio a corto plazo: la revisión a la baja de las expectativas de crecimiento de las ganancias está obligando a las grandes y pequeñas empresas en todo el mundo

a dotar de forma extraordinaria sus diversos fondos de provisión de impagados, de amortización de activos sin valor, de depreciación de inversiones ya pagadas, etc. Las pérdidas récord del año 2002, que superan las de 2001, significa que aún estamos en medio del ajuste, y que la falta de liquidez a la que están haciendo muchas empresas puede convertirse en falta de solvencia, en suspensiones de pagos y en quiebras.

b. La destrucción de capital no puede ser indolora. Capital que se destruye significa capitalista que muere (en el sentido económico, no físico), y ningún capitalista se resigna a dejar de serlo, lo mismo que nunca ningún privilegiado ha optado por dejar de serlo a no ser como excepción que confirma la regla. Por tanto, esto significa que el ajuste no puede estar completo sin que se produzca una violencia extrema, es decir, sin que se genere de nuevo el caldo de cultivo de las guerras, que algunos ilusos pensaban que había pasado ya a la historia, cuando está volviendo a ser la máxima actualidad.

<<10. La única salida posible de esta situación de doble crisis (sobreacumulación de capital productivo; hipertrofia de la burbuja financiera) es la destrucción de capital. La última crisis de sobreacumulación condujo a la 2ª guerra mundial, que, al destruir mano de obra “sobrante” y grandes masas de “capital” físico, puso las bases (terribles, pero bases) de la nueva onda expansiva del capitalismo mundial. De la depresión de los últimos 25/30 años aún no hemos salido. En mi opinión, la salida está cercana y se producirá por un estallido que tendrá consecuencias desastrosas para la situación económica y social de la población mundial. La generación joven actual, añorada y completamente ajena a la realidad de los hechos, en parte porque sus profesores y *maîtres à penser (et à ignorer)*, están igual de infantilizados en lo intelectual, no tiene la menor idea de lo que por desgracia le espera.

Las ilusiones de quienes creen que lo malo de la historia ya pertenece al pasado van a estallar tan estrepitosamente como la economía, y no porque la salida de esta onda depresiva tenga que conducir necesariamente a la 3ª guerra mundial (aunque tampoco lo descarto). Hay otras muchas formas de destruir capital, sin necesidad de tirar bombas (el movimiento de las bolsas puede destruir capital con la misma rapidez que una bomba atómica). Así que id preparando las armas, queridos colegas, porque nos queda mucho por sufrir. Como no me da miedo equivocarme, lo digo

aquí. Tras el análisis de la situación, mi pronóstico sólo puede ser que la catástrofe está a la vuelta de la esquina. Pero que nadie se haga ilusiones, porque la bocacalle que hay después de esa esquina puede reconducirnos a más capitalismo. El páramo de reflexión sobre lo que está pasando va a coger tan desprevenidos a casi todos que el capitalismo puede ser capaz de fabricar una nueva vía, que será sin duda otro callejón sin salida, pero que tendremos que andar hasta el final si no nos sublevamos. Los cambios ideológicos que se avecinan --consecuencia de cambios sociales, económicos y políticos que están a punto de pasar-- van a dar mucho trabajo a los historiadores e ideólogos de las próximas décadas.>>

IV. Comentarios a la tesis 10, en forma de conclusión (siempre provisional en estas materias).

a. Si alguien piensa que lo que escribí en este último punto era excesivamente “catastrofista”, permítame que le enmiende la plana para asegurarle mi actual convicción de que me quedé corto. Ahora se entiende mejor por qué no es suficiente con que las Bolsas bajen un 30%, un 40%, un 50%... Mientras denominador y numerador bajen *pari passu*, la rentabilidad no se restablecerá al nivel necesario para que se dispare una auténtica nueva onda larga de expansión como la que necesita el restablecimiento de un periodo de paz (si eso va a ser posible alguna vez en el futuro). La auténtica recuperación sólo puede darse para los sobrevivientes que queden después de la escabechina. Por tanto, la escabechina surge como una necesidad de la ley del valor.

b. Esto lo saben los analistas más finos de la actual situación (aunque no entiendan de la TLV y además pertenezcan al *establishment* empresarial o académico mejor instalado), y, en mi opinión, tiene mucho que ver con lo que pasa actualmente en el mundo en torno a la guerra contra Irak. Me parece un economicismo romo limitar el problema de Irak a la cuestión del petróleo. Que el capitalismo es un imperialismo y que sus cabezas pensantes se comportan como aves de rapiña es una constante que no puede explicar por qué en unos momentos se impone la paz y en otros la guerra. Lo que tienen realmente en común los años treinta del siglo pasado y este comienzo del siglo actual no es el “neoflorecimiento” del nazismo (aunque algo de eso hay si entendemos ese fenómeno en un sentido amplio), sino básicamente el convencimiento de sectores crecientes del capital de que no hay

otra solución que amputar la parte menos sana de los hasta ahora hermanos capitalistas. La competencia es así: es la guerra. Y lo que empieza siendo una guerra por todos los medios, pero fundamentalmente en el terreno civil, se termina extrapolando a una guerra también y sobre todo por los medios militares. Muchos capitalistas se han dado cuenta de que no hay espacio en el mundo para que todos sigan ganando lo que necesitan ganar. Y han decidido dejarse ya de explorar otras bazas para apostar de una vez a la única que la historia ha demostrado siempre como segura. Y de ahí la guerra.

c. Lo específicamente nuevo, y como siempre imprevisto, de la actual situación es que Alemania y Francia, esta vez, salen a la luz de la nueva palestra política mundial como representantes de la otra parte que hace falta que surja para que el conflicto se vaya preparando en sus dimensiones necesarias (la subida relativa del euro en términos del dólar en un 20% durante el último año no es ninguna causa sino un mero síntoma de que a ambos lados del Atlántico se ha decidido apostar a ganar). Sobra capital, queridos lectores. Y si el capital ya de por sí es algo gravísimo que nos ocurre a los humanos a estas alturas de la historia, el que sobre capital de forma tan persistente es aun peor (lo mismo que es mejor estar explotado dentro de la empresa y con un empleo, que estar explotado al sol, como un parado).

Lo siento, pero ahora no me queda otra solución que concluir que volveremos a tener una guerra que nos salpicará a una o varias generaciones. Eso es lo que yo *leo* en la situación actual a partir de la TLV.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS DEL APÉNDICE

I: Orientación bibliográfica

Vale muchísimo más la pena leer a Marx directamente que a los marxistas. (Además, es el método correcto para seleccionar posteriormente entre los marxistas que valen la pena y los que no). El núcleo de la obra de Marx está en *El capital*, especialmente en la parte que acabó y publicó él mismo en vida (libro I). En cualquier caso, hay lecturas de Marx posteriores muy interesantes. Entre las clásicas, y siempre desde la perspectiva del “economista” (división w), destaco dos:

* Rubin, I. I. (1923): *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*, Pasado y Presente, Buenos Aires, 1974.

* Grossmann, Henryk (1929): *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI, México, 1979.

Entre las de una época posterior:

* Rosdolsky, Roman (1968): *Génesis y estructura de El Capital de Marx (estudios sobre los Grundrisse)*, S. XXI, México, 1978.

* Martínez Marzoa, Felipe (1983): *La filosofía de 'El Capital'*, Taurus, Madrid.

* (para especialistas:) Bródy, A. (1970): *Proportions, Prices and Planning. A Mathematical Restatement of the Labor Theory of Value*, Budapest: Akadémiai Kiadó.

Finalmente, dos excelentes manuales recientemente traducidos al español (el primero, más breve):

* Gouverneur, Jacques (1998): *Comprender la economía. Un manual para descubrir la cara oculta de la economía contemporánea*, trad. de Alejandro Ramos, Bruselas: Diffusion Universitaire CIACO, 2002 [de momento, se puede obtener gratuitamente en internet: www.i6doc.com].

* Gill, Louis (1996): *Fundamentos y límites del capitalismo*, ed. Xabier Arrizabalo, Madrid: Trotta, 2002.

[* Duménil, Gérard; Lévy, Dominique (2003): *Économie marxiste du capitalisme*, Paris: La Découverte, de probable próxima traducción al español]

II. Otras referencias citadas en el texto:

Alcouffe, A. (1985). "Marx, Hegel et le calcul. Quelques repères", en *Les manuscrits mathématiques de Marx. Étude et Présentation*, Paris: Économica, 1985, pp. 11-109.

Arrighi, G. (1994): *El largo siglo XX*, Madrid: Akal, 1999.

Arrous, J. (1999): *Les théories de la croissance*, Paris: Éditions du Seuil.

Arteta, A. (1993): *Marx: valor, forma social y alienación*, Ed. Libertarias, Madrid.

Chilcote, E. (1997): "Interindustry structure, relative prices and productivity: an input-output study of the U.S. and O.E.C.D countries", Tesis doctoral, Depto de Economía, New School University, N. York.

Fernández Liria, C. (1998): *El materialismo*, Madrid: Síntesis.

García Ábalos, J M. (1949): "La teoría del salario en Carlos Marx", *Anales de Economía*, 35, pp. 309-335.

Guerrero, D. (1997); *Historia del pensamiento económico heterodoxo*, Madrid: Trotta.

— (2000a): *Teoría del valor y análisis insumo-producto*, manuscrito, 158 pp. (<http://pc1406.cps.ucm.es>)

— (2000b): "Desempleo y competitividad en la burbuja financiera global", ponencia presentada a la II Reunión de Economía Mundial, León, mayo de 2000.

— (2002, ed.): *Lecturas de economía política*, Madrid: Síntesis.

— (2003): "Capitalist competition and the distribution of profits", en A. Saad-Filho, ed.: *Anti-Capitalism. A Marxist Introduction*, London: Pluto Press, pp. 73-81.

Leontief, W. W. (1953a): "Structural change", en *Studies in the Structure of the American Economy*, W. W. Leontief et al., New York: Oxford University Press, 1953, pp. 17-52.

— (1953b): “Dynamic Analysis”, en *Studies in the Structure of the American Economy*, W. W. Leontief *et al.*, New York: Oxford University Press, 1953, pp. 53-90.

Marx, K. (1857): *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)* (2 volúmenes), Barcelona: Crítica (Grijalbo), 1977].

— (1894): *El Capital*, libro III, Madrid: Siglo XXI.

Minsky, H. (1982): *Can “It” Happen Again?: Essays on Instability and Finance*, Armonk, NY: Sharpe.

Ochoa, E. (1984): “Labor values and prices of production: an interindustry study of the U.S. economy, 1947-1972”, Tesis doctoral, Departamento de Economía, Nueva York: New School for Social Research.

Pasinetti, L. L. (1973): “The notion of vertical integration in economic analysis”, *Metroeconomica*, 25: 1-29.

Shaikh, A. (1984): “The transformation from Marx to Sraffa”, en Mandel y Freeman (eds.): *Marx, Ricardo, Sraffa*, Londres: Verso, pp. 43-84.

— (1989): “Accumulation, finance and effective demand in Marx, Keynes and Kalecki”, en W. Semmler (ed.): *Financial Dynamics and Business Cycles: New Perspectives*, NY: Sharpe.

— (1990): *Valor, acumulación y crisis*, Bogotá: Tercer Mundo editores.

— (2000): “La onda larga de la economía mundial en la segunda mitad del siglo XX”, en D. Guerrero y J. Arriola, eds., *Nueva Economía Política de la Globalización*, Bilbao: Eds. de la Universidad del País Vasco.

Smolinski, L. (1973). “Karl Marx and mathematical economics”, *Journal of Political Economy*, septiembre-octubre, pp. 1189-1204.

Vadée, M. (1998): *Marx, penseur du possible*, Paris: L'Harmattan.

Veblen, T. (1923); *Absentee Ownership and Business Enterprise in Recent Times*, A.M. Kelley, Nueva York, 1965.

Wolfson, M. H. (1986): *Financial Crisis: Understanding the Postwar U. S. Experience*, M. E. Sharpe, Nueva York.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abraham-Frois*, 219
 Acuña, Víctor 160
 Ahijado, Manuel 209
 Albarracín, Jesús 209
 Alcouffe, A*. 218
 Alonso, José Antonio 103
 Alonzo, Myrna 160
 Antonopoulos, Rania 160
 Arcos, José Antonio 121-4
 Arriola, Joaquín 155
 Arrizabalo, Xabier 113, 209
 Arrous, Jean 223
 Arteta, Aurelio 210
 Asturias, Príncipe de 118
 Aznar, José María 65, 86
 Bairoch, Paul 81, 160
 Bakunin, Mijail 212
 Balladur, Edgar 206
 Barceló, Alfons 209
 Barro, Robert 7, 46
 Berlin, Isaiah 39
 Berzosa, Carlos 103, 139-42
 Birnbaum, Norman 206
 Blair, Tony 38, 72, 206
 Blanchard, Olivier 134
 Bobbio, Norberto 49
 Botín, Emilio 118
 Brassens, Georges 145
 Brenner, Robert 225
 Bródy, András 217-9
 Bruckner, Pascal 200
 Bush, George (padre) 86
 Bush, George (hijo) 62, 86, 88, 193, 198
 Bustelo, Pablo 195
 Cabrera, Óscar Ovidio 160
 Cámara, Sergio 31
 Campoy, Margarita 140-1
 Carey, Henry Charles 65
 Carnegie (Familia) 29
 Carreras, Albert 86-7
 Carter, Jimmy 57
 Castells, Manuel 55, 219
 Chattopadhyay, Paresh 66, 154
 Chilcote, Ed 219
 Chirac, Jacques 38, 200
 Clinton, Bill 206
 Cobden, Richard 65
 Dahl, Robert 68, 83
 Dehesa, Guillermo de la 155, 157
 Delaunay, Jean-Claude 31
 Diamantópoulou, Anna 72
 Dühning, Eugen 212
 Duquesa de Alba 27-9
 Engels, Friedrich 197
 Erroteta, Peru 162
 Espriu, Salvador 57
 Estefanía, Joaquín 5, 38, 92, 112, 115, 148-9, 206
 Eudoxo 212
 Feito, José Luis 133
 Fernández Buey, Francisco 204, 206
 Fernández Durán, Ramón 209
 Fernández Esteban, M^a Ángeles 16
 Fernández Liria, Carlos 209-10, 219
 Ford, Henry 29
 Fortuyn, Pim 112, 115
 Franco, Francisco 28, 57, 87
 Franco, Mariano 16
 Friedman, Milton 40, 67, 108, 193, 197-200, 202-3
 Frobenius* 218
 Fujimori, Alberto 51
 Fukuyama, Francis 151
 Galbraith, John Kenneth 131, 139, 158
 Galcerán, Montserrat 209
 Galilei, Galileo 43, 212
 García Ábalos, José M. 225
 García Delgado, José Luis 99
 García Lorca, Federico 91
 García Santesmases, Antonio 140-2
 Gates, Bill 28-30, 76, 101-2
 Gellner, Ernst 46
 Giddens, Anthony 112
 Gill, Louis 217
 Giscard d'Estaing, Valéry 200
 Golding, William 39
 González, Felipe 86, 99
 Gorbachov, Mijaíl 95
 Gouverneur, Jacques 31, 113, 217
 Greenspan, Alan 139
 Grijelmo, Álex 56
 Grossmann, Henryk 221, 228
 Guerra, Alfonso 141
 Guerrero, Diego 8, 31, 113, 121-4, 139-40, 155, 160, 203, 209-10, 214, 216-7, 219, 229
 Guerrien, Bernard 113
 Guggenheim (Familia) 29
 Haider, Jörg 111
 Hamlet, Príncipe 217
 Hayek, Friedrich von 50, 107, 112, 204
 Heckscher, Eli 160
 Hegel* 219
 Hirschman, Albert 13-4, 107, 148, 194-5
 Hitler, Adolf 74, 141
 Hobsbawm, Eric 81, 160
 Hodgskin, Thomas 39
 Hodgson, Geoffrey 203
 Houdini, Harry 96-7
 Iranzo, Juan 146-7
 Jefferson, Thomas 42, 67
 Jiménez Losantos, Federico 20
 Jordan, Michael 30
 Joselito ("Pequeño ruiseñor") 51
 Jospin, Lionel 38, 206
 Juppé, Alain 206
 Kant, Immanuel 211
 Kantorovich, Leonid 218
 Kelsen, Hans 197
 Keynes, John Maynard 20, 28, 46-7, 68, 86, 107, 117, 144, 173, 198, 204, 223
 Kondrátiev, Nicolái 172, 228
 Koopmans* 218
 Landes, David 81, 160
 Lassalle, Ferdinand 197, 212
 Le Pen, Jean-Marie 38, 111-2, 115, 119
 Lenin, V. I. 213
 León, Omar de 139

- Leontief 218
 List, Friedrich 65
 Liu, Henry 111
 Loach, Ken 107
 López Garrido, Diego 206
 López Vázquez, José Luis 148
 Lute, El 27
 Luxemburgo, Rosa 20-1, 124, 194, 213, 223
 Maddison, Angus 81-4, 160
 Malraux, André 200
 Malthus, Thomas Robert 223
 Mandel, Michael 132
 Mandeville, Bernard de 195
 March, Ausias 57
 Mars (Familia) 30
 Martí, Octavi 206
 Martínez González-Tablas, Ángel 155-8, 209
 Martínez Marzoa, Felipe 140, 209, 217, 219
 Marx, Karl 32-3, 51, 53, 55, 60, 65, 68, 72, 87, 107, 113, 121-2, 132, 140-3, 153, 161, 170, 177, 179, 194-8, 209-17, 220-8
 Mejorado, Ascensión 160
 Mendiluce, José María 205
 Minsky, Hyman 228
 Mitterrand, François 200
 Montes, Pedro 46, 209
 Montesinos, Vladimiro 51
 Morán, Agustín 209
 Morgan (Familia) 29
 Morishima, Michio 219
 Moseley, Fred 111, 135-7
 Mota, Jesús 112
 Myro, Rafael 158-61
 Naïr, Sami 204-5
 Napoleón III 143
 Nerón, Emp. 130, 134
 Newton, Isaac 43, 212
 Noland, Doug 111
 North, Douglas 17, 41, 43, 46, 67, 195
 Ochoa, Eduardo 219
 Ohlin, Bertil 160
 Oliver, Joan 19
 Palazuelos, Enrique 209, 220
 Pasinetti, Luigi 219
 Peces Barba, Gregorio 118
 Perron* 218
 Pinochet, Augusto 67-8
 Platón 212
 Polanyi, Karl 107, 179, 195
 Popper, Karl 112, 119
 Prieto, Indalecio 205
 Prieto del Campo, Carlos 209, 220
 Proudhon, Joseph 210, 212
 Putin, Vladimir 96-7
 Ramonet, Ignacio 92
 Ramos, Alejandro 112
 Reagan, Ronald 65, 86
 Ricardo, David 32, 132, 225
 Richebächer, Kurt 111
 Ridaio, José María 203
 Rivaldo 30
 Robinson, Joan 14, 94
 Rockefeller, John 29
 Rodríguez Braun, Carlos 9, 20, 38, 107-8, 203-4
 Román, Manuel 160
 Romero Rey, Eugenio 16
 Rosa ("de España") 8, 91
 Rosanvallon, Pierre 117
 Rosdolsky, Roman 221
 Roto, El 206
 Rubel, Maximilien 198
 Rubin, I. I. 217, 219
 Ruiz Gallardón, Alberto 118
 Sala i Martín, Xavier *passim*
 Sampedro, José Luis 107, 195-6
 Samuelson, Paul Anthony 130, 134, 160
 Saramago, José 195
 Sartre, Jean-Paul 219
 Schaff, Adam 24, 109
 Schäffle, Albert 53
 Schies, Michaela 198
 Schneider, Manfred 147
 Schröder, Gerhard 204, 206
 Schumpeter, Joseph Alois 42
 Schwartz, Pedro 37-8, 88, 108, 112, 197
 Sebastián, Luis 204
 Seco, Manuel 56, 107
 Segura, Julio 162, 194
 Sen, Amartya 107, 115, 195
 Sevilla, Jordi 205
 Shaikh, Anwar 31, 87, 160, 189, 219, 225, 227, 229
 Sismondi** 213, 223
 Smith, Adam 13-4, 28, 30, 32, 42, 67, 87, 108, 112, 117, 132, 194-6, 222
 Smolinski, Louis 218
 Solchaga, Carlos 99
 Solow, Robert 44, 130
 Sommer, Ron 147
 Soros, George 204
 Spinoza, Baruch 46
 Stalin, Josef 87, 141
 Stiglitz, Joseph 199
 Stirner, Max 212
 Sweezy, Paul M. 223
 Tamames, Ramón 162
 Thatcher, Margaret 50, 65, 67, 86, 107
 Thurow, Lester 42, 130-4
 Tobin, James 5, 66, 91-2, 99
 Tocqueville, Alexis de 67
 Tonak, E. A., 31
 Torres López, Juan 199
 Tortella, Gabriel 39, 68, 112
 Touraine, Alain 118
 Trajano, Emp. 134
 Vadée, * 220
 Vargas Llosa, Mario 51, 112, 199, 203
 Veblen, Thorstein 107, 228
 Vega, Pedro 161
 Verdú, Vicente 198, 200
 Vinci, Leonardo da 43
 Vitorino, António 86
 Vogt, * 212
 Wagner, Adolph 53, 212
 Walras, León 201
 Walton, Alice L. 30
 Walton, Helen R. 30
 Walton, Jim C. 30
 Walton, John T. 30
 Walton, S. Robson 30
 Welles, Orson 51
 Wilde, Oscar 93
 Wojtyla, Karol 86
 Wolfson* 218
 Woods, Tiger 30
 Ybarra, Emilio 51
 Yeltsin, Borís 88, 95